

## 5. LA EVOLUCIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL: APROXIMACIÓN A PARTIR DEL *HANDBOOK* Y DE MANUALES RECIENTES

Como es bien sabido por quienes desarrollan sus actividades académicas en el campo de la psicología social, el *Handbook*, editado aproximadamente cada quince años en Estados Unidos, constituye el texto «estándar» de la disciplina, y se presenta como una obra de obligada referencia y consulta. En efecto, el *Handbook* pretende reflejar periódicamente la situación de la psicología social, sus avances y sus resultados, recurriendo a los más destacados especialistas de la disciplina. Aunque sólo sea por el estatus que ocupa esta obra, que pretende ser esencialmente descriptiva, ejerce también una indudable función **prescriptiva**, influenciando el campo de la psicología social, reforzando o contribuyendo a marginar determinadas orientaciones. En este sentido, es obvio que lo que refleja esencialmente el *Handbook* es la situación de la disciplina desde el punto de vista de las corrientes institucionalmente dominantes. A pesar de ello, y teniendo en cuenta que efectivamente la psicología social se corresponde mayoritariamente con la descripción que ofrece el *Handbook*, he considerado oportuno iniciar el examen de la psicología social contemporánea a partir de un estudio del mismo. No se trata de un estudio sistemático y exhaustivo, sino de una primera aproximación a la cuestión, orientada a sugerir al menos algunas pistas sobre las características de la psicología social contemporánea.

## 5.1. Aproximación a algunas características de la psicología social contemporánea a partir de un conjunto de datos bibliográficos extraídos del *Handbook* 1985 (Lindzey y Aronson)

Ya he señalado en algún momento anterior, que la ausencia en el *Handbook* de una bibliografía general dificulta considerablemente el tratamiento bibliográfico. Nos encontramos, en efecto, con 30 bibliografías distintas, una por cada capítulo, con las inevitables repeticiones que esto implica. He podido comprobar, sin embargo, que los 48 investigadores que contribuyen a los 30 capítulos del *Handbook* hacen referencia a un total de 9.919 textos **distintos**. De esta suma, tan sólo 301 textos tienen el privilegio de ser mencionados como mínimo en tres capítulos distintos del *Handbook*. He realizado el estudio a partir de este material, considerando que el hecho de ser citado en el 10 % de los capítulos ofrece cierta garantía de que el texto citado no corresponde a un sesgo propio del autor o no pertenece a una área demasiado especializada dentro de la psicología social.

El libro publicado en 1958 por Fritz **Heider** es el texto más frecuentemente citado, apareciendo en casi la mitad de los capítulos del *Handbook* (12 capítulos). La presentación de todo el material que he tratado ocuparía, por supuesto, un excesivo número de páginas; me limitaré, por lo tanto, a ofrecer, a título informativo, un «listado» de los 45 textos citados en un mínimo de cinco capítulos.

Las referencias están acompañadas de un índice numérico que señala el número de capítulos en los que aparecen.

### Textos citados un mínimo de 5 veces en el *Handbook*

HEIDER, F. (1958): <i>The psychology of interpersonal relations</i> . ....	12
BEM, S. (1972): <i>Self-perception theory</i> . .....	9
FESTINGER, L. (1954): <i>A theory of social comparison processes</i> . .....	9
SCHANK, R. C.; ABELSON, R. P. (1977): <i>Scripts, plans, goals, and understanding</i> . .....	9
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1978): <i>Saliency attention and attribution: top of the head phenomena</i> . .....	9
BANDURA, A. (1977): <i>Social learning theory</i> . .....	8
COOK, T. D.; CAMPBELL, D. T. (1979): <i>Quasi-experimentation: design and analysis issues for field settings</i> . .....	8
FESTINGER, L. (1957): <i>A theory of cognitive dissonance</i> . .....	8

FISHBEIN, M.; AJZEN, I. (1975): <i>Belief, attitude, intention and behavior: an introduction to theory and research.</i> .....	8
NISBETT, R. E.; ROSS, L. (1980): <i>Human inference: strategies and shortcomings of social judgement.</i> .....	8
NISBETT, R. E.; WILSON, T. D. (1977): <i>Telling more than we can know: verbal reports on mental processes.</i> .....	8
ROSS, L. (1977): <i>The intuitive psychologist and his shortcomings: distortions in the attribution process.</i> .....	8
SCHACHTER, S.; SINGER, J. E. (1962): <i>Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state.</i> .....	8
SNYDER, M.; TANKE, E. D.; BERSCHIED, E. (1977): <i>Social perception and interpersonal behavior: on the self-fulfilling nature of social stereotypes.</i> .....	8
ADORNO, T. W. et al. (1950): <i>The authoritarian personality.</i> .....	7
JAMES, W. (1890): <i>Principles of psychology (2 vols.).</i> .....	7
JONES, E. E.; DAVIS, K. E. (1965): <i>From acts to dispositions: the attribution process in person perception.</i> .....	7
ROSENTHAL, R.; JACOBSON, L. (1968): <i>Pygmalion in the classroom.</i> .....	7
GERGEN, K. G. (1973): <i>Social psychology as history.</i> .....	6
GOFFMAN, E. (1959): <i>The presentation of self in everyday life.</i> ..	6
HOMANS, G. C. (1961): <i>Social behavior: its elementary forms.</i> ..	6
KELLEY, H. H. (1967) <i>Attribution theory in social psychology.</i> ...	6
LEWIN, K. (1926): <i>Comments concerning psychological forces and energies, and the structure of the psyche.</i> .....	6
ROKEACH, M. (1960): <i>The open and closed mind.</i> .....	6
SCHACHTER, S. (1959): <i>The psychology of affiliation.</i> .....	6
THIBAUT, J. W.; KELLEY, H. H. (1959): <i>The social psychology of groups.</i> .....	6
ZAJONC, R. B. (1980): <i>Feeling and thinking: preferences need no inferences.</i> .....	6
ASCH, S. E. (1956): <i>Studies on independence and conformity: a minority of one against a unanimous majority.</i> .....	5
ASCH, S. E. (1952): <i>Social psychology.</i> .....	5
BOWERS, K. S. (1973): <i>Situationism in psychology: an analysis and critique.</i> .....	5
JANIS, I. L.; MANN, L. (1977): <i>Decision making: a psychological analysis of conflict, choice, and commitment.</i> .....	5
JONES, E. E.; NISBETT, R. E. (1972): <i>The actor and the observer: divergent perceptions of the cause of behavior.</i> .....	5
KIESLER, C. A. (1971): <i>The psychology of commitment:</i>	

experiments linking behavior to self. ....	5
KUHN, T. (1962): <i>The structure of scientific revolutions</i> . ....	5
LANGER, E. J. (1978): <i>Rethinking the role of thought in social interaction</i> . ....	5
MCGUIRE, W. J. (1969): <i>The nature of attitudes and attitude change</i> . ....	5
MEAD, G. H. (1934): <i>Mind, self and society</i> . ....	5
MILLER, R. L.; BRICKMAN, P.; BOLEN, D. (1975): <i>Attribution versus persuasion as a means for modifying behavior</i> . ....	5
ROSENTHAL, R. (1966): <i>Experimenter effects in behavioral research</i> . ....	5
SCHUMAN, H.; JOHNSON, M. (1976): <i>Attitudes and behavior</i> . ....	5
SELIGMAN, M. E. P. (1975): <i>Helplessness</i> . ....	5
SNYDER, M.; SWANN, W. B. (1978): <i>Behavioral confirmation in social interaction: from social perception to social reality</i> . ....	5
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1975): <i>Point of view and perceptions of causality</i> . ....	5
TVERSKY, A.; KAHNEMAN, D. (1974): <i>Judgement under uncertainty: heuristics and biases</i> . ....	5
WEBB, E. J. et al. (1966): <i>Unobstrusive measures: nonreactive research in the social sciences</i> . ....	5

A pesar de que la orientación general del *Handbook* puede calificarse de individualista y de experimentalista, llama la atención el hecho de que los únicos autores citados entre los que contribuyeron decisivamente a la emergencia de la psicología social sean William **James** y George Herbert **Mead**. Esta referencia histórica da testimonio a la vez del «olvido» en que se mantiene a los iniciadores europeos de la psicología social, tales como Tarde o Wundt, y de la huella que han dejado los inspiradores del Interaccionismo Simbólico.

También llama la atención el que la obra de Theodore **Adorno** sobre *La personalidad autoritaria* siga ocupando un lugar destacado a pesar de las contundentes críticas que anularon prácticamente su validez metodológica. Entre los «históricos» de la psicología social, tan sólo están presentes los teóricos encuadrados en la **orientación socio-gestáltica (Heider, Lewin, Asch)**, con la sorprendente ausencia de autores como Floïd **Allport**, Gardner **Murphy**, o Muzaffer **Sherif**. Por otra parte, junto con la referencia a algunas obras clave de las orientaciones conductistas (**Bandura, Bem, Homans, Zajonc...**), llama la atención el predominio de textos relacionados con las **teorías de la atribución** y con el **socio-**

**cognitivismo.** Por fin, vale la pena señalar que la preocupación epistemológica está representada por las referencias a Thomas **Kuhn** y por la presencia del influyente artículo de Kenneth Gergen sobre la psicología social como historia, que parece haberse constituido en un punto de referencia obligado.

Entre los textos que he presentado figuran 23 libros, 9 capítulos de libros y 13 artículos. Es interesante observar que el capítulo más referenciado es el de Daryl **Bem** sobre la **teoría de la auto-percepción**, y que los que le siguen inmediatamente hacen referencia esencialmente a la **teoría de la atribución**. Entre los artículos más citados, destaca el de **Festinger** sobre la **teoría de la comparación social**, seguido por el de su alumno **Schachter** y por el alumno de este último R. E. **Nisbett**. Si descartamos el texto crítico de Gergen, el de Bowers sobre la polémica «persona/situación», y un par de textos sobre influencia y sobre actitudes, **todos** los artículos hacen referencia a los **procesos cognitivos** que intervienen en los fenómenos de la influencia social, de los procesos de atribución, o de la auto-percepción de las emociones, evidenciando de esta forma la incontestable realidad del «**giro cognitivista**» que ha experimentado la psicología social contemporánea.

De los 301 textos que he seleccionado, 130 fueron publicados con anterioridad a 1970 (véase el capítulo anterior para un análisis de los textos correspondientes a ese período), y 171 pertenecen a lo que hemos definido como el momento contemporáneo de la psicología social, evidenciando el hecho de que los psicólogos sociales se nutren esencialmente de las aportaciones realizadas en el momento presente de su disciplina.

Para no excederme en la presentación de listados bibliográficos, volveré a la submuestra compuesta por los 45 textos más frecuentemente citados. Podemos observar que la proporción de textos «contemporáneos» desciende ligeramente, como es comprensible, pero que más de la mitad de las referencias (23 textos) pertenecen al período actual. El siguiente listado nos confirma ampliamente la aplastante preeminencia de la **teoría de la atribución** y de la psicología social de los **procesos cognitivos**.

#### Textos posteriores a 1969 que son citados un mínimo de 5 veces

BEM, S. (1972): <i>Self-perception theory</i> . .....	9
SCHANK, R. C.; ABELSON, R. P. (1977): <i>Scripts, plans, goals, and understanding</i> . .....	9
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1978): <i>Saliency attention and attribution: top of the head phenomena</i> . .....	9

BANDURA, A. (1977): <i>Social learning theory.</i> .....	8
COOK, T. D.; CAMPBELL, D. T. (1979): <i>Quasi-experimentation: design and analysis issues for field settings.</i> ....	8
FISHBEIN, M.; AJZEN, I. (1975): <i>Belief, attitude, intention and behavior: an introduction to theory and research.</i> .....	8
NISBETT, R. E.; ROSS, L. (1980): <i>Human inference: strategies and shortcomings of social judgement.</i> .....	8
NISBETT, R. E.; WILSON, T. D. (1977): <i>Telling more than we can know: verbal reports on mental processes.</i> .....	8
ROSS, L. (1977): <i>The intuitive psychologist and his shortcomings: distortions in the attribution process.</i> .....	8
SNYDER, M.; TANKE, E. D.; BERSCHIED, E. (1977): <i>Social perception and interpersonal behavior: on the self-fulfilling nature of social stereotypes.</i> .....	8
GERGEN, K. G. (1973): <i>Social psychology as history.</i> .....	6
ZAJONC, R. B. (1980): <i>Feeling and thinking: preferences need no inferences.</i> .....	6
BOWERS, K. S. (1973): <i>Situationism in psychology: an analysis and critique.</i> .....	5
JANIS, I. L.; MANN, L. (1977): <i>Decision making: a psychological analysis of conflict, choice, and commitment.</i> .....	5
JONES, E. E.; NISBETT, R. E. (1972): <i>The actor and the observer: divergent perceptions of the cause of behavior.</i> .....	5
KIESLER, C. A. (1971): <i>The psychology of commitment: experiments linking behavior to self.</i> .....	5
LANGER, E. J. (1978): <i>Rethinking the role of thought in social interaction.</i> .....	5
MILLER, R. L.; BRICKMAN, P.; BOLEN, D. (1975): <i>Attribution versus persuasion as a means for modifying behavior.</i> .....	5
SCHUMAN, H.; JOHNSON, M. (1976): <i>Attitudes and behavior.</i> .....	5
SELIGMAN, M. E. P. (1975): <i>Helplessness.</i> .....	5
SNYDER, M.; SWANN, W. B. (1978): <i>Behavioral confirmation in social interaction: from social perception to social reality.</i> .....	5
TAYLOR, S. E.; FISKE, S. T. (1975): <i>Point of view and perceptions of causality.</i> .....	5
TVERSKY, A.; KAHNEMAN, D. (1974): <i>Judgement under uncertainty: heuristics and biases.</i> .....	5

La información presentada hasta aquí, centrada en los textos aparentemente más influyentes en el momento actual, debe ser completada con

otro tipo de análisis, centrado esta vez sobre los autores a los que se cita con mayor frecuencia. No se trata tanto de rendir pleitesía a la «notoriedad» personal, como de calibrar la influencia de las orientaciones teóricas y de los intereses temáticos representados por esos autores. En efecto, la influencia que puede tener un autor no queda recogida en la presentación de los textos más frecuentemente citados, ya que en lugar de haber ofrecido, como por ejemplo Heider, un texto fundamental, puede darse el caso de que la frecuencia con la que se menta la aportación de un autor esté distribuida sobre un conjunto de textos diferentes, impidiendo de esta forma que se ponga de manifiesto su influencia real. Pero antes de presentar los datos, conviene efectuar ciertas precisiones. En primer lugar, he seguido utilizando para la «lista de autores» las 301 referencias que aparecen en un mínimo de 3 capítulos del *Handbook* en lugar de utilizar el listado bibliográfico en su totalidad. Esto puede introducir alguna distorsión, pero el motivo de esta decisión es claro: se trata de la forma menos costosa para evitar el sesgo debido a las auto-referencias (téngase en cuenta que McGuire, por ejemplo, cita en su capítulo nada menos que 32 publicaciones suyas, sin contar aquellas en que figura como co-autor), o el sesgo introducido por la especial predilección de un autor por un determinado investigador. En segundo lugar, tan sólo he contabilizado el primer autor cuando las citas hacían referencia a trabajos publicados colectivamente. Los criterios de simplificación del trabajo son los únicos que se pueden aducir en este caso para justificar el pequeño sesgo que puede derivarse de ello. Por fin, aunque se dispone de la lista de todos los autores y primeros autores más frecuentemente citados, me limitaré a presentar a continuación aquellos que son referenciados por su contribución a la psicología social con **más de un texto**. Así, 53 autores son mencionados en 3 capítulos como mínimo, en base a un mínimo de 2 de sus textos.

### **Lista de los autores citados por su contribución con más de 1 texto**

- |                   |                    |
|-------------------|--------------------|
| 1. FESTINGER, L.  | 10. HEIDER, F.     |
| 2. JONES, E. E.   | 11. ROSS, L.       |
| 3. TAYLOR, S. E.  | 12. BEM, D. J.     |
| 4. ARONSON, E.    | 13. KELLEY, H. H.  |
| 5. SNYDER, M.     | 14. ROSENTHAL, R.  |
| 6. GOFFMAN, E.    | 15. ALLPORT, G. W. |
| 7. NISBETT, R. E. | 16. ASCH, S. E.    |
| 8. SCHACHTER, S.  | 17. BERKOWITZ, L.  |
| 9. BEM, S. L.     | 18. LANGER, E. J.  |

19. AJZEN, I.
20. BANDURA, A.
21. COOK, T. D.
22. TVERSKY, A.
23. ABELSON, R. P.
24. BREHM, J. W.
25. FISHBEIN, M.
26. HOVLAND, C. I.
27. MILGRAM, S.
28. SHERIF, M.
29. SNYDER, M. L.
30. CAMPBELL, D. T.
31. JANIS, I. L.
32. LEWIN, K.
33. NEWCOMB, T. M.
34. ROKEACH, M.
35. ZAJONC, R. B.
36. MCGUIRE, W. J.
37. SCHUMAN, H.
38. DARLEY, J. M.
39. HIGGINS, E. T.
40. LEPPER, M. R.
41. MISCHEL, W.
42. OSGOOD, C. E.
43. ANDERSON, N. H.
44. BRUNER, J. S.
45. CONVERSE, P. E.
46. CHAPMAN, L. J.
47. FESTINGER, L.
48. FISKE, S. T.
49. FREEDMAN, J. L.
50. HAMILTON, D. L.
51. ISEN, A. M.
52. MCCLELLAND, D. C.
53. SCHNEIDER, D. J.

Dadas las características de la psicología social norteamericana, no es sorprendente que no figure **ningún autor europeo** en esta relación (hay que bajar muchos rangos para encontrar mencionado, por ejemplo, a Rom Harré), pero lo que sí es sorprendente es encontrar a Erving **Goffman** entre los autores más citados. Exceptuando este caso particular, se puede comprobar que el grupo de cabeza está compuesto por los **discípulos del tandem Lewin/Heider**. Más concretamente, la filiación dominante arranca de Lewin/Heider, pasando por Festinger, y luego por su discípulo Stanley Schachter, quien forma, por ejemplo, a Nisbett y a Ross.

El análisis en función del número de textos distintos que son citados para cada uno de los 53 autores más preeminentes, nos proporciona el siguiente listado, en el que se puede ver por ejemplo que Aronson es el autor del que se citan un mayor número de publicaciones distintas.

#### **Lista de los autores más citados, ordenados por el número de sus textos que se citan**

1. ARONSON, E.
2. JONES, E. E.
3. FESTINGER, L.
4. GOFFMAN, E.
5. SNYDER, M.
6. TAYLOR, S. E.

7. BEM, D. J.
8. ALLPORT, G. W.
9. BEM, S. L.
10. BERKOWITZ, L.
11. KELLEY, H. H.
12. NISBETT, R. E.
13. ROSS, L.
14. SCHACHTER, S.
15. ABELSON, R. P.
16. AJZEN, I.
17. ASCH, S. E.
18. BREHM, J. W.
19. CAMPBELL, D. T.
20. HEIDER, F.
21. HOVLAND, C. I.
22. LANGER, E. J.
23. MILGRAM, S.
24. NEWCOMB, T. M.
25. ROSENTHAL, R.
26. SHERIF, M.
27. SNYDER, M. L.
28. TVERSKY, A.
29. ANDERSON, N. H.
30. BANDURA, A.
31. BRUNER, J. S.
32. CONVERSE, P. E.
33. COOK, T. D.
34. CHAPMAN, L. J.
35. DARLEY, J. M.
36. FESTINGER, L.
37. FISHBEIN, M.
38. FISKE, S. T.
39. FREEDMAN, J. L.
40. HAMILTON, D. L.
41. HIGGINS, E. T.
42. ISEN, A. M.
43. JANIS, I. L.
44. LEPPER, M. R.
45. LEWIN, K.
46. MCCLELLAND, D. C.
47. MCGUIRE, W. J.
48. MISCHEL, W.
49. OSGOOD, C. E.
50. ROKEACH, M.
51. SCHNEIDER, D. J.
52. SCHUMAN, H.
53. ZAJONC, R. B.

Aunque las variaciones son naturalmente escasas en relación al anterior listado, se puede comprobar cómo «suben» autores menos cognitivistas como Daryl Bem, Leonard Berkowitz, o Muzafer Sherif.

Para finalizar esta primera aproximación, señalemos que los compendios en los que aparecen los capítulos más frecuentemente citados son, en primera posición, y con mucha diferencia, la serie de los *Advances in Experimental Social Psychology* de Leonard Berkowitz, seguida de los *Nebraska Symposium on Motivation* y, por fin, del propio *Handbook* en sus anteriores ediciones. Así mismo, las revistas que son citadas con mayor frecuencia son las siguientes:

Revista	Nº citas	Nº textos distintos
<i>Journal of Personality and Social Psychology</i>	156	45
<i>Psychological Review</i>	69	18

<i>Journal of Experimental Social Psychology</i>	64	19
<i>American Psychologist</i>	29	8
<i>Journal of Abnormal Social Psychology</i>	29	9
<i>Psychological Bulletin</i>	25	8
<i>Human Relations</i>	13	2
<i>Sociometry</i>	12	4
<i>Science</i>	11	3
<i>Psychological Monographs</i>	10	3
<i>Journal of Abnormal Psychology</i>	9	3
<i>Journal of Personality</i>	6	2
<i>Public Opinion Quarterly</i>	6	2

## 5.2. Aproximación a algunas características de la evolución de la psicología social contemporánea a partir de la comparación entre los *Handbook* 1968/69 y 1985

La diferencia de formato entre las dos ediciones del *Handbook* no permite utilizar cifras absolutas para efectuar las comparaciones. En efecto, se pasa de 5 volúmenes y 45 capítulos en 1968/69 a 2 volúmenes y 30 capítulos en 1985. Estas dificultades, junto con la finalidad puramente comparativa de este apartado, me han incitado a efectuar un análisis mucho más simple que en el apartado anterior, limitándome a comparar la **frecuencia de citas** a los autores en una y otra edición. Utilizando un criterio menos fino que en el caso anterior, he recurrido a la frecuencia con la cual los diversos autores son citados, ya no en las bibliografías, sino en el cuerpo mismo de los capítulos. Esto explica que los datos que presento para la edición de 1985 sean distintos a los que he analizado en el apartado anterior.

### a) Lista de los 22 autores más citados en cada una de las dos ediciones del *Handbook*

Denominaré de ahora en adelante este grupo como el «grupo A». (Mi intención era seleccionar a los 20 autores más citados, pero la presencia de «ex-aequo» me ha obligado a incluir 22 autores en el listado.)

	Edición de 1968/1969	Edición de 1985
1	Festinger, L.	Kelley, H. H.
2	Kelley, H. H.	Jones, E. E.

3	Hovland, C. I.	Campbell, D. T.
4	Newcomb, T. M.	Festinger, L.
5	Campbell, D. T.	Nisbett, R. E.
6	Berkowitz, L.	Aronson, E.
7	Allport, G. W.	Ross, L.
8	Sherif, M.	Janis, I. L.
9	Freud, S.	Tversky, A.
10	Janis, I. L.	Cook, T. D.
11	Asch, S. E.	Schachter, S.
12	Lazarsfeld, P. F.	Heider, F.
13	Deutsch, M.	Taylor, S. E.
14	Sears, R. R.	Abelson, R. P.
15	Aronson, E.	Asch, S. E.
16	Miller, M. E.	Goffman, E.
17	Osgood, C. E.	Kahneman, D.
18	Abelson, R. P.	Snyder, M.
19	Cartwright, D.	Mischel, W.
20	Schachter, S.	Bandura, A.
21	Lewin, K.	Lewin, K.
22	MacCoby, E. E.	Fishbein, M.

Es interesante observar que existe un bloque de 9 autores que se mantienen en el «grupo A» de las dos ediciones. En este bloque de «estrellas» fijas figuran por ejemplo **Festinger, Lewin, Kelley** y **Schachter**. Así mismo, 12 autores desaparecen del «grupo A» en la edición de 1985, entre ellos **Freud, Hovland** y **Sherif**. Por contra, pasan a ocupar un primer puesto en la edición de 1985, 13 nuevos autores, entre los que figuran **Heider, Jones, Nisbett, Ross** y, sorprendentemente, Erving **Goffman**. Un análisis más detenido de las diferencias entre la primera y la segunda lista nos indica que:

- la influencia de los «padres fundadores» de la moderna psicología social se desplaza desde Kurt Lewin hacia Fritz Heider,
- se afianza considerablemente la presencia de la teoría de la atribución y del socio-cognitivismo (Nisbett, Ross, Snyder, Taylor, Tversky, etc.),
- las orientaciones más nítidamente conductistas (Hovland, Miller) son sustituidas por orientaciones menos ortodoxas, como la de Bandura,
- aparece con Goffman un claro representante de la orientación sociológica.

**b) Lista de los 20 autores más citados en cada edición, después del grupo de cabeza**

De ahora en adelante denominaré este grupo como «Grupo B».

	<b>Edición de 1968/1969</b>	<b>Edición de 1985</b>
1	Walters, R. H.	Ajzen, I.
2	McGuire, W. J.	Wicklund, R. A.
3	Cohen, A. R.	Langer, E. J.
4	Tannenbaum, P. H.	Zanna, M. P. ,
5	Dollard, J.	Zajonc, R. B.
6	Simon, H. A.	Berkowitz, L.
7	Child, I. L.	Anderson, N. H.
8	Bandura, A.	Sherif, M.
9	Campbell, A. A.	Milgram, S.
10	Zajonc, R. B.	Hovland, C. I.
11	Lindzey, G.	Darley, T. M.
12	Brown, R. W.	Allport, G. W.
13	French, J. R. P. Jr.	Walster, E.
14	Rosenberg, M. J.	Fiske, S. T. P.
15	McClelland, D. D.	Brehm, J. W.
16	Brehm, J. W.	McGuire, W. J.
17	Guertzkow, H.	Gerard, H. B.
18	Heider, F.	Mann, L.
19	Lippitt, R.	Bem, D. J.
20	Gerard, H. B.	Rokeach, M.

Cuatro autores mantienen su situación en el «grupo B» entre 1968 y 1985, se trata de Brehm, de Gerard, de McGuire y de Zajonc, mientras que otros cuatro retroceden desde el grupo A en 1968 hasta el grupo B en 1985 (G. W. Allport, Berkowitz, Hovland y Sherif). Bandura y Heider mejoran su posición, pasando del grupo B en 1968 al grupo A en 1985.

Una larga lista de 14 autores que figuraban en el grupo B en 1968 desaparecen en 1985, entre ellos destacan, por ejemplo, John Dollard, Ronald Lippitt y David McClelland. En su lugar, aparecen nuevos nombres como los de Bem, Darley, Milgram, Walster (que pasó a llamarse Hatfield por matrimonio) y Zanna.

Los cambios intervenidos en el grupo B, indican claramente una progresiva sustitución de los autores que trabajaban en la línea del Instituto de Relaciones Humanas de Yale, y de algunos de los primeros colabora-

dores de Lewin (French, Lippitt) por jóvenes investigadores de talante cognitivista. La influencia neo-hulliana se agota prácticamente, dejando paso a versiones sumamente heterodoxas del conductismo (Bandura) o a brillantes traducciones psicosociales del conductismo radical (Bem). Así mismo, la influencia de Lewin parece difuminarse ante la versión más «cognitivista» del socio-gestaltismo que proporcionó en su tiempo Fritz Heider.

### **c) Observaciones de conjunto sobre los cambios intervenidos entre 1968 y 1985 (grupos «A» y «B»)**

Los datos más llamativos provienen evidentemente de la comparación entre las situaciones más extremas. En este sentido, me ha parecido interesante presentar dos grupos de investigadores que han experimentado modificaciones drásticas, aunque de signo inverso. Se trata, en primer lugar, de una serie de autores que figuraban en 1968 en el grupo de mayor notoriedad y que ni siquiera aparecen en el segundo grupo quince años más tarde. Se trata, en segundo lugar, de aquellos investigadores que irrumpen en el grupo de cabeza en 1985 cuando ni siquiera figuraban en el segundo grupo en 1968.

#### **Autores que pasan de una primera posición en 1968 a no estar presentes ni siquiera en el segundo grupo en 1985**

- Cartwright, D.
- Deutsch, M.
- Freud, S.
- Lazarsfeld, P. F.
- MacCoby, E. E.
- Miller, M. E.
- Newcomb, T. M.
- Osgood, C. E.
- Sears, R. R.

#### **Autores que irrumpen en primera posición en 1985 cuando no estaban ni siquiera en el segundo grupo en 1968**

- Cook, T. D.
- Goffman, E.
- Jones, E. E.
- Kahneman, D.

- Mischel, W.
- Nisbett, R. E.
- Ross, L.
- Snyder, M.
- Taylor, S. E.
- Tversky, A.
- Fishbein, M.

Se confirma, pues, la pérdida de influencia de los primeros colaboradores de Lewin y de la orientación hullaiana de Yale, a la vez que el ascenso de la línea que emana de Heider y de Schachter.

### 5.3. Examen de las modificaciones introducidas en algunos manuales de psicología social

En esta misma línea, que consiste en intentar captar indicadores de evolución de la psicología social contemporánea, parece interesante comparar las últimas ediciones de algunos de los manuales de mayor notoriedad, con sus ediciones anteriores. No he buscado ningún acercamiento a la «representatividad», con lo cual este análisis es puramente sugestivo. Los manuales seleccionados son los siguientes:

- Baron, R. A.; Byrne, D. (1987): *Social psychology. Understanding human interaction*. 5th Ed. Bodton, Allyn and Bacon.
- Deaux, K.; Wrightsman, L. S. (1988): *Social psychology*. 5th Ed. Pacific Grove, Calif., Brooks/Cole.
- Gergen, K. J.; Gergen, M. M. (1986): *Social psychology*. 2th Ed. New York, Springer-Verlag.
- Worchel, S.; Cooper, J. G.; George, R. (1988): *Understanding social psychology*. 4th Ed. Chicago, Dorsey Press.

El manual de Baron y Byrne, publicado por primera vez en 1974, ha alcanzado su quinta edición y se presenta como el manual que más se ha vendido en toda la historia de la psicología social. La edición de 1987 es una revisión de la anterior de 1984. ¿En qué han consistido los cambios? Aparte de añadir una extensa serie de nuevos temas, entre los que figuran por ejemplo «las aplicaciones prácticas de la **teoría de la atribución**», o «**la influencia minoritaria**», los autores señalan dos importantes cambios de énfasis: a) mayor énfasis en los **aspectos cognitivos** de la psicología social y b) mayor atención a **las aplicaciones** del conocimiento

psicosocial. Según los autores, estos cambios, que no afectan a la estructura anterior del manual, pero sí a los contenidos de los diversos capítulos, reflejan los desarrollos acaecidos en la psicología social durante los últimos años.

El manual de Deaux y Wrightsman, constituye una revisión de su anterior *La psicología social en los ochenta*, publicado en 1984, y también cambia ya, como el de Baron y Byrne, por su quinta edición. ¿En qué difieren las ediciones de 1984 y de 1988? No hay aquí tampoco cambios en la estructura del manual, pero los autores señalan seis aspectos que han sido desarrollados ahora con mayor énfasis que en la versión anterior:

- el **conocimiento social**;
- el **self**;
- la naturaleza humana como resultado de la interacción social, lo cual ha exigido desarrollar los conceptos de **rol**, de **norma** y de **status**;
- las relaciones **inter-grupos**, en las que se incluyen tópicos como la **identidad social** y la **categorización**;
- los **problemas sociales**, tales como el racismo, el sexismo o los prejuicios;
- las **aplicaciones** de la psicología social.

El manual de Gergen y Gergen tan sólo está en su segunda edición, pero las diferencias con la primera edición, publicada en 1981, afectan la estructura misma del manual. Se añaden, en efecto, dos nuevos capítulos:

- un capítulo sobre el **self**, en el que se presta especial interés al fenómeno de las **emociones**;
- un capítulo, de carácter **aplicado**, sobre la salud.

Los dos capítulos que han sido sustituidos versaban sobre la moralidad en el pensamiento y en la acción, y sobre liderazgo, poder y control, integrándose en parte su contenido en otros capítulos.

Los autores señalan también un mayor énfasis sobre las contribuciones de la psicología social  **europea** y la inclusión de una serie de nuevos tópicos, como por ejemplo, el **meta-análisis**, las **representaciones sociales**, o la **psicología social histórica**.

Por fin, el texto de Worchel, Cooper y George, cuya primera edición se realizó en 1976, constituye en su cuarta edición una revisión del manual de 1983. En esta edición de 1988 hay importantes cambios. Se da una mayor cobertura a los aspectos **motivacionales** y **cognitivos**, a la vez que a la temática del **self** y a la de las relaciones **inter-grupos**. También se expande el área de las **aplicaciones** de la psicología social. Por fin, se insiste en las referencias a las situaciones de la **vida cotidiana**.

El análisis del conjunto de modificaciones que presentan las más recientes

reediciones de este influyente conjunto de manuales es sumamente instructivo:

- como consecuencia quizá de la «crisis» de la psicología social, se presta una especial atención, en todos los casos, a la «**relevancia**» de la disciplina, ofreciendo numerosos ejemplos de «**aplicaciones**»;
- el «**giro cognitivista**» de la psicología social aparece con fuerza, pero también se empieza a prestar una mayor atención a los aspectos **motivacionales** y a las **emociones**;
- aparecen algunos de los temas desarrollados en la **psicología social europea**;
- junto con el «giro cognitivista», la temática del **self** se impone con una innegable vitalidad;
- se presta mayor atención a los aspectos supra-individuales, como por ejemplo el tema de las **relaciones inter-grupales**;
- empiezan a aparecer referencias a los procesos de la «**vida cotidiana**».

Este conjunto de elementos concuerda bastante bien con las informaciones elaboradas a partir del análisis bibliográfico del Handbook.

#### 5.4. Elementos de reflexión

A partir de mediados de los setenta, los psicólogos sociales declaran reiteradamente su preocupación por las **aplicaciones** de la psicología social, y ponen un empeño real en demostrar la pertinencia social que tienen los resultados de sus investigaciones. Sin embargo, no hacen con esto sino volver a conectar con lo que siempre fue un tema muy sensible en la disciplina. No hay que olvidar que uno de los acicates para las investigaciones de Moreno, de Murphy, de Sherif, de Asch, o de Lewin consistía precisamente en ayudar a resolver una serie de problemas que azotaban, según ellos, a la sociedad de su tiempo.

Lewin puso un especial énfasis en ello, y puede parecer extraño, por ejemplo, que el renovado interés por las aplicaciones de la psicología social no se centre con mayor atención en su fructífero concepto de «investigación-acción». Tampoco hay que olvidar que una de las razones del despegue de la psicología social después de la Segunda Guerra Mundial radica precisamente en que supo demostrar su utilidad durante el período bélico.

Quizás, el ritualismo metodológico de los años 1955 a 1970 hizo que se descuidase la proyección social de los conocimientos psicosociales y, sin duda alguna, la crisis que cerró esa época sirvió para **reanudar** una

vieja tradición de la disciplina, pero no se puede decir sin embargo que la focalización actual sobre las «aplicaciones» constituya una **nueva** dimensión, propia de la psicología social contemporánea.

Dejando aparte el tema de las aplicaciones, parece que lo que caracteriza más profundamente al momento actual de la disciplina pueda resumirse en las siguientes consideraciones:

a) Bajo la influencia de una serie de factores, algunos de origen interno y otros de origen externo, en cuyo análisis no me detendré aquí, la tradición socio-gestaltista ha evolucionado hacia una acentuación de sus rasgos **cognitivistas** y **fenomenológicos**. Esto significa que el legado de Fritz **Heider** tiende a prevalecer sobre la orientación más motivacional y dinámica de Kurt **Lewin**. Un aspecto de esta evolución conduce sin duda hacia un mayor **individualismo** de la psicología social, que tiende a centrarse aún más sobre lo que ocurre en la «cabeza» de las personas. En efecto, frente al interés lewiniano por las totalidades grupales, Heider siempre privilegió las **inferencias individuales** y las relaciones entre los individuos. Pero esta evolución presenta también otras características. La acentuación de las dimensiones fenomenológicas del socio-gestaltismo conduce a la disciplina, muy especialmente a través de las teorías de la atribución, a un acercamiento hacia las posturas tradicionalmente desarrolladas por el **interaccionismo simbólico**. El «redescubrimiento» del **self** por la psicología social contemporánea (Hales, 1985) apunta hacia una posible ruptura del ostracismo entre las dos grandes corrientes de la psicología social: el interaccionismo simbólico y el socio-gestaltismo. Se dibujan así dos grandes líneas de desarrollo: una, fuertemente individualista, experimentalista y psicologista, centrada sobre el análisis de los **mecanismos inferenciales** en sus aspectos socialmente pertinentes, otra, más ecléctica metodológicamente, y más «social», centrada sobre el conocimiento social en relación con la **construcción del self** y sus interacciones con la realidad social.

b) Esa orientación fenomenológica, junto con el énfasis de Heider sobre el **sentido común** o «psicología ingenua», y con la creciente influencia del segundo Wittgenstein en el pensamiento filosófico, orienta la psicología social hacia unos planteamientos focalizados sobre el mundo de la «**vida cotidiana**», del **pensamiento «ordinario**» y de las relaciones «usuales». Las consecuencias metodológicas de esta nueva orientación no deberían tardar en manifestarse.

c) Quizá sea cierto que la crisis no ha sido sino una «perturbación menor», sin embargo, las reiteradas críticas, europeas entre otras, ante el escaso carácter «**social**» de la psicología social, parecen dibujar una evolución hacia temas que sólo se pueden enfocar desde una perspectiva

fuertemente social, como es, por ejemplo, el tema de las **relaciones entre grupos**.

d) Aunque de forma tímida, la psicología social dominante parece empezar a prestar un oído más atento a las elaboraciones teóricas que se realizan en el seno de la **psicología social europea**.

e) Schachter, uno de los investigadores que fomentaron a través de sus aportaciones el actual interés por la cognición social, relacionó siempre de forma muy directa los factores cognitivos con los estados emocionales. La notable influencia de Schachter se ha unido probablemente con otros factores, como por ejemplo, un posible ejemplo de contraste con la hegemonía, casi agobiante, de los estudios sobre la cognición, para propiciar un creciente interés, tanto en Europa como en Estados Unidos, por el fenómeno de la afectividad y de las **emociones**.

Los materiales a los que he recurrido para bosquejar el momento actual de la psicología social tan sólo podían proporcionar una imagen parcial de la disciplina. No cabe duda de que esta visión habría resultado muy distinta si hubiera recurrido a los textos generales de la corriente interaccionista simbólica, o si me hubiera centrado sobre las producciones de la psicología social europea. Así mismo, la imagen de la psicología social sería muy distinta si, por inadvertencia o deliberadamente, hubiera echado mano de la considerable literatura «alternativa» que está creciendo al lado de la psicología social académicamente dominante. Las fuentes a las que he recurrido son efectivamente más idóneas para alcanzar una visión fidedigna del estado en que se halla la parte **mayoritaria** de la psicología social. Sin embargo, si se quiere alcanzar una representación más completa, y por lo tanto más exacta de la situación de la disciplina, es preciso «compensar» la información acumulada hasta ahora con un análisis del momento actual tal y como se presenta:

- a) en la **orientación simbólica**,
- b) en la **psicología social europea**,
- c) en las producciones de las **corrientes alternativas**.

Esto es precisamente lo que intentaré hacer a continuación, no sin antes dedicar un análisis más pormenorizado a lo que parece constituir el tema clave de la psicología social contemporánea, es decir, el tema de la **cognición social**.

## 6. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

### I. LA «COGNICIÓN SOCIAL»

La mayoría de los comentarios que versan sobre las características de la psicología social, en estos últimos años, coinciden en afirmar que la disciplina «se ha vuelto **cognitiva**». Así, por ejemplo, podemos leer que:

«El reconocimiento de que la psicología social se ha vuelto cognitiva parece ser unánime» (Graumann y Sommer, 1984, p. 31).

O en palabras más tajantes:

«La adopción del punto de vista cognitivo entre los psicólogos sociales ha sido tan absoluto que resulta harto difícil para muchos de los que trabajan en esta disciplina concebir una alternativa viable» (Markus y Zajonc, 1985, p. 137).

Markus y Zajonc añaden incluso, un poco más adelante, que ya no es posible definir actualmente la psicología social como el estudio de las **conductas sociales**, y que es mucho más exacto presentarla como el estudio de la **mente social**. A la luz de estas consideraciones, parece obvio que no se puede entender adecuadamente las características definitorias de la

psicología social contemporánea sin antes analizar detenidamente el «giro cognitivista» de la disciplina.

### 6.1. La «cognición social»

Aunque los inicios de la orientación cognitiva en psicología son mucho más remotos (Seoane, 1982, 1985a), es habitual fechar su aparición formal en esa disciplina en el año 1967, cuando aparece el libro programático de Ulrich Neisser, titulado precisamente *Psicología cognitiva* (Neisser, 1967). No se dispone en psicología social de parecido punto de referencia iniciático, pero se suele considerar que el auge de la psicología social cognitiva, entendida en sentido estricto, comienza hacia mediados de los setenta con la publicación de libros tales como por ejemplo el que editan **Carroll y Payne** bajo el título de *Cognición y conducta social* (Carroll y Payne, 1976), aunque es preciso reconocer que otros autores, como por ejemplo **Stotland y Canon**, ya se habían anticipado unos pocos años antes presentando un manual de psicología social de orientación claramente cognitivista titulado *Psicología social. Un enfoque cognitivo* (Stotland y Canon, 1972). A partir de esas fechas, el desarrollo de la psicología social cognitiva es fulminante, llegando a constituirse en el **centro de gravedad** de la disciplina a partir de los años ochenta. En 1982 se crea la revista *Social Cognition*, dedicada específicamente a una orientación que se ha extendido ya por aquel entonces hasta cubrir todos los grandes tópicos tradicionales de la psicología social. Así por ejemplo, en el campo de los procesos de influencia aparecen una serie de teorías cognitivistas, como la teoría del «Análisis de la Respuesta Cognitiva» (Greenwald, 1981; Petty y Cacioppo, 1981), y en 1984, las investigadoras Alice **Eagly** y Shelly **Chaiken** disponen ya de suficiente material sobre el tema para dedicar en los «Advances» de Leonard Berkowitz, un extenso capítulo a las **Teorías Cognitivas de la Persuasión** (Eagly y Chaiken, 1984).

Situaciones parecidas se dan en relación con otros tópicos clásicos de la psicología social, como el Self, los Estereotipos, o la Percepción Social, y en 1984 A. S. **Wyer** y T. K. **Srull** pueden editar un auténtico «Handbook» de psicología social cognitiva que cuenta con varios volúmenes (Wyer y Srull, 1984).

Este carácter omnicompreensivo del cognitivismo social marca un cambio notable en relación a lo que fueron las primeras características del «movimiento» cognitivo en el seno de la psicología social. En efecto, el calificativo de «cognitivo» se limitó en un primer momento a designar un **área de investigación** centrada sobre el estudio de los procesos cognitivos, al

igual que otras se centran sobre las motivaciones, el aprendizaje o las conductas sociales. Más adelante, se designó con el rótulo de «cognitivo» un enfoque teórico particular que contraponía sus **«teorías cognitivas»** a las teorías de corte psicoanalítico o conductista. Distanciándose de esa serie de conceptualizaciones restrictivas, el cognitivismo pasó a designar, a finales de los setenta, un auténtico paradigma, o principio de investigación, susceptible de abarcar el conjunto de los procesos psicosociales, como muy bien lo proclaman, por ejemplo, Srull y Wyer:

«Creemos que la psicología social cognitiva, o la cognición social, es realmente un enfoque meta-teórico para el estudio de los fenómenos psicosociales» (Srull y Wyer, 1984, p. 78).

Este enfoque meta-teórico descansa fuertemente sobre un modelo de hombre como «procesador de información», articulándose, por lo tanto, en torno a la **metáfora del ordenador** que subyace en las modernas y vigorosas «Ciencias Cognitivas». Es interesante anotar que una de las implicaciones de este principio general de investigación consiste, en palabras de Edward Jones, en «anular la separación y las diferencias entre la psicología y la psicología social». El cognitivismo se presenta de esta forma como un principio unificador y transdisciplinar, como muy bien da a entender Hastie en 1980:

«... queremos promover el desarrollo de la metáfora del procesamiento de la información como un vehículo teórico común para las ciencias psicológicas» (Hastie y otros 1980).

Esa misma metáfora del ordenador conduce a conceptualizar la cognición humana en términos de «hardware» y de «software», es decir, en términos estructurales por una parte y procesales por otra.

El estudio de las **estructuras cognitivas** se articuló preferentemente en torno al concepto de **«schemata»**, o «esquema», y otros conceptos de la misma naturaleza. Se trata de un concepto que tiene ya un largo pasado, desde sus orígenes kantianos y su utilización por la escuela de Würzburg, hasta su aplicación al estudio de la memoria por Sir Frederick **Bartlett** en 1932. En su extenso y notorio estudio sobre la **«Teoría de los esquemas»**, Shelley **Taylor** y Jennifer **Crocker**, lo definen como:

«Una estructura cognitiva que consiste en parte de la representación de un determinado campo de estímulos. El esquema contiene conocimientos generales sobre ese campo, inclu-

yendo una especificación de la relación que existe entre sus atributos, así como ejemplos específicos, o instancias, de ese campo de estímulos» (Taylor y Crocker, 1981, p. 91).

Mientras que Stotland y Canon nos explican, de forma más discursiva, que:

«... las personas generan reglas, relativamente abstractas y generalizables, llamadas “esquemas”, acerca de ciertas regularidades que aparecen en la relación entre eventos... (los esquemas) sirven de guía a la conducta y actúan como un marco que influencia la forma en que se asimilan las nuevas informaciones» (Stotland y Canon, 1972, p. 67).

Para desempeñar adecuadamente esta función de **guía de la conducta**, los esquemas, integrados en una organización jerárquica deben corresponderse lo mejor posible con la realidad que pretenden representar, y estar unidos entre sí por un suficiente grado de coherencia. Cada esquema es, por lo tanto, confrontado con los demás para comprobar que no entraña aspectos contradictorios:

«Los esquemas... constituyen hipótesis que han sobrevivido a semejante comprobación, con lo cual se les considera aproximadamente representativos del verdadero estado de las cosas» (Kruglansky, 1984, p. 91).

El sujeto humano dispone, por lo tanto, según los cognitivistas, de un **sistema de esquemas** que le permite tipificar adecuadamente su entorno, conocerlo y reconocerlo con suficiente precisión, y procesar sin demasiados problemas las nuevas informaciones que éste les proporciona. Un concepto muy afín al de esquema es el concepto de «**Script**», o «guión», elaborado por **Abelson** y **Schank**. Según estos autores, un guión consiste en una estructura cognitiva:

«... que describe una secuencia apropiada de eventos dentro de un contexto determinado» (Schank y Abelson, 1977, p. 41).

Así, por ejemplo, cualquier persona que sepa lo que es un restaurante tiene **almacenada** en su sistema cognitivo una representación de cuáles son las **secuencias de eventos** más usuales que se desarrollan en tal lu-

gar. Estos guiones le permiten comportarse adecuadamente y conseguir sus propósitos cuando entra en un restaurante con la intención de que le sirvan una comida. El conjunto de los guiones se corresponde con el conjunto de **situaciones rutinarias** en la vida cotidiana de las personas. Cada una de esas situaciones «activa», en efecto, el correspondiente guión y los correspondientes esquemas, como si de un algoritmo se tratara.

Junto con la dilucidación de las «estructuras cognitivas», la investigación sobre la cognición social aborda también el estudio de los **«procesos cognitivos»**, centrándose preferentemente en el concepto de **«inferencias sociales»**. Dicho muy brevemente, las inferencias no son sino los procesos mediante los cuales se ponen en relación los «inputs» informacionales con los esquemas preexistentes, de forma que se puedan deducir las oportunas consecuencias y conclusiones. El estudio de los procesos inferenciales se presenta como la investigación del tipo de **lógica** que caracteriza al **pensamiento «ordinario»**, es decir, al pensamiento tal y como funciona realmente en el transcurso de la vida cotidiana. Esa **lógica de sentido común** presenta peculiaridades que la diferencian claramente de la lógica formal, como bien lo demuestra Heider con sus reflexiones sobre la «psicología». En efecto, la lógica implícita que subyace en proposiciones como las que establecen, por ejemplo, que «los amigos de mis amigos son mis amigos» y que «los enemigos de mis enemigos son mis amigos», es difícilmente homologable con los cánones de la lógica deductiva. Gran parte de la investigación sobre los procesos inferenciales se ha desarrollado en el marco de las **teorías de la atribución** que analizaremos detenidamente dentro de unos momentos.

## 6.2. Los antecedentes de la cognición social

Es evidente que la orientación cognitivista no habría conseguido desarrollarse con tanta rapidez si no hubiera contado con un terreno suficientemente abonado. En cierto sentido, se puede afirmar, junto con Robert **Zajonc**, que la psicología social **«siempre fue cognitiva»** (Zajonc, 1980a). En efecto, si nos atenemos a una definición laxa del cognitivismo, es cierto que la psicología social tiene una antigua tradición cognitiva que se remonta por lo menos a los años treinta, es decir, a los años en que, como dicen **Fiske** y **Taylor**:

«... siguiendo a Lewin, los psicólogos sociales decidieron que la mejor forma de entender la conducta social pasaba por considerarla como una función de la percepción que tienen las

personas acerca de su mundo, en lugar de considerarla como una función de la descripción objetiva de su entorno estimular» (Fiske y Taylor, 1984, p. 8).

La psicología social fue «siempre» cognitiva porque la orientación que predominó en su seno, es decir, la orientación socio-gestaltista, siempre se mostró sumamente receptiva ante el concepto de «estructura cognitiva». **Lewin** consideraba, por ejemplo, que la representación de la propia situación en la que se encontraba y de las fuerzas implicadas en ella constituía un elemento capital para determinar la conducta de la persona. Así mismo, Solomon **Asch** conceptualizaba literalmente las actitudes en términos de «estructuras cognitivas», y Fritz **Heider** otorgaba tanta importancia a las creencias de las personas, como para declarar, casi parafraseando la famosa expresión de William **Thomas** según la cual «Si los hombres definen una situación como real, entonces es real en sus consecuencias» (Thomas, 1928), que:

«Si una persona cree que las líneas de su mano pronostican su futuro, entonces esa creencia debe ser tenida en cuenta para explicar algunas de sus expectativas y de sus actuaciones» (Heider, 1958, p. 5).

En esta misma línea cognitivista, **Krech** y **Crutchfield** afirmaban ya en su manual de 1948 que:

«Si pretendemos entender la conducta social, entonces tenemos que conocer la forma en que las percepciones, las memorias y las fantasías se combinan, se integran, o se organizan en... estructuras cognitivas» (Krech y Crutchfield, 1948, p. 77).

De hecho, sobre este trasfondo globalmente favorable al cognitivismo, el auge de la cognición social estuvo preparado más concretamente por una serie de teorías y de enfoques que se articularon a lo largo de los años cincuenta y de los años sesenta.

En primer lugar, el replanteamiento que los teóricos del «**New Look**» efectuaron en relación con los procesos perceptivos, anticipó, mediante el concepto de «**categorización cognitiva**», el concepto de esquema entendido como estructura organizadora de la información sobre la realidad circundante. Así mismo, el énfasis puesto por **Bruner** y por sus colegas sobre el papel desempeñado por las motivaciones, las expectativas y de-

más características de las personas, en su percepción de los estímulos, entroncaba directamente con el supuesto fundamental de la orientación cognitiva, es decir, el supuesto:

«... que ciertas entidades transformativas centrales operan sobre los “inputs” sensoriales, datos o informaciones, y que las acciones y los pensamientos reflejan los resultados de esas transformaciones» (Bindra, 1984, p. 13).

En segundo lugar, el camino del cognitivismo social se encontró allanado por el tremendo impacto de la **Teoría de la Disonancia Cognitiva** y, más globalmente, por la incidencia de las teorías de la consistencia cognitiva. En efecto, estas teorías, que absorbieron el interés de los psicólogos sociales durante toda la década de los sesenta, contribuyeron notablemente a focalizar la atención sobre el problema de la cognición. Su conceptualización del ser humano como un ser animado por la constante necesidad de hallarse en situación de coherencia cognitiva no podía por menos que suscitar el interés por las dimensiones cognitivas de la persona. Bien es cierto que la perspectiva de Festinger se centraba sobre una cognición «caliente», bastante alejada del frío **procesamiento de la información** que caracteriza al cognitivismo social actual. Los procesos motivacionales que intervenían en el mantenimiento de la coherencia cognitiva dimanaban del funcionamiento de las estructuras cognitivas en una forma escasamente compatible con la metáfora del ordenador. Para que la cognición social pudiera desarrollarse en su formato teórico actual, era preciso vaciar las estructuras cognitivas de la carga motivacional que Festinger había puesto en ellas. A mediados de los sesenta, se fue configurando otro enfoque teórico, más «frío», que suplantaría la Teoría de la Disonancia Cognitiva antes de que finalizara esa década.

### 6.3. Las teorías de la atribución

La teoría de las «**inferencias correspondientes**» que presentaron **Jones** y **Davis** en 1965 (Jones y Davis, 1965), y la importante síntesis teórica que presentó **Kelley** dos años más tarde sobre las «**inferencias causales**» (Kelley, 1967), reactualizaron las formulaciones de Heider, propulsando la teoría de la atribución hacia el primer plano de la psicología social. Ya no eran los aspectos motivacionales, sino la propia y fría **lógica de las inferencias sociales** la que daba cuenta de los efectos que los procesos cognitivos producían sobre las personas. Además, la teoría de

la atribución se presentaba, en la óptica de Heider, como consustancial con el propio **conocimiento social**:

«... la atribución forma parte de nuestro conocimiento del entorno. Siempre que pretendáis conocer vuestro entorno, encontraréis la intervención de la atribución» (Heider, 1976, p. 18).

El auténtico auge del enfoque atribucional se produciría en 1969, tras la conferencia organizada en Los Ángeles por la Universidad de California sobre las teorías de la atribución; esa conferencia suscitó una enorme expectación y se plasmó en un importante libro que Jones y otros editarían en 1972 (Jones, Kanouse, Kelley, Nisbett, Valius y Weiner, 1972). A partir de ese momento, las investigaciones sobre los procesos atributivos se desarrollaron con un ritmo vertiginoso.

Durante la década de los setenta, se contabilizan cerca de 1.000 publicaciones sobre el tema, y tan sólo en los cuatro años que van desde 1978 a 1982 se producen cerca de 500 publicaciones (Harvey y Weary, 1985). No se crea una revista específica como en el caso de la cognición social, pero John Harvey, Ickes y Kidd lanzan en 1976 una colección de volúmenes que darán cuenta hasta 1981 de los adelantos registrados en el tema (Harvey, Ickes y Kidd, 1976, 1978, 1981); así mismo, en 1977 se publica un manual de psicología social concebido específicamente desde la orientación atribucional (Harvey y Smith, 1977). El impacto del enfoque atribucional es tal, que ciertos autores revisarán radicalmente sus planteamientos anteriores para ponerlos en consonancia con los postulados atribucionales. Éste es el caso, por ejemplo, de **Seligman** y su teoría de la indefensión aprendida (Abramson, Seligman y Teasdale, 1978).

Curiosamente, el desarrollo de la teoría atribucional recibe un fuerte impulso desde algunas perspectivas que pertenecen a otros ámbitos teóricos. Se trata, por una parte, de las investigaciones de **Schachter**, en la línea de la teoría de la comparación social de Festiger, que demuestran la importancia que tienen los estados emocionales atribuidos a los demás para que una persona consiga definir sus propios estados emocionales (Schachter y Singer, 1962). Esta influyente investigación dará lugar a toda una serie de estudios acerca de los efectos que tienen las «**misatributions**», o atribuciones erróneas, sobre los sentimientos y las conductas de las personas (Valins, 1966; Ross, Rodin y Zimbardo, 1969). Por otra parte, las investigaciones de Daryl **Bem**, llevadas a cabo desde los supuestos del conductismo radical, para contradecir precisamente los planteamientos de la teoría de la disonancia, mostrarán la importancia de las inferencias que la persona realiza a partir de la observación de su **propia conducta** (Bem,

1965). Kelley integra estas aportaciones, sin ninguna dificultad, en su teoría de la atribución. De esta forma, Bem consigue el efecto paradójico de favorecer el desarrollo de una teoría aún más cognitivista que la que pretendía atacar, aportándole argumentos por una parte, y debilitando a su rival por otra.

La teoría de la atribución, escasamente interesada en la cuestión de las estructuras cognitivas, desarrollará sin embargo un ingente trabajo sobre los procesos cognitivos, situando al orden del día el estudio de las «inferencias sociales». Muy pronto, en efecto, la mayoría de las investigaciones atribucionales se orientan hacia la detección y el análisis de los múltiples **sesgos** o **distorsiones** que cometen los individuos en el tratamiento de las informaciones acerca de sus propias conductas o sobre las conductas de los demás. Después del estudio de Jones y Nisbett sobre las **divergentes perspectivas** que caracterizan el punto de vista del actor y del observador (Jones y Nisbett, 1972), y la formulación por parte de Ross del «**error atributivo fundamental**», es decir, de la tendencia a subestimar de forma sistemática los factores situacionales que determinan las actuaciones de los demás (Ross, 1977), empiezan a proliferar los descubrimientos de sesgos particulares, tales como el «self-serving bias», o sesgo a favor de sí mismo, según el cual soy responsable de mis éxitos pero no de mis fracasos (Miller y Ross, 1975), el sesgo «egocéntrico» (Ross y Sicoly, 1979), el sesgo afectivo, etc. Es interesante señalar en este punto que los trabajos de **Ichheiser**, conocidos y apreciados tanto por Heider como por Erving Goffman (Farr y Anderson, 1983), anticiparon con mucho el descubrimiento del «error atributivo fundamental» y se adelantaron a muchos de los planteamientos de la teoría de la atribución (Ichheiser, 1943, 1949). También es preciso señalar la importancia que tendrán para la teoría de la atribución los trabajos de Rotter y de su diferenciación entre «**locus**» de control interno y externo (Rotter, 1966). En una línea ya más próxima al cognitivismo social, **Tversky** elaboró su concepto de «**heurísticos**». Los heurísticos no son propiamente «errores» inferenciales, sino estrategias, lógicamente incorrectas, pero que los individuos utilizan conscientemente para acertar sin embargo en sus apreciaciones de las situaciones (Tversky y Kahneman, 1974).

Las teorías de la atribución constituirán, en definitiva, el tercer punto de apoyo a partir del cual prenderá con fuerza el socio-cognitivismo en el seno de la psicología social.

#### 6.4. El contenido social de la cognición social

Algunos de los artífices del desarrollo del cognitivismo en la psicología

social han defendido la idea de que el conocimiento social responde a los **mismos** mecanismos básicos que el conocimiento en general, y que una exigencia de **parsimonia** obliga a considerar mecanismos de tipo general que luego pueden ser retocados en función de diversos parámetros particulares, tales como, por ejemplo, los parámetros sociales (Hastie y Carlston, 1980). Así, la cognición social no tendría por qué diferenciarse en lo fundamental de la cognición pura y simple. Como dicen Janet Landman y Melvin Manis:

«... la labor de investigar la cognición social se ha realizado frecuentemente bajo la asunción de una identidad entre la cognición social y la no-social» (Landman y Manis, 1983, p. 109).

Robert Zajonc ha sido, por su parte, uno de los principales exponentes del punto de vista diametralmente opuesto, defendiendo la especificidad y la **irreductibilidad** de la cognición social (Zajonc, 1980). Esta especificidad viene dada por cuatro características principales. En primer lugar, la cognición social involucra siempre factores «calientes» como son las emociones y las motivaciones que interfieren con los mecanismos de procesamiento de la información. Estas interferencias hacen que los procesos inferenciales engendren resultados distintos según que los objetos sobre los que versan sean sociales o sean objetos no sociales. En segundo lugar, las categorías o esquemas utilizados, es decir, las estructuras cognitivas, descansan sobre unas bases sociales y culturales que inciden sobre los mecanismos cognitivos de forma específica. En tercer lugar, las cogniciones sociales tienen consecuencias para los demás. Esto significa que, por una parte, el individuo debe anticipar estas consecuencias transformándolas en nuevas informaciones a tratar y que, por otra parte, los demás pueden modificar sus características cuando sospechan que son objeto de un proceso de indagación cognitiva por parte de otra persona, proporcionándole eventualmente indicaciones engañosas. Por fin, en cuarto lugar, las cogniciones sociales suelen elaborarse y funcionar en un contexto de tipo comunicacional (Markus y Zajonc, 1985).

Estas cuatro características obligan a que se dispense un tratamiento diferenciado a la cognición social por una parte, y a la cognición general por otra parte.

Sin embargo, el reconocimiento de esas diferencias fundamentales no basta para situar la cognición social en un marco genuinamente social. En efecto, han sido muchas las voces que han denunciado el rumbo individualista tomado por la psicología social cognitiva. Desde Kenneth Gergen, quien se pregunta si en última instancia la oposición entre los plan-

teamientos cognitivistas y los planteamientos conductistas no constituye una simple apariencia (Gergen, 1984a), hasta Serge Moscovici, quien asimila el actual cognitivismo social a una mera investigación formal de los procesos **lógicos** en el marco del laboratorio (Moscovici, 1982), pasando por Joseph Forgas, quien titula uno de sus textos con el interrogante acerca de «¿Qué hay de social en la cognición social?» y publica un libro con el propósito de impulsar un acercamiento más social a la cognición social (Forgas, 1981), sugiriendo la idea de que toda la cognición es **intrínsecamente** social:

«Nuestro conocimiento está socialmente estructurado y transmitido desde el primer día de nuestras vidas, está coloreado por los valores, las motivaciones, las normas de nuestro entorno social durante nuestra época adulta, y las ideas, el conocimiento, las representaciones son creadas, y re-creadas, tanto a nivel de la sociedad como a nivel de individuo» (Forgas, 1981, p. 212).

En este sentido, conviene celebrar la reciente publicación a cargo de Daniel Bar-Tal y Arie Kruglanski de un libro que cuestiona la propia denominación de «cognición social», prefiriendo, y justificando, la adopción del término más amplio de «conocimiento social» (Bar-Tal y Kruglanski, 1988).

Por fin, señalemos que Graumann y Summer consideran, muy acertadamente, que con su excesiva centración sobre el modelo del procesamiento de la información, la psicología social cognitivista está desempeñando una clara función social relacionada con la informatización de la sociedad:

«Esos modelos son programas para una futura computerización... asistimos a una gradual cognitivización de la psicología social, a la vez que a una computerización de lo cognitivo» (Graumann y Summer, 1984, p. 67).

## **6.5. Perspectivas de futuro para la cognición social**

Junto con la innegable e inquietante coincidencia entre la psicología social cognitivista y el fenómeno social de la informatización de la sociedad, también se pueden vislumbrar aspectos mucho más positivos en el auge del cognitivismo social. En efecto, el interés cognitivista por las «inferen-

cias sociales» está contribuyendo a orientar parte de la psicología social hacia una penetración mucho más directa en el terreno de la **vida cotidiana**, despertando el interés por las relaciones sociales concretas, y por el pensamiento de sentido común. Este movimiento que empuja a la psicología social fuera de los laboratorios y lejos de las teorías socialmente descontextualizadas, para acercarla a la realidad social de cada día, puede suponer un cambio drástico en los fundamentos de la disciplina y propiciar un acercamiento a los planteamientos del interaccionismo simbólico. Así mismo, el reconocimiento de la importancia que tienen los factores **subjetivos** en la elaboración de la representación de la realidad social está propiciando un nuevo interés por una serie de planteamientos que pueden fertilizar considerablemente el campo psicosocial.

Entre estos planteamientos se encuentran las aportaciones de la **fenomenología social** de **Schütz**, las tesis **socio-constructivistas** de **Berger** y **Lückman**, las reflexiones de la antigua **Escuela de Chicago**, los trabajos europeos sobre **representaciones sociales**... Sin embargo, para que el estudio de la cognición social alcance una dimensión genuinamente social, aún sería preciso dar un paso más, y pasar desde el incipiente interés por la subjetividad al tema mucho más fundamental de la **intersubjetividad**. Así mismo, sería conveniente pasar desde unas formulaciones en términos de cognición social, a unos planteamientos mucho más psicosociológicos centrados en el estudio de la **«mente social»** tal y como la concebía por ejemplo George Herbert Mead. Mientras tanto, existen serias razones para el optimismo, si es cierto, como afirma Sheldon Stryker, que se están forjando múltiples fuentes de coincidencia entre los enfoques atribucionales y el interaccionismo simbólico, aunque este aspecto forma ya parte del siguiente apartado.

## 7. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

### II. EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO, LA ETNOMETODOLOGÍA Y LA PROBLEMÁTICA DEL «SELF»

#### 7.1. Actualidad del interaccionismo simbólico

Son muchos los indicios que apuntan efectivamente hacia una cierta convergencia entre la psicología social de orientación psicológica (P.S.P.) y la psicología social de orientación sociológica (P.S.S.), representada esencialmente por la corriente del interaccionismo simbólico. En efecto, el *Handbook* ha dedicado, por primera vez en treinta años, un espacio a la exposición de las tesis interaccionistas (Stryker y Statham, 1985), a la vez que Erving Goffman pasa a ser, como hemos visto, uno de los autores más citados en sus páginas; casi simultáneamente, otra de las publicaciones «institucionales» de la psicología social psicológica, los *Advances* de Leonard Berkowitz, ha abierto también sus páginas a los exponentes del interaccionismo simbólico (Stryker, 1984), mientras que las monografías de psicología social hacen ya referencia, con cierta frecuencia, a tal o cual planteamiento de la corriente interaccionista. Así por ejemplo, Barry Schlenker, quien, tras sus sonados textos contra el historicismo de Kenneth Gergen (Schlenker, 1974) y contra la «revolución» ethogénica de Rom

Harré (Schlenker, 1977), aparecía como un temible martillo de heréticos, dedica amplias y positivas consideraciones al interaccionismo simbólico en una de sus recientes publicaciones (Schlenker, 1985).

Tras muchas décadas de incomunicación, a veces de hostilidad, pero más generalmente de mutua ignorancia, entre ambas psicologías sociales, parecen haberse abierto por lo tanto unos cauces de intercambio que pueden enriquecer considerablemente los planteamientos psicosociales y desembocar quizás algún día en una psicología social realmente interdisciplinar, invocada entusiastamente por algunos (Backman, 1983). No se pueden subestimar, por supuesto, los esfuerzos realizados por una serie de investigadores como **Gergen, Strycker, Backman**, y algunos más, para propiciar la permeabilización de las fronteras entre las dos psicologías sociales, pero el éxito de estos esfuerzos hubiera sido muy escaso de no haber contado con un clima favorable recientemente instituido.

El incipiente reconocimiento, por parte de la psicología social mayoritaria, del interés que presentan las tesis interaccionistas, ha sido facilitado por dos tipos de factores: la crisis de la psicología social, por una parte, y el auge del cognitivismo social por otra.

### **a) Influencia de la crisis de la psicología social**

Los propios elementos antecedentes de la crisis, es decir, las críticas a ciertos aspectos mal controlados en la experimentación social propiciaron tres interesantes consecuencias. En primer lugar, se puso de manifiesto la importancia de los **roles** desempeñados, tanto por los sujetos como por los investigadores, en el marco de la situación experimental. En segundo lugar, se atrajo la atención sobre la importancia que tenía el **significado** atribuido a la situación por parte de los individuos y, en tercer lugar, se fomentaron ciertas dudas sobre la **validez de la experimentación**, debilitando la arrogancia con la cual se descartaba toda investigación que no fuese rigurosamente experimental. Cada una de estas tres consecuencias contribuyó a reducir la distancia con el enfoque interaccionista. En ese mismo período, durante el cual se estaba gestando la crisis, se formularon teorías tales como la **teoría de la «congraciación»** de Jones, que ponían de manifiesto las habilidades **estratégicas** de las que hacen gala los individuos para incidir sobre las impresiones que los demás se forman de ellos mismos (Jones, 1964). Las resonancias goffmanianas de este planteamiento eran evidentes (Goffman, 1959) y algunos años más tarde estas resonancias volverían a manifestarse con la formulación del concepto de **maquiavelismo** (Christie y Geis, 1970), a la vez que el propio Jones

desarrollaría más extensamente la dimensión «dramatúrgica» de su teoría (Jones y Pittman, 1982).

Volviendo a las consecuencias de la crisis, conviene recordar que una de las principales dimensiones del discurso crítico consistió en denunciar el «reduccionismo individualista» de la psicología social, mientras que otra de sus dimensiones pasaba por cuestionar su falta de «relevancia social». Ambas líneas de crítica no podían sino redundar en beneficio de un posible resurgir del interaccionismo simbólico. En efecto, la primera de ellas abogaba de forma convincente por imprimir un mayor carácter **social** a la psicología social (Israel y Tajfel, 1972), y la segunda llamaba la atención, por lo menos en su vertiente menos «aplicacionista», sobre la necesidad de conectar con las realidades sociales concretas, es decir, en definitiva, con las situaciones de la vida social **cotidiana**. Por fin, el hecho de que el discurso crítico fomentara una cierta «crisis de identidad» se sumó al énfasis puesto sobre la historicidad para incitar a desplegar una mirada retrospectiva hacia el pasado de la disciplina que permitió reencontrar el interaccionismo simbólico en los orígenes de la psicología social norteamericana.

Vale la pena mencionar que durante el período correspondiente a la «crisis» de la psicología social, también se desarrollaba una fuerte sensibilidad crítica en el seno de la sociología (Gouldner, 1970), y que la orientación etnometodológica cuestionaba, de forma radical, la orientación predominante en sociología. Curiosamente, muchas de las críticas que se formularon en el campo de la psicología social y en el campo de la sociología surgieron a partir de **una misma** postura teórica, que se puede definir como radicalmente **anti-positivista** y radicalmente **fenomenológica**.

## b) Influencia del auge del cognitivismo

Existe la opinión bastante generalizada de que el desarrollo del cognitivismo social ha sentado las bases para un acercamiento con el interaccionismo simbólico. En efecto, si bien el cognitivismo «duro» acentuó aún más el alejamiento de los planteamientos sociales contemplando al ser humano en términos de un simple procesador de información, el cognitivismo entendido en un sentido más amplio se ha visto llevado a formular una serie de problemas que presentan una incontestable afinidad con los que se plantea el interaccionismo simbólico. Ambas orientaciones hunden parte de sus raíces en una misma **tradicción fenomenológica** preocupada por la **aprensión subjetiva de la realidad**, y que concede una importancia capital a la forma en que las personas se representan esa realidad. Am-

bas orientaciones prestan también una especial atención a los **procesos inferenciales** que caracterizan al pensamiento «natural», entendiendo por «natural» el pensamiento no explícitamente formalizado que las personas desarrollan y utilizan en su **vida cotidiana**. Tanto la teoría de la atribución como el interaccionismo simbólico pretenden averiguar cuáles son los procesos mediante los cuales las personas **interpretan** su entorno social, **dan sentido** a sus actuaciones y a las de los demás, y consiguen formarse una **representación** suficientemente acertada de la realidad en la que están inmersos, para poder desenvolverse adecuadamente en ella (Stryker y Gotthiel, 1981). Además, ambas orientaciones se distancian de la concepción del hombre como mero receptor pasivo de estimulaciones ambientales, y le confieren un papel de **agente activo** en la producción de las dimensiones subjetivas de su entorno.

Con el auge del cognitivismo, la **consciencia** ha vuelto a constituir un tema «respetable» dentro de la psicología y de la psicología social, aunque haya sido por mediación de algo tan escasamente «consciente» como pueda ser el ordenador:

«Con el desarrollo de las computadoras, tomadas como el modelo, o el análogo, de los procesos cognitivos sobre los que los psicólogos habían estado interrogándose, el estudio científico adquirió una legitimidad, y el interés por el Self volvió a surgir» (Schlenker, 1985, p. 5).

La reintroducción de lo fenomenológico, de lo subjetivo, del self y de la conciencia en el ámbito «científico» de la psicología social instituida restaba sin duda muchos argumentos a quienes acusaban al interaccionismo simbólico de constituir una mera especulación filosófica centrada sobre temas a-científicos.

Sin embargo, las semejanzas y los puntos de coincidencia a los que he aludido hasta aquí no deben engañarnos. Las divergencias entre el cognitivismo social y el interaccionismo simbólico son tan numerosas y tan importantes como sus coincidencias. En efecto, la inserción de lo cognitivo en la trama social no presenta las mismas características en ambas orientaciones, ni existe el mismo énfasis sobre el tema de la significación, ni tampoco se valora por igual la intersubjetividad, o la artificialidad de la separación entre lo público y lo privado. Sin embargo, a partir de la emergencia de temas parecidos en el campo de ambas psicologías sociales, se ha constituido otro elemento tendente a un acercamiento de los puntos de vista. Se podría citar el paralelismo que existe entre la «**Teoría del labelling**» o de la rotulación, y los trabajos de **Schachter** sobre la **rotula-**

**ción de las emociones**, pero el tema que más profundamente puede unir a ambas disciplinas es, sin duda, el tema del **self**, como veremos más adelante.

No quisiera suscitar la impresión de que la única razón por la cual el interaccionismo simbólico se ha «revitalizado» en los últimos años se debe a su «redescubrimiento» por parte de la psicología social dominante. Ciertos factores han actuado desde dentro del interaccionismo simbólico para darle un mayor atractivo y un nuevo vigor. Así por ejemplo, la **teoría de la «identidad situada»**, elaborada por **Alexander**, ha demostrado que el interaccionismo simbólico puede aportar respuestas, fundamentadas en elementos empíricos, a algunos de los problemas con los que se enfrenta la investigación de la identidad social (Alexander y Wiley, 1981). También se podría mencionar la renovación de la **teoría del intercambio social**, a partir de los trabajos de Emerson (Emerson, 1981), o la integración de los afectos en el interaccionismo simbólico, realizada por Heise con su **«teoría del control de los afectos»** (Heise, 1979). Pero sobre todo, una parte de la orientación simbólica ha sabido aportar respuestas a una de las insuficiencias que se solían achacar con mayor frecuencia al interaccionismo simbólico. En efecto, el estudio de la construcción de los significados sociales durante el transcurso, necesariamente local, de las interacciones, parecía conducir a ignorar sistemáticamente el marco social más amplio donde se insertan precisamente esas interacciones.

Sheldon Stryker y algunos más han integrado algunas de las aportaciones de la teoría del rol, para construir el **«interaccionismo simbólico estructural»**, que pretende conciliar la microsociología simbólica con la macrosociología estructural (Stryker, 1980).

Tampoco quisiera dar a entender que el interaccionismo simbólico constituye la panacea para construir una psicología social plenamente satisfactoria. Algunos de sus aspectos han sido sometidos a sustanciosas críticas, como por ejemplo la que desarrollan Julian Henriques y otros cuando muestran que pese a las apariencias sigue persistiendo en el pensamiento de Mead una **concepción dualista individuo/sociedad** y que se ve obligado a postular un mecanismo de internalización para que lo «exterior», es decir, la sociedad, entre en el «interior», es decir, en el individuo biológicamente definido como tal (Henriques y otros, 1984). También se podrían mencionar aquí las críticas contradictorias que provienen, por una parte, del **«interaccionismo interpretativo»**, según el cual el interaccionismo simbólico no resalta suficientemente la contingencia de la emergencia de los significados, y la que proviene, por otra parte, de la **«teoría crítica»**, para la cual el interaccionismo simbólico infravalora, por el contrario, la determinación estructural de los significados emergentes (Morgan, 1983).

Pero, sin duda, la orientación que más eco ha suscitado con sus críticas a **toda** la sociología instituida, incluyendo al interaccionismo simbólico con quien le unen sin embargo evidentes afinidades, es la orientación **etno-metodológica** que veremos a continuación.

## 7.2. La etnometodología

Harold **Garfinkel**, el fundador de la etnometodología, estudió en Harvard en la época en que se creó el Departamento de Relaciones Sociales, como un intento de departamento interdisciplinario donde la psicología social cohabitaba con la sociología y otras disciplinas. Talcot **Parsons**, director del Departamento, dirigió la tesis que Garfinkel presentó en 1952 con el título *La percepción del otro: un estudio del orden social*. Poco después, Garfinkel se integraría como docente en la Universidad de California-Los Ángeles. Estos datos, en apariencia simplemente biográficos, tienen en realidad un significado más profundo. En efecto, Garfinkel se formó en la investigación en un ambiente donde la sociología y la psicología social tuvieron la oportunidad de fertilizarse recíprocamente y donde, bajo la influencia de Parsons, la **actividad teórica** recobraba toda su importancia frente a la mera investigación empírica. El intento pluridisciplinario de Harvard fue sin duda un éxito, puesto que de él salió el **estructuralismo funcionalista** de Parsons, que llegaría a dominar la sociología americana durante largos años, y puesto que en él se gestó también una de las más importantes alternativas a esa propia corriente. En efecto, el doctorando de Parsons elaboró una concepción de la sociología radicalmente contrapuesta a la suya. Sin duda, la presencia en Harvard de un influyente núcleo de **fenomenólogos**, como por ejemplo, Marvin Farber y Aron Gurtwitsch, permitió a Garfinkel reflexionar sobre las ideas de Parsons a partir del punto de vista de **Husserl** y sobre todo de Alfred **Schutz**, máximo exponente de la sociología fenomenológica, que ya estaba en Estados Unidos por esas fechas. Inspirándose en la síntesis de los puntos de vista de Husserl y de **Weber** que había elaborado Schutz, Garfinkel se situó en radical oposición a dos de los postulados básicos de la sociología. En efecto, por una parte, Garfinkel cuestionó fuertemente el concepto durkheimiano de los **«hechos sociales»**, negando que se tratara de objetos estables, dotados de la capacidad de imponerse a las personas con la fuerza de las «cosas» y de determinar sus conductas como creía Durkheim. Según Garfinkel, los «hechos sociales» no determinan «desde fuera» la conducta humana, sino que ellos mismos son el resultado de una conducta humana que los produce continuamente a través de su actividad práctica.

Por otra parte, en esa misma línea, Garfinkel rechazó el supuesto básico, compartido por Parsons y por casi toda la sociología, según el cual las personas no hacen sino «realizar» en sus actividades las directrices **internalizadas** de su cultura. El modelo según el cual es la internalización, a través de la socialización, de las normas, valores y reglas de la cultura, la que guía ulteriormente la conducta del sujeto sin que éste se percate ni siquiera de ello, no era de recibo para Garfinkel, quien veía en ese modelo una conceptualización de las personas como «**idiotas culturales**» (Heritage, 1984). Para los etnometodólogos, los seres humanos no son «autómatas culturales», sino que son agentes activos capaces de articular procedimientos que les son propios para definir, según las circunstancias, los significados de las situaciones sociales en las que están implicados. Desde la doble consideración según la cual, por una parte, los «hechos sociales» no existen con independencia de las prácticas cotidianas que los constituyen y, por otra parte, esas prácticas constitutivas no vienen dictadas desde el determinismo social, sino que se guían por las categorías construidas en la experiencia subjetiva de las personas, el programa etnometodológico quedaba perfilado con nitidez. Según este programa, lo que debía hacer la sociología era partir a la búsqueda de las «**estructuras subjetivas de la experiencia**», y captar el mundo fenomenológico de los sujetos. Para ello, era preciso estudiar la manera en que las personas elaboran, momento tras momento, y por medio del **razonamiento práctico**, el significado de las situaciones concretas que resultan de su existencia social. Los significados se determinan por lo tanto **localmente**, en el curso de la propia actividad social, y son **contingentes** a cada situación concreta. Esto conduce a focalizar la investigación sociológica sobre las **prácticas de la vida cotidiana**, sobre las situaciones habituales, banales, intrascendentes y minúsculas, y a centrarla sobre el estudio de los **procesos** productivos de sentido más que sobre las estructuras sociales. Ahora bien, si el significado emerge de la interacción social cotidiana y constituye una creación a partir de las categorías subjetivas de las personas, es obvio que cualquier acercamiento a esos procesos constitutivos desde unas categorías **previamente** definidas por los sociólogos los transformará en meros artefactos resultantes de los marcos conceptuales que guían la propia investigación.

En otras palabras, los fenómenos investigados se deforman necesariamente cuando se les examina a través de la rejilla de la descripción científica (Coulon, 1986). Es preciso, por lo tanto, «ir directamente a los hechos» sin hipótesis ni teorías preconcebidas. Aaron Cicourel, uno de los más famosos discípulos de Garfinkel, y el promotor de la llamada «**sociología cognitiva**» (Cicourel, 1973), especificaría que sólo es legítimo trabajar con teorías y conceptos arraigados en la propia realidad investigada

(«**Grounded concepts**»), es decir, nacidos de esa realidad. Esto desembocaría, por ejemplo, en la crítica que la etnometodología dirigirá hacia el uso interaccionista simbólico de una serie de conceptos tales como roles, normas y estatus, que carecen precisamente de ese arraigo en las situaciones concretas de la vida real.

Para completar esta exposición esquemática de la etnometodología, es preciso señalar otros tres conceptos que son claves para esta orientación: la **indexicalidad**, la **inter-subjetividad** y la **reflexividad**.

Las expresiones **indexicales** son expresiones que están «indexadas» a su contexto de producción, en el sentido de que incluyen palabras, denominadas «deicticos» en la terminología de la lingüística, que a pesar de tener un significado trans-situacional, no adquieren su significación completa más que cuando se las contempla en las circunstancias particulares en las que aparecen (por ejemplo: «yo», «tú», «esto», etc.). Esas palabras tienen un sentido distinto en cada situación donde se las utiliza y dada la determinación contextual de su sentido es imposible alcanzar su pleno significado sin referirlas a sus circunstancias particulares de enunciación. El significado es por lo tanto siempre **local y particular**, sin que quepa ninguna posibilidad de generalización. Los etnometodólogos que, al igual que los interaccionistas simbólicos, otorgan una importancia decisiva al lenguaje en la constitución de la vida social, extienden el concepto de la indexicalidad al significado social de las situaciones concretas, y con ello ponen en entredicho uno de los principios básicos del paradigma científico dominante, al negar el interés de las «**proposiciones generales**» para el conocimiento y la explicación de la realidad social.

El concepto de «**intersubjetividad**» ha sido extensamente elaborado por Alfred Schutz (Schutz, 1962, 1964), y responde a la pregunta de cómo es posible que las personas establezcan un «**mundo común**» de **significados compartidos** y de perspectivas suficientemente parecidas sobre la realidad para poder interactuar y comunicarse. Es obvio, en efecto, que, en sentido estricto, los puntos de vista subjetivos son irreductibles unos a otros y que cada uno de ellos encierra peculiaridades que lo instituyen como **irremediamente privado**, intransferible y único.

Sin embargo, los individuos, aun sabiendo que no existen nunca dos experiencias estrictamente idénticas, asumen que sus experiencias del mundo son similares y actúan como si efectivamente fuesen «**idénticas para cualquier finalidad práctica**». Aunque, en rigor, no existan dos apreensiones del mundo que sean efectivamente idénticas, basta con que sean suficientemente similares para resolver **en la práctica** el problema de una comunidad de perspectiva que permita la interacción entre las personas. Esto supone que cada persona asuma que puede situarse aproximadamente

en la posición del otro y que asuma también que el otro puede hacer lo mismo con él. Esta **reciprocidad de las perspectivas** se consigue mediante un continuo proceso de ajustes sucesivos que permiten limar las diferencias y desembocar sobre una visión suficientemente compartida de la realidad para satisfacer las exigencias prácticas de la comunicación. La intersubjetividad no consiste, por lo tanto, en una disolución de las subjetividades dentro de una «comuni3n experiencial» que las trascienda, sino que constituye el resultado de un incesante proceso de ajuste, siempre incompleto, de las perspectivas recíprocas. Esta concepción reafirma a los etnometod3logos en su convicci3n de que es preciso investigar, sin «a-prioris» categoriales, los **procesos** mediante los cuales se negocian los significados compartidos sobre las situaciones sociales.

Por fin, el concepto de **reflexividad**, fundamental tambi3n para el interaccionismo simb3lico, presupone que el ser humano es capaz de tomarse a s3 mismo como objeto de conocimiento y de evaluaci3n. Esta distinci3n introducida por William James entre el «yo cognoscente» y el «yo conocido» permite entender una caracter3stica fundamental de la naturaleza del ser humano y de sus conductas. En efecto, la capacidad de «contemplarse a s3 mismo» abre las posibilidades de **actuar estrat3gicamente**, es decir, de controlar la propia apariencia y de darle la forma adecuada para que engendre en los dem3s los efectos deseados. La reflexividad humana instituye a la persona como **agente** de sus actos, desvincul3ndola, en parte, de las determinaciones situacionales. En efecto, el autoconocimiento posibilitado por la reflexividad no s3lo nos permite vernos «con los ojos de los dem3s» y poder incidir por consiguiente sobre esa visi3n modelando la imagen que ofrecemos a los dem3s, sino que nos permite adem3s conocer, en parte, **nuestra propia forma de ser** e incidir por lo tanto sobre ella, modificando eventualmente algunas de las fuentes de determinaci3n que la han constituido como tal.

La reflexividad constituye, por lo tanto, un argumento suplementario contra el **determinismo social** denunciado por los etnometod3logos, a la vez que pone en entredicho una estricta **predictibilidad** de las conductas humanas.

Como podemos observar a partir de lo dicho hasta aqu3, la orientaci3n etnometodol3gica se enfrenta radicalmente con las perspectivas dominantes de la sociolog3a, y no es de extrañar que en 1975 Lewis C3ser, presidente de la Asociaci3n Americana de Sociolog3a, lanzara una violenta diatriba en su discurso presidencial contra la orientaci3n etnometodol3gica (Coser, 1975). Una de las muchas cr3ticas formuladas por Coser acusaba a los etnometod3logos de confundir la realidad social con la «descripci3n» de esa realidad efectuada por los individuos. En su respuesta a Coser, Zim-

merman aclara el significado de uno de los conceptos más difíciles de entender de la etnometodología, es decir, el concepto de «**account**» y de «**accountability**».

Los «accounts» se refieren a los enunciados discursivos que producen las personas para «**dar cuenta**» de la realidad. Sin embargo, los etnometodólogos no toman estos discursos como descripciones subjetivas de la realidad, sino como procedimientos que utilizan los sujetos para constituir **efectivamente** la realidad social. Lo que interesa a los etnometodólogos no es por lo tanto la «imagen» de la realidad que vehiculan los «accounts», sino los propios «accounts» en sí mismos, en tanto que constituyen un material de análisis para dilucidar la forma en que los actores construyen esa realidad (Zimmerman, 1976). Este interés en las **producciones discursivas** de los agentes sociales ha escindido la corriente etnometodológica en dos «escuelas» distintas, la «sociologista», que considera el lenguaje como una dimensión más en el análisis de la realidad social, y la «lingüística», que se centra casi exclusivamente en el análisis de las **conversaciones**. Esta última escuela está incidiendo con fuerza en la psicología social contemporánea, como veremos en un siguiente apartado.

Para concluir, es importante señalar que la etnometodología no se ha reducido a ser un simple discurso crítico y una mera conceptualización teórica, sino que ha producido investigaciones en diversos campos de la realidad social. El mismo libro de Garfinkel que inauguraba el «movimiento» etnometodológico, lejos de consistir en una presentación sistemática de los presupuestos etnometodológicos, estaba constituido por una serie de investigaciones concretas (Garfinkel, 1967). Otras investigaciones se han realizado sobre las conversaciones telefónicas (Schegloff, 1979), sobre los procedimientos burocráticos (Zimmerman, 1969), o sobre la conducta de la policía (Bittner, 1967), por citar unas pocas.

### 7.3. El redescubrimiento del «self»

La investigación de la naturaleza, de la construcción y de la dinámica del «self» fue proscrita durante muchos años del campo de la psicología social dominante:

«... muchos académicos consideraban al Self como anatema»  
(Schlenker, 1985, p. 4).

Este ostracismo hacia el concepto del self se entiende fácilmente si se considera que el self constituye probablemente el más fenomenológico y

el más subjetivista de los conceptos de la psicología social, y que sus propias características hacen que sea difícilmente abordable desde las exigencias del «método positivo». Sin embargo, se asiste en los últimos años a una proliferación de investigaciones sobre el self, y no cabe duda de que éste se ha convertido en un «tema caliente de la psicología contemporánea» (Scheibe, 1985, p. 35). Los simposios sobre el tema se multiplican, dando lugar a valiosas publicaciones (Gergen y Davis, 1985; Yardley y Honess, 1987), los manuales se reestructuran, como ya hemos visto, para otorgarle una mayor importancia; se lanzan colecciones monográficas sobre el tema, como por ejemplo la de Suls (Suls, 1982); se incluyen capítulos sobre el Self en manuales dedicados a la cognición social (Greenwald y Pratkanis, 1984), los *Avances* de Berkowitz abren sus páginas al tema (Kihlstrom y Cantor, 1984; Gergen, 1984b), investigadores de la notoriedad de William McGuire lanzan ambiciosos programas de investigación sobre la cuestión (McGuire, 1984), etc., etc.

Las razones de este «**redescubrimiento inadvertido del self**», como diría Suzan Hales (Hales, 1985), parecen tener también sus raíces en el auge de la psicología social cognitivista:

«En cualquier caso, el renacimiento del Self en la psicología social puede ser correctamente atribuido a la “revolución cognitiva” en el seno de la psicología» (Gergen, 1984b, p. 51).

En efecto, ya hemos visto que la teoría de la atribución volvía a encontrar sistemáticamente el problema del self en sus investigaciones sobre los sesgos inferenciales que caracterizan el pensamiento de sentido común. Así mismo, el cognitivismo social, en sentido más estricto, ha extendido el concepto de esquema a la conceptualización del self con trabajos como los de Markus sobre los «**Self-Schematas**», donde la estructuración del self aparece bajo la forma de un factor interviniente en el procesamiento de la información (Markus, 1977), y Greenwald no ha dudado incluso, junto con Pratkanis, en ofrecer una traducción de los conceptos de James sobre el self en términos de programas y de datos de un computador (Greenwald y Pratkanis, 1984).

Pero quizás uno de los elementos más interesantes que han propiciado la reemergencia del interés por el self se encuentra en las críticas que suscitó la Teoría de la Disonancia Cognitiva. En efecto, **Rosenberg**, desde unos supuestos de tipo neo-conductistas, avanzó la idea de que los efectos descritos por Festinger y sus colaboradores, lejos de implicar una supuesta «motivación hacia la coherencia cognitiva», constituyan un simple artefacto experimental debido al tipo de «**imagen de sí mismos**» que los

sujetos experimentales intentaban presentar (Rosenberg, 1965). Ese mismo año **Bem**, desde otro punto de vista conductista, replicaba a la Teoría de la Disonancia apuntando hacia algunos de los procesos por los cuales el sujeto se forma una idea acerca de sus propias características (Bem, 1965). Unos años más tarde, **Tedeschi** retomaba el hilo de Rosenberg para criticar la Teoría de la Disonancia desde una perspectiva que daría nacimiento a la **Teoría de la manipulación, o gestión, de las impresiones** (Tedeschi, Schlenker y Bonoma, 1971). La teoría de la gestión de las impresiones analiza las estrategias de presentación del yo que utilizan las personas, en una línea que evoca los trabajos de Jones sobre la «congraciación» y también, por supuesto, las formulaciones de Goffman (Schlenker, 1980; Tedeschi, 1981). Así pues, las críticas a la teoría de la disonancia contribuyeron a llamar la atención sobre el self, incluso cuando estas críticas provenían de los sectores conductistas. La propia teoría de la disonancia evolucionaría progresivamente hasta transformarse en una teoría centrada sobre el self:

«Los principales desarrollos en la teoría de la disonancia desde la última publicación de este *Handbook* han consistido en la integración del Self como un factor interviniente esencial» (Markus y Zajonc, 1985, p. 203), y más adelante estos mismos autores añaden: «... los más recientes experimentos relacionados con los efectos de la disonancia tratan en realidad de las modificaciones cognitivas que intervienen con finalidades de defensa y de favorecimiento del Self» (Markus y Zajonc, 1985, p. 205-206).

En cualquier caso, ya sea por el impulso del cognitivismo, ya sea por los problemas suscitados por la teoría de Festinger, o simplemente porque la reciente ideología narcísica del «yo» lo ha favorecido, el self ha vuelto a constituir un tema de primer plano en la década de los ochenta, y no podía sino traer a colación el recuerdo de las valiosas aportaciones de primeros de siglo sobre el tema:

«Compruebo un ingente resurgimiento del interés en William James, no tan sólo como un punto de referencia, sino por la sustancia de sus ideas acerca del Self» (Scheibe, 1985, p. 62).

Así por ejemplo, la reflexividad analizada por **James** encuentra cierta resonancia en la moderna formulación de los mecanismos del «**self-monitoring**», o vigilancia del self (Snyder, 1979), en la teoría de la «**Self-**

**Awareness**», o teoría de la conciencia de sí (Duval y Wicklund, 1972) e incluso en el concepto de «**self-efficacy**», o auto-eficacia (Bandura, 1986).

Pero no se trata sólo de un redescubrimiento de James, sino también de un redescubrimiento de las aportaciones, afines pero sin embargo distintas, de George Herbert **Mead** y de Charles Holton **Cooley**. Recordemos que si para Cooley el self se constituye a partir de la imagen que de nosotros mismos nos devuelven los demás («**looking glass self**» o concepción especular del self), para Mead el self se configura por el procedimiento de observarse a sí mismo con los ojos de los demás, es decir, mediante el proceso activo de situarse en la posición ocupada por los demás (**toma del rol** de los demás). En todos los casos se considera que la persona está constituida, en parte, por las respuestas de los otros hacia ella, y nace por lo tanto en el transcurso de la interacción social. Es interesante señalar de paso que la concepción especular del self tiene lejanos antecedentes en la **teoría de los sentimientos morales** de Adam **Smith**:

«... introducid al hombre en la sociedad, y se hallará provisto inmediatamente del espejo que antes anhelaba. (Este espejo) está constituido por la conducta y la forma de comportarse de quienes conviven con él. Se trata del único espejo con el cual podemos, hasta cierto punto, escrutar nuestra propia conducta con los ojos de los demás» (Smith, 1759).

La relación entre el self y la **identidad social** es una cuestión compleja donde no queda claro si la relación es de inclusión total o parcial, y cuáles son los procesos exactos que vinculan ambas entidades. Pero tras las últimas aportaciones del interaccionismo simbólico y de la etnometodología, parece claro que cualquier conceptualización de la identidad debe partir de los siguientes supuestos básicos:

- la identidad está siempre «**situada**», y cambia con las situaciones en las que se manifiesta, es por lo tanto «**múltiple**»;
- la identidad es «**emergente**», se construye en el proceso **local** de las interacciones sociales concretas y particulares;
- la identidad es «**recíproca**», responde en parte a las respuestas que sobre nosotros mismos nos dan los demás;
- la identidad es «**negociada**», a través de los ajustes sucesivos que construyen la **intersubjetividad**;
- la identidad es, a la vez, «**causa y resultado**» de la **interacción social**;
- con frecuencia, las identidades sociales son «**auto-realizadoras**» (self-

fulfilling) en el sentido de que tienden a producir los elementos conductuales que las confirman.

La psicología social europea también ha contribuido notablemente al desarrollo de las teorías de la identidad, pero este punto se abordará en el siguiente apartado.

## 8. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

### III. LA PSICOLOGÍA SOCIAL EUROPEA

A lo largo de las décadas de los setenta y de los ochenta, la psicología social europea, ya consolidada, se ha desarrollado con una considerable vitalidad, forzando, por una parte, su toma en consideración por la psicología social estadounidense, y convirtiéndose, por otra parte, en una empresa con características realmente trans-nacionales. En efecto, durante los años cincuenta y sesenta, tan sólo unos pocos investigadores norteamericanos sabían de la existencia de una psicología social que no fuese precisamente la que ellos mismos estaban produciendo en Estados Unidos, y, la verdad sea dicha, esta total ignorancia de lo que se estaba realizando en Europa no introducía ningún sesgo importante en su visión de conjunto acerca de la disciplina. Por supuesto, esta ignorancia no se ha erradicado por completo en la actualidad, pero, aunque no todos los manuales norteamericanos se inspiran tan directamente en la psicología social europea como lo hace el de Roger Brown (Brown, R., 1986), es fácil constatar la creciente resonancia que encuentran los resultados, las teorías y los enfoques europeos en el seno de las revistas y de los libros de texto de Estados Unidos. Incluso, se puede ver, cosa impensable hace unos años, cómo algunas de las líneas de investigación europeas han sido retomadas por algunos investigadores norteamericanos, siendo ejemplar a este respecto los trabajos de Charlan Nemeth sobre la influencia minoritaria (Nemeth, Ch., Wachtler, J., 1974).

Por otra parte, el dinamismo y la constante labor de la «**Sociedad Europea de Psicología Social Experimental**» (E.A.E.S.P.), multiplicando los seminarios de formación, los simposios trans-nacionales sobre temas específicos, y creando soportes de publicación de abaste europeo, han contribuido a crear una auténtica comunidad europea de investigación psicossocial. Este continuo flujo de intercambios y de circulación de ideas ha modificado el sentido mismo de la expresión «psicología social europea», haciéndolo pasar desde una referencia puramente geo-política a la designación de una psicología social con características sustantivas que le son propias.

### **8.1. Las características sustantivas de la psicología social europea**

Las condiciones en las que la psicología social volvió a instalarse en suelo europeo tras la Segunda Guerra Mundial explican sobradamente que sus primeros planteamientos consistieran en una simple **reproducción mimética de los planteamientos norteamericanos**, y que la influencia de la psicología social dominante en Estados Unidos siga aún fuertemente presente en amplios sectores de la psicología social europea. Sin embargo, varios factores se fueron conjuntando para propiciar la emergencia de una serie de rasgos diferenciadores. En primer lugar, es obvio que tras una primera fase de asentamiento, los psicólogos sociales europeos no podían abstenerse de indagar las características de su propia tradición cultural. Esta mirada retrospectiva les llevó a reencontrar antiguos planteamientos que, aunque sólo fuera por un simple efecto de contraste, ponían de manifiesto la especificidad propiamente americana de la psicología social que habían importado de Estados Unidos. Cuanto menos, esta toma de conciencia del carácter localista de la psicología social sugería la posibilidad de desarrollar unos enfoques diferentes, que tuvieran en cuenta las peculiaridades del contexto sociocultural europeo. En segundo lugar, la «crisis» que sacudió a la psicología social norteamericana se produjo en un momento en el que la psicología social europea, al contrario de la que existía en Estados Unidos, no contaba aún con un pasado suficientemente largo como para que hubieran sedimentado y cristalizado sólidamente los presupuestos individualistas y positivistas de la psicología social dominante. El menor arraigo de estos supuestos los tornaba sin duda más vulnerables a la crítica, suscitando menores fuerzas de resistencia ante su eventual revisión. En tercer lugar, las propias características generales de las tradiciones de pensamiento en Europa, caracterizado adecuadamente por los norteamericanos como más propenso a las teorizaciones globalizadoras, no

podían dejar de influir también en el campo particular de la psicología social. En esta misma línea, es posible que el talante generalmente más crítico del pensamiento social europeo, así como sus mayores connotaciones políticas, debidas entre otras cosas a la mayor implantación del pensamiento marxista, incidieron también sobre la configuración de los propios enfoques psicosociales. Es sintomático a este respecto que tan pronto como en 1962 la revista *Arguments* dedicara un número a las **implicaciones políticas de la psicología social**, con la participación, entre otros, de Robert Pagés y de Serge Moscovici (*Arguments*, 1962).

También es sintomático que una de las principales contribuciones europeas a los debates suscitados por la crisis de la psicología social se realizara mediante un influyente libro en el que no faltaban los planteamientos inspirados en la tradición marxista (Israel, J., Tajfel, H., 1972). Sin embargo, junto con estos factores ligados al contexto cultural, ideológico y político europeo, también se debe recurrir a los propios conocimientos elaborados por la psicología social para explicar la emergencia de una psicología social específicamente europea. Me estoy refiriendo, por supuesto, a los conocidos procesos de la categorización social de la identidad social, y de las relaciones entre los grupos. En efecto, se manifestó en el seno de la psicología social europea una voluntad consciente de marcar diferencias con «el grupo americano» y de construir las bases de una identidad propia a partir precisamente de esa demarcación conflictiva.

El conjunto de factores que acabo de reseñar fueron dibujando paulatinamente una psicología social mucho más sensible a la necesidad de detectar las **implicaciones ideológicas** «inadvertidas» que impregnan los planteamientos psicosociales y mucho más focalizada sobre la **«dimensión social»** de los fenómenos psicosociológicos. En su presentación de un amplio compendio de investigaciones europeas, Tajfel, Jaspars y Fraser podían afirmar con seguridad que la psicología social europea se caracteriza por la existencia:

«... de un común denominador, muy general, que puede ser sintetizado en una frase referida a la *dimensión social* de la psicología social europea...

La psicología social es hoy en Europa mucho más social de lo que lo era hace veinte años» (Tajfel, H.; Jaspars, J; Fraser, C., 1984, p. 1).

Todo esto no significa, por supuesto, que la psicología social europea se haya convertido en una disciplina radicalmente «otra» en relación a la que existe en Norteamérica. Las similitudes entre las sociedades y las cul-

turas en ambos lados del Atlántico son suficientemente fuertes para que muchos de los fenómenos psico-sociales presenten las mismas características en ambas zonas geo-políticas. Pero en líneas generales, es cierto que la aportación europea ha consistido básicamente en reformular los planteamientos y las interpretaciones de la psicología social norteamericana desde una perspectiva que resaltaba su insuficiente consideración de las dimensiones sociales, y que intentaba evidenciar sus presupuestos ideológicos y epistemológicos implícitos, propiciando en algunos casos el hallazgo de nuevos fenómenos o de nuevas explicaciones. Como muy bien lo expresa Carmen **Huici** refiriéndose a la contribución europea:

«... considero que algunas de sus aportaciones más interesantes han consistido, bien en tratar de explotar todas las implicaciones presentes en los trabajos dentro de la tradición americana, lo que permite rebasar sus límites, bien en una relectura de datos y teorías. Ello ha dado lugar, en ocasiones, a soluciones innovadoras, a nuevas perspectivas acerca de viejos problemas» (Huici, C., 1986, p. 252).

Señalemos, de paso, que junto con el mencionado trabajo de Carmen Huici, centrado sobre la psicología social cognitiva, existen otros excelentes estudios acerca de las características de la psicología social contemporánea en Europa o en alguno de sus países (Doise, W., 1980; Jaspars, J., 1986; Potter, J., 1981; Semin, G., Krahe, B., 1987).

## 8.2. Las contribuciones de la psicología social europea

A pesar de la «europeización» de la psicología social en el viejo continente, no cabe duda de que la presentación de una panorámica estructurada por países presenta ciertas ventajas, ya que por debajo de la dimensión propiamente europea laten las peculiaridades culturales de cada uno de ellos y sus intereses preferentes en el campo de la psicología social. Así, por ejemplo, cabe destacar que, en estrecha relación, sin duda alguna, con aspectos ligados al poderío económico de las diversas naciones, el grueso de la contribución europea a la psicología social proviene esencialmente de **Alemania Federal, Gran Bretaña y Francia**. En Alemania, a pesar de que la influencia del **cognitivismo social** al estilo norteamericano se deja sentir con mucha fuerza, se aprecia también la proximidad cultural de la **tradición fenomenológica** así como de la **Teoría Crítica de Frankfurt**. En Gran Bretaña, donde la influencia de Henri **Tajfel** fue

decisiva, se aprecia una situación extremadamente compleja y rica donde coexisten las formulaciones más tradicionales de la psicología social norteamericana, junto con los presupuestos más innovadores, inspirados en la obra del segundo **Wittgenstein**, así como en la **etnometodología** y en el **marxismo crítico**. En Francia destaca sin duda la figura de Serge **Moscovici**, pero también se puede apreciar la influencia del cognitivismo americano y ciertas simpatías por algunas de las características del conductismo. La preeminencia de estos tres países no significa que no se realizan aportaciones desde otros países, entre los que destacan sin duda, **Holanda, Bélgica y Suiza**, a los que se ha sumado más recientemente **Italia**, mientras que en **España** la progresiva consolidación de la psicología social anuncia un futuro que puede ser prometedor pero que no ha madurado aún sus frutos.

Frente a una presentación estructurada por países, he preferido sin embargo organizar este análisis de la psicología social europea en función de los **núcleos temáticos** donde se han hecho más visibles las contribuciones europeas. Debo indicar, sin embargo, que algunas de esas contribuciones, tales como la **etogenia** de Rom **Harré**, el **análisis del discurso** de **Potter**, el enfoque «**retórico**» de **Billig**, el **construccionismo práctico** de **Shotter** o la **doble estructuración** de **Giddens**, aportaciones esencialmente británicas, como se puede ver, no serán desarrolladas aquí sino en el próximo apartado sobre las nuevas alternativas.

### a) La cognición social

La **Teoría de la Disonancia Cognitiva** daba muestras de agotamiento en Estados Unidos cuando la psicología social europea empezó su fase de expansión; sin embargo, esta teoría aún suscitó, y sigue suscitando, interesantes aportaciones. Cabe destacar, por ejemplo, el severo **análisis crítico** que desarrolló Jean Pierre **Poitou**, del Laboratorio de Psicología Social de Aix-en-Provence, señalando el impacto de las normas sociales sobre los resultados conseguidos por los investigadores y denunciando tanto el trasfondo ideológico como los presupuestos individualistas de la teoría de la disonancia (Poitou, J. P., 1974). En Bélgica, Joseph **Nuttin Jr.** desarrolló una serie de investigaciones que tendían a mostrar el carácter ilusorio de los fenómenos analizados en la teoría de la disonancia (Nuttin, J., 1975). En fechas más recientes, Jean Leon **Beauvois**, de la Universidad de Grenoble, elaboró una extensa reinterpretación de la teoría de la disonancia, orientada a reinsertar en esa teoría las dimensiones sociales que estaban implícitas en la formulación original de Festinger, y a arran-

carla a la progresiva psicologización que había sufrido en sus desarrollos ulteriores. En la perspectiva de Beauvois, la Teoría de la Disonancia «reinterpretada» ilustra la manera en que las **prácticas sociales cotidianas** constituidas por una infinidad de «**micro-sumisiones**» ante la autoridad conforman paulatinamente las ideologías de las personas (Beauvois, J. L., Joule, R. V., 1981).

De hecho, esta reinterpretación de la Teoría de la Disonancia se inscribe en un amplio programa «**socio-cognitivista**», que Beauvois y sus colaboradores distinguen radicalmente del «**cognitivismo social**». En este programa, junto con un fuerte compromiso experimentalista, se aprecia la influencia del materialismo marxista, así como ciertas simpatías por algunos aspectos de las orientaciones conductistas, y especialmente por las formulaciones de Bem. En efecto, después de la oleada cognitivista y fenomenológica, se trata, según este grupo de investigadores, de volver hacia el estudio de las prácticas sociales concretas y de las conductas efectivamente realizadas, considerando que, si bien es cierto que la esfera ideológica incide sobre la determinación de las conductas, son éstas las que a su vez determinan los contenidos ideológicos.

La **Teoría de la Atribución** también ha suscitado numerosas aportaciones, algunas esencialmente críticas, como la de Erika **Apfelbaum** y Claudine **Herzlich**, por ejemplo, enfatizando, en una línea de denuncia típicamente europea, el olvido de las dimensiones sociales y el reduccionismo individualista que caracteriza a las teorías de la atribución (Apfelbaum, E., Herzlich, C., 1970). Otras aportaciones tienen un carácter más sustantivo, en el sentido de que pretenden profundizar en algunos aspectos de los fenómenos atributivos, pero sin descuidar por ello las formulaciones críticas. Cabe mencionar en esta línea una serie de trabajos realizados en Inglaterra, tras el impulso que Jos **Jaspars** dio al tema en los inicios de los setenta (Jaspars, J., Hewstone, M., Fincham, F. D., 1983; Lalljee, M., 1981; Hewstone, M., 1983), así como las investigaciones de Jean Claude **Deschamps** orientadas a analizar la relación entre los procesos atributivos y los fenómenos de la categorización social (Deschamps, J. C., 1977; Deschamps, J. C., Clemence, A., 1987).

Desde Suiza, donde también radica el mencionado Jean Claude Deschamps, varios investigadores han desarrollado un amplio programa de estudio centrado sobre el **desarrollo de los procesos cognitivos**. La elección de este tema se ha visto influenciada quizá por la proximidad geográfica del pensamiento de **Piaget**, pero también se ha inspirado en las aportaciones de **Vigotsky** y en la noción de **conflicto cognitivo** de **Moscovici** (Perretlermont, A. N., 1979; Mugny, G., 1985). Una de las aportaciones más interesantes radica en el concepto de «**marcaje social**» (Mugny, G.,

Doise, W., 1983). En efecto, el «marcaje social» ilustra las relaciones entre, por una parte, los procesos socio-cognitivos y, por otra, las regulaciones sociales que intervienen en las relaciones interpersonales o que están ligadas a las posiciones sociales ocupadas por los individuos. Así, en la realización de una determinada actividad puede existir una congruencia, o bien conflicto, entre las respuestas sugeridas por las regulaciones sociales implicadas en esa actividad y las respuestas sugeridas por los esquemas cognitivos de que disponen los individuos. Los resultados de estas investigaciones demuestran esencialmente que los mecanismos cognitivos no funcionan con independencia de las regulaciones sociales.

El cognitivismo social, considerado como un paradigma general para el conjunto de la psicología social, ha encontrado por su parte una buena acogida en ciertos sectores de la disciplina y tiene cualificados representantes en todos los países europeos, como por ejemplo Richard **Eiser** y Mansur **Lalljee** en Gran Bretaña (Eiser, R., 1986; Lalljee, M., Abelson, R. P., 1983), pero quizá sea el Laboratorio de Psicología Social de Aix-en-Provence quien constituye en Europa el centro más activo dentro de esta orientación. En efecto, desde su fundación en 1967, este laboratorio, marcado por la influencia de Claude **Flament** y de Jean paul **Codol**, ha desarrollado una constante preocupación por el estudio de la cognición social. Primero con los estudios sobre la influencia que ejerce la **representación cognitiva** de las tareas sobre las conductas de los sujetos experimentales (Codol, J. P., 1968) y desarrollando más adelante toda la vertiente cognitivista de las **representaciones sociales** (Abric, J. C., 1987), así como un enfoque cognitivista de la **identidad** sobre el que volveré más adelante (Codol, J. P., 1982).

## b) Las Representaciones Sociales

En reacción frente a la progresiva **psicologización** del concepto de actitud, Serge **Moscovici**, inspirándose en el concepto durkheimiano de **representaciones colectivas**, y conectando con los orígenes más sociales de las **actitudes**, tal y como se planteaban por ejemplo en los trabajos de Thomas y Znanieki a principios de siglo, ha elaborado un concepto y una teoría que ha tenido profundas repercusiones en la psicología social europea (Moscovici, S., 1961). Sin pretender, como lo hace Moscovici, que el concepto de Representación Social puede ser el núcleo vertebrador de la psicología social europea (Moscovici, S., 1988), es justo reconocer que los trabajos sobre este concepto constituyen un rasgo diferenciador del enfoque europeo, a la vez que una de sus aportaciones más sustantivas.

En efecto, sin alejarse de las preocupaciones cognitivistas por la importancia que tiene la experiencia fenomenológica de la realidad, Moscovici no sólo fundamenta el origen social a esta experiencia fenomenológica, sino que la inserta, tanto en cuanto a sus funciones como en cuanto a sus mecanismos, en el marco más amplio de las características macro-sociales (Moscovici, S., 1982; Farr, R., Moscovici, S., 1984).

Aparte de las numerosas investigaciones y desarrollos teóricos a los que ha dado lugar el concepto de Representación Social en Francia (Jodelet, D., 1984), este concepto también se ha extendido a otros países como Italia (Palmonari, A., Pombeni, M., Zani, B., 1987), Gran Bretaña (Hewstone, M., Jaspars, J., Lalljee, M., 1982), Suiza (Mugny, G., Carugati, F., 1985) e incluso España (Ibáñez, T. 1988; Páez y otros, 1987; Seoane, 1985a).

### c) Categorización social y relaciones de grupos

La preocupación de Henri **Tajfel** por la problemática socio-política de los estereotipos sociales y de los prejuicios étnicos subyace sin duda en la importante línea de investigación que impulsó para dilucidar los procesos de la **categorización social**. Sobrepasando la dimensión puramente cognitivo-perceptiva del «New look in perception», Tajfel introdujo con fuerza la «dimensión social» en el seno mismo de los procesos perceptivos desembocando en la formulación de su célebre **«paradigma del grupo mínimo»** y en la explicación del proceso que engendra la **discriminación intergrupala** (Tajfel, H., 1981). El tema de la categorización no sólo suscitó numerosas investigaciones en Inglaterra, y especialmente en «el grupo de Bristol», sino que dio origen a una influyente **teoría de la identidad social** que ampliaría más tarde su discípulo John **Turner** (Turner, J., 1987). Sin olvidar la influencia que estos planteamientos tuvieron sobre las investigaciones de **Deschamps** y de **Wilhelm Doise** en Suiza (Doise, W., 1976). La **Teoría de la Identidad Social** de Tajfel, junto con la **Teoría de la Representación Social** y la **Teoría de la Conversión**, constituyen probablemente las tres aportaciones europeas que mayor resonancia han tenido en el ámbito de la psicología social dominante.

### d) Identidad social

Aunque, tanto los temas de la influencia minoritaria como los temas de la categorización social, o de las representaciones sociales guardan estre-

cha relación con el fenómeno de la identidad social, las dos aportaciones que parecen más relevantes sobre el tema, después de las formulaciones de Tajfel, son las de John Turner en Gran Bretaña y las de Jean Paul Codol en Francia. La **Teoría de la Categorización del Self** (también denominada **Teoría de la Identidad Social del Grupo**), elaborada por Turner, constituye a la vez un desarrollo y una crítica de los planteamientos iniciales de Tajfel sobre la categorización y sobre la identidad social. En efecto, el **favoritismo intra-grupo** puesto de manifiesto por las investigaciones de Tajfel fue interpretado por este último en términos puramente cognitivo/motivacionales. El individuo discrimina a favor de su propio grupo de pertenencia para obtener beneficios psicológicos respecto a su propia identidad social como miembro del grupo. Turner, inspirándose en los trabajos sobre «prototipicalidad» de Rosch (Rosch, E., 1978), pretende formular una explicación que sea a la vez **más cognitiva** y **más social**.

Según él, la situación de grupo induce un fenómeno de **despersonalización** (que no hay que confundir con la desindividualización), producido por el mecanismo categorial básico del «**metacontraste**», es decir, por el mecanismo cognitivo que está en la base del proceso mismo de la categorización y que permite considerar como idénticos, desde un punto de vista categorial, una serie de elementos que son evidentemente diferentes en cuanto a muchas de sus características. La situación grupal produce un cambio del «nivel de abstracción» en la definición del self, que pasa a ser conceptualizado en términos de la categoría grupal.

Dicho en otras palabras, pensarse como miembro de un conjunto implica **necesariamente** que se enfatizan los criterios que permiten considerar como idénticos entre sí a los diferentes elementos del conjunto. Es precisamente esta identidad, ya no individual, sino colectiva, la que constituye, a su vez, la base socio-cognitiva de la conducta grupal. Los procesos psicosociales que caracterizan al fenómeno grupal que encuentran sus condiciones de posibilidad en la capacidad que tienen los individuos de pensarse a sí mismos situándose en el nivel de abstracción que corresponde a la categoría grupal. El «giro cognitivista» que Turner imprime a la teoría de Tajfel es clarísimo y se puede decir que, en última instancia, los fenómenos de discriminación entre grupos y de solidaridad intra-grupos constituyen una consecuencia del tipo de lógica inferencial que caracteriza a la cognición humana (Turner, J., 1987). Sin embargo, si bien es cierto que Turner consigue formular una explicación más «cognitiva» que la de Tajfel, ya no está tan claro que se trate también de una formulación más «social».

Jean Paul Codol desarrolla por su parte una aproximación igualmente cognitivista de la identidad, analizando los mecanismos de la diferencia-

ción y de la asimilación que conducen a los individuos a pensarse, y a presentarse, **simultáneamente**, como diferentes de todos los demás individuos de su misma condición y como semejantes a todos ellos. Este mecanismo de la **diferenciación-asimilación** es el que conduce, entre otras cosas, al llamado **efecto P.I.P.** —Primum Inter Pares— (Codol, J. P., 1975), o efecto de «**conformidad superior del yo**», que encuentra una ilustración en el dicho popular según el cual «más vale ser cabeza de ratón que cola de león». El fenómeno de la conformidad superior del yo permite, según Codol, realizar en un mismo acto el proceso de diferenciación y de asimilación.

En efecto, cuando alguien afirma que es él quien mejor se ajusta a una norma o a una determinada característica definidora de la pertenencia a un grupo o a una categoría, está afirmando a la vez su **similitud** con quienes comparten esa norma o esa característica, es decir, con los miembros del grupo, y su estricta singularidad, puesto que nadie es tan semejante a los demás como pueda serlo él mismo (Codol, J. P., 1982).

#### e) **Influencia minoritaria y teoría de la conversión**

A finales de los sesenta, Serge **Moscovici** realizó unas investigaciones que «dieron la vuelta» al **paradigma de la conformidad** de **Asch** (Moscovici, S., Lage, E., Naffrechoux, M., 1969). Según Moscovici, la sumisión del sujeto «ingenuo» de Asch a los criterios del grupo constituido por los cómplices del investigador, lejos de reflejar una reacción conformista frente a una opinión mayoritaria, indicaba por el contrario la fuerza que pueden tener las **presiones minoritarias**. A partir de entonces empezaron a proliferar las investigaciones sobre el fenómeno de la **influencia minoritaria** y, además de sus colaboradores parisinos, Moscovici encontró en los psicólogos sociales de Ginebra un valioso equipo que supo profundizar en el tema y desarrollar sus consecuencias (Mugny, G., 1981; Mugny, G., Pérez, J., 1986; Papastamou, S., 1986). El fenómeno de la influencia minoritaria impactó con fuerza en muchos investigadores europeos, como por ejemplo Anne Maass (Maass, A., Clark, R. D., 1984), pero también creó escuela en Estados Unidos (Nemeth, C., Wachtler, J., 1974), y consiguió ser tomado en cuenta tanto por los *Advances* de Berkowitz (Moscovici, S., Faucheux, C., 1972) como por los editores de la nueva edición de *Handbook* (Moscovici, S., 1985). Si Tajfel estaba preocupado, como hemos visto, por la problemática sociopolítica de la discriminación social, Moscovici también pretendía contribuir a un mejor entendimiento de otro problema social con sus investigaciones sobre la influencia

minoritaria. En efecto, la problemática del **cambio social** que subyace claramente en sus investigaciones llevaría a Moscovici a formular una «teoría de la conversión» que perfiló con mayor sofisticación teórica sus primeros planteamientos sobre las minorías (Moscovici, S., 1980; Moscovici, S., Mugny, G., 1986).

#### f) Las emociones y las conductas «no verbales»

A la par que la psicología social norteamericana iba redescubriendo la importancia de la **afectividad** y de las **emociones** (Isen, A. M., 1984; Zajonc, R., 1980b), Klaus **Scherer** desarrollaba en Alemania una fructífera línea de investigación sobre la expresión de las emociones (Scherer, K., Wallbott, H., Summerfield, A., 1986), mientras que Bernard **Rimé** en Bélgica se centraba más específicamente sobre las características de la comunicación no verbal en una línea tradicionalmente vinculada a la problemática de la expresión de las emociones (Rimé, B., 1983).

El auge del interés por el fenómeno de las emociones ha conducido a los editores del *British Journal of Social Psychology* a dedicarle en 1988 un número monográfico donde quedan reflejadas tanto las posturas de quienes consideran las emociones en términos de «**estados internos**» como las de quienes las conceptualizan en términos de «**construcciones sociales**» (*British Journal of Social Psychology*, 1987, 27, 1).

#### g) Otras aportaciones

Además de las líneas de investigación citadas hasta aquí, es preciso señalar también otras aportaciones notables tales como las investigaciones de Jean Pierre **Deconchy** sobre la lógica psicosocial de las regulaciones ortodoxas. Utilizando hábilmente la experimentación en situaciones naturales, Deconchy consigue arraigar en lo social los estudios demasiado psicólogos realizados por Rokeach sobre el **dogmatismo**, proporcionando explicaciones que vinculan la regulación ideológica de los individuos con las **estructuras de poder** de las organizaciones basadas en ideologías «cerradas» (Deconchy, J. P., 1971, 1980). También es preciso mencionar las investigaciones de Jacques Philippe **Leyens** sobre las «**teorías implícitas de la personalidad**» (Leyens, J. Ph., 1983), las de Howard Gilles en Inglaterra sobre los **aspectos psicosociales del lenguaje** (Gilles, H., 1977), así como la elaboración en Alemania, y en la parte germánica de Suiza, de una «**Teoría de la acción**» que presenta cierta afinidad con los enfo-

ques conductistas, aunque pretende abarcar los problemas de la intencionalidad (Frese, M., Sabini, J., 1985; Von Cranach, M., 1982). No se puede olvidar, por último, la importante escuela historiográfica que se está constituyendo en torno a las aportaciones de Erika **Apfelbaum** y Serge **Moscovici** en Francia, Carl **Graumann** en Alemania y Robert **Farr**, uno de los más eruditos conocedores de la historia de la psicología social, en Gran Bretaña (Apfelbaum, E., 1985, Moscovici, S., 1986; Graumann, C., 1988; Farr, R., 1986).

Por fin, merece la pena señalar algunas de las principales contribuciones de la psicología social europea a la crítica de los planteamientos y de los resultados de la psicología social dominante en Estados Unidos:

— La ya mencionada crítica de Jean Pierre Poitou a la Teoría de la Disonancia Cognitiva (Poitou, J. P., 1974).

— La polémica que sostuvo Michel **Plon** con Morton **Deutsch** sobre la aplicación de la Teoría de los Juegos al estudio de las relaciones de cooperación-competición (Plon, M., 1974; Deutsch, M., 1974).

— La polémica que sostuvieron Erika **Apfelbaum** y Ian **Lubeck** con el mismo Morton **Deutsch** sobre la conceptualización de los conflictos (Apfelbaum, E., Lubeck, I., 1976; Deutsch, M., 1976).

— La crítica que **Apfelbaum** y **Herzlich** desarrollaron en relación a las teorías de la atribución de **Jones** y de **Kelley** (Apfelbaum, E., Herzlich, C., 1970).

— La reformulación del fenómeno del «**Risky Shift**» en términos del influyente concepto de «**Polarización**» que llevó a cabo **Moscovici** (Moscovici, S., Zavalloni, M., 1969).

— La crítica al concepto de **actitud** que ha desarrollado Michael **Billig** (Billig, M., 1987).

— El cuestionamiento global, por **Moscovici** y por **Tajfel**, del **individualismo psicologista** que caracteriza a la psicología social dominante en Norteamérica (Moscovici, S., 1972; Tajfel, H., 1972).

— Y por fin, la pertinaz crítica a la utilización del método **experimental** en psicología social, articulada por Rom **Harré** (Harré, R., 1977a).

Como vemos, tanto por sus aportaciones sustantivas, como por sus planteamientos críticos y por su énfasis sobre la dimensión social de los procesos psico-sociológicos, la psicología social europea merece efectivamente ser tomada en cuenta en una caracterización de la psicología social contemporánea.

## 9. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

### IV. LAS CORRIENTES ALTERNATIVAS

#### 9.1. El legado de la crisis

Todas las crisis, y la crisis de la psicología social no constituye ninguna excepción, tienen una duración limitada. O bien alcanzan proporciones incontrolables y provocan una transformación radical de la situación que las ha motivado, o bien se agotan y desaparecen ante la capacidad de resistencia y los mecanismos de contención del medio en que se han manifestado. Según todas las apariencias, el destino de la crisis de la psicología social se corresponde con esta segunda alternativa. En efecto, basta con leer las revistas especializadas para comprobar la vitalidad con que se sigue desarrollando el tipo de investigación psicosocial que los instigadores de la crisis pretendieron cuestionar. Sin embargo, todos sabemos que hay muchas formas de **«cerrar» una crisis**. Una de ellas consiste en atender a sus **causas** y subsanarlas, aunque esto conlleva por lo general introducir modificaciones más o menos profundas en algunos de los parámetros que definían la situación anterior a la crisis. Otra consiste en yugular simplemente la crisis y volver a la situación anterior sin modificar ninguno de sus parámetros. Lo que esto conlleva por lo general es, en este último caso, que se dejan en pie las causas que han motivado la crisis, y que

éstas siguen siendo, por lo tanto, **«activas»**, aunque sus efectos puedan ser neutralizados o bien ignorados en la práctica. Otra posibilidad consiste, por supuesto, en que las causas de la crisis sean tan tenues, tan circunstanciales y tan artificiales que su extinción acontece por sí misma tras un breve período de efervescencia. Es obvio que la psicología social no se ha modificado sustancialmente después del período crítico, pero ¿se han extinguido realmente las causas que propiciaron la crisis? Todo parece indicar que no ha sido así, y presentaré a continuación una serie de argumentos que prestan un apoyo razonable a esta afirmación.

De cuando en cuando, las revistas, las series y los «advances» que figuran entre los más cualificados portavoces de la psicología social académicamente dominante se hacen eco de planteamientos y de propuestas que ofrecen nuevas alternativas frente a las orientaciones mayoritarias de la psicología social. Así, el prestigioso *Journal of Personality and Social Psychology* publicó, en 1978, tres importantes textos «alternativos». Uno de Kenneth **Gergen**, incitando a la producción de teorías que sean **«generativas»** de cambios sociales (Gergen, 1978), otro de Ralph **Rosnow**, proponiendo un nuevo paradigma para la psicología social, inspirado en las formulaciones de Giambatista **Vico** (Rosnow, 1978), y un tercero de Edward **Sampson**, llamando a una **revolución científica** que transforme los paradigmas de la psicología social (Sampson, 1978). La *Review of Personality and Social Psychology*, editada anualmente por la sección de psicología social de la APA (Asociación Americana de Psicología), acogió en 1980 un trabajo conjunto de Gergen y Jill **Morawski**, proponiendo literalmente una **meta-teoría alternativa** para la psicología social (Gergen y Morawski, 1980), y reincidió en 1983 publicando otro trabajo «marginal» de **Shotter** y Burton (Shotter y Burton, 1983). Ese mismo año, 1983, el *American Psychologist*, es decir, la revista oficial de la APA, abrió sus columnas a un texto de Peter **Manicas** y Paul **Secord** en el que se presentaban las implicaciones de la **nueva filosofía de la ciencia** para una reorientación de la psicología social (Manicas y Secord, 1983), y dos años más tarde la misma revista publicaba un importante texto de Kenneth Gergen sobre el **«movimiento» socio-constructivista** (Gergen, 1985a). Mientras tanto, los *Advances* de Leonard Berkowitz acogían una presentación de la **orientación «contextualista»** firmada por William McGuire (McGuire, 1983).

La publicación de esta serie de textos constituye cuanto menos un indicio de que, lejos de haberse extinguido por propio agotamiento, las causas de la crisis siguen fomentando la crítica hacia la situación instituida y la elaboración de planteamientos alternativos. Se puede pensar que se trata de un indicio bastante frágil a la vista del número relativamente escaso

de textos que he citado. Sin embargo, quienes conocen la naturaleza de los mecanismos que controlan la admisión de textos en el circuito de las publicaciones académicas más respetables, difícilmente pueden infravalorar lo que representa el hecho de que se hayan publicado tantos textos «heterodoxos» como los que he citado (Lubeck y Apfelbaum, 1979). Por otra parte, conviene considerar también que la presión para conseguir publicar este tipo de textos en los circuitos «oficiales» fue disminuyendo a medida que se abrían cauces de expresión paralelos en el ámbito de las ciencias sociales. De hecho, esos nuevos cauces de expresión se han multiplicado considerablemente en los últimos años. En efecto, no sólo existen actualmente varias revistas que podríamos calificar de «alternativas», tales como por ejemplo el *Journal for the Theory of Social Behavior*, o la revista *New Ideas in Psychology*, sino que la publicación de monografías prosigue a buen ritmo, demostrando que existe un público que se muestra receptivo ante los nuevos planteamientos. Véase si no la siguiente relación, en absoluto exhaustiva, en la que tan sólo se han seleccionado aquellas obras, total o parcialmente dedicadas a las nuevas orientaciones, que parecen las más interesantes. Esta relación empieza en 1974 con la publicación de uno de los primeros libros dedicados a presentar elementos para una posible «reconstrucción» de la psicología social y no recoge ninguno de los numerosos artículos que se publicaron durante la época considerada, ciñéndose estrictamente a las monografías.

### **Libros publicados en el marco general de las nuevas orientaciones**

1974

Armistead, N. (Ed.): *Reconstructing social psychology*.

Marsh, P.; Rosser, E.; Harré, R: *The rules of disorder*.

1975

Habermas, J.: *The theory of communicative action*.

Shotter, J.: *Images of man in psychological research*.

1976

Strickland, L.; Aboud, F.; Gergen, K. (Eds.): *Social Psychology in transition*.

1977

Collet, P. (Ed.): *Social rules and social behavior*.

Gauld, A.; Shotter, J.: *Human action and its psychological explanation*.

1979

Bhaskar, R.: *The possibility of naturalism. A philosophical critique of the contemporary social sciences*.

- Brenner, M. y otros (Eds.): *The social contexts of method*.  
Buss, A. R.: *A dialectical psychology*.  
Buss, A. R. (Ed.): *Psychology in social context*.  
Coulter, J.: *The social construction of the mind*.  
Giddens, A.: *Central problems in social theory*.  
Ginsburg, G. (Ed.): *Emerging strategies in social psychological research*.  
Harré, R.: *Social being: a theory for social psychology*.  
1980  
Brenner, M. (Ed.): *The structure of action*.  
Gilmour, R.; Duck, S. (Eds.): *The development of social psychology*.  
1981  
Antaki, C. (Ed.): *The psychology of ordinary explanation of social behavior*.  
Goffman, E.: *Forms of talk*.  
Rosnow, R. L.: *Paradigms in transition*.  
Thompson, J. B.: *Critical hermeneutics*.  
1982  
Cranach, M. von; Harré, R. (Eds.): *The analysis of action*.  
Gergen, K. J.: *Toward transformation in social knowledge*.  
Hacker, W. V. y Von Cranach, M. (Eds.): *Cognitive and motivacional aspects of action*.  
Munné, F.: *Psicologías Sociales marginadas. La línea de Marx en la psicología social*.  
Secord, P.: *Explaining human behavior. Consciousness, human action and social structure*.  
1983  
Bloor, D. Wittgenstein.: *A social theory of knowledge*.  
Morgan, G. (Ed.): *Beyond method. Strategies for social research*.  
Searle, J.: *Intentionality*.  
Torregrosa, J. R.; Sarabia, B. (Eds.): *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*.  
Wexler, P.: *Critical social psychology*.  
1984  
Atkinson, J. M.; Heritage, J. (Eds.): *Structure of social action: studies in conversation analysis*.  
Gergen, K. J.; Gergen, M. M.: *Historical social psychology*.  
Giddens, A.: *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*.  
Potter, J.; Stringer, P.; Wetherell, M.: *Social texts and contexts*.  
Shotter, J.: *Social accountability and selfhood*.  
1985  
Gergen, K.; Davis, K. (Eds.): *The social construction of the person*.

Ginsburg, G.; Brenner, M.; Cranach, M. von. (Eds.): *Discovery strategies in the psychology of action*.

Harré, R.; Clarke, D.; De Carlo, N.: *Motives and mechanisms. An introduction to the psychology of action*.

Skinner, Q. (Ed.): *The return of grand theory in the human sciences*.

Taylor, C.: *Human agency and language. Philosophical papers. Vol. I*.

Taylor, C.: *Philosophy and the human sciences. Philosophical papers. Vol. II*.

1986

Antaki, C.; Lewis, A. (Eds.): *Mental mirrors: meta-cognition in social knowledge and communication*.

Fiske, D. W.; Shweder, R. A.: *Metatheory in social science*.

Harré, R. (Ed.): *The social construction of emotions*.

Henriques, J. y otros.: *Changing the subject*.

Margolis, J.; Manicas, P.; Harré, R.; Secord, P.: *Psychology: designing the discipline*.

Ricoeur, P.: *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique*.

Rosnow, R.; Georgoudi, M. (Eds.): *Contextualism and understanding in behavioral science*.

Sarbin, T. (Ed.): *Narrative psychology: the storied nature of human conduct*.

1987

Billig, M.: *Arguing and thinking: a rhetorical approach to social psychology*.

Manicas, P.: *A history and philosophy of the social sciences*.

Outhwaite, W.: *New philosophies of social science. Realism, hermenutics and critical theory*.

Potter, J.; Wetherell, M.: *Discourse and social psychology: beyond attitudes and behavior*.

Rabinow, P.; Sullivan, W. M. (Eds.): *Interpretative social science. A second look*.

1988

Antaki, C. (Ed.): *Analysing everyday explanation*.

Billig, M. et al. (Eds.): *Ideological dilemmas*.

Fielding, N. (Ed.): *Actions and Structure*.

Shotter, J.; Gergen, K. (Eds.): *Texts of identity*.

Simon, H. W. (Ed.): *Rhetoric in the human science*.

Woolgar, S. (Ed.): *Knowledge and reflexivity*.

1989

Ibáñez, T. (Ed.): *El conocimiento de la realidad social*.

Greenwood, J. D.: *Explanation and experiment in social psychological science*.

Esta relación ofrece otro indicio de que las causas de la crisis no se han desvanecido y siguen alimentando la preocupación por ofrecer vías alternativas al estudio tradicional de los fenómenos sociales y psicosociales. Cometeríamos, sin embargo, un error si pensáramos que existe una expresión clara y coherente de **una** solución alternativa. En efecto, el contenido de las obras que he mencionado refleja una notable diversidad de planteamientos, a la vez que una cierta confusión en las propuestas que se formulan, incluso al filo de las sucesivas publicaciones de un mismo autor. Sin embargo, conviene considerar esta situación como perfectamente normal, y hasta deseable, ya que se trata de un proceso esencialmente innovador e instituyente. Como lo dice muy gráficamente Kenneth Gergen:

«...el progreso mismo de la disciplina pasa por la continua ocupación y abandono de los edificios teóricos y de las configuraciones que construimos, trascendiendo estas configuraciones por medio de la reflexión crítica» (Gergen, en prensa).

También es preciso tener en cuenta que estas formulaciones se presentan a veces en un tono provocativo, no exento de ciertas rigideces, esquematismos y radicalizaciones de las propias posturas, desembocando sobre la tendencia a caricaturizar las posturas del «adversario». Pero esto no debería extrañarnos. La psicología social nos ha enseñado que este fenómeno caracteriza precisamente a las minorías normativas cuando luchan contra las normas dominantes.

Por encima de la diversidad de los planteamientos y de la existencia de matices a veces contradictorios, las propuestas alternativas participan globalmente de una serie de **presupuestos comunes**. Ese amplio denominador común pasa, entre otras características, por un **anti-positivismo** contundente, por el reconocimiento del ser humano como «**agente**» parcialmente auto-determinado, por una sensibilidad particular hacia el carácter **histórico** o «**construido**» de las realidades psicosociales, por la centración sobre la importancia que representan el **lenguaje** y la **significación**, por la atención hacia la **racionalidad práctica**, por el interés hacia los procesos concretos de la **vida cotidiana** y por la conciencia de las implicaciones de todo tipo que se desprenden a partir de la propia **reflexividad del conocimiento**.

Este conjunto de presupuestos comunes indica claramente que los nuevos enfoques trascienden la problemática particular de la psicología social y que la crisis por la que pasó esta disciplina, lejos de constituir un fenómeno localizado, coyuntural y específico, hunde sus raíces en una problemática mucho más general que atañe a la propia concepción de la **racio-**

**alidad científica.** Esta problemática se ha configurado en torno a varios fenómenos importantes que han marcado la evolución del pensamiento contemporáneo.

En primer lugar el derrumbamiento, en parte autoprovocado, de las bases **neo-positivistas** del paradigma epistemológico vigente. Especialmente lo que concierne a su formulación **verificacionista** del conocimiento científico y a su conceptualización de la naturaleza y del papel desempeñado por la actividad teórica en relación con los datos empíricos. En segundo lugar, el auge simultáneo del **Realismo** y del **Neo-pragmatismo** por una parte y de la **Fenomenología**, de la **Hermenéutica radical** y del pensamiento del segundo **Wittgenstein** por otra parte. En tercer lugar, la configuración de una **sociología del conocimiento** y de una sociología de la ciencia que no podían sino apuntar hacia el carácter «construido», «reflexivo» y «socio-históricamente determinado» del conocimiento científico y de sus prácticas constitutivas. Todos estos elementos, en estrecha conexión muchos de ellos con los problemas sustantivos planteados por los resultados alcanzados en las disciplinas científicas más punteras, han propiciado un intenso clima de discusión filosófica y epistemológica, propio de una época de **mutación de los grandes paradigmas científicos**. Es precisamente esta discusión la que está nutriendo activamente el nuevo pensamiento sobre lo social y la que ha alimentado más o menos directamente la crítica que ha afectado a la psicología social y a muchas otras disciplinas.

Por las razones que sean, la psicología social dominante no ha sabido integrar, **como parte constitutiva de sí misma**, las inquietudes que laten en su sector crítico. El resultado de esta incapacidad es que se está constituyendo actualmente, al lado de la psicología social instituida, una psicología social **distinta**, aún desdibujada y confusa pero que se desarrolla con rapidez y con una creciente independencia de las investigaciones que se llevan a cabo en la psicología social tradicional. Es de esperar que el **reencontro** entre estas dos psicologías sociales no se produzca tras un plazo tan dilatado como el que transcurrió antes de que la psicología social psicológica y la psicología social sociológica iniciaran su actual proceso de confluencia. En cualquier caso, si se pretende dar cuenta de las características de la psicología social contemporánea, es obvio que no se puede ignorar la existencia de las corrientes alternativas.

Aunque el importante transfondo de presupuestos comunes implica un solapamiento, a veces muy notable, entre las diversas propuestas alternativas, se pueden distinguir **cuatro grandes orientaciones** en función del tipo de «tradición» que predomina en sus formulaciones. Cabe subrayar el carácter relativamente artificial de esta taxonomía, como de todas las

taxonomías, ya que, obviamente, no sólo no existen «tipos ideales», sino que, en este caso, muchos de los enfoques particulares que se clasifican bajo una determinada orientación se nutren también de las tradiciones que caracterizan a las demás orientaciones. Algunos de estos enfoques son incluso tan «híbridos» que la decisión de presentarlos bajo un epígrafe en lugar de otro encierra sin duda una notable arbitrariedad. En cualquier caso, y teniendo en cuenta todas las debidas precauciones que he señalado, parece que la organización conceptual de los diversos enfoques alternativos, en estos cuatro grandes bloques, puede ayudar a incrementar la inteligibilidad del conjunto de los planteamientos que han aparecido en el marco de la psicología social alternativa.

El primero de estos bloques, que podemos situar bajo el epígrafe general de «**Teoría de la acción**», encuentra en la obra del segundo **Wittgenstein** su principal fuente de inspiración. Junto con la Teoría de la acción propiamente dicha, se incluyen en este bloque la **orientación etogénica** y, aunque de forma más discutible, las orientaciones centradas sobre el análisis de «**las explicaciones ordinarias de la conducta**» y sobre el «**análisis del discurso cotidiano**». Aunque estas últimas orientaciones se inspiran también en otras fuentes de influencia, no deja de ser cierto que las condiciones que han permitido su articulación son inseparables del énfasis Wittgensteiniano sobre el «**lenguaje ordinario**» y sobre el concepto de los «**juegos de lenguaje**».

El segundo bloque, que he denominado, a falta de una mejor expresión, con el rótulo de **orientación dialéctica**, recoge el legado de la llamada «**dialéctica post-marxista**» y del «**holismo**» **hegeliano**. Junto con el enfoque propiamente dialéctico, se incluye en esta orientación las aportaciones de Roy **Bhaskar**. También he optado por situar bajo este epígrafe la **teoría de la estructuración** de **Giddens** y la **nueva teoría crítica** de **Habermas**, a pesar de que ambas están fuertemente influenciadas por la orientación hermenéutica y, concretamente, por las formulaciones de **Gadamer**. Más delicada ha sido la decisión de incluir bajo este epígrafe el enfoque **contextualista**, pero sus fuertes connotaciones dialécticas y holísticas así lo aconsejan.

El tercer bloque, designado como orientación **hermenéutica**, recoge el legado de una tradición que arranca de **Schleiermacher** y de **Dilthey**, incide en la **sociología interpretativa**, pasa por **Heiddeger** y culmina en Hans Georg **Gadamer**. Aunque muchos de los enfoques que se recogen en las otras grandes orientaciones mantienen una postura crítica hacia la orientación hermenéutica, no cabe duda que todas ellas han integrado algunas de sus aportaciones fundamentales.

Por fin, el cuarto bloque, que he reagrupado bajo el epígrafe de «**cons-**

**truccionismo social** es quizás el más ecléctico en la medida en que sus orientaciones integran muchas de las ideas básicas que configuran a las restantes orientaciones. En efecto, encontramos en el «construccionismo» una mezcla de elementos wittgensteinianos, dialécticos y hermenéuticos. Pero, junto con este eclecticismo integrador, quizá se pueda caracterizar más precisamente a esta orientación haciendo referencia a las propuestas del **neo-pragmatismo** americano que se encuentran ejemplificadas en la obra de Richard **Rorty** y que se hallan en filiación directa con las formulaciones de **James**, de **Mead** y de **Dewey**.

## 9.2. La orientación de la Teoría de la acción

La idea según la cual la conducta humana, así como la de muchas otras especies animales, es en buena medida de naturaleza **propositiva** no constituye ninguna novedad en el campo de la psicología. Franz Brentano, William McDougall y Edward Tolman pueden citarse, por ejemplo, como tres significativos puntos de referencia históricos sobre esta cuestión (Brentano, 1874; McDougall, 1930; Tolman, 1932). Sin embargo, la orientación positivista de la psicología impidió, como es sabido, que se investigaran adecuadamente las implicaciones del **carácter intencional de la conducta**. En efecto, las intenciones carecen de propiedades directamente observables y sólo pueden ser inferidas a partir de las conductas manifiestas, o de las declaraciones verbales, y como resultado de una actividad introspectiva. La exclusión de todas las entidades inobservables fuera del campo de los objetos susceptibles de ser investigados científicamente asignaba por lo tanto el estudio de las intenciones al campo de las meras especulaciones metafísicas. Por supuesto, ningún psicólogo podía considerar seriamente que las intenciones, los deseos o las creencias no desempeñan un papel importante en la actuación humana; sin embargo, la negativa a tratar directamente sobre estos aspectos parecía encontrar una justificación aceptable en la afirmación neo-positivista según la cual era posible elaborar un **lenguaje unificado de la ciencia**, en el cual los inobservables podían ser «reducidos» a términos cuyos referentes fuesen observables.

No era preciso, pues, interrogarse sobre la naturaleza de las intenciones, y bastaba con trabajar en base a sus referentes empíricos, como por ejemplo las «conductas de meta». Esta justificación desapareció con el naufragio de la filosofía neo-positivista. Si las intenciones y otros fenómenos similares no podían ser «reducidos» a un lenguaje observacional, la psicología debía, o bien limitarse a las conductas humanas en las que no inter-

venían esos fenómenos, o encararse con las dificultades que entrañaba su investigación. La primera opción era inaceptable en la medida en que ridiculizaba obviamente la pretensión de la psicología de dar cuenta de la conducta humana, reduciéndola al estudio de sus aspectos más intrascendentes. La segunda encerraba los gérmenes de una drástica revisión del programa de la psicología y de sus fundamentos epistemológicos. Las *Investigaciones Filosóficas* de Ludwig Wittgenstein aportaron elementos decisivos para esa revisión (Wittgenstein, 1953).

### a) La Teoría de la acción

La escuela de Oxford, heredera del pensamiento del segundo Wittgenstein, se centró en el análisis del «lenguaje cotidiano», resaltando la extraordinaria importancia que presentan las referencias a las intenciones en la explicación corriente de la conducta. Los psicólogos debían atender al problema de las intenciones, aunque sólo fuese porque la forma en que las personas explican sus propias conductas y las conductas de los demás incide sobre la propia conformación de esas conductas. Los sofisticados y agudos debates suscitados por la escuela de Oxford en torno a la naturaleza de las intenciones y al tipo de relación, causal o no, que las vincula con la conducta, influenciaron sin duda parte de la psicología social inglesa, promoviendo, junto con la influencia de la Teoría de la atribución, un interés particular por las «explicaciones de la conducta en el pensamiento cotidiano». Pero, sobre todo, el prolongado debate sobre las intenciones (Anscombe, 1957; Boden, 1972; Chisholm, 1967; Davidson, 1963; Dennet, 1981; Searle, 1983) suscitó el interés por otros tres conceptos de primerísima importancia para la psicología social: el concepto de «**agencia**», el concepto de «**inferencias prácticas**» y el concepto de «**significación**».

En efecto, el problema de la intervención **causal** de las intenciones en el desarrollo de las conductas humanas puso el énfasis sobre la **relativa auto-determinación** de sus conductas por el propio agente humano o, si se prefiere, sobre el papel de las decisiones, internamente elaboradas por el individuo. Al mismo tiempo surgió una cuestión ya tratada por Aristóteles, que hacía referencia a los **silogismos prácticos** que desarrolla una persona para razonar sobre la mejor manera de que sus conductas conduzcan efectivamente a la satisfacción de sus intenciones. Por otro lado, tanto el problema de la **atribución de intenciones** a los demás como el problema de la **comunicación** de las propias intenciones planteaban directamente la cuestión de la producción y la interpretación social de los **significados**. De esta forma, el levantamiento de las prohibiciones dicta-

das por el neo-positivismo, junto con las aportaciones del segundo Wittgenstein desarrolladas por la escuela de Oxford, asentaron las bases de una **Teoría de la acción** centrada sobre una imagen del hombre concebido como un agente propositivo, capaz de auto-dirigir su conducta, dotado de racionalidad práctica e implicado en actividades de construcción y de desciframiento de significados. Cabe añadir además que, en línea con este planteamiento, el tema de la **intersubjetividad** y el de la **naturaleza social de los significados** se desprendían necesariamente como temas corolarios de los presupuestos fundamentales.

Frente a la psicología social dominante, una de las corrientes alternativas tomó apoyo en el legado wittgensteiniano para desarrollar una teoría de la acción en el marco específico de la psicología social (Gauld y Shotter, 1977; Brenner, 1980; Cranach y Harré, 1982; Harré, Claerke y DeCarlo, 1985; Ginsburg, Brenner y Cranach, 1985). Esta orientación entiende que la tarea básica de la psicología social pasa por **explicar las acciones humanas**, entendiendo por **acción** todas aquellas conductas que están dotadas de intencionalidad y de significación, y reservando el término de **conducta** sin más calificativos para designar la simple manifestación corporal de las acciones, o los movimientos corporales meramente mecánicos. La afinidad de la teoría de la acción con los planteamientos hermenéuticos y con los enfoques fenomenológicos es evidente. Sin embargo, también se producirá un intento de reconducir el análisis de la acción por caminos mucho más acordes con las orientaciones más tradicionales de la psicología social. En efecto, es obvio que se puede encontrar, en el ámbito de las **regulaciones cibernéticas**, una serie de elementos conceptuales que permiten reducir la dimensión teleológica de la conducta a un simple proceso de retro-alimentación del que se puede dar cuenta en términos de explicaciones cuasi-teleológicas (Wright, 1971). Este intento está prosperando actualmente en Alemania y en la Suiza alemana, construyendo una versión de la Teoría de la acción que guarda escaso parecido con sus primeras connotaciones wittgensteinianas (Cranach y otros, 1982; Frese y Sabini, 1985). Mucho más interesado por el aspecto intencional de las conductas que por la dimensión significativa de la acción, el enfoque de Mario von Cranach sigue perteneciendo sin duda al ámbito de la psicología social dominante aunque en una versión «liberalizada».

## b) La corriente etogénica

Articulado esencialmente por Rom Harré, el enfoque etogénico mantiene una estrecha vinculación con las dimensiones wittgensteinianas de

la **Teoría de la acción**, e integra elementos que provienen del **Interaccionismo Simbólico**, de la **etnometodología**, así como de las nociones de «**regla**» y de «**juego de lenguaje**» en Wittgenstein (Harré, 1979). Harré define la etogenia como un enfoque que se propone descubrir o identificar los **mecanismos generativos** de la conducta social, es decir, que pretende formular, siguiendo una analogía chomskiana, el tipo de **competencia** que permite al individuo generar sus actuaciones sociales (Harré, 1977). Según Harré, los productos sociales, incluidos los actos de las personas, se engendran a través de un proceso de **replicación** de una plantilla o molde subyacente, siendo la estructura de ese molde quien es responsable en última instancia de la estructura social del producto. En el caso de las acciones sociales, los moldes «preformados» que las generan no son sino los **conjuntos de reglas** que caracterizan a la cultura y que las personas han interiorizado en el curso de sus interacciones sociales. La explicación de la conducta social exige, por lo tanto, que se dilucidan las estructuras subyacentes, es decir, las reglas a partir de las cuales se ha construido. Según Harré, la mejor forma de descubrir esas reglas consiste en recoger y analizar los relatos que ofrecen las personas cuando pretenden dar cuenta de sus conductas. Al igual que ocurre con los planteamientos de los **etnometodólogos**, no se trata aquí tampoco de alcanzar a través de esos relatos la visión subjetiva que tiene una persona concreta, sino de dilucidar los mecanismos por medio de los cuales esta persona ha construido su actuación social. Desde esta óptica, uno de los elementos más informativos sobre los mencionados mecanismos se da precisamente cuando el agente no consigue, ya sea por equivocación suya, o por otra razón, que sus actos sean interpretados adecuadamente por los demás. Así es, el agente se encuentra entonces en la necesidad de verbalizar las reglas que en realidad pretendía seguir, explicitando de esta forma los mecanismos generativos de su conducta. Las actuaciones fallidas indican claramente que la dimensión operativa de las actuaciones radica en su significado. En efecto, es el significado lo que determina los resultados que producirá la acción, y el éxito o el fracaso de dicha acción dependerá del tipo de significado que haya conseguido vehicular. No importa el tipo de conducta que se despliegue, lo que importa en definitiva es el significado que ésta logra transmitir. Así, para dar a entender a alguien que se le está despidiendo con cariño se puede agitar un pañuelo, hacer gestos con los brazos o dar palmadas, lo importante es que esto conlleve el significado apropiado, y es obvio que el mismo pañuelo agitado en otro contexto, por ejemplo en un campo de fútbol, vehicula otro significado y produce otros efectos. Así pues, se puede decir que explicar la conducta social consiste básicamente en descubrir los significados que le son subyacentes.

En la línea de la Teoría de la acción, Harré distingue por una parte las conductas, que son meros movimientos físicos del cuerpo, por otra parte las acciones, que vienen a ser los propósitos que animan a la conducta, y por fin los actos, que son los significados socialmente atribuidos a las acciones, es decir, su conversión en signos por parte de los actores sociales dentro de un espacio inter-subjetivo y público. La distinción entre acciones y conductas conlleva a una distinción entre los «**automatismos**», o conductas estímulo-dependientes, dictadas al agente por los determinismos ambientales, y los «**autonomismos**», o conductas cuyo desarrollo tiene su fuente de determinación en las decisiones y los propósitos de la persona. El enfoque etogénico privilegia evidentemente el estudio de los autonomismos, considerándolos como el segmento más importante y también más trascendente de las actividades humanas.

Esto conduce a que la etogenia asuma la imagen del hombre que subyace en la Teoría de la acción, y que lo presenta en términos de agente **moralmente responsable** de sus propias actuaciones. En efecto, ni siquiera los sistemas de reglas interiorizados constituyen una fuente de determinación de la conducta absolutamente imperativa, puesto que las reglas actúan tan sólo como «**causas formales**». Aunque el seguimiento de las reglas sea una de las condiciones para la «inteligibilidad social» de las actuaciones personales, no tienen el poder constrictivo de las causas eficientes y siempre pueden ser violadas por los agentes sociales.

Para concluir con esta exposición esquemática de la etogenia, cabe señalar que su insistencia sobre la importancia del significado, así como su concepción generativa de las conductas sociales a partir de la replicación de estructuras subyacentes, la tornan radicalmente **incompatible** con los métodos experimentales. Rom Harré pone un especial empeño en explicar precisamente que, al contrario de lo que ocurre con los **sistemas paramétricos**, en cuyo seno las variables carecen de ligazón interna y pueden ser tratadas en forma separada, los objetos estructurales, cuyas variables están internamente relacionadas, se destruyen necesariamente si se someten a los procedimientos de estudio propios de las ciencias paramétricas, entre los que figura en primer plano la experimentación.

### c) El análisis de las «explicaciones cotidianas» y el «análisis del discurso»

El interés por el estudio de la forma en que las personas dan cuenta de las conductas en su vida cotidiana tiene varios orígenes. Uno de ellos radica en la **Teoría de la atribución** y hunde por lo tanto sus raíces en la **fenomenología de Heider**. En efecto, los teóricos de la atribución, en

consonancia con el auge del cognitivismo en la psicología social, han mostrado un creciente interés por el **pensamiento ingenuo**, por las **inferencias del sentido común** y por sus manifestaciones en las situaciones concretas de la **vida cotidiana**. Sin duda, la influencia de la corriente etnometodológica ha contribuido, por otra parte, a recalcar la conveniencia de recoger y de analizar los **relatos** («accounts») que formulan los propios actores sociales para dar cuenta de sus conductas y de las de los demás. Pero, tanto la influencia de la Teoría de la atribución como de la etnometodología han fructificado sobre un terreno ampliamente abonado por la preocupación wittgensteiniana por el «lenguaje cotidiano» y su incidencia en el desarrollo de la Teoría de la acción. No es casualidad que la investigación sobre «las explicaciones cotidianas de la conducta» se haya articulado principalmente en suelo británico y que una de las primeras monografías dedicada a este tema bajo la dirección de Charles **Antaki** recoja esencialmente estudios realizados tanto desde la teoría de la acción como desde la teoría de la atribución (Antaki, 1981). La evolución de este enfoque se ha caracterizado por una acentuación de la influencia de la herencia wittgensteiniana, en el sentido de que se ha focalizado cada vez más sobre la naturaleza y las particularidades del lenguaje cotidiano, hasta entroncar prácticamente con el enfoque del **«análisis del discurso»** (Antaki, 1988).

El «análisis del discurso» se nutre por su parte de una serie de tradiciones cuya conjunción desdibuja en buena medida la vinculación de este enfoque con la influencia de Wittgenstein. En efecto, el análisis de las **«formaciones discursivas»** arraiga en la versión **marxista** del **estructuralismo francés** (Pecheux, 1982), a la vez que en el abordaje etnometodológico de la **discursividad científica** (Mulkay, Potter y Yearley, 1982). Pero sin duda, también es sensible a la influencia del **post-estructuralismo** y especialmente al concepto de «deconstrucción» elaborado por Jacques Derrida (Derrida, 1972; Parker, 1988). La centración sobre el lenguaje, y más precisamente sobre las **prácticas discursivas** de los agentes sociales, se presenta como una heurística para desvelar las insuficiencias de ciertos planteamientos de la psicología social, así como para engendrar un programa de investigación alternativo al que conforma actualmente buena parte de la psicología social dominante (Potter y Wetherell, 1987). Aunque no se la pueda incluir estrictamente dentro de esta orientación, debemos mencionar aquí la original aportación de Michael **Billig** en base a una aproximación **retórica** a la psicología social (Billig, 1987). Su énfasis sobre la naturaleza lingüísticamente construida de la realidad social teje evidentes líneas de afinidad con el **«giro lingüístico»** que se anuncia en psicología social a través de las últimas evoluciones del enfoque centra-

do sobre las «explicaciones cotidianas» y a través de la emergencia del enfoque discursivo.

### 9.3. La orientación dialéctica

Es un hecho que, durante más de un siglo, un enorme contingente de pensadores de primer orden han trabajado sobre la base del legado de Karl **Marx**. Con frecuencia, diversos factores de tipo político han impuesto en nombre de la «ortodoxia» severas limitaciones a las aportaciones potenciales del pensamiento marxiano; pero con todo, la propia riqueza de los planteamientos de Marx, y la calidad de muchos de los pensadores que se inspiraron en ellos, no podía sino generar un amplio caudal de sustantivos materiales para las ciencias sociales en su conjunto. La palabra «**post-marxista**» quizá no sea la más adecuada para designar la serie de desarrollos que se han producido en las últimas décadas y que revisten una particular importancia para las nuevas perspectivas de la psicología social. A pesar de las connotaciones de abandono de la tradición marxista e incluso de ruptura con ella que pueden acompañar a esta expresión, la utilizaré aquí para designar con Leon Rappoport el enfoque **dialéctico** que incide actualmente en ciertos sectores «alternativos» de la psicología social. Conviene entender por «dialéctica post-marxista»:

«... la extensión del análisis dialéctico más allá de las hoy cuestionables asunciones del pensamiento de Marx en el terreno de la ciencia (positivismo), de lo económico y del materialismo» (Rappoport, 1984, p. 108).

Se trata, si se quiere, de variaciones más o menos libres y más o menos influenciadas por otras orientaciones, a partir de la teoría social marxista. No pretendo, por tanto, relatar aquí la **incidencia directa** del pensamiento marxista en la psicología social (Munné, 1982), ni examinar tampoco las características de la psicología social en la **Unión Soviética** (Munné, 1985), sino dilucidar los aspectos básicos de la orientación dialéctica y analizar algunas de sus traducciones en las ciencias sociales.

#### a) El análisis dialéctico

En 1977, el *Personality and Social Psychology Bulletin* publicaba varios textos de orientación dialéctica que se habían gestado en un pri-

mer seminario realizado en 1975 en la Universidad de Columbia y, un año más tarde, en un simposio organizado por la propia A.P.A. (Rappoport, 1977; Baumgardner, 1977; Cvtkovitych, 1977; Kytle, 1977; Buck-Marss, 1977).

Estos textos, que abordaban por ejemplo temas relacionados con la historiografía crítica de la psicología social, o con el legado de Adorno más allá de su «Personalidad autoritaria», fueron comentados por Kenneth Gergen y por Marilyn Brewster-Smith desde el punto de vista de sus implicaciones para un nuevo enfoque de la psicología social (Gergen, 1977; Brewster-Smith, 1977). Más adelante, tanto **Buss** como **Altman**, así como **Wexler**, desarrollarían ciertas implicaciones del punto de vista dialéctico (Altman, Vinsel y Brown, 1981; Buss, 1979b; Wexler, 1982), pero sería **Marianthi Georgoudi** quien expondría de forma más sistemática los presupuestos de la orientación dialéctica (Georgoudi, 1983).

Según Georgoudi, el punto de vista dialéctico enfatiza esencialmente la naturaleza **relacional** de los objetos, así como su carácter **procesual** y evolutivo. El punto de vista relacional va mucho más allá de las formulaciones en términos de interacciones y se niega a considerar como **categorías ontológicamente independientes** unos objetos que sólo pueden existir en virtud de su **relación recíproca** y de la interdependencia de sus respectivas definiciones. Es preciso rechazar por lo tanto una serie de dicotomías clásicas, tales como la dicotomía objeto-sujeto, individuo-sociedad, teoría-praxis o mundo objetivo y mundo subjetivo. En efecto, ninguno de los elementos que conforman estas dicotomías existen por separado y sólo pueden definirse «relacionalmente» en función el uno del otro. Pero es más, todo objeto de pensamiento es **en sí mismo** relacional, puesto que nada puede ser pensado sin que esto implique necesariamente su negación, o su no-existencia, en el acto mismo que lo afirma. En un sentido muy **hegeliano**, la orientación dialéctica considera que es precisamente la **contradicción** inherente entre afirmación/negación del objeto la que posibilita su transformación dinámica en una nueva entidad que trasciende ambos aspectos. La concepción relacional de la realidad es especialmente importante en el tema, crucial para la psicología social, del binomio «individuo/sociedad»:

«Si el individuo y la sociedad se encuentran intrínsecamente relacionados, ¿qué forma deberá tomar la psicología social? Desde la perspectiva dialéctica, el estudio de entidades separadas y de sus interacciones es sustituido por el de las **relaciones** concretas que se encuentran en un continuo proceso de creación, modificación y transformación. Tanto el indivi-

duo como la sociedad, o el mundo social, se encuentran fusionados en un proceso dialéctico de relaciones creadas y re-creadas» (Georgoudi, 1983, p. 84).

Lejos de ser el sujeto pasivo de los determinismos sociales, el individuo desempeña pues un papel activo en la constitución de la realidad social y, en consecuencia, la psicología social debería reconocer el carácter intencional y creativo de la persona.

El segundo aspecto enfatizado por la dialéctica radica en la naturaleza procesual de los fenómenos. Las «cosas» no están constituidas de una vez por todas, sino que están en un proceso de constante devenir, de continua creación y recreación, de constante reproducción y transformación. La dimensión **diacrónica** adquiere pues una importancia primordial en el análisis de la realidad y se enfatiza de esta forma el aspecto **histórico** de los fenómenos sociales. En este sentido, la psicología social debe abandonar sus perspectivas a-históricas y reconocer plenamente la naturaleza histórica de los fenómenos que estudia.

Por fin, de la misma forma que no se puede separar la persona de su sociedad, tampoco se puede desligar la ciencia de su contexto histórico de producción. Así pues, toda ciencia está indefectiblemente impregnada de los valores dominantes de la cultura en la que se desarrolla y los científicos tienen, por lo tanto, un papel activo en la conformación de su sociedad.

## b) El contextualismo

El contextualismo se ha desarrollado a partir de las aportaciones de Stephen **Pepper** a principios de los años cuarenta (Pepper, 1942), y aunque su influencia en las nuevas configuraciones de la psicología social no sea extremadamente importante, merece la pena ser analizado aquí porque no sólo sintoniza con algunos de los aspectos que subyacen en el fondo común de las nuevas orientaciones, sino que presenta características muy similares a las de la orientación dialéctica.

Tanto Ralph **Rosnow**, quien dirigió con Marienthal **Georgoudi** un importante libro sobre esta orientación, como William **McGuire**, quien le dedicó un capítulo en los *Avances* de Berkowitz, y Theodore **Sarbin**, quien hizo lo mismo en los *Nebraska Symposium on Motivation*, han contribuido a difundir las características de una orientación con la cual parecen simpatizar algunos psicólogos sociales como Irving **Altman** o Robert **Lana** (Rosnow y Georgoudi, 1985; Georgoudi y Rosnow, 1985a, 1985b; McGuire, 1983; Sarbin, 1977).

Contrariamente a la etogenia de Rom Harré, el contextualismo se muestra crítico ante las epistemologías **realistas**, rechazando por su parte todo dualismo entre apariencia y realidad, y negando que existan estructuras más profundas ocultas **detrás** de los acontecimientos tales como se manifiestan «realmente». Las fuentes en las que se inspira el contextualismo son sin duda el **pragmatismo** americano teñido de **holismo** y de **dialéctica hegelianos**.

En efecto, junto con el reconocimiento de que todo conocimiento es «limitado», en el doble sentido de que es una construcción resultante de una serie de prácticas sociales históricamente situadas, y de que carece de sentido pretender que alcance jamás a ninguna «verdad» definitiva, el contextualismo enfatiza el carácter organizado de la **totalidad contextual** en la que transcurren los acontecimientos humanos. No existe, en efecto, un mundo de elementos discretos e independientes que se manifiesten con independencia de la totalidad en la que se insertan. Así, ninguna actividad humana puede analizarse con independencia del entorno cultural y del contexto socio-histórico de significados y de relaciones sociales en el que acontece. Pero sería erróneo suponer que el propio contexto constituye una categoría **ontológica** independiente. El contexto existe a través de los actos que constituye, de la misma forma que **los actos sólo existen en relación al contexto que los constituye**.

Retomando el ejemplo citado por Rosnow y Georgoudi en el capítulo introductorio a su libro, es tan absurdo pensar separadamente el contexto y sus eventos como excindir una sonrisa de la cara en la que se plasma; obviamente no existe la cara por un lado y la sonrisa por otro (Rosnow y Georgoudi, 1986). Hay, pues, en el contextualismo una concepción dialéctica subyacente que guarda cierto parecido con el concepto de doble estructuración de **Giddens**: la gente construye los contextos mediante sus discursos, sus relaciones y sus prácticas, a la vez que estos elementos están, ellos mismos, contruidos por el contexto. El bucle entre **contexto como producto** y el **contexto como causa** vuelve sobre sí mismo en un movimiento continuo. El concepto de movimiento y de cambio constituye además otra de las características básicas del contextualismo. En efecto, Pepper consideraba que **el cambio** no era una consecuencia derivada de algo más fundamental y estable, sino que era propiamente básico y constitutivo de la realidad. La realidad es siempre un proceso abierto, inacabado y **en constante devenir**, con lo cual es difícil mantener presupuestos estrictamente deterministas y se enfatiza por el contrario la historicidad de la realidad social.

Por fin, el contextualismo insiste en negar, tanto la posibilidad de una supuesta independencia entre el objeto y el sujeto, lo conocido y el cog-

noscente, o entre la observación y su instrumento, como la posibilidad de una ciencia que esté «libre» de valores.

Si consideramos que el contextualismo reconoce también la importancia de la intencionalidad y de la auto-determinación del agente humano, podemos concluir que son muchos, efectivamente, los puntos de entronque entre esta orientación y el trasfondo común a las alternativas que se ofrecen a la psicología social: contingencia socio-histórica del conocimiento científico y de las prácticas sociales, oposición al individualismo metodológico, y también al reduccionismo mecanicista, énfasis sobre el carácter propositivo y auto-dirigido de la acción humana, reconocimiento de la importancia del significado como dimensión básica del entramado social, rechazo de las causalidades lineales y de un determinismo constitutivo de la realidad social, etc., etc.

Para finalizar esta breve exposición del contextualismo cabe indicar también su rechazo de la dicotomía entre **teoría y práctica**. En efecto, el conocer y el hacer están íntimamente ligados, ya que el **conocimiento resulta de la acción** y sólo se puede constituir a través de la acción.

### c) La Teoría de la estructuración, el modelo transformacional de la actividad social y la Teoría crítica

Los tres enfoques que he agrupado aquí presentan la particularidad de estar muy próximos a la **dialéctica «post-marxista»**, tal y como la he definido anteriormente, y de recoger a la vez muchas de las aportaciones de la orientación **hermenéutica**. La inclusión en la orientación dialéctica de autores que están fuertemente influenciados por la hermenéutica puede parecer extraña cuando se sabe que tanto esta orientación como la de la Sociología interpretativa han animado muchos de los ataques contra la interpretación marxista de la sociedad. Sin embargo, entiendo que el tipo de aportación realizado en el marco de estos tres enfoques está en perfecta sintonía con algunos de los aspectos más básicos de la orientación dialéctica. El caso más discutible podría ser el de Anthony **Giddens** y su **Teoría de la estructuración**; sin embargo, tanto el concepto de **«doble estructuración»** como la insistencia sobre las **«prácticas sociales concretas»** y sobre las **«consecuencias no intencionales»** de la acción autorizan a decir que, aunque Giddens esté en el polo opuesto del marxismo «ortodoxo», su aportación encaja perfectamente en las derivaciones «post-marxistas» del marxismo.

La teoría de la estructuración (Giddens, 1982, 1984) enfatiza con fuerza la naturaleza hermenéutica tanto de lo social como de su descripción.

Los actores sociales orientan sus actividades en función de marcos de significación que deben ser dilucidados por el investigador, pero esto sólo puede conseguirse **entrando** en el juego de significados articulado por los propios actores. En otras palabras, que acentúan aún más las resonancias wittgensteinianas de esta perspectiva, se puede decir que, para poder describir una «**forma de vida**», es preciso conocer cuáles son los significados que la constituyen desde la propia perspectiva de sus protagonistas.

Al igual que los etnometodólogos, Giddens concede por lo tanto una importancia capital a los «relatos» formulados por los propios actores sociales. Sin embargo, estos relatos tan sólo nos permiten acceder explícitamente a la «**conciencia discursiva**» de las personas, marginando su «**conciencia práctica**», cuando en realidad ambas son vitales para que el sujeto pueda desenvolverse en el seno de su contexto social:

«Por “conciencia discursiva” entiendo todas aquellas cosas que el actor puede decir, puede traducir en palabras, sobre las condiciones de su acción. Por “conciencia práctica” me refiero a lo que los actores conocen, aunque no sepan expresarlo verbalmente, sobre cómo desenvolverse en los múltiples contextos de la vida social» (Giddens, 1983, p. 76).

No basta por lo tanto con tener acceso a las verbalizaciones formuladas por los actores sociales, sino que es preciso indagar en el nivel de los **conocimientos implícitos y prácticos**. Para ello la investigación de las situaciones de la vida cotidiana es fundamental:

«El criterio de la vida cotidiana constituye un elemento esencial del análisis de la reproducción de las prácticas institucionalizadas» (Giddens, 1984, p. 282).

La dimensión hermenéutica no agota, sin embargo, la naturaleza de lo social. En efecto, las consecuencias de las acciones van más allá de lo que pretende hacer el sujeto y de los significados que les atribuye. La reproducción y la transformación de la sociedad descansan en buena medida sobre esas **consecuencias no pretendidas** de las acciones:

«La historia humana se crea por medio de actividades intencionales, pero no es un proyecto intencional» (Giddens, 1984, p. 27).

Así, las estructuras sociales se mantienen, se reproducen y se transforman a través de las prácticas sociales conscientemente desarrolladas por

los sujetos, y a través de los aspectos inconscientes y de las consecuencias involuntarias de esas prácticas. Las estructuras sociales son el resultado de la actividad de las personas, pero esto no implica legitimar el **individualismo metodológico**, puesto que las actividades de las personas están afectadas a su vez por las estructuras sociales. Para hacer inteligible la relación individuo-sociedad y la mutua determinación entre los agentes sociales y las estructuras sociales, Giddens introduce el concepto de **«dualidad estructural»**, que es, como vamos a ver, un concepto eminentemente dialéctico:

«La constitución de los agentes y de las estructuras no son dos conjuntos de fenómenos independientes, un dualismo, sino que representan una dualidad. Según la noción de dualidad estructural, las propiedades estructurales de los sistemas sociales constituyen a la vez el resultado y el medio de las prácticas que organizan recursivamente. Las estructuras no son “externas” a los individuos...» (Giddens, 1984, p. 25).

Las estructuras sociales se constituyen como resultado de las actividades de los sujetos, pero estas actividades se constituyen a su vez por medio de las estructuras sociales. Las acciones y las estructuras son, **ambas, estructurantes y estructuradas**. A través del concepto de dualidad estructural, el individualismo y el holismo se funden en una entidad teórica que anula su oposición, trascendiéndolos.

El planteamiento de Roy Bhaskar, en cuanto a la dialéctica persona-sociedad, es muy próximo al de Giddens:

«La sociedad es, a la vez, la **condición** siempre presente (causa material), y el **resultado** continuamente reproducido de la agencia humana» (Bhaskar, 1979, p. 43).

«(las estructuras sociales)... sólo existen en virtud de las actividades que gobiernan, y no pueden ser identificadas empíricamente con independencia de éstas» (Bhaskar, 1978, p. 14).

El hecho de que las estructuras sociales existan en función de las prácticas sociales implica que esas estructuras dependen en parte de las concepciones que elaboran los individuos acerca de sus prácticas. Así, **las significaciones son constitutivas de la propia realidad social** y Bhaskar, al igual que Giddens, reencuentra la dimensión hermenéutica en la definición de lo social:

«(las ciencias sociales)... son (por lo menos parcialmente) concretas, en el sentido de Husserl, hermenéuticas, en el sentido de Dilthey, e históricas, en el sentido de Marx» (Bhaskar, 1982, p. 275).

Desde unos supuestos epistemológicos firmemente realistas, Bhaskar defiende un acercamiento **naturalista**, aunque no positivista, al estudio de la sociedad, preguntándose por cuáles son las propiedades de las sociedades que las instituyen como posible objeto de conocimiento para los investigadores. Su reflexión le conduce a destacar, por una parte, el carácter abierto de los sistemas sociales, concluyendo por lo tanto en la imposibilidad de elaborar un conocimiento de tipo **predictivo** sobre ellos, y a enfatizar, por otra parte, la dimensión crítica y los posibles **efectos emancipatorios** de las ciencias sociales en la medida en que aportan materiales para que las personas perciban las fuentes de determinación que actúan sobre ellas y para que se liberen de falsas concepciones.

Esta misma orientación crítica y esta misma preocupación por elaborar conocimientos emancipatorios caracteriza sin duda las aportaciones de Jürgen **Habermas**.

En relación con su conocida distinción entre los tres tipos de «intereses» —interés por el control y la predicción, interés por la comprensión, interés por la emancipación (Habermas, 1968)— que subyacen en tres tipos de conocimiento distintos —el analítico, el hermenéutico, el crítico—, Habermas desarrolla en sus últimos trabajos las implicaciones del interés por la comprensión (Habermas, 1981). Esto le conduce a centrarse sobre la actividad de la inter-comprensión. Con ello, Habermas no hace sino retomar el clásico problema de la inter-subjetividad y buscar las características **distintivas** de lo social, es decir, **las condiciones mismas de posibilidad de lo social** (Ferry, 1987). Para él, aquello que funda lo social y sin lo cual éste no podría existir es precisamente la **actividad comunicacional**. Es a través de ella como se instaura la comunidad de significados y de perspectivas sin la cual ninguna otra práctica social podría desarrollarse. Así, la práctica de la discusión y de la argumentación, o si se prefiere, la **retórica**, entendida en su sentido estricto, aporta el requisito previo de inteligibilidad compartida sin el cual las acciones y las interacciones sociales no podrían realizarse. Este énfasis sobre la categoría de la comunicación como condición de la producción de sentido y de la interpretación de la experiencia social desemboca sobre la rehabilitación de la importancia que tiene la **razón práctica** para la actividad propiamente social, y sobre la afirmación de que la racionalidad práctica también es susceptible de ser evaluada en términos de su grado de «verdad». En otras palabras,

Habermas considera, como también lo hace Hilary Putnam, que los valores, o la ética, lejos de constituir una pura cuestión de preferencias subjetivas, pueden ser enjuiciados según su grado de verdad (Putnam, 1981). Ahora bien, esto conduce a concebir la verdad como el acuerdo alcanzado por medio de la **discusión crítica**, en una línea muy próxima a la que defiende el neo-pragmatismo americano (Rorty, 1982). Esta concepción de la verdad sitúa por consiguiente en un primer plano la necesidad de desvelar los factores que conducen a una **comunicación distorsionada**.

Es en este punto donde reaparece sin duda el compromiso de Habermas con una **teoría crítica** que fomente las condiciones de una posible **emancipación social**.

Calificada de «**hermenéutica crítica**», en razón de las limitaciones que impone a la hermenéutica radical de Gadamer, la postura de Habermas reincide por lo tanto en muchos de los presupuestos comunes que caracterizan a las nuevas orientaciones en psicología social: énfasis sobre los aspectos hermenéuticos de lo social, importancia de la razón práctica, interés por la comunicación en la vida cotidiana, atención hacia los procesos que permiten construir la inter-subjetividad, sensibilidad crítica hacia la naturaleza y los efectos del conocimiento científico-social, preocupación por articular saberes emancipatorios,...

#### 9.4. La orientación hermenéutica

Desde los planteamientos de Dilthey y de la escuela historicista alemana, la orientación hermenéutica ha ejercido notables influencias en el estudio de la sociedad, marcando tanto la **sociología comprensiva** de Weber como la **sociología fenomenológica** de Schütz o el propio **Interaccionismo Simbólico**. Sin embargo, el dualismo metodológico de Dilthey restringía fuertemente el alcance del punto de vista hermenéutico, limitándolo al ámbito de los fenómenos sociales y contribuyendo de esta forma a legitimar la metodología positivista en el campo de las ciencias naturales.

Las aportaciones de Heidegger por una parte y de Wittgenstein por otra, fueron decisivas para llamar la atención sobre la **ubicuidad del lenguaje** y la imposibilidad de trascender sus límites (Heidegger, 1927; Wittgenstein, 1953). En cambio, fue Hans Georg Gadamer quien, inspirándose básicamente en Heidegger, desarrolló las implicaciones del carácter universal de la hermenéutica, señalando que es el propio modo de participación del ser humano en el mundo el que pasa irremediamente por la **comprensión** (Gadamer, 1960). No sólo son las ciencias sociales, las

ciencias humanas o las ciencias históricas las que están vinculadas con la interpretación y con los límites trazados por el horizonte lingüístico-cultural en el que se desenvuelven, sino que **todo** saber formulable, incluido el saber de las ciencias naturales, descansa sobre presupuestos hermenéuticos y sobre las **pre-interpretaciones** inherentes al lenguaje. Es más, todo saber encuentra sus condiciones de inteligibilidad en el seno de un **«círculo hermenéutico»** inescapable.

En efecto, la significación no se construye por simple adición de elementos discretos, sino que presupone un constante movimiento desde la globalidad del «texto», entendiendo por «texto» cualquier conjunto de elementos de significación, hacia cada uno de los elementos que contribuyen precisamente a esa globalidad. Cada uno de los elementos participa en la construcción del significado global y, no obstante, cada elemento adquiere, a su vez, su sentido en función de ese significado global que, sin embargo, no existiría sin él. Nada adquiere significado si no es a través de su incorporación a un marco interpretativo que predetermina en parte el significado posible de cualquier elemento parcial. Este marco interpretativo está siempre condicionado por nuestra posición dentro de una tradición histórica y cultural. En el mismo sentido en que Kant hablaba de las categorías a priori del conocimiento, que mediaban, según él, entre la producción de conocimientos y los objetos de conocimiento, se podría decir que para Gadamer existen **categorías socio-históricas del conocimiento**, que ejercen el mismo papel condicionante sobre el resultado de nuestras interpretaciones. Sin duda, esto pone en entredicho el concepto mismo de una **interpretación «verdadera»** que alcance a un supuesto significado «objetivo» encerrado en los propios límites del «texto». Toda interpretación es relativa a sus condiciones socio-históricas de producción y a los anclajes culturales y lingüísticos del sistema de significados que la articulan. Las «pre-concepciones» son, a la vez, la condición de posibilidad y el estricto límite de la comprensión.

La línea hermenéutica post-diltheiana ha sido desarrollada esencialmente por Habermas y Giddens, de quienes ya hemos hablado, y también por Paul Ricoeur y Charles Taylor. Ricoeur ha conectado fundamentalmente la hermenéutica con la Teoría de la acción (Ricoeur, 1986), mientras que Charles Taylor ha desarrollado una conceptualización del ser humano, no sólo como «animal hermenéutico» sino como **«animal auto-interpretativo»**, es decir, como un ser cuya naturaleza está constituida, en buena medida, por las propias interpretaciones que de ella realiza el sujeto (Taylor, 1985):

«... nuestra interpretación de nosotros mismos y de nuestra

experiencia es constitutiva de lo que somos, y no puede considerarse por lo tanto como una simple visión de la realidad, separable de la realidad, ni tampoco como un epifenómeno del que podríamos prescindir en nuestra comprensión de la realidad» (Taylor, 1985, Vol. I, p. 47).

La conceptualización de Taylor, que arraiga en el concepto hegeliano y marxista de la **«auto-realización»**, se presenta como ineludible para una ciencia social satisfactoria que se tome en cuenta la dimensión irreductiblemente **subjetiva** de la experiencia humana, sin descuidar sus condiciones sociales de emergencia en un contexto que va más allá de los «significados compartidos» y se adentra en los **«significados comunes»** propios de una colectividad.

Difícilmente se puede captar el contenido sustantivo de las nuevas orientaciones de la psicología social si no se toman en cuenta sus profundas afinidades con el planteamiento hermenéutico por una parte y, simultáneamente, sus discrepancias con ese planteamiento. Se podría decir, sin exageración, que las nuevas alternativas resultan en buena medida de la integración de la hermenéutica al enfoque psicosocial y del reconocimiento de las limitaciones que aquejan en el enfoque hermenéutico. En cualquier caso, el legado hermenéutico parece irreversible y no es posible volver a una concepción «pre-hermenéutica» del agente social, de la realidad social y de las características de la investigación social.

## 9.5. La orientación construccionista

La perspectiva socio-construccionista ha ido emergiendo lentamente tras la crisis de la psicología social como un intento de hallar una metateoría que pudiera representar una alternativa válida frente al modelo empiricista de la ciencia que caracteriza a la corriente dominante en la disciplina.

Como en todo auténtico **proceso instituyente**, los puntos de desacuerdo con la situación existente estaban en un principio mucho más claros que las propuestas positivas para una reorientación. En efecto, el contenido positivo no se fue perfilando sin antes pasar por múltiples confusiones, exploraciones de vías muertas y rectificaciones sobre la marcha. El propio nombre de esta orientación ha ido cambiando, pasando de llamarse «socio-racionalista» (Gergen, 1982; Gergen y Morawski, 1980) a su actual denominación de «construccionismo social», sin que quepa descartar otra apelación futura surgida de la propia evolución de los planteamientos.

Kenneth Gergen ha desempeñado sin duda un papel motor en el desarrollo de un enfoque que, al igual que la etnometodología, reviste también unas características sociales de «**movimiento**», con todo lo que esto implica de aspectos positivos y también negativos. Pero, junto con Gergen, son muchos los psicólogos sociales que han contribuido, y están contribuyendo, a la articulación de la metateoría construccionista. Sin duda, la aglutinación de esfuerzos en torno a esta empresa renovadora se ha visto facilitada por dos importantes factores. En primer lugar por la existencia de un amplio movimiento que se extiende a través de las diversas ciencias sociales, sintonizando tanto en la crítica hacia el positivismo como con la nueva sensibilidad científica post-positivista. En segundo lugar, el propio eclecticismo del socio-construccionismo, en cuanto a sus fuentes de inspiración, ha permitido que muchos de los psicólogos sociales que «militaban» en diversas orientaciones alternativas a la psicología social instituida pudieran reconocerse, aunque fuera parcialmente, en los planteamientos construccionistas. En efecto, esta orientación se ha abierto ampliamente a las aportaciones de la hermenéutica, de la Teoría crítica, de la orientación dialéctica, de la sociología fenomenológica, del contextualismo o de los puntos de vista wittgensteinianos, entre otras fuentes de inspiración. El resultado es, en cierta medida, una amalgama de las aportaciones más sustantivas de cada una de esas orientaciones, íntegrádaslas desde la perspectiva:

«... de dilucidar los procesos mediante los cuales las personas consiguen describir, explicar o dar cuenta del mundo en que viven» (Gergen, 1985, p. 3).

La crítica construccionista a los supuestos empiricistas se basa por una parte en las aportaciones de Wittgenstein sobre el papel que desempeñan las «**convenciones lingüísticas**», tanto en la configuración de los conceptos, como en su utilización, y en la producción de conocimientos sobre los referentes a los que aluden supuestamente dichos conceptos. En efecto, la psicología social suele adoptar como objetos de investigación las entidades, o los procesos, a los que hacen referencia los conceptos, acuñados en nuestro lenguaje como si se tratara de **categorías naturales** cuya realidad está atestada por el simple hecho de que forman parte de nuestro vocabulario. Así por ejemplo, se supone que la «agresión» es una característica ontológica, puesto que tenemos una palabra para designarla. El construccionismo exige que no se acepte la «evidencia» con que se imponen a nosotros las «categorías naturales», y que se investigue el grado en que los mencionados referentes pueden no ser sino meras construc-

ciones cultural y socialmente situadas, o meros productos de las convenciones lingüísticas:

«... el construccionismo es intrínsecamente crítico en la medida en que cuestiona todo aquello que hemos considerado como garantizado porque era auto-evidente, obvio o natural... Todo es sospechoso mientras no haya más informaciones» (Sampson, 1986, p. 37).

La sensibilidad ante el papel de las convenciones lingüísticas y la negativa a dar por supuestas las categorías «naturales» del sentido común han originado interesantes investigaciones sobre la agresión como discurso (Gergen, 1984), sobre la construcción social de las emociones (Averill, 1980; Harré, 1986; Coulter, 1986), de la identidad sexual (Kessler y McKenna, 1978) o de las propias identidades personales (Gergen, 1985b).

La crítica construccionista de los supuestos empiricistas se nutre también de las aportaciones de Gadamer, insistiendo sobre el carácter siempre cultural e históricamente situado de los marcos de referencia interpretativos a partir de los cuales las personas, incluidos los científicos, acceden a los significados.

En este sentido, aunque el concepto de **historicidad** de Gergen se extiende a otros aspectos, como por ejemplo la propia versatilidad histórica de los fenómenos psicosociales, no cabe duda de que la historicidad de los marcos interpretativos en los que se insertan las explicaciones científicas de los fenómenos sociales resta credibilidad al propósito empiricista de formular leyes a-históricas o simplemente relaciones funcionales de carácter fundamental.

Otra de las fuentes que inspiran la crítica al empiricismo pertenece a la tradición pragmática, y más precisamente a su reciente formulación en términos del **neo-pragmatismo** de Richard Rorty. En efecto, la concepción **«representacionista»** del conocimiento, es decir, la idea de que el conocimiento puede considerarse como válido en la medida en que **refleja**, o se **corresponde**, con la realidad, ha sido sometida a una crítica destructiva (Rorty, 1979), dando lugar a una concepción distinta, basada en dos aspectos que el construccionismo considera esenciales. El primero de ellos hace referencia a la naturaleza del saber científico como producto socialmente elaborado a través de unas **prácticas colectivas** propias de una comunidad social particular. El segundo pone el énfasis sobre la comunicación, la argumentación y el acuerdo interpersonal en la determinación de lo que se acepta o se rechaza como conocimiento, no tanto «verdade-

ro» como «adecuado» y «**racionalmente aceptable**», hasta que se formule otro más «convinciente».

«No son los procesos internos de los individuos los que generan lo que se acepta como conocimiento, sino un proceso social de comunicación. Es en el seno de un proceso de intercambios sociales donde se engendra la racionalidad. La verdad es el producto de la colectividad de los hacedores de verdades» (Gergen, 1982, p. 207).

En definitiva, el conocimiento científico tiene en común con el conocimiento sin otras adjetivaciones el hecho de nacer en el seno de la interacción social y de construirse en el espacio de la intersubjetividad en base a las convenciones lingüísticas, a los presupuestos compartidos y a los diversos procedimientos para establecer un **consenso** que sólo es posible gracias a la existencia de un mundo de significados comunes.

En consonancia con las aportaciones de la teoría crítica, el construccionismo destaca los diferentes intereses que guían las diversas racionalidades científicas y concluye a la inevitabilidad de que los conocimientos conlleven opciones normativas y repercutan sobre la propia realidad social. La opción construccionista se aleja, en consecuencia, del interés por la predicción y el control, identificándose con el **interés por la comprensión** y la **emancipación** intentando elaborar teorías «**generativas**», es decir, teorías que tengan:

«... la capacidad de cuestionar las asunciones dominantes de la cultura, de plantear cuestiones fundamentales en relación con la vida social contemporánea, de propiciar la reconsideración de aquello que se da por evidente y generar de esta forma nuevas alternativas para la acción social» (Gergen, 1982, p. 109).

De acuerdo así mismo con la **crítica de la epistemología** formulada por Habermas, y defendiendo la necesidad de «**sociologizarla**», el construccionismo sitúa la psicología social en una posición clave de cara a dilucidar la naturaleza del conocimiento científico:

«En la medida en que la construcción del conocimiento es un proceso social y en que la tarea del psicólogo social consiste en comprender tales procesos... entonces el psicólogo social se torna indispensable para dilucidar las bases sobre las que

descansa el conocimiento físico, químico, histórico o económico. En este sentido, es la investigación social más que la investigación filosófica la que puede dilucidar nuestro entendimiento de la naturaleza del conocimiento y de sus adquisiciones» (Gergen, 1982, p. 202).

El enfoque construccionista se encuentra actualmente inmerso en un activo proceso de desarrollo, manifestando una permanente sensibilidad hacia los nuevos planteamientos que se realizan en los distintos sectores de las ciencias sociales. Se puede apreciar en algunos de sus más destacados portavoces una progresiva acentuación de la importancia concedida al **lenguaje**, así como un creciente interés por las consecuencias derivadas de la naturaleza lingüística de los instrumentos con los que se construye la realidad social. John Shotter insiste por ejemplo sobre el hecho de que el lenguaje, lejos de limitarse a desempeñar funciones descriptivas, posee una función **directamente formativa**, es decir, que el lenguaje es en parte el creador de los objetos sobre los cuales discurre, o por lo menos de algunos aspectos de dichos objetos.

El olvido de esa función formativa nos conduce con cierta frecuencia a **confundir las propiedades de nuestra forma de hablar de las cosas con las propiedades de las propias cosas** (Shotter, 1987). Los psicólogos sociales no escapan, ni mucho menos, a estas «ilusiones de realidad» lingüísticamente creadas.

El interés por el lenguaje y el interés por la naturaleza del conocimiento científico se conjugan para orientar los últimos desarrollos del construccionismo hacia el estudio de los **procedimientos retóricos** a través de los cuales se construye la supuesta «**objetividad**» científica.

Gergen analiza así, siguiendo algunas de las aportaciones del análisis etnometodológico del discurso científico (Mulkay, 1985; Latour, 1987), las técnicas lingüísticas que permiten crear el sentimiento de que los resultados construidos en el curso de una investigación no hacen sino «reflejar» la realidad de las cosas (Gergen, 1989). Este enfoque se complementa con el que está desarrollando **Shotter** en el marco de lo que denomina el «**construccionismo práctico**» y que se propone desviar la mirada de lo que «dicen» las teorías para centrarla sobre las prácticas sociales concretas que intervienen en la producción de esas teorías. Así mismo, Shotter se propone dilucidar las características del conocimiento práctico que nace desde dentro de las propias operaciones que se realizan para construir el conocimiento social (Shotter, 1988).

El panorama que he trazado hasta aquí sobre las «nuevas alternativas» adolece sin duda de un excesivo esquematismo, debido, entre otras cosas

al hecho de que sería preciso elaborar una gruesa monografía para dar cuenta adecuadamente de la riqueza y de la diversidad del conjunto de los planteamientos que las constituyen, pero espero haber conseguido transmitir, por lo menos, el sentimiento de que paralelamente al quehacer de la psicología social instituida, también se abren perspectivas prometedoras en sus márgenes.

## 10. ACERCAMIENTO A LA PSICOLOGÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.

### V. LA CUESTIÓN METODOLÓGICA

#### 10.1. Método y conocimiento

Entendida en su sentido más amplio y más cercano a su significado etimológico, la «metodología» se define como el conjunto de medios tanto teóricos, conceptuales, como técnicos que articula una disciplina para alcanzar sus fines. La «articulación de ese conjunto de medios» pretende indicar, con la menor ambigüedad posible, cuál es el camino que es necesario seguir para producir el tipo de conocimiento más adecuado a su objeto de análisis.

Es obvio que si se adopta esta acepción del término «metodología», no queda más remedio que proceder al estudio exhaustivo de la fundamentación y de las características de una disciplina, de cara a poner de manifiesto no sólo la naturaleza de sus recursos técnicos, sino también la estructura de sus teorías, así como los principios de racionalidad que guían su quehacer conceptual.

Existe, sin embargo, un sentido más restringido, y más usual, que limita la extensión del concepto de «metodología» al conjunto de los **procedimientos** utilizados para fundamentar la aceptabilidad científica de los conocimientos elaborados en una disciplina. En el bien entendido que no es suficiente con describir estos procedimientos, sino que deben ir acom-

pañados de la exposición de sus principios de racionalidad y de sus justificaciones explícitas.

Es esta segunda acepción la que se utilizará aquí. Sin embargo, aún es necesario formular una precisión suplementaria para acotar con exactitud el nivel de análisis en el que pretendo situarme. En efecto, existe cierta tendencia a equiparar la metodología de una disciplina con las **técnicas concretas** que constituyen su equipamiento instrumental. Y es bien conocido que la psicología social se caracteriza precisamente por la riqueza y la diversidad de las técnicas que ha elaborado, o que ha importado y adaptado a partir de otras disciplinas. Sin menospreciar en absoluto el interés que revestiría una exposición detallada de cada una de esas técnicas, no es ésta, sin embargo, la tarea que me propongo realizar aquí.

Mi propósito consiste específicamente en plantear y en analizar los **problemas metodológicos** con los que se encuentra confrontada la psicología social, en la exacta medida en que la comprensión de la naturaleza de esos problemas puede ayudarnos a dar un paso más en la comprensión del concepto y de la naturaleza de la disciplina. En efecto, es tan ilusorio pretender acceder a la inteligencia de una disciplina prescindiendo de un entendimiento de sus opciones metodológicas, como ilusoria resultaría también la pretensión de desligar la problemática metodológica de la disciplina de las demás características que conforman la psicología social:

«... los problemas metodológicos, para ser correctamente entendidos, deben plantearse también en su relación con las cuestiones teóricas y prácticas que gravitan sobre el estado actual de la psicología social» (Serrano, 1986, p. 11).

La racionalidad que subyace en la metodología de la psicología social es obviamente la **racionalidad científica**. Una de las características que se atribuye con mayor acierto a ese tipo de racionalidad consiste, como es sabido, en el carácter **«democrático»** de sus planteamientos. En efecto, el método científico exige que ninguna de sus afirmaciones descansa sobre argumentos de «autoridad» o sobre decisiones «arbitrarias», y que todas ellas puedan ser **contrastadas** por cualquier persona que disponga de los conocimientos y de los medios adecuados. Sin embargo, no es nada infrecuente que se equipare el carácter «público» de la argumentación científica, y la posibilidad de contrastación «democrática», con la simple contrastación **empírica** de las afirmaciones:

«El énfasis en someter todos los conceptos teóricos a la **demostración empírica** es básicamente lo que distingue al mé-

todo científico de otras formas de indagación...» (Crano y Brewer, 1977, p. 11, énfasis nuestro).

Se considera, en efecto, que la especificación pública de los procedimientos utilizados y de los datos recogidos permite que cualquier persona esté, en principio, en disposición de comprobar la validez de las afirmaciones y decidir por sí misma si son de recibo:

«... toda ciencia se caracteriza por su preocupación por demostrar, es decir, por la voluntad de justificar sus afirmaciones con argumentos públicos donde lo empírico ocupa un lugar fundamental» (Matalon, 1988, p. 28).

El énfasis que se pone insistentemente sobre «lo **empírico**» distorsiona sutilmente el sentido de la científicidad, reduciéndolo estrictamente a su versión **positivista**. En efecto, esta concepción del método científico participa plenamente de la «**metáfora del espejo**», o «metáfora ocular» (Rorty, 1979), en la cual se concede mucho más peso a la «vista» (lectura de datos) que a la propia razón. Se olvida de esta forma que la **argumentación racional** es tan «pública», tan «contrastable» y tan «verificable» como pueden serlo los propios datos empíricos. Es cierto que el enjuiciamiento de la validez de un discurso racional pasa por una serie de presupuestos relacionados con las reglas de la lógica, con la coherencia interna y también con la coherencia externa, es decir con el grado de compatibilidad del discurso con los conocimientos ya admitidos como válidos. Pero la contrastación empírica **también** implica una serie de presupuestos que **no** son, ellos mismos, «observables» ni contrastables empíricamente, así como la aceptación de **convenciones** previas, y la utilización de procedimientos **retóricos** particulares. La propia definición de lo que debe contar efectivamente como «**un hecho**» resulta de un proceso de **negociación racional** en el que están implicados una serie de procesos **interpretativos** que no pueden ser formalizados en su totalidad. No existe ninguna razón por la cual el método científico tenga que ser conceptualizado en los términos dictados por la metáfora ocular. Basta con recalcar la necesaria publicidad y contrastabilidad de los procedimientos utilizados para construir las afirmaciones, **sean éstas de tipo «discursivo» o de tipo «empírico»**.

Al afirmar que el método científico, entendido en su versión empiricista, descansa, él también, sobre una serie de convenciones y de presupuestos, no me estaba refiriendo únicamente a la previa aceptación de las «**reglas del juego**» definitorias de lo que debe constar legítimamente como demostración empíricamente válida y por ende de lo que carece de dicha

legitimidad. Nos estábamos refiriendo además a que **todo** método integra necesariamente una parte de conocimientos sustantivos y de supuestos teóricos. Se ha dicho que todo método resulta de la concretización de una o de varias teorías, o, más gráficamente, que un método no es sino una teoría puesta en acto. No comparto esa postura tan extrema porque considero que todo método conlleva también unas dimensiones que presentan un cierto grado de **autonomía** en relación a las teorías. Pero coincido, sin embargo, con la idea de que todo método encierra ingredientes teóricos que inciden sobre el tipo de acercamiento a la realidad que puede proporcionarnos. En este sentido es preciso reconocer:

«... la dependencia de los hallazgos sustantivos con respecto al método» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 21).

Y admitir que cada método nos proporciona efectivamente un tipo de conocimientos bien determinado:

«Aunque sea el mismo objeto al que se apliquen diversos métodos, lo más probable es que los conjuntos de datos resultantes presenten una covariación nula o muy escasa» (Fiske, 1986, p. 68).

La estrecha vinculación entre métodos teorías y resultados fomenta la sospecha de que todo método, lejos de constituir un instrumento «neutro», conlleva una **«reactividad» intrínseca**. Esto hace muy difícil que se pueda otorgar un significado preciso a una de las principales exigencias de la **«objetividad»** científica, exigencia que queda muy claramente formulada en las siguientes palabras:

«El supuesto fundamental de toda investigación es que los datos obtenidos obedecen al rasgo en que está interesado el observador y no al método empleado para obtener tales resultados» (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 25).

La necesaria conceptualización **no positivista** del método científico pasa de forma ineludible por el reconocimiento de que **todo conocimiento** resulta de la **interacción** entre las características del objeto a conocer y las propiedades del método utilizado para conocerlo. Esta afirmación apunta hacia la importancia que presenta el examen crítico de los métodos, de cara a dilucidar sus supuestos implícitos y las condiciones que imponen al conocimiento construido con su ayuda.

La necesidad de prestar una atención muy particular a la cuestión metodológica adquiere aún mayor relevancia en psicología social. En efecto, no está claro que el corpus de conocimientos, o si se prefiere, la parte sustantiva de la psicología social, cumpla las exigencias científicas relacionadas con el **progreso de los conocimientos**. Así por ejemplo, no parece seguro que las teorías elaboradas en la disciplina sean «conmensurables», con lo cual se carecería de criterios para confrontarlas entre sí y optar entre ellas (Greenwald, 1975a). Tampoco es evidente que las teorías psicosociales reúnan las propiedades requeridas para poder ser «refutadas» por la experiencia (Rakover, 1981), y, por fin, se pueden albergar dudas razonables sobre el carácter «acumulativo» de los conocimientos psicosociales (Tedeschi y otros, 1981). El hecho de que estas dudas se formulen en relación con un corpus de conocimientos que se han constituido siguiendo los patrones empiricistas del método científico agudiza tanto más la necesidad de reflexionar sobre los problemas metodológicos de la psicología social. Por si fuera poco, esa misma necesidad encuentra otra justificación en el hecho de que gran parte del debate crítico instaurado en la disciplina se centró precisamente sobre un conjunto de argumentos relacionados con las metodologías mayoritariamente consideradas como legítimas.

Antes de examinar las coordenadas dentro de las cuales se sitúa la cuestión metodológica en psicología social, es preciso aclarar las razones por las que he manifestado estar en desacuerdo con la afirmación de una estricta dependencia de los métodos en relación con las teorías. En efecto, aun reconociendo la importancia de esta dependencia parcial sostengo que los métodos están, en cierta medida, **infra-determinados** por sus ingredientes teóricos, y que los conocimientos conseguidos por medio de un determinado método, sea cual sea, nunca dependen exclusivamente de éste. Además de la incidencia que tienen las propias características del objeto estudiado, es obvio que tanto el trasfondo epistemológico como el bagaje conceptual a los que se recurre para evaluar y para interpretar los productos obtenidos por la aplicación de un método inciden poderosamente sobre la configuración del conocimiento resultante.

Me atrevería incluso a afirmar que la teoría sustantiva a la que se recurre en una investigación da cuenta de una parte mucho más importante del conocimiento producido que el método utilizado para producirlo. En efecto, el determinante en última instancia del saber producido no radica tanto en las características de los métodos utilizados como en la potencia, el rigor y la adecuación del marco teórico y de los supuestos epistemológicos que guían la investigación y que permiten interpretar tanto las observaciones empíricas como los argumentos racionales. En este sentido, es-

toy convencido de que el eclecticismo metodológico no produce efectos tan negativos como los que resultan del eclecticismo teórico o epistemológico. Dicho de otra forma, el hecho de recurrir a métodos inspirados en una concepción positivista es menos perjudicial que el hecho de inspirarse en una epistemología positivista, aunque se utilicen métodos escasamente relacionados con esa tradición. Lo primero puede ser incluso beneficioso en ciertos casos, lo segundo acumula los problemas en todos los terrenos.

La historia de la psicología social está salpicada de una serie de polémicas y de controversias acerca de la adecuación de los diversos métodos a los que recurren los investigadores.

Lejos de tener un carácter puramente técnico, estas controversias implican generalmente fuertes **presupuestos epistemológicos**, más o menos explicitados, que atañen tanto a la propia concepción de la actividad científica como a consideraciones **teóricas** y **ontológicas** acerca de la naturaleza del objeto psicosocial y de los objetivos que deben marcar su investigación. Trataré de analizar las principales controversias metodológicas repasando sucesivamente:

- la polémica sobre los **«dos métodos»** en la investigación científica;
- la polémica sobre las **«dos disciplinas»** de la psicología;
- la polémica sobre los enfoques **cualitativos y cuantitativos**;
- la polémica sobre el **método experimental**, subdividida a su vez en:
  - la polémica sobre los diversos **tipos de validez** de la investigación psicosocial,
  - la polémica sobre los **test de significación**,
  - y, por fin, la polémica sobre la **contrastación empírica de hipótesis teóricas**.

## 10.2. Las «batallas» de los métodos

### 10.2.1. La polémica sobre «los dos métodos»: naturalismo versus anti-naturalismo

Al exponer y discutir en la primera parte de este libro las condiciones de emergencia histórica de la psicología social ya aludí a la importante polémica que marcó las opciones metodológicas de las ciencias sociales a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Recordemos que, frente a la concepción positivista de las ciencias sociales, se desarrolló, básicamente en Alemania, una concepción hermenéutica, culturalista e historicista de-

fendida por filósofos, historiadores y sociólogos tales como **Droysen, Dilthey, Simmel, Rickert**, y en cierta medida el propio **Max Weber**. Mientras la orientación positivista defendía la naturaleza transdisciplinar y la unidad del método científico, los antipositivistas recalcaban que las características diferenciadoras del objeto social imposibilitaban la aplicación de ese método, requiriendo un método sui géneris que fuese distinto del que utilizaban las ciencias naturales. Así mismo, mientras los positivistas defendían la «objetividad» de los hechos sociales y su carácter nomotético, los hermenéuticos resaltaban el carácter idiográfico de las sociedades y su dependencia de algo tan poco «objetivo» como son los significados compartidos e históricamente construidos. Una forma esquemática, pero bastante adecuada, para caracterizar cada una de estas orientaciones consistió en diferenciar los partidarios del «**naturalismo**» por una parte, es decir, aquellos investigadores que asumían la **universalidad del método científico** propio de las **ciencias naturales** y la necesidad de adaptarlo al estudio de objetos sociales, y por otra parte los partidarios del «**anti-naturalismo**», es decir, aquellos que propugnaban una **especificidad** de la metodología de las ciencias sociales, defendiendo por consiguiente una **dualidad metodológica** en el campo científico. Obviamente, entre el naturalismo radical y el anti-naturalismo radical cabía toda una gama de componendas entre ambos polos. Conviene recalcar que, como ya lo he señalado en el capítulo historiográfico, el **dualismo metodológico** reforzaba paradójicamente la propia concepción positivista de la ciencia, dando por sentado que el método científico empírico-positivista era efectivamente el método apropiado para el desarrollo de los conocimientos «naturalistas». Por una serie de razones históricas que ya he expuesto, el naturalismo no tardó en alcanzar una posición prácticamente **hegemónica** en las ciencias sociales, traducéndose en el seno de la psicología social por el predominio incontestable de la experimentación como fuente de producción y de **legitimación** del conocimiento científicamente válido.

En el momento presente de la disciplina se asiste a un cierto resurgir del anti-naturalismo, ligado sin duda a las dificultades con las que ha tropezado el enfoque positivista **en el campo mismo** de las ciencias naturales y su consiguiente quiebra como posible paradigma orientador de la empresa científica en su conjunto. Pero también se observa en la actualidad una defensa rigurosa del naturalismo, desarrollada desde presupuestos epistemológicos «**realistas**» y, por lo tanto, diametralmente opuestos a las orientaciones positivistas. En efecto, un amplio sector de los que cuestionan radicalmente los fundamentos de la psicología social dominante, entre los que destaca sin duda un teórico como Roy Bhaskar, plantean actualmente un **modelo naturalista de las ciencias sociales** que integra curiosa-

mente buena parte de los presupuestos hermenéuticos y que no duda en manifestar importantes reservas acerca del supuesto carácter nomotético de lo social (Bhaskar, 1979; Outhwaite, 1987; Manicas, 1987).

Por mi parte considero que la tradicional dicotomía entre naturalismo y antinaturalismo encierra una serie de **ambigüedades** que la tornan **mistificadora** y aconsejan su abandono.

Por una parte, esta dicotomía acierta plenamente cuando destaca la **irreductibilidad radical** del objeto social a cualquier objeto «natural», y en señalar por lo tanto una **especificidad** suigéneris de las ciencias sociales. Efectivamente, el ser humano considerado en tanto que **agente social** es el **único** objeto sobre el cual **los significados** son capaces de ejercer unos **efectos causales** (entendiendo, por supuesto, el término «significado» en un sentido irreductible al de simple «información»), y es también el **único** ser dotado de reflexividad en el sentido pleno de la palabra. Los propios experimentalistas son plenamente conscientes de la existencia y de la importancia de estas dos características, puesto que se abstienen cuidadosamente de explicar sus hipótesis a los sujetos, mientras que no tendrían ningún reparo en hablar de ellas si estuvieran experimentando sobre objetos naturales. Así mismo, la distinción ente naturalismo y antinaturalismo acierta plenamente al enfatizar la inaplicabilidad de algunos métodos de las ciencias naturales al estudio del objeto social.

Sin embargo, pese a esos dos aciertos, la mencionada dicotomía yerra por completo cuando subsume las metodologías de las ciencias naturales bajo la versión positivista de las mismas. Es más, el antinaturalismo produce un efecto netamente enmascarador al dejar suponer que la **racionalidad científica** puede ser **distinta** en el campo de las ciencias naturales y en el campo de las ciencias sociales. La racionalidad científica se contrapone, sin duda, a otros tipos de racionalidad y a otros tipos, perfectamente legítimos, de pensamiento. Pero si se abandona la versión positivista de la racionalidad científica, es difícil imaginar entonces por dónde podría pasar la línea divisoria entre dos tipos distintos de racionalidad científica. No me cabe la menor duda de que, bajo los diversos acercamientos científicos a los diversos objetos de conocimiento, subyacen unos **mismos principios de racionalidad** que definen precisamente la diferencia entre los saberes científicos y los demás saberes sociales. En consecuencia, la dicotomía naturalismo/antinaturalismo debería ser sustituida simplemente por una clara distinción entre **enfoques positivistas** y **enfoques no positivistas**. Soy consciente de la asimetría que existe entre estos dos términos, ya que el segundo no solamente se define en términos negativos, sino que engloba una multiplicidad de posturas eventualmente muy dispares. Este inconveniente es, sin embargo, menor que el que nace a partir de la ante-

rior dicotomía, pues un **naturalismo antipositivista** constituye, en efecto, una postura razonablemente argumentable en el marco de las ciencias sociales.

### 10.2.2. La polémica sobre las «dos disciplinas»

Aunque los ecos del debate sobre el naturalismo resuenan aún con bastante fuerza, otro debate mucho más reciente ha confrontado los méritos respectivos del **método experimental** y del **método correlacional** en ciencias sociales. Este debate, del que dieron perfecta cuenta hace unos años Alvira, Avia, Calvo y Morales (1979), tuvo su expresión más llamativa en una conferencia pronunciada por **Cronbach** en 1957 ante la Asociación Americana de Psicología (Cronbach, 1957). En esta conferencia, el autor comparaba las que, según él, constituían las «**dos disciplinas**» de la psicología científica. Ante las insuficiencias propias de cada una de estas dos disciplinas, Cronbach planteaba la necesidad de abandonar los recelos mutuos y de desarrollar un esfuerzo conjunto:

«La psicología correlacional sólo estudia la varianza entre los organismos; la psicología experimental sólo estudia la varianza entre los tratamientos... En el trabajo tanto aplicado como científico, la psicología requiere labores combinadas, no paralelas, de nuestras dos disciplinas históricas» (Cronbach, 1957, p. 117 y p. 120 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Volviendo sobre esta cuestión algunos años más tarde, Cronbach emplearía un tono menos entusiasta, manifestando cierto pesimismo en cuanto a la posibilidad misma de formular **proposiciones nomotéticas** por mucho que se intentara compatibilizar las dos disciplinas. Cronbach encontraría incluso unos acentos próximos a los de Gergen al concluir que:

«La tarea especial del científico social en cada generación es apresar los efectos contemporáneos. Más allá de esto, comparte con el humanista y el artista el esfuerzo en ganar comprensión en las relaciones contemporáneas y adecuar el punto de vista cultural sobre el hombre con las relaciones presentes. Conocer al hombre tal como es no es una aspiración despreciable» (Cronbach, 1975, p. 276 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Se trataba sin duda de una conclusión poco hecha para agradar a los experimentalistas y a los correlacionistas. En cualquier caso, ni los experimentalistas convencidos ni los correlacionistas acérrimos estuvieron nunca dispuestos a acallar sus críticas hacia los partidarios del otro método.

Para los experimentalistas, tan sólo su propio método es susceptible de hacer progresar el conocimiento hacia el objetivo nomotético y predictivo que constituye a su entender la finalidad de toda ciencia. En efecto, la experimentación es el único procedimiento que permite establecer con certeza la existencia de **relaciones causales**, generalmente conceptualizadas en términos **humeanos** como lo veremos más adelante. Si la palabra «causa» se considera aún insuficientemente «positiva», también se puede decir que el experimento es el único medio de establecer **relaciones funcionales vectorizadas** entre los fenómenos. Dedicaré un amplio espacio más adelante a la metodología experimental como lo exige el hecho, abundantemente ilustrado por los análisis bibliométricos de las revistas de psicología social, de que se trata del método predilecto de la psicología social dominante:

«Consideramos que el experimento constituye el método de investigación troncal en psicología social» (Aronson, Brewer y Carlsmith, 1985, p. 443).

No obstante, parece conveniente apuntar ya hacia algunos aspectos de la cuestión. En primer lugar, es interesante resaltar que, curiosamente, los experimentalistas reencuentran sin saberlo una formulación realizada precisamente por uno de los primeros defensores del enfoque **historicista** en ciencias sociales. En efecto, el valor del experimento radica en que es el propio investigador quien se sustituye a la **producción «natural»** de las variaciones que se producen entre fenómenos relacionados entre sí, estableciendo él mismo las condiciones de esas variaciones. Se puede decir incluso que la única garantía que tiene el experimentador de que sus variables independientes no fluctúan al son de las variaciones naturales proviene de que es él mismo quien las ha construido y las hace variar. Con ello, el experimentador consigue efectivamente un modo de acceso privilegiado a la realidad. Pero este privilegio, como muy bien lo había expresado Giambatista **Vico** mediante su concepto del **«verum ipsum factum»**, es simplemente el privilegio que acompaña al conocimiento de lo que hemos **construido nosotros mismos**. Si reflexionamos sobre el principio sugerido por Vico, podemos constatar que la «auto-anulación» de sí mismo como sujeto que es lo que, en nombre de la «objetividad», pretende conseguir el investigador cuando recurre al método experimental, se en-

cuenta **refutada** curiosamente por la propia naturaleza del método experimental.

En efecto, este método sitúa precisamente al investigador en el centro mismo de la producción del conocimiento, restituyéndole su condición de **sujeto activo** del conocimiento.

Por otra parte, también es preciso recordar que la experimentación, lejos de constituir un principio a-histórico, es claramente una **institución social históricamente fechada** (Danziger, 1985). En efecto, a principios de siglo aparecieron dos concepciones contrapuestas de la experimentación. En una de ellas, ilustrada por el enfoque de **Wundt**, y que, siguiendo a Danziger, llamaré el «**modelo de Leipzig**», la experimentación descansaba sobre la propia actividad del sujeto investigado que actuaba como observador de sus propios procesos psicológicos. Indiquemos por cierto que habrá que esperar hasta los años 30 para que se instituya mayoritariamente la denominación de «**sujetos**» para designar a los participantes en un experimento. En la otra concepción, ilustrada por **Charcot**, y que llamaré el «**modelo de París**», el sujeto no «protagonizaba», sino que «sufría» las operaciones planificadas en el marco de la investigación. Este segundo modelo, mucho más acorde con las exigencias positivistas, puesto que el sujeto del tratamiento quedaba claramente separado del observador de los efectos del tratamiento, fue el que se impuso finalmente no sin sufrir previamente una importante modificación cuando fue adoptado por los investigadores norteamericanos. En efecto, la «**innovación americana**» consistió en sustituir el estudio pormenorizado de casos individuales por el estudio de «**poblaciones**» de individuos en cada una de las condiciones experimentales establecidas mediante sus diseños experimentales, recurriendo esencialmente al tratamiento estadístico para extraer conclusiones. De esta forma, el **arsenal estadístico** penetraba de pleno derecho en el campo de la experimentación, y la obra de Ronald **Fisher** se convertía en el imprescindible breviario de los experimentalistas.

El énfasis sobre las «poblaciones», en lugar de los individuos particulares, potenció tanto el desarrollo de las investigaciones experimentales como el desarrollo de los estudios correlacionales. En efecto, aquellos psicólogos que reprochaban a los experimentalistas la excesiva **artificialidad** de las situaciones de laboratorio tuvieron a su disposición las estadísticas necesarias para examinar las relaciones entre variables en **situaciones «naturales»**. Bien es cierto que debían renunciar a pronunciarse sobre la existencia de relaciones propiamente causales y que debían tomar extraordinarias precauciones antes de concluir sobre la validez de las covariaciones detectadas entre los fenómenos, pero ése constituía precisamente el precio a pagar por un **acceso más directo** a las realidades investigadas.

Para superar la situación de inferioridad en la que se encontraban respecto a los experimentalistas al no poder concluir sobre la direccionalidad de las relaciones observadas, los correlacionistas no cesaron en su empeño hasta conseguir los instrumentos de análisis estadístico que les permitieran establecer, ellos también, la **estructura causal de las covariaciones**. Estos instrumentos presentan hoy un alto grado de sofisticación, y su difusión en el campo de las ciencias sociales no es independiente, por supuesto, de la vertiginosa expansión de la industria informática. Así por ejemplo, se ha conseguido sintetizar en estos últimos años las técnicas del «path-analysis», del «modelado causal» y del «análisis estructural de las covarianzas», para ofrecer una nueva técnica conocida como **«Análisis estructural»** o «Structural equation modeling», que recurre a diversos métodos multivariados, tales como la regresión múltiple, el análisis factorial o las correlaciones canónicas para evidenciar la estructura causal latente en las correlaciones establecidas. No cabe duda, como decía Diana Baumrind hace unos años, de que la moda está actualmente en:

«realizar inferencias causales a partir de datos correlacionales...» (Baumrind, 1983, p. 1.289).

Los progresos en la instrumentación estadística benefician también a los experimentalistas, y aunque el clásico **análisis de varianza** sigue constituyendo la estrategia de análisis más común en psicología social, no cabe duda de que las nuevas técnicas se implantan con rapidez:

«No cabe duda de que la utilización de estos procedimientos (el análisis de regresión múltiple) se incrementará cuando las recientes generaciones de posgraduados formados en esas técnicas empiecen a publicar» (Kenny, 1985, p. 496).

En esta misma dirección conviene señalar que los **«modelos log-lineares»**, particularmente bien adaptados al tratamiento de variables dependientes dicotómicas, dejan desfasadas las viejas estadísticas del  $X^2$ .

Sin duda alguna, la evolución de los instrumentos estadísticos ha marcado con fuerza la historia de la investigación en psicología social. En efecto, si bien el índice «t» de Student-Fisher dominó ampliamente la investigación psicosocial antes de la Segunda Guerra Mundial, fue el análisis de varianza el que empezó a imponerse después de la guerra, propiciando la utilización de los diseños  $2 \times 2$  durante la década de los sesenta y de los setenta:

«Sin los múltiples diseños dos por dos, desarrollados para contrastar las hipótesis teóricas, la literatura psicosocial de los años 60 y 70 hubiera sido considerablemente más escasa» (Jones, 1985, p. 67).

«... se puede pensar que, si se prohibiera el uso del análisis de varianza, nuestras revistas ya no tendrían materiales para publicar» (Cartwright, 1979, p. 87).

Lo mismo se podrá decir probablemente, dentro de pocos años, en relación con el **«análisis de regresión múltiple»**.

La continua demanda de métodos estadísticos más potentes guarda quizá relación con las críticas que se han formulado estos últimos años acerca de la validez de la experimentación:

«... la búsqueda de certidumbre a partir de los controles estadísticos ha ganado ímpetu porque la búsqueda de certidumbre a partir de los controles experimentales lo ha perdido» (Baumrind, 1983, p. 1.290).

La creciente sofisticación estadística plantea varios problemas que merecen atención. En primer lugar, es evidente que la sofisticación de las técnicas de medición debería acompañar la sofisticación de las técnicas de tratamiento de datos. Sin embargo, esto dista mucho de ser el caso, y muchos investigadores actúan como si el incremento de potencia de los instrumentos estadísticos pudiese suplir unas medidas efectuadas de forma poco rigurosa. En segundo lugar, se produce algo semejante al famoso «efecto martillo» según el cual, si se le da un martillo a un niño, todos los objetos se convierten en objetos «martilleables». En efecto, el interés por el instrumento tiende a borrar el interés por los fenómenos encaminados, y en este caso el esfuerzo dedicado a la comprensión y a la utilización de las técnicas estadísticas más complejas tiende a relegar a un segundo plano el interés sustantivo de los fenómenos investigados:

«... la fascinación con la técnica parece sustituir con demasiada frecuencia el interés por las cuestiones sustantivas. La literatura está repleta de investigaciones que no hacen sino demostrar la virtuosidad técnica del investigador» (Cartwright, 1979, p. 87).

«... es mucho más fácil para los comités de redacción... evaluar los métodos que el interés sustantivo de los contenidos» (id.).

Lo más preocupante, sin embargo, es que la naturaleza de la instrumentación estadística disponible incide sobre la propia conceptualización de los fenómenos, dictando la forma en que se deben investigar:

«(el análisis de varianza)... se ha constituido en el marco de referencia dentro del cual pensamos sobre las cuestiones teóricas y sobre las cuestiones de la investigación» (Kenny, 1985, p. 489).

«Con demasiada frecuencia el análisis de datos en psicología social es tan sólo un rito consistente en “armonizar” los números para conseguir el significativo “índice F” que se ha predicho...» (id. p. 506).

Como podemos comprobar, la evolución del «aparato» estadístico ha complicado sustancialmente la vieja cuestión de los «dos métodos», a la vez que ha planteado problemas de fondo que afectan por igual a cada uno de estos métodos en la medida en que ponen de manifiesto los condicionamientos que las técnicas imponen a las cuestiones sustantivas.

### 10.2.3. Los «otros métodos» y la polémica sobre «cuantitativo» versus «cualitativo»

La característica preocupación de la investigación psicosocial por contrastar hipótesis ha favorecido considerablemente el auge de las estadísticas **inferenciales** en la disciplina. Sin embargo, frente al dominio ejercido por estas estadísticas, se asiste recientemente a un resurgir de las estadísticas **descriptivas**. Ya no se trata de buscar si los datos recogidos son compatibles con las hipótesis formuladas, sino de observar cuáles son las configuraciones que emergen «naturalmente» a partir de los propios datos. En efecto, con el «Análisis de datos» de Benzecri, y otras técnicas parecidas, se «da la palabra» a los propios datos, no para que digan si respaldan o no las tesis del investigador, sino para que digan ellos mismos cuál es su propia estructura, y que el investigador pueda realizar una serie de deducciones a partir de ahí. Este procedimiento no deja de evocar la exigencia fenomenológica según la cual es preciso «ir a las cosas mismas», y sintoniza en cierta medida con algunas de las tesis que la etnometodología ha puesto de moda. Sin embargo, quizá sea lícito preguntarse sobre los posibles efectos enmascaradores que pueden desprenderse de estas técnicas. En efecto, el investigador adquiere una «nueva virginidad» en la

medida en que puede tener la tentación de considerar que sus supuestos teóricos personales no imponen en estos casos su forma a los fenómenos investigados. Esta «**ilusión de objetividad**» puede conducir de esta forma al insostenible principio de un **empiricismo a-teórico**.

Otra de las técnicas que está cobrando vigor en la actualidad es el denominado «**meta-análisis**» (Glass, 1978), que pretende potenciar el carácter acumulativo de los conocimientos producidos en ciencias sociales. Se trata de hecho de una técnica para agregar los datos producidos por diversas investigaciones sobre un mismo tema, y extraer conclusiones que descansen sobre una **serie de investigaciones** en lugar de versar sobre investigaciones aisladas. En cierto sentido, es interesante observar que no se trata sino de una nueva extensión del concepto de «**población**» al que me he referido anteriormente al hablar de la «americanización» de la experimentación. Efectivamente, el concepto de población deja de limitarse a la consideración de «individuos» para aplicarse ahora a «poblaciones de investigaciones». El indudable éxito que está teniendo esta técnica (véase por ejemplo, Isenberg, 1986; Eagly y Crowley, 1986; Eagly y Steffen, 1986) plantea la cuestión de la validez de los datos a los que recurre, es decir, el problema de la validez de las propias investigaciones particulares que el meta-análisis conjunta en una «población». Veremos más adelante que este problema plantea serias dudas sobre el propio alcance del meta-análisis.

Por último, cabe señalar que el auge de los métodos **cualitativos** ha desplazado la polémica entre experimentalismo y métodos correlacionales hacia una nueva «batalla» metodológica que enfrenta a los «cuantitativistas» con los «cualitativistas» (Alvira, 1982). Como en el caso de la polémica anterior, las exhortaciones van en dirección a reconciliar ambos métodos en una perspectiva de complementariedad supuestamente beneficiosa para la investigación (Reichardt y Cook, 1981). Sin embargo, es difícil que los partidarios de los métodos cualitativos acallen sus reticencias ante la cuantificación, según ellos «indebida», de ciertos procesos y fenómenos sociales.

Efectivamente, el enfrentamiento entre los dos enfoques arraiga por lo general en profundas **divergencias epistemológicas** que evocan la «batalla de los métodos» librada a principios de siglo. Es obvio que a partir del momento en que se está convencido de la importancia que tienen las **dimensiones simbólicas** de lo social, y del papel que desempeñan los **significados**, se llega lógicamente a la conclusión de que las técnicas **interpretativas** son efectivamente las más adecuadas a la naturaleza del objeto social. El problema surge en la medida en que **el significado** es, por propia definición, inapresable en los formalismos necesarios para proce-

der a una cuantificación. En efecto, su carácter de «sistema abierto», de proceso «permanentemente en construcción» y de fenómeno siempre «contextualizado» lo convierten en un objeto radicalmente **no-formalizable** (Castoriadis, 1978). Se asiste en consecuencia al desarrollo, o a la aplicación, de una serie de técnicas cualitativas que tienden hacia la comprensión de los fenómenos sociales más que a su predicción.

Cabe señalar en este sentido que el análisis de contenido, en su versión «interpretativa», se utiliza por ejemplo como uno de los instrumentos para dilucidar las representaciones sociales, mientras que la etnometodología y la «sociología cognitiva» de Cicourel popularizan una serie de técnicas que permiten acercarse a los procesos de construcción de los significados en el seno de comunidades «naturales». Por otra parte, la observación participante, las «cámaras ingenuas», el análisis de discurso —en su versión menos lingüística—, las historias de vida, los estudios de archivos, el análisis de conversaciones, la narrativa, los estudios de casos, el análisis institucional, van constituyendo poco a poco una caja de herramientas que se presenta como alternativa a la metodología cuantitativa dominante en psicología social. No carece de interés señalar en este sentido que Donald T. **Campbell**, uno de los mejores expertos en técnicas cuantitativas y en metodología experimental, ha terciado en defensa de los métodos cualitativos y no ha dudado en declarar hace pocos años que:

«Me adhiero a quienes reivindican la importancia de la hermenéutica para las ciencias sociales» (Campbell, 1986, p. 109).

### **10.3. Las polémicas sobre el método experimental en ciencias sociales**

Como ya he indicado, el método experimental ha sido sin lugar a dudas el método predilecto de la psicología social a partir del momento en que se instaló firmemente en su seno durante la década de los años treinta. Los múltiples perfeccionamientos que se han aportado a la experimentación psicosocial desde sus tiempos pioneros, tanto en cuanto al control de las condiciones experimentales, como a la complejidad y el rigor de los diseños, y a la potencia y sofisticación de los instrumentos de análisis, no han acallado, sin embargo, las críticas que se le han dirigido, aunque sí han servido para reafirmar en sus convicciones a aquellos que ven en la experimentación, si no una condición suficiente, sí por lo menos una condición necesaria para garantizar la científicidad de la disciplina. Tanto

las críticas como las valoraciones positivas, pero sobre todo la propia centralidad de este método para la psicología social, exigen que le dediquemos aquí una atención muy particular.

A lo largo de la década de los años sesenta y de los años setenta, hemos asistido a una auténtica proliferación de los ataques dirigidos contra la utilización del método experimental en ciencias sociales. Así por ejemplo, se ha cuestionado la **relevancia social** que tienen los conocimientos producidos a través de este método (Ring, 1967; Sheriff, 1970), la **dimensión ética** del mismo, es decir, el grado en que respeta lo que, de forma muy sintética, podríamos llamar la dignidad humana (Kelman, 1965, 1967), las distorsiones introducidas por el **tipo de población** que se utiliza para efectuar los experimentos, y los sesgos introducidos por el método de **reclutamiento de los sujetos** (Jung, 1969). El análisis de las características de los sujetos, de las atribuciones de significados a las que proceden dentro de la propia situación experimental, así como de los roles que desempeñan de forma estratégica en el laboratorio, ha hecho decir a algunos investigadores que el único sujeto realmente ingenuo en la situación experimental es el propio investigador. En el marco de este conjunto de cuestionamientos críticos, los debates que plantean los problemas más sustantivos han girado en torno a la **validez** misma del procedimiento experimental.

Algunos de los aspectos que se han cuestionado afectan a la práctica experimentalista pero la trascienden en la medida en que se trata de aspectos comunes a las diversas técnicas de medición, o de los efectos generales de la cuantificación. Así por ejemplo, entre los aspectos que desbordan la estricta cuestión de la experimentación, se encuentra por una parte el problema de la **«validez de constructo»** (Cronbach y Meehl, 1955), entendida como la adecuación entre las variables teóricas y su traducción operacional y, por otra parte, la **«validez individual»** (Matalon, 1988), entendida como la difícil transposición de los resultados estadísticos conformados a través de un proceso de **«agregación» de datos** individuales a los procesos individuales que los han engendrado. Es obvio, en efecto, que el mismo proceso de «agregación» puede introducir importantes efectos distorsionantes acerca de lo que ocurre realmente a nivel de los individuos. Sin embargo, las dos cuestiones que afectan más específicamente a la experimentación en psicología social son las cuestiones relativas a la **«validez interna»** y a la **«validez externa»**. Ambas hacen referencia de alguna forma al carácter «construido» de la situación experimental y, por lo tanto, a las implicaciones que se desprenden de la «artificialidad» de las situaciones analizadas.

Otra de las cuestiones específicas a la experimentación psicosocial se

plantea en términos de la significación de sus resultados. Esta cuestión hace referencia tanto al problema técnico de las **pruebas de significación estadística** como al problema mucho más general de la **significación sustantiva** de los datos experimentales. Es precisamente este conjunto de cuestiones el que se expondrá a continuación.

### 10.3.1. Validez y artificialidad

#### a) La polémica sobre la validez interna

No está en mi intención entrar en la filosofía de la experimentación ni tampoco en los detalles del procedimiento experimental, pero es preciso recordar que la condición **sine qua non** para poder establecer la existencia de una relación funcional estricta entre variables, o más precisamente, para poder concluir la existencia de unos **efectos causales** entre variables, pasa por el estricto **aislamiento** de esas variables respecto de **todos** los factores que pueden incidir sobre ellas o sobre sus relaciones. En efecto, el experimentador sólo puede acceder a una plena garantía de que la relación observada existe efectivamente, en la medida en que las **únicas** variaciones introducidas entre dos o más estados del sistema que está investigando son precisamente las variaciones que **él mismo** introduce y controla, con exclusión de cualquier otro elemento debido a fuentes naturales o artificiales de variación. Tomada al pie de la letra, esta exigencia es evidentemente **imposible** de cumplir cuando se trabaja con sujetos humanos, simplemente porque no hay dos sujetos que sean estrictamente **equivalentes** en cuanto al conjunto de factores que pueden incidir, más o menos directamente, sobre las variables estudiadas. Sin embargo, los investigadores han articulado una serie de procedimientos para acercarse lo más posible a las condiciones sine qua non de la experimentación. Estos procedimientos pasan, como es bien conocido, por **neutralizar** los posibles efectos que las «**variables extrañas**» pueden ejercer sobre las «**variables explicativas**», ya sea fijando estrictamente el valor de esas variables para que no diferencien las situaciones («**variables controladas**»), ya sea igualando sus efectos en las distintas situaciones («**variables aleatorias**»). Depende entonces del ingenio del experimentador el que no intervengan otras variables perturbadoras, y es el análisis de los datos el que le informará de si ha conseguido o no aislar suficientemente el sistema que ha construido de cualquier **influencia interfiriente**. Una de las condiciones básicas para que las situaciones experimentales sean estrictamente com-

parables pasa, por lo tanto, por la aleatorización cuidadosa de los sujetos investigados:

«La aleatorización está diseñada para asegurar que, dentro de niveles de improbabilidad especificados, los grupos son efectivamente equivalentes antes de que se les someta a un tratamiento (diferencial)» (Greenberg y Folger, 1988, p. 81).

Queda claro, por lo tanto, que para conseguir poner de manifiesto la influencia de los factores experimentales, es decir, la existencia de una posible relación entre las variables explicativas, el diseño experimental necesita eliminar la influencia de todos los factores parásitos. El grado en que esto se consigue caracteriza precisamente la **validez interna** del experimento (Campbell y Stanley, 1963). Lo que interesa destacar aquí es que esta validez interna tan sólo puede conseguirse, como se ha visto, **cerrando estrictamente** un sistema, es decir, **aislándolo** drásticamente del exterior, de forma que cualquier efecto que se manifieste en su seno sea absolutamente **independiente** de lo que pueda ocurrir fuera del sistema.

Como ya se ha expuesto en el apartado historiográfico, a principios de los sesenta varios investigadores plantearon serias dudas acerca de si los experimentos habitualmente realizados en psicología social ofrecían en efecto las suficientes garantías en cuanto a su validez interna. Así por ejemplo, **Orne** llamó la atención sobre «las características de la demanda», es decir, sobre el conjunto de sutiles indicadores que el experimentador introduce inconscientemente en el planteamiento mismo de las situaciones experimentales, incitando a los sujetos a que se comporten de una forma acorde con los resultados esperados (Orne, 1962). Por su parte, **Rosenthal** llamó la atención sobre la introducción de variables no controladas, señalando la existencia de sesgos debidos a las propias expectativas del experimentador («sesgo del experimentador»), el cual influencia el comportamiento de los sujetos por medio de una serie de indicadores no verbales (Rosenthal, 1963a). El mismo Rosenthal señaló también la existencia del «efecto del experimentador», refiriéndose a la incidencia que podían tener en la situación experimental las diversas características personales del propio conductor del experimento (Rosenthal, 1963b). En resumidas cuentas, se indicaba de esta forma que **el propio experimentador** constituía una **variable perturbadora** que nadie había pensado en controlar, y que podía introducir distorsiones sistemáticas, ya sea a través del «efecto del experimentador», del «sesgo del experimentador» o de las «características de la demanda». Este conjunto de críticas en relación con la validez interna de los experimentos originó una fuerte polémica entre quienes

negaban la existencia de esos supuestos efectos (Barber y Silver, 1968), y quienes replicaban a su vez los argumentos de los anteriores (Rosenthal, 1968). En cualquier caso, la duda introducida por Orne y por Rosenthal sirvió de catalizador para el cuestionamiento crítico de la psicología social experimentalista que se desarrolló a finales de los años sesenta y principios de los setenta.

Otro de los elementos que agudizó las dudas frente al método experimental fue la dificultad en **replicar** convenientemente los experimentos psicosociales. En efecto, la replicación exitosa de un experimento, lejos de contribuir como lo creen ciertos inductivistas a incrementar la verosimilitud de las conclusiones que se han alcanzado, tiene por objetivo principal confirmar la validez interna de la investigación, es decir, confirmar que el **«cierre» del sistema** se ha realizado con la suficiente estanquidad. Así es, la relación establecida mediante un experimento internamente válido cobra su verosimilitud en base a las propias condiciones experimentales y no se añade absolutamente **nada** comprobando una y otra vez la existencia de dicha relación. Sin embargo, los propios experimentalistas admiten que es prácticamente imposible replicar con éxito un experimento de psicología social:

«La norma en psicología social es que no se consigue replicar los resultados...» (Kenny, 1985, p. 492).

«... el fracaso en replicar los resultados psicosociales, cuando lo intenta un investigador crítico, constituye más frecuentemente la regla que la excepción en el campo de la psicología social» (Baumrind, 1983, p. 1.290).

Estas citas, que podrían ampliarse hasta la saciedad, constituyen la más implacable de las críticas al experimentalismo en las ciencias sociales, en la medida en que cuestionan la **única** justificación que pueda tener la experimentación. En efecto, a partir del momento en que las relaciones causales quedan establecidas mediante un procedimiento que carece de validez interna porque no consigue aislar el sistema investigado, se torna perfectamente inútil recurrir a la experimentación.

## **b) La polémica sobre la validez externa: los malentendidos crónicos**

Es obvio que el problema de la validez externa no merece ni siquiera ser considerado si no se tienen buenas razones para suponer que la validez interna ha sido asegurada.

Partiendo del supuesto de que se da efectivamente una suficiente vali-

dez interna, muchos investigadores han reprochado insistentemente a los experimentalistas su incapacidad para poder extraer **conclusiones generalizables** a las situaciones de la **vida real**:

«Sin duda, las acciones de los participantes en un experimento constituyen, en parte, una función de la estructura del laboratorio. En la medida en que ésta es radicalmente distinta de la estructura fuera al laboratorio... es escasamente probable que se descubra nada que pueda ser transferido a las situaciones de la vida real» (Harré y Secord, 1972, p. 60).

Esta manifestación es sin duda representativa de una corriente de opinión, bastante extendida entre los psicólogos sociales, que no concibe otra justificación para la investigación que la de explicar «la vida real, de la gente real, en un mundo real». Esta corriente de opinión aceptaría la experimentación en la medida en que sus resultados fuesen efectivamente generalizables a las situaciones reales. Para que esto fuese posible, se argumenta que las situaciones experimentales deberían perder algo de su **artificialidad**, acercándose lo más posible a las «situaciones naturales». Hace años, Egon Brunshwick ya había abogado en favor de ciertas violaciones de las reglas impuestas por el diseño factorial con el fin de incrementar la «**validez ecológica**» de las investigaciones (Brunshwick, 1955), pero su propuesta puede ser subsumida sin mayores distorsiones bajo la exigencia, más general, de una mayor «**validez externa**» de los experimentos.

A pesar de la simpatía que me merece la pretensión de explicar «la vida real de las personas reales», no tengo más remedio que reconocer, junto con los experimentalistas, que la exigencia de validez externa **carece de sentido**.

En efecto, por propia definición, **ningún** experimento puede ser representativo de la vida real, ni tiene sentido alguno perseguir ese tipo de objetivo. La fuerza del método experimental, sea cual sea su campo de aplicación, radica precisamente en su **artificialidad deliberada** y en su ruptura con las condiciones en que se dan los fenómenos «en situación natural»:

«... la artificialidad es la fuerza, y no la debilidad de los experimentos» (Berkowitz y Donnerstein, 1982, p. 256).

En efecto, no es solamente que las situaciones naturales encierren demasiadas interacciones para que se puedan discernir las relaciones causales, sino que, según las concepciones «realistas» de la causalidad, es ob-

vio que las situaciones naturales pueden impedir literalmente que aparezcan ciertas relaciones de causalidad **efectivamente existentes**. El propio Rom **Harré** ha contribuido a rehabilitar una **concepción no-humana** de la causalidad, expresada en términos de los «poderes» generativos que existen efectivamente en la propia estructura de la realidad y que pueden, eventualmente, no producir manifestaciones empíricamente observables simplemente porque otras «causas» interfieren con ellas y neutralizan sus posibles manifestaciones. Es tan sólo en situaciones absolutamente **«anti-naturales»** donde se pueden conseguir evidencias de esas causas «realmente» existentes. El hecho de que los experimentos no puedan «decir» nada sobre las situaciones naturales constituye una de sus características definitorias y es, por lo tanto, absurdo «pedir peras al olmo». La función y la utilidad de los experimentos radica **exclusivamente** en su capacidad de contrastar empíricamente unas hipótesis, preferentemente causales, derivadas de teorías y «decirnos» algo que no versa sobre la realidad sino **sobre las teorías que elaboramos para explicar la realidad**:

«Los experimentos de laboratorio se orientan manifiestamente hacia la contrastación de hipótesis causales» (Berkowitz y Donnerstein, 1982, p. 247).

«... ante un experimento no debemos preguntarnos si representa bien la realidad, sino qué teoría se supone que representa y si la representa bien» (Grisez, 1975, p. 87).

«Al argumentar a favor del método experimental, tomamos como axioma que la finalidad para la cual este método se adecuaba mejor es la de contrastar teorías más que describir el mundo tal y como es» (Aronson, Brewer y Carlsmith, 1985, p. 443).

«El único uso legítimo del laboratorio es la contrastación de teorías» (Webster y Kervin, 1971, p. 268).

En este sentido lo que sí conviene potenciar es el **«realismo experimental»**, es decir, el grado en que el experimento es capaz de suscitar respuestas «auténticas» por parte de los sujetos, y no el **«realismo mundano»** por el que abogan los exponentes de la validez externa (Carlsmith, Ellsworth y Aronson, 1976).

Señalemos de paso que la reacción de los experimentalistas es a veces contradictoria con sus propios principios, como cuando Jones plantea por ejemplo que:

«el objetivo último de la psicología social consiste en predecir la conducta en el entorno natural...» (Jones, 1985, p. 66),

pues es obvio que si la conducta fuese predecible en situaciones naturales, sobraría el recurso a la artificialidad de los experimentos.

O como cuando Henshel afirma que:

«siempre que se observe en el laboratorio un efecto potencialmente benéfico, el objetivo debería ser hacer que el mundo externo se asemejara al laboratorio, y no que el laboratorio se asemejara al mundo externo» (Henshel, 1980, p. 475),

es obvio que si se puede conseguir lo más difícil (asemejar la realidad «natural» al laboratorio), también se puede conseguir lo más fácil (la relación inversa), y se da con ello argumentos a quienes defienden el principio de la validez externa.

En esta misma línea de intentar dar respuesta a las exigencias de una validez externa, se ha dibujado una tendencia a recurrir a los **diseños cuasi-experimentales** (Campbell y Stanley, 1963) y a los **experimentos en situaciones «naturales»**. Sean cuales sean las ventajas que proporcionan estos métodos, y es indudable que presentan un interés sustantivo (Deconchy, 1981), está claro que no pueden satisfacer ni a las exigencias de la experimentación propiamente dicha, ni a las exigencias de la validez externa. William **McGuire**, uno de los máximos defensores de los experimentos en situación «natural» como forma de remediar las críticas que se dirigieron hacia la experimentación de laboratorio, ha reconocido hace algún tiempo su equivocación:

«En un período anterior pensé que esta concepción del investigador en términos de un hábil creador de artefactos que forja confirmaciones para su teoría en el laboratorio podría ser corregida trasladando la investigación hacia contextos “naturales”... Sin embargo, pronto me di cuenta que este traslado tan sólo alentaría al brillante joven investigador a dejar de ser un director de teatro en el laboratorio para convertirse en un “descubridor” de mundos naturales. Los Departamentos orientados hacia la experimentación de campo acabarían formando investigadores con una sensibilidad particular para descubrir aquellos contextos naturales más adecuadas para hacer que tal o cual hipótesis se confirme efectivamente» (McGuire, 1983, p. 16).

En definitiva, el problema de la «validez externa» de los experimentos es un **falso problema** del que los experimentalistas no deberían preocu-

parse. Lo que importa efectivamente es que sus teorías sobre la realidad social sean adecuadas y puedan ser mejoradas por medio de la experimentación. Pero que no se malinterprete el espaldarazo que estoy dando a los experimentalistas en la cuestión de la validez externa. En efecto, el método experimental se enfrenta en el campo de las ciencias sociales con suficientes problemas para que no se le instruyan además falsos procesos que no hacen sino consolidar el sentimiento que tienen muchos experimentalistas de que se les ataca injustamente. Las cuestiones básicas apuntan a la validez interna de las investigaciones, al significado real de las operaciones que se realizan en las situaciones de laboratorio, y, por fin, a la adecuación del método experimental para contrastar efectivamente el valor de las teorías. Ya veremos que, sobre todos estos puntos, el experimentalismo se encuentra en una posición extremadamente delicada.

### 10.3.2. La polémica sobre las pruebas de significación

Como ya he insinuado, existen razones obvias para considerar que la experimentación con «objetos» dotados de un sistema nervioso central, y especialmente con sujetos humanos, nunca puede satisfacer la exigencia básica del propio método experimental, es decir, la cerrazón absoluta del sistema bajo estudio y la garantía de que sólo variarán las variables que están controladas por el experimentador. Como hemos visto, la solución para paliar la imposibilidad de controlar exhaustivamente el sistema pasa por **aleatorizar** todas aquellas características que escapan a los mecanismos de control, y trabajar con un número de sujetos suficientes para que esta aleatorización ofrezca buenas garantías de que no se manifestarán sesgos sistemáticos en la constitución de las situaciones. La utilización de «**poblaciones de sujetos**» y el consiguiente paso a formulaciones en términos **probabilísticos** permite, según los defensores del método experimental, acercarse suficientemente a la experimentación con seres humanos a los cánones del método experimental. Aún así, tanto el irreductible **margen de imprecisión** de los propios instrumentos de medida, como la nunca perfecta equi-distribución de las variables aleatorias, introducen una cierta **varianza perturbadora** en las situaciones sometidas a examen. Es preciso, por lo tanto, calibrar la magnitud de este «**ruido**», inevitablemente introducido en toda experimentación, y averiguar si las diferencias observadas después de los tratamientos experimentales son imputables al mencionado ruido, o si se pueden considerar efectivamente como resultantes de esos tratamientos. Para averiguarlo se dispone precisamente de los «**tests de significación**». Se trata, como es sabido, de técnicas estadís-

ticas que combinan ciertos principios de las teorías de la probabilidad con una serie de parámetros que reflejan los procedimientos de constitución de los grupos experimentales, y que permiten conocer la probabilidad de que las diferencias efectivamente observadas pudieran manifestarse aunque el tratamiento no hubiera tenido ninguna efectividad y aunque las situaciones fuesen, en realidad, exactamente **idénticas** antes y después de los tratamientos, o a través de los diversos tratamientos. En otras palabras, se trata de saber si la magnitud del «ruido» presente en las situaciones experimentales es suficiente para engendrar por sí solo las diferencias observadas. La **hipótesis nula** es precisamente la hipótesis de que no se han producido diferencias de las que no puedan dar cuenta, con una probabilidad determinada, los propios factores de «ruido» que están presentes en la situación. Si se confirma la hipótesis nula, es evidente que **nada** se puede decir en cuanto a una eventual relación entre las variables explicativas que interesan al investigador. Estos procedimientos estadísticos conocidos por cualquier alumno de psicología plantean, sin embargo, una serie de problemas importantes que analizaré a continuación.

#### a) La «paradoja de Meehl» y la «falacia» de la hipótesis nula

El hecho de que la experimentación psicosocial tenga que pasar por el uso de pruebas de significación más o menos sofisticadas conduce a una **situación paradójica** que, como ha señalado Paul **Meehl**, contrapone radicalmente los efectos del **perfeccionamiento de los instrumentos de investigación** en el campo de las ciencias naturales y los efectos de estos mismos perfeccionamientos en el campo de las ciencias sociales.

Es conocido que, en el caso de las ciencias naturales, los efectos del progreso técnico y metodológico van claramente en dirección a **incrementar** las exigencias que pesan sobre la corroboración de las teorías. Sin embargo, en ciencias sociales, estos efectos permiten, por el contrario, que las teorías sobrevivan más fácilmente a los intentos de contrastación empírica. En otras palabras, y dicho con mayor crudeza, el progreso metodológico es un acicate para el progreso teórico en ciencias naturales, pero constituye un freno para ese progreso en ciencias sociales. Para entender claramente esta paradoja es preciso analizar antes la función que desempeñan los tests de significación y la hipótesis nula en la experimentación psicosocial (Morrison y Henkel, 1970).

Para poder afirmar que existe efectivamente una relación entre las variables explicativas y que ésta va en dirección a lo que predicen sus hipótesis, el experimentador debe tomar una decisión en cuanto a si sus datos

permiten rechazar la hipótesis nula. Tratándose de un planteamiento de tipo probabilístico, es obvio que cualquier decisión encierra un cierto margen de riesgo y que el investigador puede equivocarse cometiendo el **error de tipo I**, es decir, rechazar la hipótesis nula cuando en realidad es válida (sesgo a favor de su propia hipótesis), o el **error de tipo II**, que consiste en aceptar la validez de la hipótesis nula cuando en realidad ésta no es correcta (sesgo en contra de su propia hipótesis). Es bien conocido que la política de publicación seguida por las revistas constituye un premio a los errores de tipo I, puesto que se publican preferentemente las investigaciones cuyos datos incitan a descartar la hipótesis nula. ¿Pero de qué depende que se consiga descartar efectivamente la hipótesis nula?

Por su propia naturaleza, la hipótesis nula resulta de una serie de parámetros que son totalmente independientes del valor de las teorías sometidas a prueba y sobre las cuales el investigador puede intervenir libremente para incrementar las probabilidades de rechazar la hipótesis nula.

«La distribución de resultados significativos y no significativos constituye un arbitrario y complejo artefacto de 8 factores metodológicos ampliamente independientes de la verosimilitud de la teoría...» (Meehl, 1986).

Estos ocho factores están relacionados con la validez de constructo de las medidas y con su confiabilidad, con el tipo de diseño experimental, con la potencia de las pruebas estadísticas utilizadas, con la verosimilitud de las teorías auxiliares a las que se recurre, con la presencia y la magnitud de interacciones de orden elevado, con la talla de los grupos experimentales y hasta con las políticas de publicación.

Este conjunto de factores ha impulsado a muchos autores a cuestionar el sentido que tiene la operación misma de aceptar o rechazar la hipótesis nula.

«Se sabe por lo general que las hipótesis nulas, o de ausencia de diferencias, son falsas antes incluso de que se recojan los datos; cuando lo son, su rechazo o su aceptación refleja simplemente el tamaño de la muestra y el poder del test, y no es ninguna contribución a la ciencia» (Savage, 1957).

Lo que quizás ha llamado más la atención de los investigadores es que es suficiente con **incrementar la potencia de los test de significación** para que una investigación pase de ser inconclusiva, en cuanto a los efectos previstos, a constituir una clara demostración de que las hipótesis del

experimentador son efectivamente correctas. Como esta potencia constituye una función directa y monótona del tamaño de la muestra basta con incrementar la talla de los grupos que se utilizan en cada condición experimental para mejorar la probabilidad de que se confirmen las propias hipótesis (Cohen, 1962):

«... el hecho de que la hipótesis nula sea rechazada constituye simple y exclusivamente una función de la potencia estadística» (Meehl, 1986, p. 326).

«La hipótesis nula es siempre falsa en la psicología blanda, con lo cual la probabilidad de refutarla depende solamente de la sensibilidad del experimento, es decir, de su diseño lógico, de la validez de constructo de las medidas y, sobre todo, del tamaño de la muestra, puesto que es quien determina el punto en que nos hallamos a la función de potencia estadística. Diciéndolo brutalmente, si Vd. dispone del suficiente número de casillas y si sus medidas no son totalmente inválidas, la hipótesis nula será siempre refutada, independientemente de la verdad de la teoría sustantiva» (Meehl, 1978, p. 822).

«Si... disponemos de una muestra grande... podemos casi siempre encontrar que la relación entre dos variables cualesquiera es mayor que cero. Ésta es una consecuencia de las interrelaciones multivariadas y muy complejas de las variables sociales» (Kish, 1975, p. 233 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

«Por poco que exista cualquier desviación en relación con la hipótesis nula en una población, **no importa cuán pequeña** —y no hay duda de que tal desviación existe habitualmente—, un número suficientemente elevado de observaciones conducirá al rechazo de la hipótesis nula» (Bakan, 1966, p. 426).

La razón estriba en que cualquier diferencia, por mínima que sea, introduce una constante en el numerador de  $t$ , y como el denominador, es decir, la medida de la variabilidad, decrece cuando se incrementa el número de sujetos, siempre se llegará a un momento en que el valor de  $t$  será suficientemente alto para refutar la hipótesis nula.

Bien es verdad que también se han levantado algunas voces para defender el sentido de las pruebas de significación en los experimentos. En efecto, si «de verdad» no existe relación entre las variables explicativas, y si el experimento está bien diseñado, no hay razón para que aparezca

una constante en el numerador de la prueba estadística y para que esto conduzca a una refutación sistemática de la hipótesis nula. En teoría, si se cumplen las condiciones de validez interna y de ausencia de efectos entre variables explicativas, se puede incrementar indefinidamente el número de sujetos sin que crezca la probabilidad de obtener una diferencia significativa (Oakes, 1975). Pero esta argumentación subestima la importancia de dos factores cruciales. En primer lugar, es muy poco probable que, tratándose de sujetos humanos, dos variables cualesquiera no presenten interacciones, aunque sean interacciones de orden muy elevado. En segundo lugar, los experimentadores no eligen aleatoriamente sus variables, sino que lo hacen en base a que disponen de ciertos argumentos teóricos para pensar que están relacionadas entre sí. Sus teorías deberían ser, por lo tanto, extraordinariamente inverosímiles para que llegaran a postular una relación allí donde no existe la más mínima conexión entre variables. Como lo dice Meehl, ¡incluso las teorías psicológicas de su inculta abuela tenían un mínimo de verosimilitud!

Por lo tanto, **siempre** existe un determinado efecto diferenciador imputable a los diversos tratamientos y el único problema radica en que esta diferencia pueda no ser **detectada**, ya sea porque no se utilizan pruebas estadísticas suficientemente potentes, ya sea porque se deja penetrar demasiado «ruido» en la situación experimental, es decir, porque el experimento está mal concebido y/o mal controlado. Si esto es cierto, es obvio que la detección de efectos significativos depende simplemente de la **ingeniosidad** del investigador más que de la validez de sus teorías:

«Disponiendo de los suficientes conocimientos culturales, sería posible engendrar evidencia (empírica) a favor de cualquier hipótesis razonable así como de su antítesis» (Gergen, 1978, p. 1.352).

«Dado el amplio margen de elección para seleccionar la forma en que una determinada hipótesis puede ser testada, es muy difícil que el investigador que busca respaldo para esa hipótesis seleccione un conjunto de operaciones empíricas que no sean susceptibles de proporcionar ese respaldo» (id.).

«Puede darse por seguro que siempre puede encontrarse un conjunto de circunstancias para confirmar cualquier relación que se pueda formular... con tal que el investigador tenga el suficiente empeño... habilidades, recursos,... tarde o temprano encontrará o constituirá un contexto situacional en que la relación predicha emerja de forma creíble» (McGuire, 1983, p. 16).

Quizá sea debido a la confusa certidumbre de que las diferencias **siempre** existen por lo que las revistas no aceptan publicar aquellas investigaciones donde no se consigue rechazar la hipótesis nula. En efecto, existe el sentimiento muy generalizado de que la confirmación de la hipótesis nula significa que han existido importantes fallos en la realización o en el planteamiento de la investigación, y que los resultados inconclusivos se deben achacar a la propia **incompetencia** del experimentador. Es cierto, en efecto, que la incapacidad para controlar las perturbaciones en un experimento introduce una serie de errores a-sistemáticos que hacen prácticamente imposible la aparición de diferencias significativas. También es cierto que, si las revistas aceptaran sin más los resultados no significativos, sería muy fácil producir muchos artículos en muy poco tiempo, bastaría con realizar malos experimentos o con formular hipótesis descabelladas.

Sin embargo, cuando se recurre a este tipo de argumentos, se olvidan dos cosas de primera importancia. En primer lugar, se pasa por alto el hecho fundamental de que el rechazo de la hipótesis nula, por su misma trivialidad y por lo que implica a nivel sustantivo, no aporta ninguna indicación sobre la verosimilitud o el interés de las teorías sustantivas:

«Es importante mantener claramente la distinción entre la teoría sustantiva que nos interesa y las hipótesis estadísticas que derivamos a partir de ella» (Meehl, 1967, p. 107).

«... el hallazgo de una significación estadística es quizá la característica menos importante de un buen experimento: **nunca** constituye una condición suficiente para concluir que una teoría ha sido corroborada, que se ha establecido con suficiente seguridad un hecho empíricamente útil —ni que el informe del experimento merece ser publicado—» (Lykken, 1968, p. 150).

El hecho de mantener siempre una clara diferenciación entre las «hipótesis estadísticas», por una parte, y las «hipótesis científicas», por otra, constituye una exigencia irrenunciable a la que muchos investigadores no prestan, sin embargo, la menor atención (Bolles, 1962).

En segundo lugar, lo que olvidan también quienes critican la posible falta de competencia de los investigadores que no consiguen obtener datos significativos es que la refutación de la hipótesis nula no significa, ni mucho menos, que se haya realizado una investigación de calidad. En efecto, si bien es cierto que el investigador inexperto introduce errores a-sistemáticos («ruido») en el experimento, también es verdad que el investigador cualificado es propenso a introducir **errores sistemáticos** que reducen indebi-

damente el «ruido», con la consiguiente amplificación de las diferencias a favor de su propia hipótesis (Greenwald, 1975b). Ahí están las controvertidas afirmaciones de Rosenthal y de Orne para recordarnos que el experimentador dispone de muchos recursos para crear «inadvertidamente» las diferencias que espera encontrar.

Sin olvidar que con cierta frecuencia la principal función del análisis de datos en psicología social no es otra que la de santificar las conclusiones de los investigadores, es decir, otorgarles los signos distintivos que les aseguran la respetabilidad científica (Tukey, 1969). El conjunto de las consideraciones avanzadas hasta aquí permite entender por qué ciertos autores no han dudado en hablar de «**la falacia de la hipótesis nula** de las pruebas de significación» (Rozebaum, 1960).

Tras este análisis, estamos ahora en posición de entender con mayor precisión el «efecto paradójico» señalado por **Meehl**. En efecto, si tomamos el ejemplo paradigmático de la física, podemos constatar que los incrementos en la potencia del instrumental técnico utilizado en las investigaciones obliga a formular teorías más rigurosas y, de algún modo, incrementa la probabilidad de que estas teorías no consigan pasar el test de la experiencia y deban ser **reformuladas**. Esto se traduce en definitiva por un constante desarrollo de los conocimientos. La razón de esta situación es que los físicos realizan predicciones en las que, o bien se precisa la forma exacta que debe adoptar una determinada función, o bien se estipulan valores numéricos «puntuales» que dicen cuál debería ser el valor exacto registrado si la hipótesis fuera cierta. La mayor precisión de los instrumentos disminuye la probabilidad de que se verifique exactamente el valor puntual que se ha pronosticado, puesto que se incrementa la sensibilidad para detectar posibles diferencias que pasarían desapercibidas con un instrumento menos fino. En el experimento psicossociológico no se recurre por supuesto a tales predicciones puntuales y ni siquiera se predicen intervalos numéricos definidos. Lo único que se postula es que existe una relación entre unas variables independientes cuya ortogonalidad se ha comprobado. Es fácil entender entonces que cualquier incremento en la potencia de los instrumentos estadísticos y en la precisión de los instrumentos de medida se traducirá simplemente por una **mayor probabilidad** de detectar las diferencias o las interacciones, acrecentando de esta forma el apoyo empírico a las hipótesis teóricas. En otras palabras, la refutabilidad de las teorías físicas crece con los adelantos técnicos mientras que la refutabilidad de las teorías psicosociales disminuye con los adelantos de la instrumentación técnica. No es preciso suscribir en su integridad las tesis popperianas sobre la refutación para intuir que esta paradoja plantea un importante problema para la investigación experimental en psicología social.

Es preciso reconocer, sin embargo, que la creciente sofisticación estadística de la psicología social permite abordar de forma más satisfactoria el problema de las interacciones entre variables y estudiar por lo tanto fenómenos menos simplistas que los que se estudiaban hace tan sólo veinte años. Pero esto no quita que el problema de fondo seguirá siendo el mismo mientras la confirmación de las hipótesis sustantivas se asiente básicamente sobre pruebas estadísticas de significación. Una de las soluciones que se han sugerido consiste en especificar de antemano la **magnitud** de los efectos esperados y de considerar que la hipótesis ha sido refutada si no se consiguen dichas magnitudes, por mucho que las pruebas de significación nos digan que las diferencias observadas son efectivamente significativas.

En cualquier caso, parece que se haya acabado la época en que los asteriscos indicadores de la confianza con la cual se podía asegurar que los datos no se debían al azar, connotaban, como si de un hotel se tratase, la excelencia de la investigación realizada y la solidez de las hipótesis sustantivas «verificadas» en la investigación.

### **10.3.3. Las polémicas sobre la inadecuación del método experimental en ciencias sociales**

Los problemas planteados al método experimental no se agotan con el cuestionamiento de la validez, ni con la contestación del sentido que tienen sus demostraciones estadísticas. Otros frentes, igualmente devastadores, se han abierto en relación con diversos temas problemáticos. Pero todos ellos hacen referencia en última instancia a la contribución que puede aportar el método experimental para la elaboración de conocimientos científicos, y, más precisamente, a su adecuación para una eventual **contrastación de los conocimientos teóricos**.

El modelo epistemológico en que se inserta el método experimental es obviamente el modelo **hipotético-deductivo** según el cual se deducen hipótesis empíricamente contrastables a partir de formulaciones teóricas y se reinyectan los resultados conseguidos, por medio de dichas contrastaciones, en el propio corpus teórico para corregirlo, mejorarlo o, eventualmente, descartarlo. Es precisamente ese modelo el que ha sido acusado de promover «efectos corruptores» sobre la investigación psicosocial (McGuire, 1986), y de convertir toda la investigación psicosocial que se inspira en los procedimientos experimentales en un mero rito desprovisto de interés sustantivo.

Una de las primeras exigencias que plantea el método hipotético-deduc-

tivo es que las contrastaciones empíricas sean efectivamente capaces de corroborar o de refutar las afirmaciones teóricas, conduciendo eventualmente a su abandono. Sin embargo, Gergen constata con toda la razón que **ninguna** de las teorías elaboradas en psicología ha sido abandonada en razón de haber sufrido disconfirmaciones fácticas (Gergen, 1986).

Existen varias razones que permiten entender lo que parece constituir una grave «anomalía» en relación con el funcionamiento «normal» del modelo hipotético-deductivo. En primer lugar, es bien conocido que no se puede deducir un enunciado observacional a partir de una teoría sin recurrir simultáneamente a toda una serie de supuestos «auxiliares». Lo que se somete a contrastación empírica no es, por lo tanto, un elemento observacional «Q» deducido directamente de una teoría «T», sino un conjunto «(A,Q)» compuesto por la implicación «Q» de la teoría y por una serie de supuestos auxiliares «A» que sustentan el proceso mismo de la traducción empírica de «T» en el elemento «Q». Por ejemplo, toda observación presupone unos criterios previos acerca de lo que se acepta como evidencia observable, sobre lo que se acepta como «un hecho empírico» y sobre la validez de las indicaciones proporcionadas por los instrumentos de observación. En consecuencia, nunca se contrasta la relación  $T \rightarrow Q$ , sino la relación  $T \rightarrow (A,Q)$ . Las reglas de la lógica formal nos indican claramente que, si se produce una disconfirmación de (A,Q) no se puede sacar ninguna conclusión, mediante el «modus tollens», acerca de la negación de «T». En efecto, no hay manera de decidir si es efectivamente «Q» el que ha sido refutado, con lo cual se demostraría la falsedad de «T», o si ha sido «A», con lo cual la negación de «T» constituiría una falacia (Meehl, 1978).

Este problema, que afecta por supuesto a todos los campos del saber científico donde se aplica el modelo hipotético-deductivo, adquiere en ciencias sociales una transcendencia particular, no sólo por el impresionante acopio de **teorías auxiliares** al que es preciso recurrir en la investigación, sino también por la propia naturaleza de esas hipótesis auxiliares que carecen por lo general de la sustentación teórico-empírica que las caracteriza en otros sectores de la ciencia. Las consecuencias del peculiar «contexto de hipótesis auxiliares» que acompaña a la investigación psicosocial son claras. En efecto, lo que suele producirse cuando una hipótesis ha sido desconfirmada en un experimento es simplemente que se atribuye el fallo a las hipótesis auxiliares y que se procede a una reformulación de la investigación para conseguir finalmente encontrar evidencias a favor de la hipótesis.

En esta misma línea, conviene señalar que tampoco cabe la posibilidad de diseñar investigaciones susceptibles de dirimir la oposición entre teo-

rías contrapuestas, como bien se ha visto en las polémicas que enfrentaron la Teoría de la Disonancia cognitiva y la Teoría de la Auto-percepción, en la medida en que la base **interpretativa** de los resultados obtenidos es demasiado amplia y presupone la aceptación previa de elementos que pertenecen a la propia teoría que se pretende contrastar. Si la única justificación para la experimentación consiste en la contrastación de hipótesis teóricas, como lo proclaman los propios experimentalistas, y si esta contrastación no es posible en términos mínimamente rigurosos, entonces la conclusión parece imponerse por sí misma...

Otras dudas que se han planteado en relación con el modelo hipotético-deductivo en psicología social hacen referencia a la **operacionalización** de los conceptos teóricos tal y como se realiza en las investigaciones habituales. No se trata exactamente del problema de la validez de constructo, aunque de alguna forma es posible subsumir esta cuestión bajo dicha problemática. En efecto, analizando los **procedimientos retóricos** que utilizan los investigadores en sus informes de investigación, Gergen muestra por ejemplo cómo se pasa desde unos términos que definen entidades teóricas que sólo tienen sentido **en** el marco de una determinada teoría y **para** los conocedores de esa teoría, a unos términos pretendidamente operacionales que otorgan, por así decirlo, el **espesor** de la vida misma a las entidades teóricas, **anclándolas** en el lenguaje profano o de sentido común. Hacia el final del informe, cuando se comentan los resultados, se vuelven a utilizar nuevamente los términos teóricos que se mencionaban en un principio. Este doble proceso de **concretización** primero, pasando de los términos teóricos a los terminos profanos, y de **abstracción** después, pasando desde el lenguaje cotidiano al lenguaje de la teoría, permite **reificar** las entidades teóricas, creando el sentimiento de que constituyen efectivamente **descripciones** válidas de la realidad. En otras palabras, se trata de un procedimiento a través del cual se dota de una base **referencial** a los términos teóricos, con la particularidad de que, a lo largo de ese proceso, se enmascara el carácter puramente **convencional** de la referenciación y se utiliza luego esta base referencial puramente «construida», como si se tratase de una **categoría «natural»** que la entidad teórica se limita a denominar de un modo particular. Al final del proceso no queda ya ninguna duda de que la entidad teórica se corresponde efectivamente con un elemento de la propia realidad. Así por ejemplo, la entidad puramente teórica «disonancia cognitiva» se operacionaliza en términos del lenguaje cotidiano, de todos conocido, y obviamente anclado en la realidad más palpable, tales como «comer», «cantidad», «espinacas», etc. Una vez que se ha constatado que los sujetos sometidos a cierto tratamiento experimental «comen efectivamente una mayor cantidad de espinacas»

que los demás sujetos, se vuelve al discurso teórico traduciendo esa constatación empírica en términos de un supuesto «proceso de reducción de disonancia cognitiva». Los sujetos ya no han comido más espinacas que los demás, sino que han experimentado una «mayor disonancia». Lo mismo ocurre con el «auto-concepto», con la «indefensión aprendida» o con «los esquemas cognitivos» por citar unos pocos ejemplos:

«Definiendo operacionalmente los términos teóricos, el investigador consigue un medio para definir el misterioso lenguaje (de la teoría) en términos de predicados reales... Si el término teórico X es equivalente al término del mundo real Y, y si se demuestra que Y existe, entonces se concluye que X también existe... A medida que se desarrolla la discusión final en el informe de investigación, se constata generalmente la completa supresión de los términos del lenguaje cotidiano. Los términos teóricos se tratan entonces como si poseyeran un estatus ontológico absolutamente legitimado» (Gergen, 1989).

Uno de los problemas de la psicología social radica efectivamente en la extraordinaria flexibilidad de las relaciones que unen los conceptos teóricos con sus traducciones operacionales; ninguna rigidez constriñe el ingenio del experimentador para formular cuáles son los referentes empíricos que pueden servir de indicadores para dar cuenta de las manifestaciones del fenómeno teóricamente definido. El carácter extremadamente tenue de los lazos que conectan una entidad teórica con sus expresiones operacionales autoriza nuevamente a plantear una pregunta y a sugerir una conclusión: si el propósito de la experimentación consiste en contrastar la validez de las formulaciones teóricas y si es cierto que las hipótesis empíricas derivadas de esas teorías se encuentran tan «débilmente» conectadas con las formulaciones teóricas, entonces..., las conclusiones vuelven aquí también a imponerse por sí mismas...

Un tercer elemento crítico surge a partir del momento en que se admite que las críticas en cuanto a la falta de validez externa de los experimentos carecen de sentido y que sólo cuenta su grado de validez interna. Ya hemos visto que la condición para que exista una validez interna pasa necesariamente por «cerrar» cuidadosamente el sistema sometido a estudio, **aislándolo** de tal forma que las variaciones que se producen en el exterior carezcan de influencia sobre él. Con estas constricciones, la condición para que el experimento no constituya un simple ritual metodológico pasa necesariamente por el hecho de que las variables estudiadas en el laboratorio **mantengan su identidad** (Greenwood, 1982). La situación de labo-

ratorio puede ser todo lo artificial que se quiera, y cuanto más mejor, pero lo que no debe ocurrir es que el necesario aislamiento del sistema **altere** los fenómenos estudiados. Si esto se produjera, es evidente que lo que en realidad se estaría investigando no tendría nada que ver con lo que se pretende investigar. Es como si un químico pretendiese estudiar las propiedades de la molécula de agua y en su laboratorio sólo estudiase por separado las propiedades del oxígeno y del hidrógeno. La cuestión que muy acertadamente han planteado una serie de autores, como por ejemplo Harré, consiste en saber si las variables sociales no cambian de identidad cuando, para poder estudiarlas experimentalmente, se las aísla de su contexto (Harré, 1977). La distinción que establece Harré entre **ciencias paramétricas** y **ciencias estructurales** parece clarificadora para llegar a una conclusión. Las ciencias sociales son, según Harré, ciencias estructurales, es decir, ciencias cuyos objetos de estudio se caracterizan por el hecho de estar estructurados por «variables internamente relacionadas». Esto significa que cada variable adquiere parte de su identidad en función del conjunto de relaciones que la ligan a otras variables, y que esta identidad sólo puede definirse adecuadamente en los términos precisos de la red relacional que la enmarca. Así por ejemplo, la variable puramente conductual «un apretón de manos» no es definible, en lo que la caracteriza esencialmente, si se desconocen las relaciones que la unen a las otras variables situacionales. Es obvio efectivamente que sellar formalmente el acuerdo que dos personas se comprometen a respetar no es la misma variable que el «apretón de manos» que dos amigos se dan al despedirse. Lo propio de las variables internamente relacionadas es que no se prestan a las operaciones de aislamiento exigidas por la situación experimental. Por tercera vez nos encontramos, por lo tanto, con la misma pregunta y con la misma conclusión. Si el laboratorio exige el aislamiento de las variables e incluso su ortogonalización, y si estas operaciones alteran radicalmente el fenómeno que se pretende estudiar, entonces... la conclusión vuelve a imponerse por su propio peso...

En definitiva, parece que las aporías con las que tropieza el método experimental son demasiado numerosas e importantes para albergar esperanzas razonables de que su utilización en el campo de las ciencias sociales pueda contribuir a la explicación de la realidad social. Esto no significa, sin embargo, que la experimentación esté totalmente desprovista de interés. En efecto, la experimentación puede utilizarse perfectamente como un **procedimiento heurístico** que ayude a engendrar ideas teóricas. Así es, el proceso de la elaboración teórica sigue siendo un proceso muy escasamente conocido, pero es razonable pensar que utiliza una serie de «muletillas» y de «heurísticas» más o menos formales para alimentar su propio

desarrollo. El experimento puede constituir sin duda alguna una de esas «muletillas». Sin embargo, lo que parece estar radicalmente fuera de su alcance es sencillamente producir conocimientos válidos, contrastar la validez de las teorías, y mucho menos fundar sobre bases sólidas el conocimiento psicosocial.

#### 10.4. Elementos de reflexión

Tras el recorrido efectuado a través de los problemas metodológicos de la psicología social, es preciso extraer una serie de conclusiones, o por lo menos algunos elementos de reflexión, que permitan completar nuestro acceso a la inteligencia de la psicología social y acabar de perfilar lo que, tradicionalmente, se suele denominar como «el concepto» de la disciplina.

No es preciso ser un especialista de la Teoría de la Categorización Social, ni un profundo conocedor de la Sociología de la Ciencia, para entender que las divisiones disciplinares, académica y científicamente consagradas, promueven un afán **diferenciador** que puede conducir a derramar mucha tinta para perfilar la **especificidad irreductible** de cada disciplina. Sin embargo, por encima de las fronteras disciplinarias, el objetivo de la psicología social **no se diferencia en lo fundamental** del objetivo perseguido por las demás ciencias sociales, y particularmente por las que le son más cercanas. Se trata simplemente de intentar **dar cuenta de la realidad social**, de comprender tan rigurosamente como sea posible cuál es su naturaleza, tanto en el plano **ontológico** como en el plano del **tipo de conocimiento** que requiere su dilucidación. Esto implica que se preste una atención particular a los mecanismos mediante los cuales **se construye, se produce, se reproduce y se transforma** esa realidad social, centrando la mirada sobre las conductas y las acciones de los agentes sociales, pero también sobre su propia **«forma de ser»** en lo que comporta de determinantes sociales.

Por otra parte, la propia evolución reciente de los planteamientos que se formulan en sociología y en psicología ayuda considerablemente a definir cuál puede ser la **contribución específica** de la psicología social a ese empeño común por dilucidar la realidad social y la naturaleza social del ser humano. En efecto, el creciente reconocimiento de la imposibilidad de separar el «individuo» y la «sociedad», es decir, en definitiva, la creciente conciencia de los efectos distorsionantes que la **dicotomía individuo-sociedad** ha ejercido sobre la investigación social, se une al énfasis puesto sobre los **procesos mentales «superiores»** y sobre las **activi-**

**dades simbólicas**, para dibujar el tipo de problemática en la que debería centrarse la psicología social. En relación con el primero de los aspectos que acabo de mencionar, todo apunta a que la realidad social no puede entenderse con independencia de **las actividades tangibles y concretas de los individuos en sus quehaceres cotidianos**, de la misma forma que, a su vez, estas actividades pierden su inteligibilidad si se las contempla con independencia del **marco en el cual se desarrollan y del cual participan como elementos constitutivos**. En relación con el segundo de los aspectos mencionados, es obvio que estas actividades cotidianas presuponen la **constante intervención de los mecanismos de pensamiento en sus más altos niveles de expresión**.

Esta mirada centrada en el individuo pero equipada, conceptual y metodológicamente para ver en él la **«dimensión social» que le instituye como tal**, y que **él mismo también instituye como tal**, constituye el signo de identidad de la psicología social.

Lo que pueda resultar de esta mirada psicosocial en cuanto a conocimiento sistemático no puede formularse en términos nomotéticos ni en objetivos de predicción de las acciones sociales. Tan sólo puede tratarse, y ya es mucho, de un conocimiento que faculte una **comprensión** cabal de la realidad social y una **dilucidación** de sus procesos, es decir, en definitiva, un **incremento de su inteligibilidad**.

Por otra parte, sin caer en una nueva filosofía de la ilustración, me agrada pensar que esa tentativa de acceder a la inteligencia de lo social encierra un **potencial «emancipador»**, en la medida misma en que contribuye a desvelar los **funcionamientos ocultos**, las **determinaciones latentes** y las **causalidades imperceptibles** que caracterizan a la vida social.

Esta concepción de la psicología social descansa, qué duda puede haber de ello, en una serie de opciones, tanto epistemológicas como normativas, de carácter personal. Pero también se nutre en buena medida de las lecciones y de las conclusiones que emergen a partir de un cuidadoso examen de la **historia de la psicología social**, de sus **resultados sustantivos** y de los **problemas metodológicos** que la caracterizan.

En este sentido, los problemas metodológicos con los que se ha enfrentado, y con los que se está enfrentando la psicología social proporcionan suficientes **argumentos racionales** para defender con cierta confianza la idea de que **los procedimientos inspirados en concepciones empírico-positivistas no son adecuados para elaborar el conocimiento psicosocial**. Sin entrar aquí en consideraciones epistemológicas de orden general, entiendo que esta inadecuación esencial del método empírico-positivo se debe esencialmente a que ese método nos obliga a ignorar algunas de las dimensiones más sustantivas que entran en la definición de la natura-

leza social del ser humano. Esta mutilación del objeto de conocimiento de la psicología social sólo puede desembocar en la producción de un corpus teórico incapaz de dar cuenta de lo que tiene de fundamental la dimensión social, y ni siquiera puede compensar esa incapacidad por otros logros sustantivos en el plano del conocimiento científico.

En definitiva, es la propia naturaleza del objeto de conocimiento de la psicología social la que nos indica cuáles son los procedimientos más adecuados para su esclarecimiento.

En este sentido, hay dos aspectos constitutivos de ese objeto que son inexcusables para elaborar una teoría psicosocial de la realidad social. Se trata, en primer lugar, de la «**reflexividad**» que caracteriza al ser humano y, en segundo lugar, del hecho de que el ser humano pueda ser **afectado eficazmente por los significados**.

Las consecuencias que se desprenden de estos dos aspectos tienen un alcance de indudable trascendencia. En primer lugar, se encuentran planteadas como temáticas vertebradoras de la psicología social, toda la problemática de la **construcción social de los significados**, toda la problemática de la **inter-subjetividad** y toda la problemática de la «**agencia**» humana. En segundo lugar, es obvio que estas problemáticas no pueden sino «desaconsejar», por utilizar un eufemismo, cualquier tentativa de acercarse al objeto psicosocial a partir de los supuestos del método empírico-positivista.

Volviendo a la problemática metodológica, es preciso subrayar que, de alguna forma, los propios psicólogos sociales que utilizan la experimentación reconocen la importancia de la reflexividad y del significado, puesto que recurren la mayoría de las veces al engaño sistemático de los sujetos, ideando ingeniosos procedimientos para que éstos no perciban el significado real de la manipulación a la que se les somete. En virtud de su reflexividad, el sujeto puede, por así decirlo, distanciarse de sí mismo, mirarse desde la perspectiva de los demás y desarrollar la conducta que estime más oportuna estratégicamente. Si se quiere evitar esta consecuencia de la reflexividad, que invalidaría toda posibilidad de extraer conclusiones de la investigación, es imprescindible que el sujeto no disponga de indicadores fiables acerca del significado que conviene atribuir a la situación experimental y que, incluso, le atribuya un significado que no interfiera con las variables realmente manipuladas. En otras palabras, sólo se puede experimentar con sujetos que sean **inconscientes** de lo que el investigador les está realmente haciendo. Lo curioso es que, a través de estas precauciones, el experimentador no hace sino dar la razón al argumento hermenéutico.

Esta paradoja conduce a otra que tiene un carácter no menos preocu-

pante; en efecto, ¿cómo sabe realmente el experimentador que ha conseguido engañar al sujeto, es decir, cómo puede tener la seguridad de que ha controlado con éxito la atribución de significados a la situación experimental? Recurriendo, como es sabido, a la entrevista post-experimental, es decir, a los comentarios que realizan los sujetos. El problema es que, con este procedimiento, el experimentador vuelve a basar parcialmente la validez de la experimentación precisamente sobre aquello mismo contra lo cual la experimentación se ha instituido, es decir, sobre la confianza otorgada a los **relatos** introspeccionistas de los propios sujetos.

El énfasis sobre las propiedades absolutamente diferenciadoras del objeto social y del agente social en relación con cualquier otro objeto existente en el mundo natural no debería interpretarse, sin embargo, como una adhesión al dualismo metodológico de Dilthey y de la corriente hermenéutica. La dicotomía entre naturalismo y antinaturalismo sólo se puede justificar si se considera que las ciencias «naturales» encuentran una fundamentación válida en los supuestos positivistas. De no ser así, el reconocimiento de que cada tipo de objeto de conocimiento impone ciertas exigencias a los procedimientos utilizados para su investigación, y que esto sucede también, como es obvio, con el objeto social, no implica en absoluto que se tenga que proceder a una partición cualitativa de la razón científica en dos categorías diferenciadas. Más allá de un debate que nos parece obsoleto entre naturalismo y antinaturalismo, el reto ante el cual se encuentra la psicología social, es el de recoger y conciliar en un enfoque original diversas aportaciones que pertenecen a orientaciones a veces contrapuestas. Me estoy refiriendo, como ya lo he indicado en la conclusión del anterior capítulo, al neopragmatismo, al realismo, a la hermenéutica, al legado del segundo Wittgenstein y a la teoría crítica, entre otras orientaciones de pensamiento. Estoy convencido de que, en el estado actual del conocimiento, la reapertura de un diálogo que permita integrar en la psicología social los aspectos más sustantivos de estas corrientes de pensamiento constituye la forma más efectiva de potenciar el progreso de esta disciplina.

Esta sensibilidad hacia nuevas perspectivas que alejan la psicología social de sus modelos dominantes, y especialmente, de su credo empírico-positivista, puede resultar inquietante para quienes exigen de esta disciplina una pronta, fiable y operativa respuesta para enfrentarse a los problemas sociales que aquejan a nuestras sociedades. Es obvio que el camino que sugiero es un camino incierto, probablemente lento, y que no ofrece ninguna seguridad en cuanto a que sea realmente practicable y pueda conducir a soluciones satisfactorias. Sin embargo, frente a los escollos que se acumulan en los caminos más habitualmente transitados por la psicología

social, merece la pena por lo menos intentar la aventura.

En cualquier caso, se trata actualmente de la manera más segura de fomentar el carácter **acumulativo** de los saberes psicosociales, en un sentido particular que **Cronbach** definió con sugerentes palabras:

«En mi opinión, las ciencias sociales son acumulativas, pero no en el sentido de poseer conocimientos siempre más refinados sobre cuestiones permanentes, sino en el sentido de poseer un repertorio cada vez más rico de preguntas» (Cronbach, 1986, p. 91).

## EPÍLOGO

En cierto modo, lo que he intentado hacer a lo largo de todas las páginas que anteceden no ha sido sino aportar elementos para ayudar a la comprensión de lo que significa la psicología social en tanto que **institución social** comprometida con la producción, la organización y la sistematización del conocimiento en un campo, más o menos claramente delimitado, de la realidad social. Sería absurdo pretender condensar en una fórmula más o menos ingeniosa y acertada las múltiples perspectivas que se deben adoptar para alcanzar una inteligencia de la disciplina. Ofrecer una definición **esencialista** no constituiría sino un nuevo juego de palabras desprovisto de interés sustantivo.

La comprensión de la psicología social exige una larga peregrinación por la historia de la disciplina, intentando sortear los escollos de la **falacia teleológica** que nos empuja a considerar el producto actual como aquello a lo que se tendía necesariamente desde un principio o que nos incita, en otras palabras, a analizar el **proceso constitutivo** de la disciplina a la luz del **producto** ya constituido que se presenta ante nuestros ojos en el momento presente. También es necesario sortear los escollos de la historia **«wighish»**, y emprender de hecho una **«genealogía crítica»** que permita entender el presente en términos de sus condiciones de constitución histórica sin privilegiar aquellas orientaciones que, por múltiples razones, se han convertido en las orientaciones vertebradoras de la configuración actual de la disciplina. Un acercamiento cabal a la psicología social exige además que se preste una atención muy particular al momento contemporáneo de la disciplina. Para ello es preciso analizar detenidamente los

temas y las orientaciones actualmente dominantes, pero sin dejar de prestar atención a los puntos de tensión y a los movimientos, a veces contradictorios, que se originan en los márgenes de la disciplina.

Al finalizar ese recorrido cabe extraer algunos elementos de conclusión y presentar algunas reflexiones de tipo general.

El estudio combinado de la historia de la psicología social y de las características actualmente dominantes en la psicología social desemboca en una constatación cuya validez reúne suficientes argumentos para que sea asumida como razonablemente fundamentada. Esta constatación puede formularse en muy pocas palabras: la «americanización» de la psicología social ha tenido un impacto esencialmente **reduccionista** sobre la disciplina. Más precisamente, este **proceso reduccionista** ha afectado simultáneamente:

- al campo sustantivo de los fenómenos abarcados por la psicología social,
- a la fundamentación epistemológica de la disciplina,
- a su apertura interdisciplinar,
- a las raíces históricas y a la pluralidad cultural de la psicología social,
- al propio concepto de lo «social»
- y, por fin, al ámbito de las metodologías disponibles.

### a) Reducción del campo sustantivo de la psicología social

Aunque la psicología social naciera como disciplina **«intersticial»** entre la psicología y la sociología (Back, 1963; Torregrosa, 1974), esto no implicaba en absoluto que sus **unidades de análisis** tuvieran que ser de un **tamaño «intermedio»** entre las unidades de la psicología y las de la sociología. En efecto, el estudio de las motivaciones o de las inferencias **individuales** pertenece tanto al campo de la psicología como al de la psicología social, de la misma forma que la investigación de los fenómenos **macro-sociales** requiere tanto de una aproximación sociológica como de un enfoque psicosocial. Tampoco significaba que los fenómenos estudiados por la psicología social tuvieran que ser fenómenos **«residuales»**, en el sentido de no pertenecer claramente ni al campo de la psicología ni al campo de la sociología. El estudio de la memoria, por ejemplo, es tan propio de la psicología como de la psicología social, sólo que recurriendo a distintas perspectivas de análisis; así mismo, el estudio de los funcionamientos ideológicos se puede llevar a cabo tanto desde la sociología como desde la psicología social. Sin embargo, la tónica dominante en psicología social consistió en ceñir el alcance de la disciplina a los estrictos límites marcados

por una situación de disciplina intersticial entendida en el sentido más restrictivo de la palabra. La psicología social redujo paulatinamente su ángulo de miras hasta hacerlo coincidir prácticamente con el estudio del **«impacto de los factores sociales sobre el individuo»**. En sugestivas palabras de Graumann, se individualizó, de esta forma, lo social y se desocializó lo individual (Graumann, 1986b), legitimando de paso una insostenible dicotomía entre el individuo y la sociedad.

### b) Reducción de la fundamentación epistemológica

La psicología social se constituyó en un rico contexto de **tensiones epistemológicas**, donde las perspectivas positivistas coexistían con las tendencias historicistas, realistas, fenomenológicas y pragmáticas entre otras. Pero, paulatinamente, el horizonte epistemológico se fue restringiendo hasta dejar en posición de predominio casi hegemónico la **racionalidad analítica del empiricismo positivista**. Con ello, el interés por el control y por la predicción copaba la delantera de la escena excluyendo prácticamente el interés por la comprensión y por la emancipación (Habermas, 1968).

### c) Reducción de la apertura interdisciplinar

El diálogo inicial que la psicología social mantenía, no sólo con sus dos disciplinas más cercanas, sino también con la antropología, con la historia, con la filosofía, con la ciencia política..., se fue convirtiendo en un **diálogo casi exclusivo con la psicología general**. Se perdió de esta forma, no sólo la posibilidad de que la psicología social se enriqueciera con perspectivas más diversificadas y más amplias, sino también la posibilidad de que la psicología social incidiera a su vez sobre los conocimientos producidos desde otras perspectivas.

### d) Reducción del trasfondo histórico y del pluralismo cultural de la psicología social

El hecho innegable de que durante varias décadas la psicología social sólo existió prácticamente en suelo norteamericano, con interesantes pero ínfimas excepciones, tuvo dos consecuencias. La primera consistió en limitar el caudal de formulaciones teóricas que alimentó la emergencia y la constitución de la psicología social como disciplina específica, reducién-

dolo a las aportaciones americanas de principios de siglo. Por muy ricas que éstas pudieran ser, no cabe duda que estas restricciones sólo podían tener efectos empobrecedores. Como ocurre con toda disciplina en busca de respetabilidad institucional, se mentaban, por supuesto, muchos antecesores prestigiosos en la historia del pensamiento europeo, pero la constitución propiamente disciplinar de la psicología social apenas trascendía los límites de la **tradición norteamericana** (Allport, 1954). La segunda consecuencia está relacionada con la conocida sensibilidad de la psicología social ante las circunstancias ideológicas y las problemáticas culturales de su medio circundante. Al desarrollarse esencialmente en Estados Unidos, la psicología social se convirtió lógicamente en una disciplina hecha a la medida de los problemas y de las características de la sociedad norteamericana, perdiendo, aquí también, oportunidades de diversificar sus producciones teóricas.

#### e) Reducción del propio concepto de lo «social»

Las diversas «reducciones» a las que me he referido hasta ahora, pero sobre todo la primera y la segunda de ellas, condujeron a buscar unas definiciones de los aspectos sociales que respondieran a la vez a los criterios «operacionales» y a las exigencias de la «observabilidad». La amplia y diversificada, pero difícilmente operacionable, **«dimensión social»** de los fenómenos humanos tendió a equipararse con «objetos» concretos cuyas características pudieran ser manipuladas con el rigor de una ciencia basada en el «control y la predicción». De esta forma, lo «social» se limitó en muchos casos a designar simplemente a los **«demás»**, es decir a otros congéneres puestos en relación «real o imaginada» con el individuo estudiado.

#### f) Reducción metodológica

La reducción epistemológica trajo como consecuencia el hecho de que casi todos los **sistemas de incentivación** articulados por la disciplina para «recompensar» a sus miembros descansaran sobre la realización de **investigaciones experimentales**. Tanto las promociones académicas, como los recursos para la investigación, y los reconocimientos institucionales, eran función esencialmente de las investigaciones **publicadas**, y las revistas sólo aceptaban publicar textos con resultados **«estadísticamente significativos»**. De esta forma, el método experimental tendió a constituir-

se como el método de validación cuasi-exclusivo de los conocimientos psicosociales.

En definitiva, parece claro que la configuración contemporánea de la psicología social se desarrolló a través de una **serie de reducciones** que dejaban **al margen de la disciplina** muchas otras opciones teóricas y procedimientos prácticos tan legítimos desde el punto de vista sustantivo como los que quedaron instituidos.

Durante la década de los ochenta se ha manifestado una clara tendencia a sobrepasar esos reduccionismos y a abrir la psicología social hacia horizontes más plurales en todos los aspectos que he mencionado. Sin duda, no ha sido ajeno a ello el hecho de que el positivismo lógico fuese sometido a una durísima crítica y de que la psicología en su conjunto se abriese a otras perspectivas igualmente «científicas» pero menos «cientistas» (Seoane, 1981). En cualquier caso, el resultado de esta rebelión contra los **reduccionismos heredados** puede ayudar a situar la psicología social en un lugar estratégico con respecto al problema del conocimiento y con respecto a los fenómenos sociales, reintegrándola plenamente en el ámbito de las **ciencias sociales**:

«Un creciente sector de psicólogos sociales europeos y norteamericanos ha estado trabajando desde finales de los sesenta para reintegrar su disciplina en el seno de las ciencias sociales» (Graumann, 1986a, p. 4).

Esta reintegración de la psicología social en las ciencias sociales no significa ni mucho menos sustituir unas dependencias por otras ni tampoco intentar someter la psicología social a una nueva, aunque distinta, ortodoxia unificadora en el plano de los métodos o de los supuestos epistemológicos. Julio Seoane tiene razón cuando recalca que la existencia de **varias** psicologías sociales, lejos de constituir un problema, es incluso algo deseable, no sólo porque cada contexto cultural debe incidir sobre ciertos aspectos de **su** psicología social (Seoane, 1985b), sino también porque la diversidad de perspectivas y de planteamientos sólo puede contribuir a enriquecer nuestro conocimiento de lo social. En este sentido, más que hablar de **diversas psicologías sociales**, quizá sería conveniente pensar en **una psicología social plural** y fecundada por una multiplicidad de perspectivas. Esto no significa optar por un mero eclecticismo más o menos receptivo a las circunstancias y a las modas. Dentro de un **marco plural**, cada investigador puede desarrollar sus propias opciones que no tienen por qué ser en absoluto eclécticas, y situarse en la orientación precisa que le parezca más convincente.

Tras defender el pluralismo y denunciar las **operaciones reductoras**, quizá sea el momento de formular mis propias opciones y de exponer mi propia concepción de la psicología social.

Desde mi punto de vista, las vías de desarrollo más provechosas para la disciplina pasan por tres cuestiones esenciales:

- la reformulación de lo «social»,
- la redefinición de los supuestos epistemológicos,
- la necesaria integración de las principales aportaciones del pensamiento contemporáneo.

### a) La reformulación de lo «social»

Está claro que la **dimensión social** no puede definirse en términos de una **tipología** de los objetos. No es la **naturaleza** del objeto sino **el tipo de relación** en que está prendido quien **le confiere** su dimensión social. Otro ser humano puede ser tratado con absoluta independencia de sus propiedades sociales, cosa que lamentablemente ocurre con cierta frecuencia, es decir, como un simple objeto biológico, funcional o físico, de la misma forma que un animal o una casa pueden transformarse en objetos «sagrados» es decir, en objetos investidos de una dimensión claramente social (Moscovici, 1982).

Pero esa relación presenta a su vez unas características particulares tanto en cuanto a su naturaleza como a su génesis.

El ejemplo anterior indica ya varias de las propiedades de lo social.

Cabe resaltar, en primer lugar, su consustancialidad con lo **simbólico**. En efecto, lo social no aparece hasta el momento en que se constituye un mundo de **significados compartidos** entre varias personas. Es este fondo común de significaciones el que les permite investir a los objetos con una serie de propiedades que no poseen «de por sí», sino que son **construidas conjuntamente** a través de la **comunicación** y que se sitúan por lo tanto en la esfera de los signos.

Una importante consecuencia que se desprende de la afirmación anterior es que lo «social» es **distinto de lo «colectivo»**, e incluso de las **relaciones inter-individuales** y de las **actuaciones conjuntas**. Se comete por lo tanto un abuso de lenguaje cuando se habla del carácter social de ciertas especies animales o de las conductas sociales de los animales. Es cierto que se encuentran en las especies animales tanto conductas colectivas como estructuras relacionales más o menos jerarquizadas, y conductas inter-individuales, así como actuaciones concertadas, más o menos genética-

mente programadas, pero **nada de todo esto es propiamente social** en sentido estricto.

Por su vinculación con la **dimensión simbólica** y con la construcción y circulación de **significados**, queda claro que cualquier cosa que denominemos «social» está íntima y necesariamente relacionado con el **lenguaje** y con la cultura.

Otra de las características de lo social que está implicada en el ejemplo anterior es que lo social sólo existe en el marco y por medio de la **inter-subjetividad**. En efecto, nada es social si no es instituido como tal en el mundo de significados comunes propios de una colectividad de seres humanos. Esto implica que lo social no radica **en** las personas, ni tampoco **fuera** de ellas, sino que se ubica precisamente **entre** las personas, es decir, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente, como muy bien lo vio **Vigotski** entre otros. Quizá sea sintomático que para definir la naturaleza de lo social me haya visto obligado a referirme a sus **condiciones de producción**, es decir, a su **génesis**. Lo social se construye efectivamente, al igual que los significados y la inter-subjetividad, **en** la interacción entre las personas. Pero esto no significa que sea suficiente con que exista una interacción o una relación interpersonal para que también exista la dimensión social, como lo ha considerado tradicionalmente parte de la psicología social. En efecto, la **interacción** es tan sólo una **condición**, necesaria pero no suficiente, para que emerja lo social.

No sería adecuado deducir a partir de este planteamiento que lo social es pura cuestión de comunicación «inter-mental», o «inter-psicológica», por retomar una expresión de Tarde, y también de Vigotski. La interacción de la que surge lo social se articula en torno a una serie de **prácticas** muy concretas, entre las cuales figura la comunicación en un lugar privilegiado. Tampoco sería exacto concluir que lo social se construye en base a la pura **subjetividad** de los actores en el momento mismo de sus interacciones. En efecto, es obvio que el propio lenguaje, sin ir mas lejos, conlleva, como muy bien lo han visto Wittgenstein y Gadamer entre otros, una serie de **preinterpretaciones** constitutivas. Por lo tanto, los significados elaborados en el espacio intersubjetivo no son ni mucho menos independientes del bagaje acumulado a través de la **historia** de la colectividad a la que pertenecen las personas.

Una última implicación que se puede extraer del ejemplo antes mencionado guarda relación con la **construcción** del ser humano como agente social. He dicho, en efecto, que, en determinadas circunstancias, se trata a las personas como si fuesen meros objetos físicos. Si este hecho tiene un carácter moralmente inaceptable es, en parte, porque sabemos

que las personas **son** seres sociales **independientemente** de la forma en que se les trate. El ser biológico empieza a constituirse como ser social en el preciso momento en que viene al mundo, y esta construcción se prosigue precisamente a través de la **comunicación** que establece con los demás y a través de su participación en el espacio de la intersubjetividad. Lo social no es, por lo tanto, algo que **«incide sobre»** la persona o que le **«condicione»** de alguna forma, sino que es la sustancia misma con la que esa persona está constituida como tal persona. El individuo es un organismo biológico, es también un conjunto de átomos, y es muchas cosas más, pero cuando lo reconocemos como persona **es**, esencialmente, una **entidad socialmente construida**. Sin embargo, cuando decimos «socialmente construida», no habría que imaginar que la sociedad transforma **«desde fuera»** una materia prima biológica en objetos sociales.

El individuo **se** construye como realidad social gracias a la **reflexividad**, como muy bien lo han apuntado William James y George Herbert Mead, y mediante su participación en la construcción de la intersubjetividad. La psicología social está, por lo tanto, perfectamente legitimada a tomar el individuo como objeto de investigación (**Morales**, 1985), puesto que éste es **intrínsecamente** un objeto social, pero sería absurdo **separar individuo y sociedad** como si se trataran de **objetos distintos**. Desde esta concepción de lo social, es obvio que las **estructuras sociales** tan sólo existen a través de su continua producción por parte de los individuos a través de las prácticas que desarrollan y de los significados que construyen, pero también es obvio que los individuos sólo existen a través de su participación en unas estructuras sociales. Estas estructuras pueden seguir existiendo con independencia de cada uno de ellos, individualmente considerados, pero no con independencia de todos ellos a la vez, de la misma forma que las estructuras preexisten a **cada uno** de ellos pero nunca a **todos** ellos. En este sentido, el concepto de **dualidad estructural** de Anthony Giddens se revela particularmente acertado.

Después de tantos reduccionismos, son muchas las implicaciones que esta «ampliación» del concepto de lo social tiene para la psicología social. En primer lugar, **el lenguaje, la comunicación y las actividades simbólicas** adquieren un estatus particular en las **prioridades** de investigación de la disciplina, y esto es tanto más sugerente cuanto que, si bien es cierto que la psicología social ha realizado su revolución cognitiva, **su revolución simbólica** aún está, obviamente, por hacer (**Moscovici**, 1982). El interés por el lenguaje implica a su vez conceder una importancia particular al enfoque histórico de la **cultura de los pueblos**, tal y como lo quería Wundt, e implica, a nivel metodológico, prestar una especial atención a las aportaciones de la **hermenéutica**. Por otra parte, está claro que el cam-

po de la psicología social se extiende de esta forma mucho más allá de la unidad individual, para abarcar las **prácticas sociales**, la **intersubjetividad**, la **construcción de los significados** sociales y la continua **reproducción y transformación de las estructuras sociales** a través de las prácticas sociales individuales y colectivas. La difuminación de la dicotomía **individuo/sociedad** obliga a la consideración **simultánea** de varios niveles de realidad, desde los más amplios a los más reducidos, en un constante movimiento entre los «elementos» y el «sistema», como sugiere Ángel **Rodríguez**, con resonancias que evocan la orientación contextualista (Rodríguez, 1977). Una última consecuencia es que, sin duda, el modo de acceso al **conocimiento de lo social** presenta una peculiaridad diferenciadora y específica en relación al conocimiento de otros aspectos de la realidad. En efecto, el hecho de que lo social sea obra de los seres humanos y resulte de sus **propias** actividades de construcción, al contrario de lo que ocurre con los fenómenos «naturales» y con la propia estructura biológica del ser humano (por lo menos hasta el momento), le otorga un estatus particular en cuanto a objeto de conocimiento, en la línea a la que apuntaba Giambattista **Vico** con su teoría del «Verum factum».

## b) La redefinición de los supuestos epistemológicos

Además de considerar que el **interés por el control y la predicción** no debería primar sobre otros intereses, como por ejemplo el de la **comprensión**, entiendo que la concepción **verificacionista** del conocimiento y la teoría de la verdad como **correspondencia** con la realidad han dejado de constituir un punto de referencia legítimo para la investigación científica. Frente a la epistemología neo-positivista es preciso recoger las aportaciones de la «nueva filosofía de la ciencia» y, especialmente, los aspectos más interesantes de esas dos epistemologías contrapuestas que son el **realismo** por una parte y el **neo-pragmatismo** por otra. Del realismo resulta sin duda provechoso conservar la idea de que los fenómenos que observamos obedecen a **causas** que radican en las estructuras de la realidad, y están conectadas con sus efectos mediante relaciones **necesarias** contrariamente al postulado de **contingencia** formulado en la concepción humana de la causalidad. Junto con Rom **Harré**, Peter **Manicas**, Roy **Bhaskar** y Karl **Popper**, por ejemplo, cabe sostener que la realidad que describimos **existe con independencia de nuestras descripciones**, aunque sólo pueda ser conocida bajo descripciones particulares. Esto no contradice el hecho de que ciertas realidades, como por ejemplo el propio ser social, estén constituidas, en parte, por las propias descripciones que

de ellos mismos formulan los seres sociales. El realismo es compatible además con la idea de que las causas pueden no producir necesariamente sus efectos porque, por ejemplo, se ven neutralizadas por otras causas que actúan en la estructura de la realidad. El realismo permite rehabilitar de esta forma el concepto de «**causas sociales**» e impide que, llevando a sus últimas consecuencias formulaciones como las de William Thomas cuando afirma que algo es real en cuanto a sus consecuencias si las personas lo consideran como real, **se disuelva la realidad de las estructuras sociales en el nivel fenomenológico de su percepción**. Jiménez Burillo traduce muy sugestivamente la idea de que no se puede descuidar la «realidad» de las estructuras sociales cuando dice que:

«pero en orden a cambiar comportamientos el B.O.E. no debe ser subestimado como poderoso modificador de conducta» (Jiménez Burillo, 1985, p. 79).

Del neo-pragmatismo creemos que resulta provechoso retener su **anti-cartesianismo** y, sobre todo, la negación de la dicotomía entre espacio mental «interior» y realidad «exterior», así como su **anti-esencialismo** radical según el cual no hay esencias, sino tan sólo existencias concretas. También es preciso retener su rechazo de todo **fundamentalismo** epistemológico, ya que una serie de conceptos, como por ejemplo el de «verdad», no tienen ninguna fundamentación última y, más generalmente, parece claro que no se puede fundar el conocimiento sobre ningún principio último y básico. Así mismo, es preciso aceptar su crítica del conocimiento como **espejo de la realidad** y, consecuentemente, su concepción «**construccionista**» del conocimiento científico. Por fin, se pueden considerar como plenamente válidas tanto su **crítica de la epistemología** y la correspondiente sugerencia de sustituirla por una **sociología de la ciencia**, como su consideración del **diálogo racional** en tanto que criterio de aceptación de los conocimientos científicos en el seno de la comunidad social constituida por los científicos.

Las consecuencias del neo-pragmatismo para la psicología social son de indudable importancia. En efecto, la reinserción de **la ciencia** en el seno de la comunidad social y el énfasis sobre la naturaleza social del conocimiento científico no sólo contribuyen a «desacralizarla», sino que sitúan en primer plano la necesidad de investigar los **procesos psicosociales** que regulan las **prácticas de las comunidades científicas**, así como el funcionamiento de la **intersubjetividad científica** construida a través del diálogo, de la argumentación y, finalmente, de la **retórica**. La sociologización de la epistemología torna más creíble la hipótesis de Gergen se-

gún la cual la psicología social está llamada a ocupar un lugar privilegiado en la investigación de la **propia racionalidad científica**.

Esta misma reconceptualización de la ciencia como producto y como práctica social orienta la atención hacia los ineludibles **efectos sociales** que el diálogo científico ejerce sobre la conformación misma de la sociedad. Los conceptos y el lenguaje científico, sobre todo los que se elaboran en las ciencias sociales, infiltran el lenguaje del sentido común engendrando nuevas formas de concebir el mundo social y el propio ser social, como muy bien lo han captado tanto Serge Moscovici como Kenneth Gergen. Por otra parte, la dicotomía entre **ciencia fundamental** y **ciencia aplicada** tiende a difuminarse, cosa tanto más reconfortante cuanto que la denominación misma de «aplicada» dejaba suponer erróneamente el carácter **a-teórico** de las aplicaciones y enmascaraba el hecho de que toda «aplicación» engendra a su vez elementos teóricos que revierten sobre los llamados planteamientos «básicos».

Tres importantes consecuencias se desprenden de esta reunificación de lo «básico» y de lo «aplicado». En primer lugar desaparece toda posibilidad de considerar la actividad científica en términos de **neutralidad normativa** y de **asepsia política**.

Las tesis «generativistas» de Gergen se ven confortadas de esta forma, al igual que la llamada a que los psicólogos sociales asuman sus responsabilidades normativas y se centren sobre el estudio de los **problemas sociales** que aquejan a la sociedad concreta en la que viven (Blanco, 1980).

En cierta forma, esto plantea, como muy bien lo ha visto Federico Munné, la necesidad de considerar la psicología social no sólo en términos de su «objeto», sino también de sus **objetivos** (Munné, 1986):

«Asumir el objetivo de la psicología social, reconocer el sujeto, tiene sendas implicaciones prácticas y teóricas que van desde el moverse en la cotidianidad, al menos como punto de partida, hasta aceptar las escalas de valores como ingredientes contextuales de toda situación» (Munné, 1986, p. 214).

En segundo lugar, junto con la pérdida de credibilidad del modelo neopositivista, vuelve a cobrar legitimidad científica el interés por la **comprensión** como forma de dar cuenta de la realidad. El papel del conocimiento producido por las ciencias sociales y la estructura misma de ese conocimiento exige nuevas formulaciones. En este sentido, Seoane afirma que:

«(La psicología social) ... es científica si enfatizamos el aspecto de **conocimiento organizado** con la función de **producir in-**

**interpretaciones sistematizadas** de su campo de estudio... En cualquier caso, como conocimiento fundamentado socialmente, produce **interpretaciones** que, **como tales**, alteran **necesariamente**, y en mayor o menor grado, la propia organización social» (Seoane, 1985b, p. 33) (Énfasis míos).

Y José Ramón **Torregrosa** nos indica muy oportunamente que:

«... existe la posibilidad de adscribir un **sentido distinto** al quehacer científico en general y al quehacer científico social, que es la **comprensión**, la **amplificación de la autoconsciencia** y, por tanto, la **emancipación**, la liberación...

»Como psicólogos sociales somos, en ese sentido, personas que se proponen **de modo riguroso** hacer transparentes ciertos **procesos del vivir cotidiano** que no aparecen con claridad a primera vista» (Torregrosa, 1985, p. 21) (Énfasis míos).

El paradigma sobre el que se ha sustentado casi toda la psicología social, y que consiste esencialmente en derivar **hipótesis** a partir de **construcciones teóricas**, traducirlas en términos **operativos** y **contrastarlas empíricamente** en situaciones **necesariamente artificiales**, ya no constituye, por lo tanto, el **único** acercamiento legítimo a la producción de conocimientos científicos.

En tercer y último lugar, la reinserción teórico-práctica del conocimiento científico en el seno de la sociedad reinserta también ese tipo de conocimiento en el contexto más amplio del conocimiento humano, difuminando de esta forma la tajante **«ruptura epistemológica»** introducida por el neo-positivismo. En consecuencia, el conocimiento científico vuelve a compartir muchas de sus características con el conocimiento elaborado por las personas en el transcurso de sus prácticas cotidianas. En el campo de las ciencias sociales se restablecen de esta forma vías de diálogo con los «saberes populares» a la vez que con la filosofía o incluso con la narrativa literaria. Por otra parte, también queda subrayada la **interdependencia** de los saberes científicos y, por lo tanto, la artificialidad de muchas de las fronteras disciplinares. La psicología social es a la vez autónoma y dependiente. Dispone, en efecto, de un plano que le es específico pero que resulta precisamente de la intersección de otros planos con los que guarda profundas conexiones:

«El modelo prismático del comportamiento muestra la entidad de (la psicología social), entidad que si bien no implica

**ningún estatus independiente**, sí implica un **estatus autónomo** dentro del campo de las ciencias del comportamiento, y más específicamente dentro del campo de las ciencias sociales» (Munné, 1986, p. 206-207) (Énfasis mío).

Dentro de estas interdependencias la psicología social debería estrechar sus relaciones con la **«historia de las mentalidades»** desarrollada por ciertos sectores de las ciencias históricas.

### **c) La necesaria integración de las principales aportaciones del pensamiento contemporáneo**

A lo largo de los últimos años se ha afianzado cada vez más el reconocimiento de la enorme influencia que han tenido los «presupuestos» filosóficos y epistemológicos sobre la conformación misma de las ciencias sociales y, más específicamente en lo que aquí nos interesa, sobre la conformación de la psicología social. En efecto, tanto el racionalismo y el mentalismo heredados de Descartes, como la epistemología heredada de Kant y el positivismo heredado de Comte y de los vieneses, han proporcionado más o menos explícitamente los **ingredientes meta-teóricos** para desarrollar un cierto entendimiento de la psicología social.

Para situar con precisión el alcance de esas influencias meta-teóricas y desvelar las presuposiciones que conllevan, es preciso conocer los planteamientos **contemporáneos** que se han elaborado desde una perspectiva de superación crítica de las mencionadas herencias. Además, la **integración explícita** de esas aportaciones contemporáneas en el dispositivo meta-teórico de la psicología social no sólo es susceptible de sugerir nuevas orientaciones para dilucidar lo social, sino que constituye la única forma de suscitar una conciencia **crítica** acerca de los nuevos presupuestos que, sin duda, infiltrarán subrepticamente los fundamentos meta-teóricos de las ciencias sociales a medida que los nuevos planteamientos contemporáneos adquieran carta de ciudadanía.

En este sentido, lejos de considerar que una preocupación por estas cuestiones aminora su respetabilidad científica, la psicología social debería **abrirse plenamente al debate filosófico** e integrar, tanto las formulaciones de Wittgenstein y de la filosofía de la acción, como las formulaciones de Gadamer y de la tradición hermenéutica, sin olvidar las propuestas de Rorty y de la tradición pragmática o, por fin, las reflexiones de Habermas y de la tradición crítica. Así mismo, la psicología social debería prestar una atención muy particular a las nuevas formulaciones que se desarrollan actual-

mente en el campo de la sociología del conocimiento científico.

En definitiva, desde la perspectiva trazada en este libro, la psicología social se sitúa como una ciencia orientada hacia la **comprensión** de la **naturaleza**, de las **características**, de la **génesis** y de los **efectos** de la **dimensión social**. Pero esta concepción no sería plena si la psicología social no fuese **reflexivamente** consciente de que forma parte **ella misma** de esa dimensión social que se propone dilucidar.

**Con todas las consecuencias que esto implica.**

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELSON, R. P, et al. (1968). *Theories of cognitive consistence: a sourcebook*. Chicago, Rand McNally.
- ABRAMSON, L. Y.; SELIGMAN, M. E. P. y TEASDALE, J. D. (1978). «Learned helplessness in humans: critics and reformulation». *Journal of Abnormal Psychology*. 87, 49-74.
- ABRIC, J. C. (1987). *Coopération, compétition et représentations sociales*. Cousset, Del Val.
- ADAMS, J. S. (1963) «Toward an understanding of inequity.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 67, 422-436.
- ADAMS, J. S. (1965). «Inequity in social exchange.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol.2, 266-300.
- ADORNO, T. W; Et al. (1950). *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires, Proyección. 1965.
- ALEXANDER, C. N. y WILEY, M. G. (1981). «Situating activity and identity formation.» En: ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (Eds.) *Op. Cit.*
- ALTMAN, I; VINSEL, A. y BROWN, B. B. (1981). «Dialectics conceptions in social psychology. An application to social penetration and privacy regulation». En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 14, 108-160.
- ALVIRA, F. (1982). «La perspectiva cualitativa y cuantitativa en las investigaciones sociales.» *Estudios de Psicología*. 11, 35-69.
- ALVIRA, F., AVIA, M. D., CALVO, R. y MORALES, J. F. (Eds.) (1979). *Los dos métodos de las ciencias sociales*. Madrid, C.I.S.
- ALLPORT, F. H. (1924). *Social Psychology*. Boston, Houghton-Mifflin.
- ALLPORT, F. H. (1961). «The contemporary appraisal of an old problem.» *Contemporary Psychology*. 6, 195-197.
- ALLPORT, G. W. (1954a). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires, Eudeba. 1968.
- ALLPORT, G. W. (1954b). «The historical background of modern social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). *Op. Cit.* Vol. 1, 1-80.
- ALLPORT, G. W. (1985). «The historical background of social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). *Op. Cit.* Vol. I, 1-46.
- ALLPORT, G. W. y POSTMAN, L. (1947). *Psicología del rumor*. Buenos Aires, Psique. 1982.

- AMES, A. JR. (1951). «Visual perception and the rotating trapezoidal window.» *Psychological Monograph*. 65, 7.
- ANSCOMBE, G. E. M. (1957). *Intention*. Oxford, Basil Blackwell.
- ANTAKI, C. (Ed.) (1981). *The psychology of ordinary explanations of social behavior*. London, Academic Press.
- ANTAKI, C. (Ed.). (1988). *Analysing everyday explanation. A casebook of methods*. London, Sage.
- ANTAKI, C. y LEWIS, A. (Eds.). (1986). *Mental mirrors: meta-cognition in social knowledge and communication*. London, Sage.
- APFELBAUM, E. (1981). «Origines de la psychologie sociale en France.» *Revue Française de Sociologie*. 22. 397-407.
- APFELBAUM, E. (1985a). «La psicología social y sus trabas.» El cómo y el porqué. *Revista de Psicología Social*. 0, 5-12.
- APFELBAUM, E. (1985b). «Prolegomena for a history of social psychology: some hypotheses concerning its emergence in the 20th century and its raison d'être.» En: LARSEN, K. (Ed.) *Dialectics and ideology in psychology*. Norwood, NJ, Ablex. 3-15.
- APFELBAUM, E. y HERZLITZ, C. (1970). «La théorie de l'attribution en psychologie sociale.» *Bulletin de Psychologie*. 24, 16-18. 961-976.
- APFELBAUM, E. y LUBECK, I. (1976). «Resolution versus revolution? The theory of conflicts in question.» En: STRICKLAND, L. H.; ABBOUD, F. E. y GERGEN, K. J. (Eds.) *Op. Cit.* 71-94.
- APFELBAUM, E. y LUBECK, I. (1982). «Augustin Hamon aux origines de la psychologie sociale française.» *Recherches de Psychologie Sociale*. 4, 35-48.
- APFELBAUM, E. y MCGUIRE, G. R. (1986). «Models of suggestive influence and the disqualification of the social crowd.» En: GRAUMAN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 27-50.
- ARCHIBALD, P. W. (1976). «Psychology, sociology and social psychology: bad fences make bad neighbours.» *British Journal of Sociology*. 2, 2, 115-129 ARGUMENTS. (1962). *Vers une psycho-sociologie politique*. No. 25-26. París.
- ARGYLE, M. (1951). «Social Pressure in Public and Private Situations.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 54, 172-175.
- ARGYRIS, C. (1969). «The incompleteness of social-psychological theory: examples from small group, cognitive consistence and attribution research.» *American Psychologist*. 24, 893-908.
- ARGYRIS, C. (1975). «Dangers in applying results from experimental social psychology.» *American Psychologist*. 30, 4. 469-485.
- ARMISTEAD, N. (Ed.) (1974). *La reconstrucción de la psicología social*. Barcelona, Hora. 1983.
- ARONSON, E. y CARLSMITH, J. M. (1963). «Effect of the severity of threat on the devaluation of forbidden behavior.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 66, 583-588.
- ARONSON, E.; BRENNER, M. y CARLSMITH, J. M. (1985). «Experimentation in social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* 441-485.
- ASCH, S. (1946a). «Max Wertheimer's contribution to modern psychology.» *Social Research*. 13, 81-112.
- ASCH, S. (1946b). «Forming impressions of personality.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 41, 258-290.
- ASCH, S. (1951). «Effects of group pressure upon the modification and distortion of judgment.» En: GETSKOW, H. (Ed.) *Groups, leadership and men*. Pittsburg, Carnegie Press. 177-190.
- ASCH, S. (1952). *Psicología social*. Buenos Aires, Eudeba. 1979.

- ASCH, S. (1956). «Studies on independence and conformity: a minority of one against a unanimous majority.» *Psychological Monograph*. 70, 9.
- ATKINSON, J. M. y HERITAGE, J. (Eds.). (1984). *Structure of social action: studies in conversation analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.
- AVERILL, J. R. (1980). «A constructivist view of emotions.» En: PLUTCHIK, R. y KELLERMAN, H. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 305-339.
- BACKMAN, C. W. (1983). «Toward and interdisciplinary social psychology.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16, 220-261.
- BACK, K. (1963). «The proper scope of social psychology.» *Social Forces*. 41, 368-375.
- BACON, F. (1627). *Nova Atlantis*. Madrid, Península. 1976.
- BAGEHOT, W. (1869). *Physics and politics*. New York, Appleton. 1948.
- BAKAN, D. (1966). *The duality of human existence*. Chicago, Rand McNally.
- BALES, R. F. (1950). *Interaction process analysis: a method for the study in small groups*. Cambridge, Mass., Addison Wesley.
- BANDURA, A. (1965). «Influence of models of reinforcement contingencies on the acquisition of imitative responses.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 1, 589-595.
- BANDURA, A. (1973). *Aggression: a social learning analysis*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- BANDURA, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- BANDURA, A. (1986). *Pensamiento y acción*. Barcelona, Martínez Roca. 1988.
- BANDURA, A. y WALTERS, R. H. (1963). *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid, Alianza Universidad. 1977.
- BARBER, T. X. y SILVER, M. J. (1968). «Fact, fiction and the experimenter bias effect.» *Psychological Bulletin Monograph*. 70, 5, 1-29.
- BARKER, R. G. (1963). «On the nature of the environment.» *Journal of Social Issues*. 4, 17-38.
- BARKER, R. G. (1968). *Ecological psychology: concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford, Stanford University Press
- BARON, R. A. y BYRNE, D. (1987). *Social psychology*. Boston, Allyn & Bacon.
- BARTLETT, F. (1925). *Organización grupal y compromiso social*. Buenos Aires, Paidós. 1986.
- BARTLETT, F. (1932). *Pensamiento: un estudio de psicología experimental y social*. Madrid, Debate. 1988.
- BAR-TAL, D. y KRUGLANSKI, A. W. (Eds.) (1988). *The Social Psychology of knowledge*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BAUMGARDNER, S. P. (1976). «Critical history and social psychology's crisis.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 460-465.
- BAUMGARDNER, S. P. (1977). «Critical studies in the history of social psychology.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 697-706.
- BAUMRIND, D. (1983). «Specious causal attributions in the social sciences: the reformulated stepping-stone theory of heroin use as exemplar.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 45, 6, 1289-1298.
- BAVELAS, A; Et al. (1965). «Experiments on the alteration of group structure.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 1, 57-70.
- BEAUVOIS, J. L. y JOULE, R. (1981). *Soumission et ideologie: Psychosociologie de la rationalisation*. Paris, PUF.
- BECKER, H. S. (1953). «Becoming a marijuana user.» *American Journal of Sociology*. 59, 235-242.
- BECKER, H. S. (1963) *Outsiders*. New York, Free Press.
- BEM, D. (1965). «An experimental analysis of self-persuasion.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 1, 199-218.

- BEM, D. (1972). «Self-perception theory.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 6, 1-62.
- BENEDICT, R. (1934). *Patterns of culture*. Boston, Houghton-Mifflin.
- BENTHAM, J. (1789). *An introduction to the principles of morals and legislation*. Oxford, Clarendon Press.
- BERGER, P. L. y LUCKMANN, T. (1966). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu. 1979.
- BERKOWITZ, L. (Ed.) (1965-1988). *Advances in Experimental Social Psychology*. New York, Academic Press. Vol. 1-Vol. 21.
- BERKOWITZ, L. (1962). *Agresión. A social psychological analysis*. New York, McGraw Hill.
- BERKOWITZ, L. (1969). «Social motivation.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 3, 50-135.
- BERKOWITZ, L. (1969). *The frustration-aggression hypothesis revisited*. New York, Atherton Press.
- BERKOWITZ, L. y DONNERSTEIN, E. (1982). «External validity is more than skin deep. Some answers to criticism of laboratory experiments.» *American Psychologist*. 37, 3, 245-257.
- BERSCHIED, E. y WALSTER, E. H. (1969). *Interpersonal attraction*. Reading, Mass., Addison Wesley. (2ª edición 1978).
- BHASKAR, R. (1978). «On the possibility of social scientific knowledge and the limits of naturalism.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 8, 1-28.
- BHASKAR, R. (1979). *The possibility of naturalism: a philosophical critique of the contemporary human sciences*. Brighton, Sussex, Harvester Press.
- BHASKAR, R. (1982). «Emergency, explanation and emancipation:» En: SECORD, P. (Ed.) *Op. Cit.* 275-310.
- BIDDLE, B. J. (1979). *Role theory: expectations, identities, and behaviors*. New York, Academic Press.
- BIDDLE, B. J. y THOMAS, E. J. (Eds.) (1966). *Role theory. Concepts and research*. New York, Wiley.
- BILLIG, M. (1987). *Arguing and thinking. A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BILLIG, M. et al. (Eds.) (1988). *Ideological dilemmas*. London, Sage.
- BINDRA, D. (1984). «Cognition: its origin and future in Psychology.» En: ROYCE, J. y MOS, L. (Eds.) *Op. Cit.* 1-29.
- BINET, A. (1900). *La suggestibilité*. Paris, Scheicher Frères.
- BITTNER, E. (1967). «Police discretion in emergency apprehension of mentally ill persons.» *Social Problems*. 14, 285-290.
- BLANCO ABARCA, A. (1980). «La psicología social: desorientación y aplicación a la realidad española.» *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 12, 159-194.
- BLANCO ABARCA, A. (1982). «Con Hans Anger.» (Entrevista). *Estudios de Psicología*. 11, 7-22.
- BLANCH, J. M. (1982). *Psicologías sociales. Aproximación histórica*. Barcelona, Hora.
- BLAU, P. M. (1964). *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona, Hora. 1983.
- BLODEL, C. (1928). *Introduction a la psychologie collective*. París, Armand Colin.
- BLOOR, D. (1983). *Wittgenstein. A social theory of knowledge*. London, McMillan.
- BLUMER, H. (1937). «Social psychology. In Schmidt, E. P.» (Ed.) *Op. Cit.* 144-198.
- BLUMER, H. (1951). «Collective behavior.» En: LEE, A. M. (Ed.) *Principles of Sociology*. New York, Barnes and Noble. 167-222.
- BLUMER, H. (1954). «What is wrong with social theory?» *American Sociological Review*. 19, 3-10.

- BLUMER, H. (1969). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona, Hora. 1982.
- BODEN, M. A. (1972). *Purposive explanation in psychology*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- BOGARDUS, E. S. (1925). «Measuring social distance.» *Journal of Applied Sociology*. 9, 299-308.
- BOLLES, R. C. (1962). «The difference between statistical hypothesis and scientific hypothesis.» *Psychological Records*. 11, 639-645.
- BORGATA, E. (1961). «Role-Playing specification, personality and performance.» *Sociometry*. 24, 218-233.
- BOWERS, K. S. (1973). «Situationism in psychology: an analysis and-critique.» *Psychological Review*. 80, 307-336.
- BREHM, J. W. (1966). *A theory of psychological reactance*. New York, Academic Press.
- BREHM, J. W. y COHEN, A. R. (1962). *Explorations in cognitive dissonance*. New York, Wiley.
- BRENNER, M. (Ed.) (1980). *The structure of action*. Oxford, Basil Blackwell.
- BRENNER, M; Et al. (Eds.). (1979). *The social context of method*. London, Cromm Helm.
- BRENTANO, F. (1874). *Psychologie von empirische standputke*. Leipzig. Vol. 1. Lib. 2. Cap. 1.
- BREWER, M. B. y COLLINS, B. E. (Eds.). (1981). *Scientific inquiry and the social sciences*. London, Jossey-Bass.
- BREWSTER SMITH, M. (1977). «A dialectical social psychology? Comments on a symposium.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 719-724.
- BRITISH JOURNAL OF SOCIAL PSYCHOLOGY. (1987) 27, 1.
- BROWN, R. (1986). *Social psychology. The second-edition*. New York, The Free Press.
- BRUNER, J. S. (1957). «On perceptual readiness.» *Psychological Review*. 64, 132-152.
- BRUNER, J. S. y GOODMAN, C. C. (1947). «Value and need as organizing factors in perception.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 42, 33-44.
- BRUNER, J. S; Et al. (1957). *Contemporary approaches to cognition*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- BRUNSWIK, E. (1949). *Systematic and representative design of psychological experiments*. Berkeley, University of California Press.
- BRUNSWIK, E. (1955). «Representative design and probabilistic theory in a functional psychology.» *Psychological Review*. 50, 255-272.
- BUCETA, L. (1968). «Lo objetivo y lo afectivo en los grupos pequeños.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 91, 23, 45-58.
- BUCK-MORSS, S. (1977). «The adorno legacy.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 707-713.
- BUSS, A. R. (1975). «The emerging field of sociology of psychological knowledge.» *American Psychologist*. 988-1002.
- BUSS, A. R. (1979). *Psychology in social context*. New York, Irvington.
- BUSS, A. R. (Ed.). (1979). *A dialectical psychology*. New York, Halstead.
- BUTTERFIELD, H. (1931). *The whig interpretation of history*. New York, Scribner's. 1951.
- BYRNE, D. y NELSON, D. (1965). «Attraction as a linear function of proportion of positive reinforcements.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 1, 659-663.
- CAMPBELL, D. T. (1986). «Science's social system of validity enhancing collective belief change and the problems of the social sciences.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) *Op. Cit.* 108-135.
- CAMPBELL, D. T. y STANLEY, J. C. (1963). *Diseños experimentales y cuasiexperimentales en la investigación*. Buenos Aires, Amorrortu. 1973.

- CANNELL, CH. F. y KAHN, R. L. (1984). «Some factors in the origins and development of the institute for social research, the university of Michigan.» *American Psychologist*. 39, 2, 1256-1266.
- CANTRIL, H. (1948). «The nature of social perception.» *Transactions of the New York Academy of Sciences*. 6, 4, 142-153.
- CARLSMITH, J. M.; ELLSWORTH, P. C. y ARONSON, A. (1976). *Methods of research in social psychology*. Reading, Mass., Addison Wesley.
- CARROLL, J. y PAYNE, J. W. (Eds.) (1976). *Cognition and social behavior*. Hillsdale, Erlbaum.
- CARTWRIGHT, D. (1959a). «Lewinian theory as a contemporary systematic framework.» En: KOCH, S. (Ed.) *Op. Cit.* II, 7-91.
- CARTWRIGHT, D. (Ed.) (1959b). *Studies in social power*. Ann Arbor, Michigan, University of Michigan Press.
- CARTWRIGHT, D. (1973). «Determinants of scientific progress: the case of research on the risky shift.» *American Psychologist*. 28, 222-231.
- CARTWRIGHT, D. (1979). «Contemporary social psychology in historical perspective.» *Social Psychology Quarterly*. 42, 1, 82-93.
- CARTWRIGHT, D. y ZANDER, A. (Eds.) (1953). *Dinámica de grupos. Investigación y teoría*. México, Trillas. 1979.
- CASTORIADIS, J. (1978). *Les carrefours du labyrinthe*. Vol. 1. Paris, Seuil.
- CATTANEO, C. (1864). «Dell'antitesi come metodo di psicologia sociale.» *Il Politecnico*. 20, 262-270.
- CICOUREL, A. V. (1964). *El método y la medida en sociología*. Madrid, Editorial Nacional. 1982.
- CICOUREL, A. V. (1973). *Cognitive Sociology*. Middlesex, Penguin.
- CODOL, J. P. (1975). «On the so-called superior conformity of the self behavior: twenty experimental investigations.» *European Journal of Social Psychology*. 5, 4, 457-501.
- CODOL, J. P. (1982). «Differentiating and non-differentiating behavior: an approach to the sense of identity.» En: CODOL, J. P. y LEYENS, J. P. (Eds.). *Op. Cit.* 267-293.
- CODOL, J. P. (1984). «Social differentiation and non-differentiation.» En: TAJFEL, H. (Ed.) *The social dimension*. Cambridge, Cambridge University Press. Vol. 1, 314-337.
- CODOL, J. P. y LEYENS, J. P. (Eds.) (1982). *Cognitive analysis of social behavior*. The Hague, Martinus Nijhoff.
- COHEN, J. (1962). «The statistical power of abnormal-social psychological research.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 65, 3, 145-153.
- COLLET, P. (Ed.) (1977). *Social rules and social behavior*. Oxford, Basil Blackwell.
- COMTE, A. (1830). *Curso de filosofía positiva*. Madrid, Aguilar. 1934.
- COMTE, A. (1851). *Système de politique positive*. Paris, Mathias, Vol. 2.
- COOK, T. D. y CAMPBELL, D. T. (1979). *Quasi-experimentation: design and analysis issues for field settings*. Chicago, Rand McNally.
- COOLEY, C. H. (1902). *Human nature and the social order*. New York, Scribner's.
- COOMBS, C. H. (1952). *A theory of psychological scaling*. Ann Arbor, Michigan, Engineering Research Institute, University of Michigan.
- COSER, L. (1975). «Presidential address: two methods in search of a substance.» *American Sociological Review*. 40, 6, 691-700.
- COTTRELL, L. S. (1942). «The adjustment of the individual to his age and sex roles.» *American Sociological Review*. 7, 617-620.
- COULON, A. (1986). «Qu'est ce que l'ethnométhodologie?» *Quel Corps?* 32-33, 10-36.
- COULTER, J. (1986). «Affect and social context: emotion definition as a social task.» En: HARRE, R. (Ed.) *Op. Cit.* 120-183.

- COUTU, W. (1951). «Role playing versus role-taking: an appeal for clarification.» *American Sociological Review*. 16, 180-187.
- CRANO, W. D. y BREWER, M. (1973). *Fundamentos de la investigación en psicología social*. México, El Manual Moderno. 1977.
- CRONBACH, L. J. (1957). «The two disciplines of scientific psychology.» *American Psychologist*. 12, 671-684.
- CRONBACH, L. J. (1975). «Beyond the two disciplines of scientific psychology.» *American Psychologist*. 30, 116-127.
- CRONBACH, L. J. (1986). «Social inquiry by and for earthlings.» En: FISKE, D. W. y SHWEDDER, R. A. (Eds.) *Op. Cit.* 83-107.
- CRONBACH, L. J. y MEEHL, P. E. (1955). «Construct validity in psychological testing.» *Psychological Bulletin*. 52, 281-302.
- CRUTCHFIELD, R. S. (1955). «Conformity and character.» *American Psychologist*. 10, 195-198.
- CVETKOVICH, G. (1977). «Dialectical perspectives on empirical research.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 688-696.
- CHISHOLM, R. M. (1967). «Intentionality.» En: EDWARDS, P. (Ed.) *The encyclopedia of philosophy*. New York, MacMillan. Vol. 4, 201-204.
- CHOMSKY, N. (1959). Review: B. F. «Skinner, verbal behavior.» *Language*. 35, 26-58.
- CHRISTIE, R. y WEISS, F. L. (1970). *Studies in Machiavellianism*. New York, Academic Press.
- DANZIGER, K. (1985). «The origins of the psychological experiment as a social institution.» *American Psychologist*. 40, 2, 133-140.
- DARLEY, J. M. y LATANE, B. (1968). «Bystander intervention in emergencies: diffusion of responsibility.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 8, 337-383.
- DARWIN, C. R. (1859). *El origen de las especies*. Madrid, EDAF. 1977.
- DARWIN, C. R. (1872). *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*. Buenos Aires, Sociedad de Ediciones Mundiales. 1967.
- DASHIELL, J. F. (1930). «An experimental analysis of some group effects.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 25, 190-199.
- DAVAL, R. et al. (1963). *Traité de psychologie sociale*. París, PUF.
- DAVIDSON, D. (1963). «Actions, reasons and causes.» *Journal of Philosophy*. 60.
- DE MIGUEL, A. (1966). «Actitudes y valores relacionados con la personalidad maquiavélica.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 3, 103-126.
- DEAUX, K. y WRIGHTSMAN, L. S. (1988). *Social psychology*. Pacific Grove, California, Brooks/Cole.
- DECONCHY, J. P. (1971). «Regulation et signification dans un cas de compromis ideologique (eclesiastiques catholiques et propositions marxistes).» *Bulletin de Psychologie*. 30, 10-30.
- DECONCHY, J. P. (1980). *Orthodoxie religieuse et sciences humaines*. Paris, Mouton.
- DECONCHY, J. P. (1981). «Laboratory experimentation and social field experimentation; an ambiguous distinction.» *European Journal of Social Psychology*. 11, 323-347.
- DENNET, D. C. (1981). *Brainstorms. Philosophical essays on mind and psychology*. Sussex, The Harvester Press.
- DERRIDA, J. (1972). *Positions*. Paris, Seuil.
- DESCHAMPS, J. C. (1977). *L'attribution et la catégorisation sociale*. Berne, Lang.
- DESCHAMPS, J. C. y CLEMENCE, A. (1987). *L'explication quotidienne. Perspectives psychosociologiques*. Cousset, Del Val.
- DEUTSCHER, I. (1984). «Choosing ancestors: some consequences of the selection from intellectual traditions.» En: FARR, R. M. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 71-100.

- DEUTSCH, M. (1949). «A theory of competition and cooperation.» *Historical Review*. 2, 129-152.
- DEUTSCH, M. (1974). «The social psychological study of conflict: rejoinder to a critique.» *European Journal of Social Psychology*. 4, 441-456.
- DEUTSCH, M. (1976). «Theorizing in social psychology.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 131-141.
- DEUTSCH, M. (1976). «Discussion of E. Apfelbaum's conflicts: resolution or revolution?» En: STRICKLAND, L. H.; ABOUD, F. E. y GERGEN, K. G. (Eds.) *Op. Cit.*
- DEUTSCH, M. y KRAUSS, R. M. (1965). *Teorías en psicología Social*. Buenos Aires, Paidós. 1976.
- DIEZ NICOLAS, J. y TORREGROSA, J. R. (1967). «Aplicación de la escala de Cantril en España: resultados de un estudio preliminar.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 10, 77-100.
- DILTHEY, W. (1883). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México, FCE. 1949.
- DILTHEY, W. (1976). «Selected writings.» En: RICKMAN, H. P. (Ed.) *Op. Cit.* Cambridge, Cambridge University Press.
- DOISE, W. (1976). *L'articulation psychosociologique et les relations entre groupes*. Bruxelles, De Boeck.
- DOISE, W. (1980). *Experiences entre groupes*. Paris, Mouton.
- DOLLARD, J; Et al. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven, Conn., Yale University Press.
- DURKHEIM, E. (1895). *Les règles de la méthode sociologique*. París, Alcan.
- DUVAL, S. y WICKLUND, R. A. (1972). *A theory of objective self-awareness*. New York, Academic Press.
- EAGLY, A. H. y CROWLEY, M. (1986). «Gender and helping behavior: a meta-analytic review of the social psychological literature.» *Psychological Bulletin*. 100, 3, 283-308.
- EAGLY, A. H. y CHAIKEN, S. (1984). «Cognitive theories of persuasion.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.*
- EAGLY, A. H. y STEFFEN, V. J. (1986). «Gender and aggressive behavior: a meta-analytic review of the social psychological literature.» *Psychological Bulletin*. 3, 309-330.
- EISER, J. R. (1986). *Social psychology. Attitudes, cognition and social behaviour*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ELMS, A. C. (1975). «The crisis of confidence in social psychology.» *American Psychologist*. 30, 967-976.
- ELLWOOD, C. A. (1899). *Some prolegomena to social psychology*. Chicago, University of Chicago Press. 1901.
- EMERSON, R. M. (1981). «Exchange theory.» En: ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (Eds.) *Op. Cit.*
- FARBROW, N. L. (1973). «The crisis is chronic.» *American Psychologist*. 28, 388-394.
- FARR, R. (1980). «On reading Darwin and discovering social psychology.» En: GILMOUR, R. y DUCK, S. (Eds.) *Op. Cit.* 111-136.
- FARR, R. (1981). «The social origins of the human mind: a historical note.» En: FORGAS, J. P. (Ed.) *Op. Cit.* 247-258.
- FARR, R. (1986). «The social psychology of William McDougall.» En: GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 83-96.
- FARR, R. y ANDERSON, T. (1983). «Beyond actor-observer differences in perspective: extensions and applications.» En: HEWSTONE, M. (Ed.) *Op. Cit.* 45-64.
- FARR, R. y MOSCOVICI, S. (Eds.) (1984). *Social representations*. Cambridge, Cambridge University Press.
- FAUCHEUX, L. y MOSCOVICI, S. (1958). «Etude sur la créativité des groupes II. Tâche,

- situation individuelle et groupe.» *Bulletin de Psychologie*. 11, 863-874.
- FERRY, J-M. (1987). *Habermas. L'éthique de la communication*. Paris, PUF.
- FESTINGER, L. (1950). «Informal social communication.» *Psychological Review*. 57, 217-282.
- FESTINGER, L. (1954). «A theory of social comparison processes.» *Human Relations*. 7, 117-140.
- FESTINGER, L. (1957). *A theory of cognitive dissonance*. New York, Harper.
- FESTINGER, L. (Ed.) (1980). *Retrospections on social psychology*. New York, Oxford University Press.
- FESTINGER, L. y ARONSON, E. (1960). «Activación y reducción de la disonancia en contextos sociales.» En: TORREGROSA, J. R. *Op. Cit.* 77-93.
- FESTINGER, L. y CARLSMITH, J. M. (1959). «Cognitive consequences of forced compliance.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 58, 203-210.
- FESTINGER, L.; RIECKEN, H. W. y SCHACHTER, S. (1956). *When prophecy fails*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- FESTINGER, L; Et al. (1950). *Theorie and experiment in social communication*. Ann Arbor, Michigan, Research Center for Group Dynamics Institute.
- FIEDLER, F. E. (1967). *A theory of leadership effectiveness*. New York, McGraw Hill.
- FIELDING, N. (Ed.) (1988). *Actions and structures*. London, Sage.
- FISHBEIN, M. y AJZEN, I. (1975). *Belief, attitude, intention and behavior*. Reading Mass., Addison-Wesley.
- FISKE, D. W. (1986). «Specificity of method and knowledge in social science.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.). *Op. Cit.* 61-82.
- FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) (1986). *Metatheory in social science. Pluralism and subjectivities*. Chicago, University of Chicago Press.
- FISKE, S. T. y TAYLOR, S. E. (1984). *Social cognition*. Reading Mass., Addison-Wesley.
- FLAMENT, C. (1958). «La performance des groupes de travail: rapports entre la structure de l'activité et celle du réseau de communication.» *Année Psychologique*. 58, 71-89.
- FODOR, J. A. (1968). *La explicación psicológica*. Madrid, Catedra. 1980.
- FORGAS, J. P. (Ed.) (1981). *Social cognition: perspectives on everyday understanding*. London, Academic Press.
- FORSYTH, D. R. (1976). «Crucial experiments and social psychological inquiry.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 2, 454-459.
- FRAISSE, P. y PIAGET, J. (Eds.) (1965). *Tratado de psicología experimental. IX. Psicología social*. Buenos Aires, Paidós.
- FREEDMAN, J. L. y FRASER, S. C. (1966). «Compliance without pressure: the foot-in-the-door technique.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 4, 195-202.
- FRESE, M. y SABINI, J. (Eds.). (1985). *Goal directed behavior: the concept of action in psychology*. Hillsdale, Lawrence Erlbaum Associates.
- FREUD, S. (1912). *Totem y tabu*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- FREUD, S. (1921). *La psicología de las masas y el análisis del Yo*. Madrid, Biblioteca Nueva. 1973.
- FREUD, S. (1928). *El porvenir de una ilusión*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- FREUD, S. (1939). *Moises y la religión monoteísta*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- GADAMER, H. G. (1960). *Vérité et méthode. Les grandes lignes d'un hermèneutique philosophique*. Paris, Seuil. 1976.
- GADLIN, H. y INGLE, G. (1975). «Through the one-way mirror. The limits of experimental self-reflection.» *American Psychologist*. 30, 1.003-1.010.
- GARFINKEL, H. (1966). *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.

- GARRIDO MARTÍN, E. (1982). «La psicología social: cronista científica.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 37, 569-583.
- GATES, G. S. (1924). «The effect of an audience upon performance.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 18, 334-344.
- GAULD, A. y SHOTTER, J. (1977). *Human action and its psychological investigation*. London, Routledge and Kegan Paul.
- GECK, L. (1929). *Socialpsychologie in Deutschland: eine einfuehrung in die literatur*. Berlin, Rotshchild.
- GEORGOUDI, M. (1983). «Modern dialectics in social psychology. A reappraisal.» *European Journal of Social Psychology*. 13, 77-93.
- GEORGOUDI, M. y ROSNOW, R. L. (1985a). «The emergence of contextualism.» *Journal of Communications*. 35, 1, 76-88.
- GEORGOUDI, M. y ROSNOW, R. L. (1985b). «Notes toward a contextualist understanding of social psychology.» *Journal of Communication*. 1, 5-22.
- GERGEN, K. J. (1973). «Social psychology as history.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 26, 309-320.
- GERGEN, K. J. (1976). «Social psychology. Science and history.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 373-383.
- GERGEN, K. J. (1977). «On taking dialectics seriously.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 714-718.
- GERGEN, K. J. (1978). «Toward generative theory.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 36, 11, 1344-136
- GERGEN, K. J. (1982). *Toward transformation in social knowledge*. New York, Springer Verlag.
- GERGEN, K. J. (1984a). «Aggression as discourse.» En: MUMMENDEY, Y. (Ed.) *Op. Cit.* 51-68.
- GERGEN, K. J. (1984b). «The cognitive movement: a turn in the Möbius strip?» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 95-100.
- GERGEN, K. J. (1984c). «Theory of the self: impasse and evolution.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol 17, 49-117.
- GERGEN, K. J. (1985). «Social constructionist inquiry: context and implications.» En: GERGEN, K. J. y DAVIES, K. A. (Eds.) *Op. Cit.* 3-18.
- GERGEN, K. J. (1985). «The social constructionist movement in modern psychology.» *American Psychologist*. 40, 3, 266-275.
- GERGEN, K. J. (1986). «Correspondance versus autonomy in the language of understanding human action.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. *Op. Cit.* 136-162.
- GERGEN, K. J. (1988). «Knowledge and social process.» En: BAR-TAL, D. y KRUGLANSKI, A. W. (Eds.) *Op. Cit.* 30-47.
- GERGEN, K. J. (1989). «La Psicología Postmoderna y la retórica de la realidad.» En: IBÁÑEZ, T. (Ed.) *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona, Sendai.
- GERGEN, K. J. y DAVIS, K. A. (Eds.) (1985). *The social construction of the person*. New York, Springer-Verlag.
- GERGEN, K. J. y GERGEN, M. M. (Eds.) (1984). *Historical social psychology*. Hillsdale, NJ. Lawrence Erlbaum Associates.
- GERGEN, K. J. y GERGEN, M. M. (1986). *Social psychology*. New York, Springer Verlag.
- GERGEN, K. J. y MORAWSKI, J. (1980). «An alternative metatheory for social psychology.» En: WHEELER, L. (Ed.) *Review of Personality and Social Psychology*. 326-346.
- GERMANI, G. (1952). «La psicología social en los Estados Unidos.» *Revista de Investigaciones Sociológicas*. 38.
- GETZELS, J. W. y GUBA, E. G. (1954). «Role, role conflict and effectiveness: an empiri-

- cal study.» *American Sociological Review*. 19, 364-373.
- GIDDENS, A. (1971). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona, Ed. Labor. 1977.
- GIDDENS, A. (1979). *Central problems in social theory*. Berkeley, University of California Press.
- GIDDENS, A. (1982). *Profiles and critiques in social theory*. London, MacMillan.
- GIDDENS, A. (1983). «Comments on the theory of structuration.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 13, 75-80.
- GIDDENS, A. (1984). *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Cambridge, Polity Press.
- GIDDINS, F. H. (1896). *The principles of sociology*. New York, MacMillan.
- GILMOUR, R. y DUCK, S. (Eds.) (1980). *The development of social psychology*. London, Academic Press.
- GILLES, H. (Ed.) (1977). *Language, ethnicity and intergroup relations*. London, Academic Press.
- GINSBURG, G. P. (Ed.) (1979). *Emerging strategies in social psychological research*. New York, Wiley.
- GINSBURG, G. P.; BRENNER, M. y VON CRANACH, M. (Eds.) (1985). *Discovery strategies in the psychology of action*. London, Academic Press.
- GLASER, B. G. y STRAUSS. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago, Aldine.
- GLASER, B. G. y STRAUSS. (1968). *Time for dying*. Chicago, Aldine.
- GLASS, G. (1978). «Integrating findings: the meta-analysis of research.» *Review of Research in Education*. 5, 351-379.
- GODOW, R. A. (1976). «Social psychology as both science and history.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2, 421-427.
- GOFFMAN, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu. 1976.
- GOFFMAN, E. (1963). *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.
- GOFFMAN, E. (1967). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo. 1970.
- GOFFMAN, E. (1971). *Relations in public: microstudies of the public order*. New York, Basic Books.
- GOFFMAN, E. (1981). *Forms of talk*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- GOTTLIEB, A. (1977). «Social psychology as history or science: an addendum.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 206-210.
- GOULDNER, A. W. (1970). *The coming crisis of western sociology*. New York, Basic Books. (B.A. Amorrortu, 1973).
- GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) (1986a). *Changing conceptions of crowd mind and behavior*. New York, Springer-Verlag.
- GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) (1986b). *Changing conceptions of leadership*. New York, Springer-Verlag.
- GRAUMANN, C. F. y SOMMER, M. (1984). «Schema and inference: models in cognitive social psychology.» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 31-76.
- GREENBERG, J. y FOLGER, R. (1988). *Controversial issues in social research*. New York, Springer Verlag.
- GREENWALD, A. (1975). «On the inconclusiveness of crucial cognitive tests of dissonance versus self-perception theories.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 1, 490-499.
- GREENWALD, A. (1975). «Consequences of prejudice against the null hypothesis.» *Psychological Bulletin*. 82, 1-20.
- GREENWALD, A. (1976). «Transhistorical lawfulness of behavior: a comment on two papers.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 2. (1976-77).

- GREENWALD, A. (1981). «Cognitive response analysis: an appraisal.» En: PETTY, R. E.; OSTROM, T. M. & BROCK, T. C. (Eds.) *Cognitive responses in persuasion*. Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- GREENWALD, A. y PRATKANIS, A. R. (1984). «The self.» En: WYER, R. S. y SRULL, T. K. (Eds.). *Op. Cit.*
- GREENWOOD, J. D. (1982). «On the relation between laboratory experiments and social behavior.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 12, 225-250.
- GREENWOOD, J. D. (1989). *Explanation and experiment in social psychological science*. New York, Springer Verlag.
- GRISEZ, J. (1975). *Métodos de la psicología social*. Madrid, Morata. 1977.
- HABERMAS, J. (1968). *Erkenntnis und interesse*. Francfort, Suhrkamp Verlag.
- HABERMAS, J. (1985). *Théorie de l'agir communicationnel. Tome I. Rationalité de l'agir et rationalisation de la société*. Paris, PUF. (Trad. de la 3a edición revisada del 1985). 1987.
- HACKER, W. V. y VON CRANACH, M. (Eds.). (1982). *Cognitive and motivational aspects of action*. Amsterdam, North-Holland.
- HAINES, H. y VAUGHAN, G. M. (1979). «Was 1898 a great date in the history of experimental social psychology?» *Journal of the History of the Behavioral Sciences*. 15, 323-332.
- HALBWACHS, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris, PUF. 1974.
- HALES, S. (1985). «The rediscovery of self in social psychology: theoretical and methodological implications.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 15, 3, 228-235.
- HARRE, R. (1977). «The ethogenic approach: theory and practice.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.). *Op. Cit.* Vol. 10. 283-314.
- HARRE, R. (1979). *Social being: a theory for social psychology*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R. (Ed.). (1986). *The social construction of emotions*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R. y LAMB, R. (Eds.) (1986). *The dictionary of personality and social psychology*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R. y SECORD, P. (1972). *The explanation of social behavior*. Oxford, Basil Blackwell.
- HARRE, R.; CLARKE, D. y DE CARLO, N. (1985). *Motives and mechanisms. An introduction to the psychology of action*. London, Methuen. (Barcelona, Paidós, 1989).
- HARRIS, R. J. (1976). «Two factors contributing to the perception of the theoretical inter-ractibility of social psychology.» *Personality and Social Psychology*. 2, 411-417.
- HARVEY, J. H. y SMITH, W. P. (1977). *Social psychology. An attributional approach*. St. Louis. Missouri, Mosby.
- HARVEY, J. H. y WEARY, G. (Eds.) (1985). *Attribution. Basic issues and applications*. New York, Academic Press.
- HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (1976). «Historical perspective. A conversation with Fritz HEIDER.» En: HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 1-18.
- HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (1978). «A conversation with Edward E. Jones and Harold H. Kelley.» En: HARVEY, J. M.; ICKES, W. y KIDD, R. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 2, 371-388.
- HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. F. (Eds.) (1981). *New directions in attribution research*. Vol. 3, Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- HASTIE, R. y CARLSTON, D. E. (1980). «Theoretical issues in person memory.» En: HASTIE, R. Et al. (Eds.). *Op. Cit.*
- HASTIE, R; Et al. (Eds.) (1980). *Person memory, the cognitive basis of social perception*. Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- HEGEL, L. (1930). *Lecciones sobre la filosofía de la historia*. Barcelona, Planeta, 1971.
- HEIDDEGER, M. (1927). *El ser y el tiempo*. México, F.C.E. 1975.

- HEIDER, F. (1944). «Social perception and phenomenal causality.» *Psychological Review*. 51, 358-374.
- HEIDER, F. (1946). «Attitude and cognitive organization.» *Journal of Psychology*. 21, 107-112.
- HEIDER, F. (1958). *The psychology of interpersonal relations*. New York, Wiley.
- HEIDER, F. (1976). «A conversation with Fritz Heider.» En: HARVEY, G. y ICKES, W. J. y KIDD, R. F. (Eds.) *Op. Cit.* 3-18.
- HEISE, D. R. (1979). *Understanding events*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HEISS, J. (1981a). *The social psychology of interaction*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- HEISS, J. (1981b). «Social roles.» En: ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (Eds.) *Op. Cit.*
- HELMREICH, R. (1975). «Applied social psychology: the unfulfilled promise.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 1, 548-560.
- HELLPACH, W. (1938). *Einführung in die Völkerpsychologie*. Stuttgart, Enke-Verlag.
- HELLPACH, W. (1946). *Lehrbuch der sozial psychologie*. Stuttgart, Enke-Verlag.
- HELLPACH, W. (1956). «Sozialpsychologie.» En: ZIEGENFUSS, W. (Ed.) *Handbuch der Soziologie*. Stuttgart, Enke-Verlag.
- HENDRICK, C. (1976a). «Social psychology as history and as traditional science: an appraisal.» *Personality and Social Psychology*. 2, 392-403.
- HENDRICK, C. (1976b). «A comment on the lack of historical study of experimental social psychology.» *Newsletter of the History of Social Psychology*. 3, 3.
- HENDRICK, C. (Ed.) (1977). *Perspectives on social psychology*. Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates.
- HENRIQUES, J; Et al. (Eds.) (1984). *Changing the subject*. London, Methuen.
- HENSHEL, R. L. (1980). «The purposes of laboratory experimentation and the virtues of the deliberate artificiality.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 16, 466-478.
- HENSHEL, R. L. y KENNEDY, L. W. (1973). «Self-altering prophecies: consequences for the feasibility of social predictions.» *General Systems*. 18, 119-126.
- HERBART, J. F. (1825). *Psychologie als Wissenschaft*. 2 Vols.
- HERDER, J. G. (1784). *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*. Barcelona, Bruguera (1784-1791). 1976.
- HERITAGE, J. (1984). *Garfinkel and ethnomethodology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HEWITT, J. P. (1977). «The dissipation of social psychology.» *American Sociologist*. 12, 14-17.
- HEWSTONE, M. (Ed.) (1983). *Attribution theory: social and functional experiences*. Oxford, Basil Blackwell.
- HEWSTONE, M.; JASPARS, J. y LALLJEE, M. (1982). «Social representations, social attributions and social identity: the intergroup images of public and comprehensive school boys.» *European Journal of Social Psychology*. 12, 241-269.
- HIMMELWEIT, H. T. et al. (1981). *How voters decide: a longitudinal study of political attitudes and voting extending over fifteen years*. London, Academic Press.
- HOBBES, T. (1651). *Leviathan*. Barcelona, Planeta, 1976.
- HOLTON, G. (1978). *The scientific imagination*. Cambridge, Cambridge University Press. 25-83.
- HOLZKAMP, K. (1976). *Kritische psychologie*. Frankfurt, Fischer Taschen buch Verlag.
- HOMANS, G. C. (1950). *The human group*. New York, Harcourt.
- HOMANS, G. C. (1961). *Social behavior: its elementary forms*. New York, Harcourt Brace Jovanovich.
- HOUSE, J. S. (1977). «The three faces of social psychology.» *Sociometry*. 40, 161-167.

- HOVLAND, C. I. y JANIS, I. L. (1959). *Personality and persuability*. New Haven, Yale University Press.
- HOVLAND, C. I. y WEISS, W. (1951). «The influence of source credibility on communication effectiveness.» *Public Opinion Quarterly*. 15, 635-650.
- HOVLAND, C. I.; JANIS, I. L. y KELLEY, H. H. (1953) *Communication and persuasion*. New Haven, Yale University Press.
- HOVLAND, C. I.; LUMSDAINE, A. A. y SHEFFIELD, F. D. (1949). *Experiments on mass communications*. Vol. III. *Studies in social psychology in World Ward II*. Princeton, NJ, Princeton University Press.
- HOVLAND, C. I. et al. (1957). *Order of presentation in persuasion*. New Haven, Yale University Press.
- HUICI, C. (1986). «Psicología social cognitiva: algunas contribuciones europeas.» En CARRTERO, M. et al. *Psicología cognitiva y ciencia cognitiva*. Madrid, UNED. 249-296.
- HUME, D. (1739). *Tratado sobre la naturaleza humana. (1739-1940)*. Madrid, Sarpe, 1984.
- HUSBAND, R. W. (1931). «Analysis of methods in human maze learning.» *Journal of General Psychology*. 39, 258-278.
- HYMAN, H. H. (1942). «The psychology of status.» *Archives of Psychology*. 269.
- HYMAN, H. H. y SHEATSLEY, P. B. (1954). «The authoritarian personality. A methodological critique.» En: CHRISTIE, R. y JAHODA, M. (Eds.) *Studies in the scope and methods of The authoritarian personality*. New York, Free Press. 50-122.
- IBÁÑEZ, T. (1982). «Aspectos del problema de explicación en la psicología social.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 37, 161-171.
- IBÁÑEZ, T. (1983a). «La crisis de la psicología social: apuntes para una lectura.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 38, 4, 661-680.
- IBÁÑEZ, T. (1983b). *Poder y libertad*. Barcelona, Hora.
- IBÁÑEZ, T. (1983c). «Los efectos políticos de la psicología social.» *Cuadernos de Psicología*. 2/7, 95-106.
- IBÁÑEZ, T. (1987a). «Complejidad, sistemas auto-organizativos y psicología social.» *Boletín de Psicología*. 15, 13-21.
- IBÁÑEZ, T. (1987b). «Pouvoir, conversion et changement social.» En: MOSCOVICI, S. y MUGNY, G. (Eds.). *Op. Cit.* 219-238.
- IBÁÑEZ, T. (1988). «Las representaciones sociales. Teoría y método.» En: IBÁÑEZ, T. (Ed.) *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona, Sendai. 13-90.
- IBÁÑEZ, T. e ÍÑIGUEZ, L. (1988). «El poder y los sistemas políticos.» En: SEOANE, J. y RODRÍGUEZ, A. (Eds.). *Psicología Política*. Madrid, Pirámide. 331-358.
- ICHHEISER, G. (1934). «Ueber zurechnungstaeuschungen.» *Monatsschrifts fuer kriminalpsychologie und strafrechtsreform*. 25, 129-142.
- ICHHEISER, G. (1943). «Misinterpretations of personality in everyday life and the psychologist's frame of reference.» *Character and Personality*. 12, 145-166.
- ICHHEISER, G. (1949). *Misunderstanding in human relations: a study of false social perception*. Chicago, Chicago University Press.
- ISEN, A. M. (1984). «Toward understanding the role of affect in cognition.» En: WYER, R. y SRULL, T. (Eds.). *Op. Cit.*
- ISENBERG, D. J. (1986). «Group polarization: a critical review and meta-analysis.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 50, 6, 1141-1151
- ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (Eds.) (1972). *The context of social psychology: a critical assessment*. London, Academic Press.
- ITTELSON, W. H. (1960). *Visual Space Perception*. New York, Springer.
- JAHODA, M. (1983). «The emergence of social psychology in Vienna: an exercise in long-time memory.» *British Journal of Social Psychology*. 22, 343-349.

- JAHODA, M.; LAZARSELD, P. F. y ZEISEL, H. (1933). *Marienthal. The sociography of an unemployed community*. London, Tavistock. 1972.
- JAMES, W. (1890). *Principles of psychology*. (2 vols.). New York, Holt.
- JANIS, I. L. y MANN, L. (1977). *Decision making: a psychological analysis of conflict, choice, and commitment*. New York, Free Press.
- JASPARS, J. (1986). «Forum and focus: a personal view of european social psychology.» *European Journal of Social Psychology*. 16, 1, 3-16.
- JASPARS, J.; FINCHAM, F. y HEWSTONE, M. (Eds.) (1983). *Attribution theory and research*. New York, Academic Press.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1976). «Psicología social en España.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 31, 139, 235-284.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1977). «Sobre algunas cuestiones de la psicología social actual.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 47, 139-146.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1985). «Algunas (hipo)tesis sobre la psicología social.» *Boletín de Psicología*. 6, 75-79.
- JODELET, D. (1984). «Reflexions sur le traitement de la notion de représentation sociale en psychologie sociale.» *Communication and Information*. 6, 2-3, 15-41.
- JONES, E. E. (1964). *Ingratiation. A social psychological analysis*. New York, Appleton.
- JONES, E. E. (1985). «Major developments in social psychology during the past five decades.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. *Op. Cit.* Vol. 1, 47-107.
- JONES, E. E. y DAVIS, K. E. (1965). «From acts to dispositions: the attribution process in person perception.» En: BERKOWITZ, L. (ed.) *Op. Cit.* Vol. 2, 219-266.
- JONES, E. E. y NISBETT, R. E. (1972). «The actor and the observer: divergent perceptions of the cause of behavior.» En: JONES, E. E. Et al. (Eds.) *Op. Cit.*
- JONES, E. E. y PITTMAN, T. S. (1982). «Toward a general theory of strategic self presentation.» En: SULLS, J. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 1, 231-262.
- JONES, E. E.; Et al. (1972). *Attribution, perceiving the causes of behavior*. Vol. 2, Morristown, General Learning.
- JUNG, J. (1969). «Current practices and problems in the use of college students for psychological research.» *Canadian Psychologist*. 10, 280-290.
- KARDINER, A. (1939). *El individuo y la sociedad*. México, FCE. 1968.
- KARPF, F. B. (1932). *American social psychology: its origins, development and European background*. New York, McGraw Hill.
- KATZ, D. (1960). «The functional approach to the study of attitudes.» *Public Opinion Quarterly*. 24, 163-204.
- KATZ, D. (1978). «Social psychology in relation to the social sciences: the second social psychology.» *American Behavioral Scientist*. Vol. 25, 5, 779-793.
- KELMAN, H. C. (1958). «Compliance, identification and internalization: three processes of attitude change.» *Journal of Conflict Resolution*. 2, 51-60.
- KELMAN, H. C. (1965). «Manipulation of human behavior: an ethical dilemma for the social scientists.» *Journal of Social Issues*. 21, 2, 31-46.
- KELMAN, H. C. (1967). «Human use of human subjects: the problem of deception in social psychological experiments.» *Psychological Bulletin*. 67, 1-11.
- KELMAN, H. C. (1968). *A time to speak: on human values and social research*. San Francisco, Jossey Bass.
- KELMAN, H. C. (1972). «The rights of the subject in social research: an analysis in terms of relative power and legitimacy.» *American Psychologist*. 27, 989-1016.
- KELLEY, H. H. (1967). «Attribution theory in social psychology.» En: LEVINE, D. (Ed.) *Nebraska Symposium of Motivation*. Lincoln, University of Nebraska Press. Vol. 15, 192-298.

- KELLEY, H. H. y THIBAUT, J. W. (1954). *Experimental studies of group problem solving and process*. Reading, Mass., Addison Wesley.
- KENNY, D. A. (1985). «Quantitative methods for social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1. 487-508.
- KESSLER, S. y MCKENNA, W. (1978). *Gender: an ethnomethodological approach*. New York, Wiley.
- KHUN, S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, FCE. 1971.
- KIESLER, C. A. (1971). *The psychology of commitment: experiments linking behavior to belief*. New York, Academic Press.
- KIHLSTROM, J. F. y CANTOR, N. (1984). «Mental representations of the self.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 17, 2-48.
- KLINEBERG, O. (1940). *Psicología social*. México, FCE, 1977.
- KOCH, S. (Ed.) (1959). *Psychology: a study of a science*. New York, Mac Graw Hill.
- KOGAN, N. y WALLACH, N. W. (1964). *Risk taking: a study in cognition and personality*. New York, Holt, Rinehart and Winston.
- KRECH, D. y CRUTCHFIELD, R. S. (1948). *Theory and problems of social psychology*. New York, McGraw Hill.
- KRUGLANSKI, A. W. (1984). «Schemata and inferences across time and space: on the thematic continuities of cognitive psychology.» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 85-94.
- KUHN, M. H. (1964). «Major trends in symbolic interaction theory in the past twenty five years.» *Sociological Quarterly*. 5, 61-84.
- KUHN, M. H. y MCPARTLANDS, T. S. (1954). «An empirical investigation of self-attitudes.» *American Sociological Review*. 19, 60-76.
- KYTLE, J. (1977). «Ideology and planned social change: a critique of two popular change strategies.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 697-706.
- LAKATOS, I. (1978). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid, Alianza editorial. 1983.
- LALLJEE, M. (1981). «Attribution theory and the analysis of explanations.» En: ANTAKI, C. (Ed.) *Op. Cit.* 119-137.
- LALLJEE, M. y ABELSON, R. P. (1983). «The organisation of explanations.» En: HEWSTONE, M. (Ed.) *Op. Cit.* 65-80.
- LAMBERT, R. (1957). «Structure d'influence dans des petits groupes de travail.» *Psychologie Française*. 2, 213-226.
- LAMPREECHT, K. (1900). *Die Kulturhistorische methode*. Berlín, H. Heyfelder.
- LANA, R. E. (1986). «Descartes, Vico, Contextualism and social psychology.» En: ROSNOW, R. y GEORGOUDI, M. (Eds.) *Op. Cit.* 67-88.
- LANDMAN, J. y MANIS, M. (1983). «Social cognition: some historical and theoretical perspectives.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16.
- LANGER, E. J. (1978). «Rethinking the role of thought in social interaction.» En: HARVEY, J. H.; ICKES, W.; KIDD, R. E. (Eds.). *Op. Cit.* Vol. 2. 33-58.
- LATOUR, B. (1987). *Science in action*. England. Milton Reyner, Open University Press.
- LAZARUS, M. (1860). «Einleitende gedanken über völkerpsychologie» y, también, «Einleitung zu einer zeitschrift für völkerpsychologie und sprachwissenschaft.» *Zeitschrift für völkerpsychologie und sprachwissenschaft*. 1, 1-73.
- LE BON, G. (1895). *Psicología de las masas*. Madrid, Morata. 1983.
- LEAVITT, H. J. (1951). «Some effects of certain communication patterns on group performance.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 46, 38-50.
- LEMAINE, J. M. (1959). «Quelques réflexions sur la dynamique de groupe et sur les groupes de diagnostic.» *Bulletin de Psychologie*. 12, 158-161, 437-439.

- LEVINE, N. (1976). «On the metaphysics of social psychology: a critical view.» *Human Relations*. 29, 4, 385-400.
- LEVY-BRUHL, L. (1922). *La mentalité primitive*. París, F. Alcan. 1926.
- LEVY, A. (1965). *Psychologie sociale. Textes fondamentaux anglais et américains*. París, Dunod.
- LEWIN, K. (1926). «Comments concerning psychological forces and energies, and the structure of the psyche.» En: RAPAPORT, D. (Ed.). *Organization and pathology of thought*. New York, Columbia University Press. 1951. 76-94.
- LEWIN, K. (1935). «The conflict between Aristotelian and Galileian modes of thought in contemporary psychology.» En: LEWIN, K. *A dynamic theory of personality*. New York, McGraw Hill.
- LEWIN, K. (1936). *Principles of topological psychology*. New York, McGraw Hill.
- LEWIN, K. (1938). «The conceptual representation and measurement of psychological forces.» *Contributions to Psychological Theory*. 1, 4.
- LEWIN, K. (1943). «Forces behind food habits and methods of change.» *Bulletin of the National Research Council*. 108, 35-65.
- LEWIN, K. (1951). *La teoría del campo en la ciencia social*. Buenos Aires, Paidós. 1978.
- LEWIN, K. y LIPPITT, R. (1938). «An experimental approach to the study of autocracy and democracy: a preliminary note.» *Sociometry*. 1, 292-300.
- LEWIN, K.; LIPPIT, R. y WHITE, R. K. (1939). «Patterns of aggressive behavior in experimentally created social climates.» *Journal of Social Psychology*. 10, 271-299.
- LEWIN, M. A. (1977). «Kurt Lewin's view of social psychology: the crisis of 1977 and the crisis of 1927.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 3, 159-172.
- LEYENS, J. P. (1983). *Sommes-nous tous des psychologues?* Bruxelles, Pierre Mardaga.
- LIKERT, R. (1932). «A technique for the measurement of attitudes.» *Archives de Psychologie*. 140.
- LINDESMITH, A. R. y STRAUSS, A. L. (1949). *Social psychology*. New York, Dryden Press.
- LINDNER, G. A. (1871). *Ideen zur psychologie der gesellschaft als grundlage der socialwissenschaft*. Vienna, Carl Gerold's Sohn.
- LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). (1954); *The handbook of social psychology*. Reading, Mass., Addison Wesley, 2 Vols.
- LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). (1968). *The handbook of social psychology*. Reading, Mass., Addison Wesley, 5 Vols.
- LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) (1985). *Handbook of Social Psychology*. New York, Erlbaum. 2 Vols.
- LINTON, R. (1936). *The study of man*. New York, Appleton Century.
- LINTON, R. (1945). *The cultural background of personality*. New York, Appleton-century-crofts.
- LISKA, A. E. (1977). «The dissipation of sociological social psychology.» *American Sociologist*. 12, 2-8 y 29-33.
- LOCKE, J. (1690). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Madrid, Sarpe. 1984.
- LOTT, A. y LOTT, B. (1972). «The power of liking: consequences of interpersonal attitudes derived from a liberalized view of secondary reinforcement.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 6.
- LOTT, B. y LOTT, A. (1985). «Learning theory in contemporary social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 109-135.
- LUBECK, I. (1976). «Power, structure in social psychology.» En: STRICKLAND, L.; ABOUD, F. y GERGEN, K. J. (Eds.). *Op. Cit.*
- LUBECK, I. (1981). «Histoire de psychologies sociales perdues: le cas de Gabriel Tarde.» *Revue Française de Sociologie*. 22, 361-395.

- LUBECK, I. y APFELBAUM, E. (1979). «Analyse psycho-sociologique et historique de l'emprise d'un paradigme: l'apprentissage S-R, l'hypothèse Frustration-agresion et l'effet Garcia.» *Recherches de Psychologie Sociale*. 1, 123-149.
- LUCK, H. E. (1987). «A historical perspective on social psychological theories.» En: SEMIN, G. R. y KRAHE, B. (Eds.) *Op. Cit.* 16-35.
- LYKEEN, D. T. (1968). «Statistical significance in psychological research.» *Psychological Bulletin*. 70, 3, 151-159.
- MACKENZIE, B. D. (1977). *El behaviorismo y los límites del método científico*. Bilbao, Desclée de Brower. 1982.
- MAISONNEUVE, J. (1950). *Psychologie sociale*. Paris, PUF.
- MAISONNEUVE, J. (1952). «L'étude des petits groupes aux Etats-Unis.» *Année Sociologique*. 281-286.
- MAISONNEUVE, J. (1956). «Un bilan de la sociométrie.» *Année Psychologique*. 56, 67-73.
- MALLART, J. (1946). «Reseña de Mayo, E.: problemas sociales de una civilización industrial.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 1.
- MANICAS, P. T. (1987). *A history and philosophy of the social science*. New York, Basil Blackwell.
- MANICAS, P. T. y SECORD, P. F. (1983). «Implications for psychology of the new philosophy of science.» *American Psychologist*. 38, 399-413.
- MANIS, M. (1975). «Comments on Gergen's social psychology as history.» *Personality and Social Psychology*. 1, 450-455.
- MANIS, M. (1976). «Is social psychology really different?» *Personality and Social Psychology*. 2, 428-437.
- MAQUIAVELO, N. (1513). *El príncipe*. Barcelona, Bruguera. 1975.
- MARGOLIS, J.; MANICAS, P. T.; HARRE, R. y SECORD, P. F. (1986). *Psychology: designing the discipline*. New York, Basil Blackwell.
- MARKUS, H. (1977). «Self-schemas and processing information about the self.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 35, 2, 63-78.
- MARKUS, H. y ZAJONC, R. B. (1985). «The cognitive perspective in social psychology.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1.
- MARSH, P.; ROSSER, E. y HARRE, R. (1974). *The rules of disorder*. London, Routledge and Kegan Paul.
- MARTIN, R. M. y MARCUSE, F. L. (1958). «Characteristics of volunteers and non volunteers in psychological experimentation.» *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 22, 475-479.
- MARX, K. (1859). *Crítica de la economía política*. Barcelona, Bruguera, 1980.
- MASS, A. y CLARK, R. D. (1984). «The hidden impact of minorities: fourteen years of minority influence research.» *Psychological Bulletin*. 95, 448-450.
- MATALON, B. (1988). *Décrire, expliquer, prévoir. Démarches expérimentales et terrain*. Paris, Armand Colin.
- MAYO, E. (1933). *The human problems of an individual civilization*. New York, Macmillan.
- MCCLELLAND, D. C. (1955). *Studies in motivation*. New York, Appleton.
- MCCLELLAND, D. C. (1961). *La sociedad ambiciosa*. Madrid, Guadarrama. 1968.
- MCDUGALL, W. (1908). *Introduction to social psychology*. London, Methuen.
- MCDUGALL, W. (1920). *The group mind*. New York, Putnam's Sons.
- MCDUGALL, W. (1930). «La psicología Hormica.» En: BRETT, G. S.; CARR, H. y MCDUGALL, W. *Psicología del acto. Psicología funcionalista. Psicología hormica*. Buenos Aires, Paidós. 1965.
- MCGINNIES, S. (1970). *Social behavior, functional analysis*. New York, Houghton-Mifflin.
- MCGUIRE, W. J. (1961). «Resistance to persuasion conferred by active and passive prior

- refutation of the same and alternative counterarguments.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 63, 326-332.
- MCGUIRE, W. J. (1967). «Some empendings reorientations in social psychology.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 3, 124-139.
- MCGUIRE, W. J. (1969). «The nature of attitudes and attitude change.» En: G. LINDZEY; E. ARONSON (Eds.). *Op. Cit.* Vol. 3. 136-314.
- MCGUIRE, W. J. (1973). «The yin and yang of progres in social psychology: seven koans.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 26, 446-456.
- MCGUIRE, W. J. (1983). «A contextualist theory of knowledge: its implication for innovations and reform in psychology research.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16. 1-47.
- MCGUIRE, W. J. (1984). «Search for the self: going beyond self-steem and the reactive self.» En: ZUCKER, R. A.; ARONOFF, J. y RAVIN, A. I. (Eds.) *Op. cit.* 73-120.
- MCPHAIL, C. y REXROAT, C. (1979). «Mead vs. Blumer: the divergent methodological perspectives of social behaviorism and symbolic interactionism.» *American Sociological Review*. 44, 449-467.
- MEAD, G. H. (1909). «Social psychology as conterpart to physiological psychology.» *Psychological Bulletin*. 6, 401-408.
- MEAD, G. H. (1934). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Paidós. 1965.
- MEAD, M. (1928). *Coming of age in Samoa: a psychological study in primitive youth for western civilization*. New York, William Morrow.
- MEEHL, P. E. (1967). «Theory-testing in psychology and physics: a methodological paradox.» *Philosophy of Science*. June, 103-115.
- MEEHL, P. E. (1978). «Theoretical risk and tabular asteriks. Sir Karl, Sir Popper and the slow progress of the soft psychology.» *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. 46, 4, 806-834.
- MEEHL, P. E. (1986). «What social scientist don't understand.» En: FISKE, D. W. y SHWEDER, R. A. (Eds.) *Op. cit.* 315-338.
- MELTZER, B. M. (1959). *The social psychology of G. H. Mead*. Kalamazoo. Center for Sociological Research.
- MELTZER, B. M.; PETRAS, J. W. y REYNOLDS, L. T. (1975). *Symbolic interactionism: genesis, varieties and criticism*. London, Routledge and Kegan Paul.
- MERTON, R. K. (1957). «The role-set: problems in sociological theory.» *British Journal of Sociology*. 8, 106-120.
- MILGRAM, S. (1963). «Behavioral study of obedience.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 67, 371-378.
- MILGRAM, S. (1974). *Obediencia a la autoridad*. Bilbao, Desclée de Brouwer. 1980.
- MILLER, D. L. (1982). *The individual and the social self: unpublished work of Mead, G. H.* Chicago, University of Chicago Press.
- MILLER, D. T. y ROSS, M. (1975). «Self-serving biases in the attribution of causality: fact or fiction?» *Psychological Bulletin*. 82, 213-225.
- MILLER, N. E. y DOLLARD, J. (1941). *Social learning and imitation*. New Haven, Yale University Press.
- MILLS, C. W. (1940). «Situating action and vocabularies of motives.» *American Journal of Sociology*. 5, 904-913.
- MISCHEL, T. (1975). «Psychological explanations and their vicissitudes.» En: LEVINE, D. (Ed.) *Nebraska Symposium on motivation*. Lincoln, University of Nebraska Press. 133-205.
- MOEDE, W. (1920). *Experimentale massenpsychologie*. Leipzig, Hirzel.
- MONTAIGNE, M. (1586). *Ensayos*. Barcelona, Bruguera. 1976.

- MONTESQUIEU, M. (1748). *L'esprit des lois*. Barcelona, Planeta. 1976.
- MONTMOLLIN, G. (1955). «Effets de groupe sur la structuration perceptive.» *Année Psychologique*. 55, 1-25.
- MONTOYA, N. (1961). *Utilización pedagógica de la sociometría*. Madrid, Rialp.
- MOORE, H. T. (1921). «The comparative influence of majority and expert opinion.» *American Journal of Psychology*. 32, 16-20.
- MORALES, J. F. (1981). *La conducta social como intercambio*. Bilbao, Desclee de Brouwer.
- MORALES, J. F. (1985). «El concepto de psicología social.» *Boletín de Psicología*. 6, 81-104.
- MORAWSKI, J. G. (1979). «History, social structure, and the development of social psychology.» En: STRICKLAND, L. H. (Ed.) *Op. Cit.* 25-54.
- MORENO, J. L. (1923). *The theater of spontaneity*. Beacon, New York, Beacon House, 1947.
- MORENO, J. L. (1934). *Who shall survive*. Washington D. C., N.D.P.C.
- MORGAN, G. (1983). «Toward a more reflective social science.» En: MORGAN, G. (Ed.) *Op. Cit.* 368-376.
- MORGAN, G. (Ed.). (1983). *Beyond method. Strategies for social research*. London, Sage.
- MORO, TH. (1516). *Utopía*. Barcelona. Ed. Bruguera. 1975.
- MORRISON, D. E. y HENKEL, R. E. (Eds.). (1970). *The significance test controversy*. Chicago, Aldine.
- MOSCOVICI, S. (1953). «Remarques sur les problèmes structureux dans l'étude des opinions.» *Bulletin de Psychologie*. 6, 420-429.
- MOSCOVICI, S. (1955a). «Logique et langage dans la propagande: quelques résultats.» *Bulletin de Psychologie*. 8, 434-451.
- MOSCOVICI, S. (1955b). «Notes sur les fondements théoriques et pratiques de la méthode d'enquête en psychologie appliquée.» *Bulletin du Centre d'Etudes et de Recherche Psycho-Techniques*. 4, 125-141.
- MOSCOVICI, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Huemul. 1979.
- MOSCOVICI, S. (1963). «Attitudes and opinions.» *Annual Review of Psychology*. 14, 231-260.
- MOSCOVICI, S. (1967). «Communication processes and the properties of language.» En: BERKOWITZ, L. *Op. Cit.* Vol. 3.
- MOSCOVICI, S. (1970). «La psychologie sociale science en mouvement: sa spécificité et ses tensions.» En: JODELET, D.; VIET, J. y BESNARD, PH. *La psychologie sociale une discipline en mouvement*. Paris, Mouton. 9-64.
- MOSCOVICI, S. (1972a). «Society and theory in social psychology.» En: ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (Eds.). *Op. Cit.* 17-68.
- MOSCOVICI, S. (Ed.) (1972b). *Introducción a la psicología social*. Barcelona, Planeta. 1975.
- MOSCOVICI, S. (1976). *Psicología de las minorías activas*. Madrid, Morata. 1981.
- MOSCOVICI, S. (1980). «Toward a theory of conversion behavior.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 13.
- MOSCOVICI, S. (1982). «The coming era of social representation.» En: CODOL, J. P. y LEYENS, J. P. (Eds.) *Op. Cit.* 115-151.
- MOSCOVICI, S. (Ed.) (1984). *Psicología social*. Barcelona, Paidós. 1986.
- MOSCOVICI, S. (1985). «Social influence and conformity.» En: LINDZEY, L. y ARONSON, E. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 2, 347-412.
- MOSCOVICI, S. (1986a). «The discovery of the masses.» En: GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 5-26.
- MOSCOVICI, S. (1986b). «Introduction.» En: GRAUMANN, C. F. y MOSCOVICI, S. (Eds.) *Op. Cit.* 1-15.

- MOSCOVICI, S. (1988). «Notes towards a description of social representations.» *European Journal of Social Psychology*. 18, 3, 211-250.
- MOSCOVICI, S. y FAUCHEUX, C. (1972). «Social influence, conformity bias, and the study of minorities.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 6, 149-202.
- MOSCOVICI, S. y MUGNY, G. (Eds.). (1987). *Psychologie de la conversion*. Cousset, Del Val.
- MOSCOVICI, S. y ZAVALLONI, M. (1969). «The group as polarizer of attitudes.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 12, 125-136.
- MOSCOVICI, S.; LAGE, E. y NAFFRECHOUX, M. (1969). «Influence of a consistent minority on the responses of a majority in a color perception task.» *Sociometry*. 32, 365-379.
- MOYA, G. (1955). «Estudio psicológico del rumor.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 33, 129-136.
- MUGNY, G. (1981). *El poder de las minorías*. Barcelona, Rol.
- MUGNY, G. (Ed.). (1985). *Psychologie sociale du developpement cognitif*. Berne; Peter Lang.
- MUGNY, G. y CARUGATY, F. (1985). *L'intelligence au pluriel. La représentation sociale de l'intelligence et son developpement*. Cousset, Del Val.
- MUGNY, G. y DOISE, W. (1983). *La construcción social de la inteligencia*. México, Trillas.
- MUGNY, G. y PÉREZ, J. (1986). *Le déni et la raison. Psychologie de l'impact social des minorités*. Cousset, Del Val.
- MULDER, M. (1959). «Power and satisfaction in task oriented groups.» *Acta Psychologica*. 16, 178-275.
- MULDER, M. (1960). «The power variable in communication experiments.» *Human Relations*. 13, 241-257.
- MULKAY, M. (1985). *The word an the world: explorations in the form of sociological analysis*. London, Allen Unwin.
- MULKAY, M.; POTTER, J. y YEARLEY, S. (1982). «Why an analysis of scientific discourse is needed.» En: KNORRETINA, K. D. y MULKAY, M. (Eds.). *Science observed: perspectives on the social study of science*. California, Sage.
- MUMMENDEY, Y. (Ed.) (1984). *Social Psychology of aggression*. New York, Springer Verlag.
- MUNNE, F. (1969). «Los medios de comunicación social.» *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*. 14, 125-140.
- MUNNE, F. (1982). *Psicologías sociales marginadas. La línea de Marx en la psicología social*. Barcelona, Hispano-Europea.
- MUNNE, F. (1982). *Psicología social*. Barcelona, CEAC.
- MUNNE, F. (1985). «El desarrollo de la psicología social en la Unión Soviética.» *Revista de Historia de la Psicología*. 6, 1, 19-46.
- MUNNE, F. (1986). *La construcción de la psicología social como ciencia teórica*. Barcelona, Alamex.
- MURCHISON (Ed.) (1935). *A handbook of social psychology*. Worcester, Clark University Press.
- MURPHY, G. y MURPHY, L. B. (1931). *Experimental social psychology*. New York, Harper.
- NEIMAN, L. J. y HUGHES, J. W. (1951). «The problem of the concept of role-a resurvey of the literature.» *Social Forces*. 30, 141-149.
- NEISSER, U. (1967). *Cognitive psychology*. New York, Appleton: century crofts.
- NELSON, C. E. y KENNENBERG, P. H. (1976). «Social psychology in crisis: a study of referenes in the handbook of social psychology.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 2, 1, 14-21.
- NEMETH, C. y WACHTLER, J. (1974). «Creating the perceptions of consistency and confidence: a necessary condition for minority influence.» *Sociometry*. 37, 4, 529-540.
- NEWCOMB, T. M. (1943). *Personality and social change*. New York, Dryden Press.

- NEWCOMB, T. M. (1950). *Manual de psicología social*. Buenos Aires, Eudeba. 1974.
- NEWCOMB, T. M. (1953). «An approach to the study of communicative acts.» *Psychological Review*. 60, 393-404.
- NEWCOMB, T. M. (1961). *The acquaintance process*. New York, Holt, Rinehart and Winston.
- NEWTON, L. (1690). *Principia Mathematica*. Barcelona, Planeta. 1974.
- NISBETT, R. E. y WILSON, T. D. (1977). «Telling more than we can know: verbal reports on mental processes.» *Psychological Review*. 84, 231-259.
- NUTTIN, J. M. (1966). «Attitude change after rewarded dissonant and consonant forced compliance.» *International Journal of Psychology*. 1, 39-57.
- NUTTIN, J. M. (1975). *The illusion of attitude change*. London, Academic Press.
- ORANO, P. (1902). *Psicología sociale*. Bari, Bins, Laterza e Figli.
- ORNE, M. T. (1962). «On the social psychology of the psychological experiment: with particular reference to demand characteristics and their implications.» *American Psychologist*. 17, 776-783.
- ORTEGA Y GASSET. (1930). *La rebelión de las masas*. Barcelona, Planeta. 1983.
- ORTEGA Y GASSET. (1935). *Historia como sistema*. Revista de Occidente.
- OSGOOD, C. E. (1952). «The nature and measurement of meaning.» *Psychological Bulletin*. 49, 197-237.
- OSGOOD, C. E. y TANNENBAUM, P. H. (1955). «The principle of congruity in the prediction of attitude change.» *Psychological Review*. 62, 42-55.
- OSGOOD, C. E.; SUCCI, G. J. y TANNENBAUM, P. H. (1957). *La medida del significado*. Madrid, Gredos. 1976.
- OUTHWAITE, W. (1987). *New philosophies of social science. Realism, hermeneutics and critical theory*. London, MacMillan Education.
- PÁEZ, D.; ECHEBARRIA, A.; VALENCIA, J. F. y SARABIA, B. (1987). *Teoría y método en psicología social*. Donostia, UPV/EHV.
- PÁEZ, D.; Et al. (1987). *Pensamiento, individuo y sociedad*. Madrid, Fundamentos.
- PAGES, R. (1954). «La psychologie experimentale des groupes, variables et dimensions majeures.» *Bulletin de Psychologie*. 7,366-375; 8,442-453; 9, 536-544.
- PAGES, R. (1959). «Remarques sur les groupes de base et leur rôle dans un ensemble de procédés de formation psycho-sociale.» *Bulletin de Psychologie*. 12, 465-477.
- PAGES, R. (1961). «La experimentación en sociología.» En: KÖNING, R. (Ed.) *Tratado de sociología empírica*. Vol. 1. Madrid, Tecnos. 1973.
- PALMONARI, A.; POMBENI, M. L. y ZANI, B. (1987). «Social representation and professionalization of psychologist.» *Current Issues in European Social Psychology*. 2, 231-269.
- PAPASTAMOU, ST. (1986). «Psychologization and processes of minority and majority influence.» *European Journal of Social Psychology*. Vol. 16. 165-180.
- PARETO, V. (1907). *L'économie et la sociologie*. Paris, Alcan. 1974.
- PARKER, I. (1988). «Deconstructing accounts». En: ANTAKI, C. (Ed.). *Op. Cit.* 184-198.
- PECHEUX, M. (1982). *Language, semantics and ideology: stating the obvious*. London, MacMillan.
- PEPITONE, A. (1976). «Toward a normative and comparative biocultural social psychology.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 34, 641-653.
- PEPITONE, A. (1981). «Lessons from the history of social psychology.» *American Psychologist*. 36, 9, 972-985.
- PEPPER, S. C. (1942). *World hypotheses: a study in evidence*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- PERRETLERMONT, A. N. (1979). *La construction de l'intelligence dans l'interaction sociale*. Berne, Lang.

- PETTY, R. E. y CACIOPPO, J. T. (1981). *Attitudes and persuasion: classic and contemporary approaches*. Dubuque, IA, W. C. Brown.
- PINILLOS, J. L. (1963). «Análisis de la escala F en una muestra española: estudio comparativo.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 70, 18, 1155-1174.
- PINILLOS, J. L. (1965a). «La psychologie sociale en Espagne.» *Social Sciences*. 4,1, 23-39.
- PINILLOS, J. L. (1965b). «Aspectos psicodiagnósticos de la dinámica de grupos.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 20, 79, 583-592.
- PINILLOS, J. L. (1969). «Lenguaje, individuo y sociedad.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 99-100, 24, 499-509.
- PLON, M. (1974). «On the meaning of the notions of conflict and its study in social psychology.» *European Journal of Social Psychology*. 4, 389-436.
- PLUTCHIK, R. y KELLERMAN, H. (Eds.) (1980). *Theories of emotions*. New York, Academic Press.
- POITOU, J. P. (1974). *La dissonance cognitive*. París, Armand Colin.
- POPPER, K. (1935). *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Tecnos. 1977.
- POSTMAN, L.; BRUNER, J. S. y MCGINNIES, E. (1948). «Personal values as selective factors in perception.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 43, 142-154.
- POTTER, J. (1981). «The development of social psychology: consensus, theory and methodology in the british journal of social and clinical psychology.» *British Journal of Social Psychology*. 20, 249-258.
- POTTER, J. y WETHERELL, M. (1987). *Discourse and social psychology*. Beverly Hills, Sage.
- POTTER, J.; STRINGER, P. y WETHERELL, M. (1984). *Social text and context. Literature and social psychology*. London, Routledge y Kegan Paul.
- PROSHANSKY, H. y MURPHY, G. (1942). «The effects of reward and punishment on perception.» *Journal of Psychology*. 13, 295-305.
- PROSHANSKY, H. y SEIDENBERG, B. (Eds.) (1965). *Estudios básicos de Psicología Social*. Madrid, Tecnos. 1973.
- PRUITT, D. G. (1962). «Pattern and level of risk in gambling decisions.» *Psychological Review*. 69, 187-201.
- PUTNAM, H. (1981). *Raison, Vérité et Histoire*. París, Minuit. 1984.
- RABINOW, P. y SULLIVAN, W. M. (Eds.) (1987). *Interpretative social science. A second look*. Berkeley, University of California Press.
- RAKOVER, S. S. (1981). «Social psychology theory and falsification.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 7, 123-130.
- RAPPOPORT, L. (1977). «Symposium: toward a dialectical social psychology.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 678-680.
- RAPPOPORT, L. (1984). «Dialectical analysis and psychosocial epistemology.» En: GERGEN, K. J. y GERGEN, M. M. (Eds.). *Op. Cit.*
- RATZENHOFER, G. (1898). *Die soziologische erkenntniss*. Leipzig, F. A. Brokhaus.
- REICHARDT, L. S. y COOK, T. D. (1981). *Paradigms lost: some thoughts on choosing methods in evaluation*. Beverly Hills, Sage.
- REIZLER, K. (1943). «Comments on the social psychology of shame.» *American Journal of Sociology*. 48, 457-465.
- REVISTA DE PSICOLOGÍA GENERAL Y APLICADA. (1963). 18, 68 y 69.
- RICKMAN, H. P. (Ed.) (1976). *Dilthey. Selected writings*. Cambridge, Cambridge University Press.
- RICOEUR, P. (1986). *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique, II*. Paris, Seuil.
- RIECKEN, H. W. (1962). «A program of research on experiments in social psychology.» En: WASHBURNE, N. F. (Ed.) *Decision, values and groups*. Elmsford, NJ, Pergamon. Vol. 2, 25-41.

- RIGGS, M. M. y KAESS, W. (1955). «Personality differences between volunteers and non-volunteers.» *Journal of Psychology*. 40, 229-245.
- RIME, B. (1983). «Nonverbal communication or nonverbal behavior? Towards a cognitive-motor theory of nonverbal behavior.» En: MOSCOVICI, S. y DOISE, W. (Eds.) *Current Issues in European Social Psychology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- RING, K. R. (1967). «Experimental Social Psychology. Some sober questions about some frivolous values.» *Journal of Experimental Social Psychology*. 3, 113-123.
- RISK, L. (1975). «Representation, Randomization and Control.» En: BLALOCK, H. M. Et al. (Eds.). *Quantitative Sociology*. 261-284.
- ROCHEBLAVE-SPENLE, A. M. (1962). *La notion de rôle en psychologie sociale*. Paris, PUF.
- ROCHEBLAVE-SPENLE, A. M. (1964). *Les rôles masculins et féminins*. Paris, PUF.
- RODRÍGUEZ, A. (1977). «Psicología social: perspectivas después de una crisis.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 32, 849-862.
- ROKEACH, M. (1960). *The open and closed mind*. New York, Basic Books.
- ROMMETVEIT, R. (1954). *Normas y roles sociales*. Buenos Aires, Paidós. 1967.
- RORTY, R. (1979). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid, Cátedra. 1983.
- RORTY, R. (1982). *Consequences of pragmatism*. Sussex, The Harvester Press.
- ROSCHE, E. (1978). «Principles of categorization.» En: ROSCH, E.; LLOYD, B. B. (Eds.). *Cognition and categorization*. Hillsdale, NJ., Erlbaum.
- ROSE, A. M. (Ed.) (1962a). *Human behavior and social process. An interactionist approach*. London, Routledge and Kegan Paul.
- ROSE, A. M. (1962b). «A systematic summary of symbolic interaction theory.» En: ROSE, A. M. (Ed.). *Op. Cit.* 3-19.
- ROSEN, E. (1951). «Differences between volunteers and non volunteers for psychological studies.» *Journal of Applied Psychology*. 35, 185-193.
- ROSENBERG, M. (1965). «When dissonance fails: on eliminating evaluation apprehension from attitude measurement.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 1, 28-42.
- ROSENBERG, M. y TURNER, R. H. (1981). *Social psychology: sociological perspectives*. New York, Basic Books.
- ROSENBERG, M; Et al. (1960). *Attitude organization and change*. New Haven, Yale University Press.
- ROSENTHAL, R. (1958). «Projection, excitement and unconscious experimenter bias.» *American Psychologist*. 13, 345-346.
- ROSENTHAL, R. (1963a). «On the social psychology of the psychological experiment: the experimenter's hypothesis as unintended determinant of experimental results.» *American Scientist*. 51, 268-283.
- ROSENTHAL, R. (1963b). «Experimenter attributes as determinants of subjects' responses.» *Journal of Projective Techniques and Personality Assessment*. 27, 324-331.
- ROSENTHAL, R. (1966). *Experimenter effects in behavioral research*. New York, Appleton-Century-Crofts.
- ROSENTHAL, R. y ROSNOW, R. L. (Ed.) (1969). *Artifact in behavioral research*. New York, Academic Press.
- ROSENZWEIG, S. (1933). «The experimental situation as a psychological problem.» *Psychological Review*. 40, 337-354.
- ROSNOW, R. L. (1978). «The prophetic vision of Giambattista Vico: implications for the state of social psychological theory.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 36, 1322-1331.
- ROSNOW, R. L. (1981). *Paradigms in transition: the methodology of social inquiry*. New York, Oxford University Press.
- ROSNOW, R. L. y GEORGOUDI, M. (1986). *Contextualism and understanding in beha-*

- vioral science: implications for research and theory. New York, Praeger.
- ROSS, E. A. (1908). *Social psychology: an outline and source book*. New York, MacMillan.
- ROSS, L. (1977). «The intuitive psychologist and his shortcomings: distortions in the attribution process.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 10.
- ROSS, L.; RODIN, J. y ZIMBARDO, P. G. (1969). «Toward an attribution therapy: the reduction of fear through induced cognitive-emotional misattribution.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 12, 279-288.
- ROSS, M. y SICOLI, F. (1979). «Egocentric biases in availability and attribution.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 37, 322-336.
- ROTTER, J. B. (1966). «Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement.» *Psychological Monographs*. 180, 1.
- ROUSSEAU, J. J. (1762). *El contrato social*. Barcelona, Bruguera. 1978.
- ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) (1984). *Annals of Theoretical Psychology*. New York, Plenum.
- ROZEBAUM, W. W. (1960). «The fallacy of null hypothesis significant test.» *Psychological Bulletin*. 57, 5, 416-428.
- RUDMIN, F; Et al. (1987). «Gustav Ichheiser in the history of social psychology: an early phenomenology of social attribution.» *British Journal of Social Psychology*. 26, 165-180.
- SABUCEDO, J. M. y GODAS, A. (1986). *Métodos y técnicas de investigación en Psicología Social*. Santiago, Torculco Textos.
- SAHAKIAN, W. S. (1975). *Historia y sistemas de la psicología*. Madrid, Tecnos. 1982.
- SAINT-SIMON, H. (1825). *Nouveau Christianisme*. Paris, Calman-Levy, 1968.
- SAMELSON, F. (1974). «History, origin myth and ideology: discovery of social psychology.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 4, 2, 217-231.
- SAMPSON, E. E. (1977). «Psychology and the american ideal.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 35, 767-782.
- SAMPSON, E. E. (1978). «Scientific paradigms and social values: wanted a scientific revolution.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 36, 11, 1332-134.
- SAMPSON, E. E. (1981). «Cognitive psychology as ideology.» *American Psychologist*. 36, 7, 730-743.
- SAMPSON, E. E. (1986). «What has been inadvertently rediscovered? A commentary.» *Journal for the Theory of Social Behavior*. 16, 33-39.
- SARBIN, T. R. (1954). «Role theory.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.). *Op. Cit.* 223-258.
- SARBIN, T. R. (1977). «Contextualism: a world view for modern psychology.» En: COLE, J. K. y LANDFIELD, A. W. (Eds.) *Nebraska Symposium of Motivation*. Vol. 24, Lincoln, University of Nebraska Press.
- SARBIN, T. R. (Ed.). (1986). *Narrative psychology: the storied nature of human conduct*. New York, Praeger.
- SARNOFF, I. (1960). «Psychoanalytic theory and social attitudes.» *Public Opinion Quarterly*. 24, 251-279.
- SAVAGE, R. I. (1957). «Nonparametric statistics.» *Journal of the American Statistical Association*. 52, 332-333.
- SCHACHTER, S. (1951). «Deviation, rejection, and communication.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 46, 190-207.
- SCHACHTER, S. (1959). *Psicología de la afiliación*. Buenos Aires, Paidós. 1966.
- SCHACHTER, S. y SINGER, J. E. (1962). «Cognitive, social, and physiological determinants of emotional state.» *Psychological Review*. 69, 379-399.
- SCHAEFFLE, A. (1875). *Bau und leben des sozialen körpers*. 4 Vols. Tübingen, H. Laupp. 1875-78.

- SCHANK, R. C. y ABELSON, R. P. (1977). *Scripts, plans, goals, and understanding*. New York, Wiley.
- SCHEGLOFF, E. A. (1979). «Identification and recognition in telephone conversation openings.» *Psathas*. 23-78.
- SCHLEIBE, K. E. (1985). «Historical perspectives on the presented self.» En: SCHLENKER, B. R. (Ed.) *Op. Cit.* 33-64.
- SCHERER, K. R.; WALLBOTT, H. G. y SUMMERFIELD, A. B. (Eds.) (1986). *Experiencing emotion. A cross-cultural study*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SCHLEIERMACHER, F. (1804). *Hermeneutik*. Editado por M-Kimmerle, Heidelberg. 1959.
- SCHLENKER, B. R. (1974). «Social psychology and science.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 29, 1-15.
- SCHLENKER, B. R. (1976). «Social Psychology and science: another look.» *Personality and Social Psychological Bulletin*. 2, 384-390.
- SCHLENKER, B. R. (1977). «On the ethogenic approach: etiquette and revolution.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 10, 315-330.
- SCHLENKER, B. R. (1980). *Impression management: the self concept social identity and interpersonal relations*. Belmont, Cal, Brooks/Cole.
- SCHLENKER, B. R. (1985). «Identity and self-identification.» En: SCHLENKER, B. R. (Ed.) *Op. Cit.* 65-99.
- SCHLENKER, B. R. (Ed.) (1985). *The self and social life*. New York, McGraw-Hill.
- SCHMIDT, E. P. (Ed.) (1937). *Man and Society*. New York, Prentice Hall.
- SCHUTZ, A. (1932). *The phenomenology of the social world*. Evanston, ILL, Northwestern University Press. 1967.
- SCHUTZ, A. (1962). *Collected papers I: the problem of social reality*. The Hague, Nijhoff.
- SCHUTZ, A. (1964). *Collected papers II: studies in social theory*. The Hague, Nijhoff.
- SCHUTZ, A. (1966). *Collected papers III: studies in phenomenological philosophy*. The Hague, Nijhoff.
- SEARLE, J. R. (1983). *L'intencionalité. Essai de philosophie des états mentaux*. Paris, Les Editions de Minuit. 1985.
- SECORD, P. F. (1977). «La psicología social en busca de un paradigma.» En: FINLEY, J. F. y MARIN, G. (Eds.) *Avances en psicología contemporánea*. México, Trillas, 30-43.
- SECORD, P. F. (1977). «Making one-self behave: a critique of the behavioural paradigm and an alternative conceptualization.» En: MISCHEL, T. (Ed.) *The self*. Oxford, Blackwell.
- SECORD, P. F. (Ed.) (1982). *Explaining human behavior: conciousness, human action and social structure*. Beverly Hills, Sage.
- SELIGMAN, M. E. P. (1975). *Helplessness*. San Francisco, Freeman.
- SEMIN, G. R. y KRAHE, B. (Eds.) (1987). *Issues in contemporary german social psychology*. London, Sage.
- SEOANE, J. (1981). «Problemas epistemológicos de la psicología social.» En: PELECHANO, V.; PINILLOS, J. L. y SEOANE, J. *Psicologema*. Valencia, Alfaplus, 11-25.
- SEOANE, J. (1982). «Del procesamiento de información al conocimiento social.» En: DELCLAUX, L. y SEOANE, J. (Eds.) *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*. Madrid, Pirámide, 85-91.
- SEOANE, J. (1985a). «Conocimiento y representación social.» En: MAJOR, J. (Ed.) *Actividad humana y procesos cognitivos. (Homenaje a J.L.Pinillos)*. Madrid, Alhambra, 383-397.
- SEOANE, J. (1985b). «Sobre el concepto de psicología social.» *Boletín de Psicología*. 8, 23-33.
- SERRANO, G. (1986). «Problemática metodológica de la psicología social.» En: SABUCEDO, J. M. y GODAS, A. *Op. Cit.* 7-30.

- SHAW, M. (1974). «New science or non-science?» *Contemporary Psychology*. 19, 96-99.
- SHERIF, M. (1936). «La formación de las normas sociales. El paradigma experimental.» En: PROSHANSKY, H. y SEIDENBERG, B. (Eds.) *Op. Cit.* 566-577.
- SHERIF, M. (1970). «On the relevance of social psychology.» *American Psychologist*. 25, 144-156.
- SHERIF, M. (1977). «Crisis in psychology: some remarks towards breaking through the crisis.» *Personality and Social Psychology Bulletin*. 3, 362-382.
- SHERIF, M. y HOVLAND, C. I. (1961). *Social judgement: assimilation and contrast effects in communication and attitude change*. New Haven, Yale University Press.
- SHERIF, M. et al. (1961). *Intergroup conflict and cooperation. The Rover Cave Experiment*. Norman, Oklahoma, The University Book Exchange.
- SHIBUTANI, T. (1955). «Reference groups as perspectives.» *American Journal of Sociology*. 60, 562-596.
- SHIBUTANI, T. (1961). *Sociedad y personalidad*. Buenos Aires, Paidós. 1971.
- SHOTTER, J. (1975). *Images of man in psychological research*. London, Methuen.
- SHOTTER, J. (1984). *Social Accountability and Selfhood*. New York, Basil Blackwell.
- SHOTTER, J. (1986). «A sense of place: Vico and the social production of social identities.» *British Journal of Social Psychology*. 25.
- SHOTTER, J. (1987). «The rethoric of theory in psychology.» *Current Issues in Theoretical Psychology*. 283-296.
- SHOTTER, J. (1988). *What is special about normal circumstances: contest and illusions*. Utrecht (Paper).
- SHOTTER, J. y BURTON, M. (1983). «Common sense accounts of human action: the descriptive formulations of Heider, Smedslund y Ossorio.» En: WHEELER, L. (Ed.). *Review of Personality and Social Psychology*. Vol. 4. Beverly Hills, Sage.
- SHOTTER, J. y GERGEN, K. (Eds.) (1988). *Texts of identity*. London, Sage.
- SIGHELE, S. (1895). *Psychologie des sectes*. Paris, V. Girard et Brière. 1898.
- SIGUAN, M. (1947). «Reseña de Young, A. Social Psychology.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. Vol. 2.
- SIGUAN, M. (1957). «El individuo y el grupo en el trabajo industrial.» *Revista Internacional de Sociología*. 60, 593-618.
- SIGUAN, M. (1958). «Role-playing en la enseñanza de psicología industrial.» *Revista de Psicología General y Aplicada*. 45, Vol. 13, 117-127.
- SIGUAN, M. (1962). «El hombre y los demás. El fundamento antropológico de la psicología social.» *Revista de Filosofía*. 80-81, 39-52.
- SILVERMAN, I. (1971). «Crisis in social psychology. The relevance of relevance.» *American Psychologist*. 26, 583-584.
- SILVERMAN, I. (1977). «Why social psychology fails. 18, 353-358.» *Canadian Psychological Review*.
- SIMONS, H. W. (Ed.) (1988). *Rethoric in the human sciences*. London, Sage.
- SKINNER, Q. (Ed.) (1985). *The return of gran theory in the human sciences*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SMITH, A. (1759). *A theory of moral sentiments*. London, A. Millar.
- SMITH, A. (1776). *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*. London, W. Strahan and T. Cadell.
- SNYDER, M. (1979). «Self-monitoring processes.» En: L. BERKOWITZ (Ed.). *Op. Cit.* Vol. 12.
- SPENCER, H. (1873). *The study of sociology*. 2 Vols. New York, Appleton. 3ª Ed. 1955.
- SRULL, T. K. y WYER, R. S. J. (1984). «Progress and problems in cognitive social psychology.» En: ROYCE, J. R. y MOS, L. P. (Eds.) *Op. Cit.* 77-84.

- STAATS, A. W. (1975). *Conductismo social*. México, El Manual Moderno. 1979.
- STAATS, A. W. (1983). «Paradigmatic behaviorism: unified theory for social and personality psychology.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 16, 125-179.
- STEINER, I. (1986). «Paradigms and groups.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 19, 251-289.
- STOCKING, G. (1965). «On the limits of Presentism and Historicism in the historiography of the behavioral sciences.» *Journal for the History of the Behavioral Sciences.* 1, 211-219.
- STOETZEL, J. (1943). *Theorie des opinions*. Paris, PUF.
- STOETZEL, J. (1963). *Psicología social*. Alcoy, Marfil. 1965.
- STOLTENBERG, H. L. (1914). *Soziopsychologie*. Berlin, Verlag Karl Curtius.
- STONER, J. A. (1961). *A comparison of individuals and group decision involving risk shift*. Unpublished M. A. Thesis M. I. T.
- STOTLAND, E. y CANNON, L. K. (1972). *Social psychology. A cognitive approach*. Philadelphia, Saunders.
- STOUFFER, S. A. et al. (1949). *The American soldier: adjustment during army life*. Princeton, Princeton University Press.
- STRAUSS, A. (1956). *The social psychology of George Herbert Mead*. Chicago, University of Chicago Press.
- STRAUSS, A. (1978). *Negotiations: varieties, contexts, processes and social order*. San Francisco, Jossey Bass.
- STRICKLAND, L. (Ed.). (1979). *Soviet and western perspectives in social psychology*. Oxford, Pergamon.
- STRICKLAND, L.; ABOUD, F. y GERGEN, K. G. (Eds.) (1976). *Social psychology in transition*. New York, Plenum Press.
- STRYKER, S. (1957). «Role taking accuracy and adjustments.» *Sociometry.* 20, 286-296.
- STRYKER, S. (1959). «Symbolic interaction as an approach to family research.» *Marriage and Family Living.* 21, 111-119.
- STRYKER, S. (1977). «The developments in two social psychologies: toward an appreciation of mutual relevance.» *Sociometry.* 40, 146-160.
- STRYKER, S. (1980). *Symbolic interactionism. A social structural version*. Menlo Park, Cal, Benjamin and Cummings.
- STRYKER, S. (1984). «Science as rhetoric: nothing to lose but our gains.» *Contemporary Sociology.* 13, 251-254.
- STRYKER, S. (1987). «The vitalization of symbolic interactionism.» *Social Psychology Quarterly.* 50, 1, 83-94.
- STRYKER, S. y GOTTLIEB, A. (1981). «Attribution theory and symbolic interactionism: a comparison.» En: HARVEY, J. H.; ICKES, W. y KIDD, R. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 3.
- STRYKER, S. y STATHAM, A. (1985). «Symbolic interaction and role theory.» En: LINDZEY, G. y ARONSON, E. (Eds.) *Op. Cit.* Vol. 1, 311-378.
- SULS, J. (Ed.) (1982). *Psychological perspectives of the self*. Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- TAGIURI, R. y PETRULLO, L. (1958). *Person perception and interpersonal behavior*. Stanford, Stanford University Press.
- TAJFEL, H. (1959). «Quantitative judgement in social perception.» *British Journal of Psychology.* 50, 86-92.
- TAJFEL, H. (1959). «The anchoring effects of value in a scale of judgements.» *British Journal of Psychology.* 50, 294-304.
- TAJFEL, H. (1972). «La catégorisation sociale.» En: MOSCOVICI, S. (Ed.) *Introduction a la psychologie sociale*. Paris, Larousse.
- TAJFEL, H. (1981). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona, Herder. 1984.

- TAJFEL, H. (1982). «Experiments in a vacuum.» En: ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (Eds.) *Op. Cit.* 69-119.
- TAJFEL, H. y WILKES, A. L. (1963). «Salience of attributes and commitment to extreme judgments in the perception of people.» *British Journal of Social and Clinical Psychology.* 2, 75-84.
- TAJFEL, H. y WILKES, A. L. (1963). «Classification and quantitative judgment.» *British Journal of Psychology.* 54, 101-114.
- TAJFEL, H.; JASPARS, J. M. F. y FRASER, C. (1984). «The social dimension in european social psychology.» En: TAJFEL, H. (Ed.) *The social dimension.* 2 Vols. Cambridge, Cambridge University Press.
- TARDE, G. (1890). *Les lois de l'imitation.* Paris, Alcan.
- TARDE, G. (1895). *La logique sociale.* Paris, Alcan.
- TARDE, G. (1898). *Etudes de psychologie sociale.* Paris, Girard et Brière.
- TARDE, G. (1901). *La opinión y la multitud.* Madrid, Taurus. 1986. (Traducción 2a edición. 1904).
- TAYLOR, C. (1964). *The explanation of behaviour.* London, Routledge and Kegan Paul.
- TAYLOR, C. (1985). *Human agency and language. Philosophical Papers I.II.* Cambridge, Cambridge University Press.
- TAYLOR, C. (1985). *Philosophy and the human sciences. Philosophical papers II.* Cambridge, Cambridge University Press.
- TAYLOR, S. E. y CROCKER, J. (1981). «Schematic bases of social information processing.» En: HIGGINS, E. T.; HERMAN, C. P. y ZANNA, M. P. (Eds.). *Social cognition: the Ontario symposium.* Hillsdale, NJ, Erlbaum.
- TAYLOR, S. E. y FISKE, S. T. (1978). «Salience, attention, and attribution: top of the head phenomena.» En: BERKOWITZ, L. (Ed.) *Op. Cit.* Vol. 11, 249-288.
- TEDESCHI, J. y NORMAN, N. (1985). «Social power, self-presentation and the self.» En: SCHLENKER, B. R. (Ed.) *Op. Cit.* 293-322.
- TEDESCHI, J. (Ed.) (1981). *Impression management. Theory and social psychological research.* New York, Academic Press.
- TEDESCHI, J.; SCHLENKER, B. R. y BONOMA, T. V. (1971). «Cognitive dissonance: private ratiocination or public spectacle?» *American Psychologist.* 26, 253-261.
- TEDESCHI, J.; Et al. (1981). «Social psychology and cumulative knowledge.» *Personality and Social Psychology Bulletin.* 7, 161-172.
- THIBAUT, J. W. y KELLEY, H. H. (1959). *The social psychology of groups.* New York, Wiley.
- THOMAS, W. I. (1905). *Primitive behavior.* New York, McGraw Hill.
- THOMAS, W. I. y THOMAS, D. S. (1957). *The child in America.* New York, Knopf.
- THOMPSON, J. B. (1981). *Critical hermeneutics. A study in the thought of Paul Ricoeur and Jürgen Habermas.* Cambridge, Cambridge University Press.
- THORNGATE, W. (1975). «Process invariance: another red herring.» *Personality and Social Psychology Bulletin.* 1, 485-488.
- THURSTONE, L. (1928). «Attitudes can be measured.» *American Journal of Sociology.* 32, 529-554.
- THURSTONE, L. y CHAVE, E. J. (1929). *The measurement of attitudes.* Chicago, Chicago University Press.
- TOLMAN, E. C. (1932). *Purposive behavior in animals and man.* New York, Century.
- TÖNNIES, F. (1887). *Comunidad y asociación.* Barcelona, Península.
- TORREGROSA, J. R. (1968). «El estudio de las actitudes. Perspectivas psicológicas y sociológicas.» *Revista Española de la Opinión Pública.* 11, 155-166.
- TORREGROSA, J. R. (1969). «Algunos datos y consideraciones sobre el autoritarismo de

- la clase trabajadora.» *Revista Española de la Opinión Pública*. 16, 33-46.
- TORREGROSA, J. R. (1974). *Teoría e investigación en la psicología social actual*. Madrid, Instituto de la Opinión Pública.
- TORREGROSA, J. R. (1985). «Sobre el concepto de psicología social.» *Boletín de Psicología*. Valencia, 8.
- TORREGROSA, J. R. (1986). «Ortega y la psicología social histórica.» *Revista de Psicología Social*. 0, 55-63.
- TORREGROSA, J. R. y CRESPO, E. (Eds.) (1984). *Estudios básicos de psicología social*. Barcelona, Hora.
- TORREGROSA, J. R. y SARABIA, B. (Eds.) (1983). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona, Hispano-Europea.
- TRAVIS, L. E. (1925). «The influence of the group upon the stutterer's speed in free association.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 20, 142-146.
- TRIPLETT, N. (1897). «The dynamogenic factors in pacemaking and competition.» *American Journal of Psychology*. 9, 507-533.
- TUKEY, J. W. (1969). «Analizing data: sanctification or detective work?» *American Psychologist*. 24, 83-91.
- TURNER, J. C. (Ed.) (1987). *Rediscovering the social group. A self categorization theory*. Oxford, Basil Blackwell.
- TURNER, R. H. (1956). «Role-taking, role standpoint and reference group behavior.» *American Journal of Sociology*. 61, 316-328.
- TURNER, R. H. (1978). «The role and the person.» *American Journal of Sociology*. 84, 1-23.
- TURNER, R. H. y KILLIAN, L. M. (1957). *Collective behavior*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall.
- TVERSKY, A. y KAHNEMAN, D. (1974). «Judgement under uncertainty: heuristics and biases.» *Science*. 185, 1124-1131.
- VALINS, S. (1966). «Cognitive effects of false heart-rate feedback.» *Journal of Personality and Social Psychology*. 4, 400-408.
- VICO, G. (1725). *La nueva ciencia*. Barcelona, Planeta, 1973.
- VICTOROFF, D. (1953). *G. H. MEAD sociologue et philosophe*. Paris, PUF.
- VIGOTSKY, L. (1931). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, Crítica. 1978.
- VOLTAIRE, F. (1756). *La philosophie de l'histoire*. Vol. 1.
- VON CRANACH, M. (1982). «The psychological study of goal-directed action: basic issues.» En: VON CRANACH, M. y HARRE, R. (Eds.) *Op. Cit.* 35-73.
- VON CRANACH, M. y HARRE, R. (Eds.) (1982). *The analysis of action. Theoretical and empirical advances*. Cambridge, Cambridge University Press.
- VON WRIGHT, G. H. (1971). *Explicación y comprensión*. Madrid, Alianza Universidad. 1980.
- WALLAS, G. (1908). *Human nature in politics*. London, Archibald Constable.
- WALLER, W. (1938). *The family*. New York, Dryden Press.
- WARD, L. F. (1883). *Dynamic sociology*. Vol 2. New York, Appleton.
- WEBB, E. J. et al. (1966). *Unobtrusive measures: nonreactive research in the social sciences*. Chicago, Rand McNally.
- WEBER, M. (1901). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península. 1969.
- WEBSTER, M. y KERUIN, J. B. (1971). *Artificiality in experimental sociology*. Canadian Review of Sociology and Anthropology. 8, 263-272.
- WEISS, D. J. (1953). «A sleeper effect in opinion change.» *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 48, 173-180.

- WEISS, R. F. (1968). «An extension of Hullian Learning theory to persuasive communication.» En: GREENWALD, A. G.; BROCK, T. C. y OSTROM, T. M. (Eds.) *Psychological foundations of attitudes*. New York, Academic Press, 109-145.
- WERTSCH, J. V. (1985). *Vygotsky and the social formation of mind*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WEXLER, P. (1982). *Critical social psychology*. London, Routledge y Kegan Paul.
- WHYTE, W. F. (1943). *Street corner society: the social structure of an Italian slum*. Chicago, University of Chicago Press.
- WINCH, P. (1958). *The idea of the social science and its relation to philosophy*. London, Routledge and Kegan Paul.
- WINDELBAND, W. (1894). *Geschichte und naturwissenschaft*.
- WITTGENSTEIN, L. (1953). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, Crítica. 1988.
- WOHLWILL, J. F. (1970). «The emerging discipline of environmental psychology.» *American Psychologist*. 25, 303-312.
- WOODWARD, W. R. (1982). «The 'discovery' of social behaviorism and social learning theory.» *American Psychologist*. 37, 396-410.
- WOOLGAR, S. (Ed.) (1988). *Knowledge and reflexivity. New frontiers in the sociology of knowledge*. London, Sage.
- WORCHEL, ST.; COOPER, J. y GOETHALS, G. R. (1988). *Understanding social psychology*. Chicago, The Dorsey Press.
- WRONG, D. (1961). «The oversocialized conception of man.» *American Sociological Review*. 26, 184-193.
- WUNDT, W. (1900). *Völkerpsychologie*. 10 Vols. Leipzig, Engelmann.
- WYER, R. S. y SRULL, T. K. (Eds.) (1984). *Handbook of social cognition*. 2 Vols. Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates.
- YARDLEY, K. y HONESS, T. (1987). *Self and identity: psychosocial perspectives*. Chichester, John Wiley and Sons.
- ZAJONC, R. B. (1965). «Social facilitation.» *Science*. 149, 269-274.
- ZAJONC, R. B. (1980a). «Cognition and social cognition: a historical perspective.» En: FESTINGER, L. (Ed.) *Op. Cit.* 180-204.
- ZAJONC, R. B. (1980b). «Feeling and thinking: preferences need no inferences.» *American Psychologist*. 35, 151-175.
- ZIMBARDO, P. (1969a). «The human choice: individuation, reasons, and order versus deindividuation, impulse and chaos.» En: ARNOLD, W. J. y LEVINE, D. (Eds.). *Nebraska symposium on motivation*. Vol. 17. Lincoln, University of Nebraska Press. 237-307.
- ZIMBARDO, P. (1969b). *The cognitive control of motivation*. Glenview, Ill, Scott and Foresman.
- ZIMMERMAN, D. (1969). «Record keeping and the intake process in a public welfare agency.» En: WHEELER, S. (Ed.). *On record: files and dossiers in American life*. New York, Sage. 319-354.
- ZIMMERMAN, D. (1976). «A reply to professor Coser.» *The American Sociologist*. 11, 4-13.
- ZUCKER, R. A.; ARONOFF, J. y RAVIN, A. I. (Eds.) (1984). *Personality and the prediction of behavior*. New York, Academic Press.